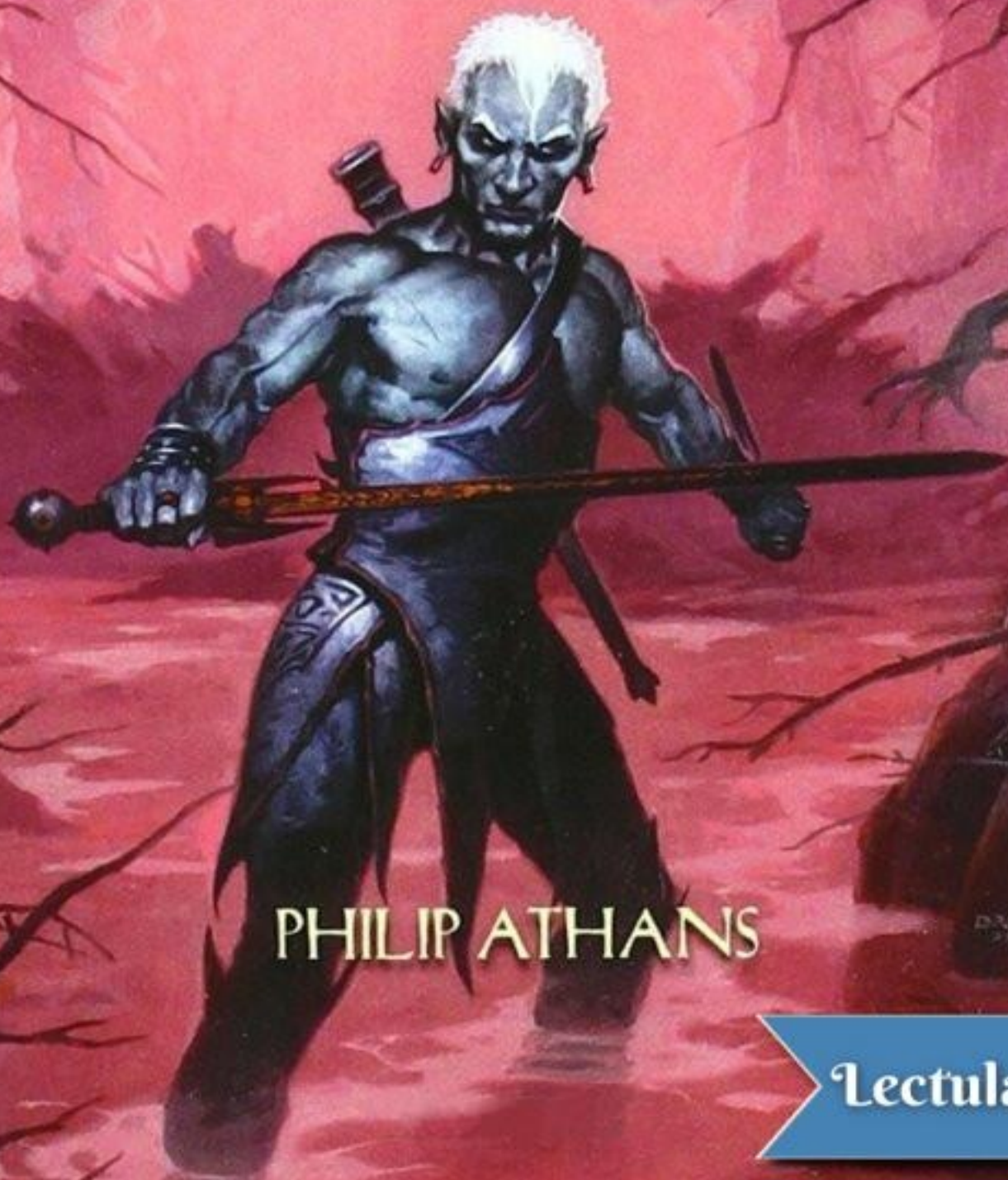


REITOS OLVIDADOS

R. A. SALVATORE

LA GUERRA DE LA REINA ARAÑA. LIBRO V

Aniquilación



PHILIP ATHANS

Lectulandia

Si la Ciudad de las Arañas acabase enterrada, los enemigos de los drows vivirían un gran triunfo. Pero el archimago Gomph Baenre no permitirá que ocurra. Cuando llegue el momento, lo arriesgará todo para salvar a la ciudad que ama más de lo que ningún drow se atrevería a admitir.

Aniquilación es la quinta novela de una serie de seis libros inspirados por la fértil imaginación de R. A. Salvatore y redactados por un selecto grupo de los escritores más recientes e interesantes del género.

Lectulandia

Philip Athans

Aniquilación

Reinos Olvidados: La Guerra de la Reina Araña 5

ePub r1.0
helike 09.12.13

Título original: *Annihilation*
Philip Athans, 2004
Traducción: Emilio G. Muñiz
Ilustración de portada: Brom

Editor digital: helike
Primer editor: don_guaren (EPG)
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Deanne

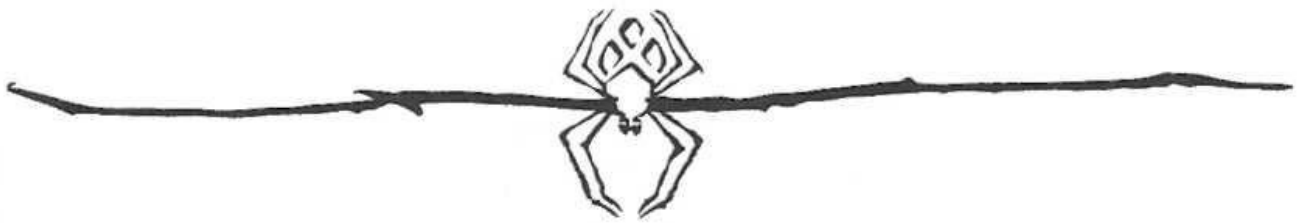


Agradecimientos

Los que hicieron posible este libro y los demás de esta serie son: Peter Archer, Mary Kirchoff, Matt Adelsperger, Liz Schuh, Mary-Elizabeth Alien, Rachel Kirkman, Angie Lokotz y su magnífico equipo, y los coordinadores Marty Durham y Josh Fischer.

Es superfluo decir que no habría Libro V sin los libros I, II, III, IV y VI, por eso tengo una enorme deuda de gratitud con otros autores de la Reina Araña: Richard Lee Byers, Thomas M. Reid, Richard Baker, Lisa Smedman y Paul S. Kemp. Agradezco a Elaine Cunningham su ayuda en un problema concreto de coordinación y a Ed Greenwood que haya creado este mundo. Brom, gracias por los dibujos de las cubiertas, todos ellos auténticas obras maestras. Gracias también a los diseñadores de juegos Eric L. Boyd, Bruce R. Cordell, Gwendolyn F. M. Kestrel, y a Jeff Quick por lo mucho que nos hemos divertido con los nuevos juguetes de Underdark.

Pero, por encima de todo, tengo que agradecer a R. A. Salvatore, que contribuyó con mucho más que su nombre a esta serie. Nos dio su creatividad, su energía y su generosidad de espíritu en unas proporciones que no teníamos derecho a esperar. Si estos libros tienen algo bueno, se lo deben a él.



Era la más fuerte. Se había dado más banquetes que ningún otro ser vivo. Había matado más que ningún otro ser vivo. Había matado a todos los que la rodeaban y ni siquiera se había molestado en devorar sus cadáveres antes de arremeter contra los más alejados del combate.

Era la más fuerte. Lo supo cuando otro sucumbió a sus poderosas mandíbulas. Era la que destacaría a través de la matanza y el dominio.

Era la más fuerte.

Los demás lo supieron también muy pronto.

Por eso estaba muerta.

En el caos había inteligencia y finalidad. En el hambre y la matanza había una causa común. Ella era la más fuerte, y los mataría o los dominaría por completo, de modo que todos se unieron y le arrancaron sus ocho patas y la devoraron antes de revolverse unos contra otros.

Otro empezó a destacar a través de la muerte y de los espantosos ataques.

También éste sucumbió ante la causa común.

La prueba mortal siguió adelante. El más fuerte murió, pero el más astuto prevaleció. Los manipuladores permanecieron, los que ocultan su fuerza más allá de lo necesario para matar al oponente de turno.

Los que dieron un paso adelante y estuvieron por encima del tumulto, murieron.

A lo largo de los milenios, había reconocido a los que eran más fuertes que ella, y los había convencido de que, si no se sometían a su poder, morirían. La fuerza no está relacionada con el tamaño de los músculos, sino con el poder de la astucia.

En el frenesí del alumbramiento, en el fragor de la matanza, estos rasgos preparan el terreno para la victoria.

Encontrar el momento en que la fuerza individual superaba al poder colectivo para derrotarlo.

Intrigar en plena batalla para destruir a los que eran más fuertes.

Y para algunos, admitir la derrota antes de caer en el olvido, huir y sobrevivir, nuevos demonios del caos que corren libremente por las llanuras y al final sirven al vencedor.

Los números menguan. Los de la izquierda crecen en poder y tamaño.

Cada uno de ellos acechado y vigilado, decidiendo quién debía morir antes de que ella pudiese reinar con carácter absoluto, maniobrando en el caos para provocar ese final deseado.

Los que estaban movidos por un apetito voraz ahora están muertos.

Los que estaban movidos por un mero afán defensivo ahora están muertos.

Los que estaban movidos por un orgullo vano ahora están muertos.

Los que estaban movidos por el instinto de supervivencia están muertos o han huido.

Los que estaban movidos por la astucia permanecieron, sabiendo que sólo uno sobrevivirá al final.

A todos los demás sólo les quedarían la esclavitud o el olvido. No había otras posibilidades.

Del mismo modo que había manejado tanto a los mortales que la servían como a los que la temían, de la misma manera que había manejado, incluso, a otros dioses a lo largo de los siglos, de igual forma, ella controló su renacimiento. Ésta fue la demostración de su voluntad.

No podía ser de otro mundo.

Capítulo uno



Gomph se dio cuenta de que se estaba acostumbrando cada vez más a mirar el mundo a través de los ojos de su mascota. Ese sentimiento lo impulsó a hacer algo al respecto. Gomph Baenre, hermano de la madre matrona de la primera casa de la Ciudad de las Arañas, archimago de Menzoberranzan, ya no miraría a través de los ojos de una rata como lo había hecho hasta entonces.

La cabeza de Kyorli se movió de un extremo al otro y de arriba abajo mientras olfateaba. La rata estaba obligada a mirar lo que Gomph quería que mirara, pero se distraía con facilidad. Tampoco ella veía muy bien en la oscuridad, lo cual, en la Antípoda Oscura, significaba ver bastante poco, y además no captaba los colores. Gomph percibía la cámara de los conjuros, al igual que el resto del mundo, en tonos apagados de gris y negro.

El archimago conocía perfectamente la cámara y por lo tanto no necesitaba de la visión de la rata para percibir los límites del espacio. Las manchas borrosas de la visión periférica de Kyorli eran las grandes columnas que se elevaban hasta una serie de contrafuertes volados, que se alzaban unos veinte metros hacia la penumbra superior. Las tallas de las columnas eran escasas, y lo que les faltaba en belleza se compensaba con su utilidad mágica. La cámara, situada en las profundidades del laberinto de Sorcere, estaba allí con una finalidad y no para impresionar. Allí se lanzaban los conjuros durante la formación de los estudiantes, para probar a los maestros, para buscar nuevos conjuros que aumentaran sus poderes, y se hacían las extrañas invocaciones o imprecaciones.

Gomph fue hasta el centro de la estancia y por el rabillo de los ojos de Kyorli vio a los dos drows que lo estaban esperando. Le hicieron una profunda reverencia. La rata seguía olisqueando el aire, con la nariz orientada hacia el círculo de los gigantes tallos de champiñón que se habían fijado al suelo en el centro de la cavernosa cámara. Había diez y a cada uno de ellos estaba atado un solo drow macho.

—Archimago —susurró tan reverentemente uno de los dos magos que lo esperaban que, pese a que su voz rebotó en las paredes más alejadas en un sinnúmero de ecos, Gomph habría dudado haber oído de no haberlo tenido ante sus ojos.

El archimago ordenó a Kyorli que volviese la cabeza para tener de frente a los magos, y lo dejó muy satisfecho comprobar que estaban vestidos y equipados tal como él había ordenado.

Durante su permanencia fuera de Menzoberranzan, gracias al traidor lichdrow Dyr, algunos elementos de la Academia se habían delatado. A Gomph le había exigido menos tiempo del que se temía, pero más del que hubiera deseado, reafirmarse en Sorcere. Triel lo había hecho realmente bien, para gran sorpresa de Gomph, manteniendo el control de la casa sobre la escuela de magos, pero quedaban aún traidores por eliminar y conspiradores por apaciguar. Todo eso había retrasado sus esfuerzos por recuperar su visión. Ahora había llegado el momento.

—Todo está preparado —dijo el mago Prath Baenre, sobrino lejano suyo.

Prath era joven, apenas un aprendiz, y aunque Gomph no podía ver las caras de los dos elfos oscuros, porque Kyorli no dejaba de insistir de cuando en cuando en mordisquearse los cuartos traseros con sus afilados dientes, estaba seguro de que el acompañante —un maestro de Sorcere de nombre Jaemas Xorlarrin— estaba mirando al joven drow con impaciencia. Baenre o no, Sorcere tenía sus jerarquías.

—Maestro Xorlarrin —dijo Gomph, convencido de que era necesario poner de manifiesto aquella jerarquía—, como es obvio, tengo algunos problemas de visión. Necesito respuestas sencillas a algunas sencillas preguntas. Usted se colocará a mi izquierda. El muchacho se retirará a un lado hasta que yo lo llame.

—Como desee —contestó el mago Xorlarrin.

La rata dejó de rascarse cuando Gomph chasqueó los dedos. Miró a través de los ojos del animal cuando Kyorli trepó por su pierna, y de ahí pasó a su mano, luego a su brazo y finalmente se sentó, estirándose y olisqueando, en el hombro del archimago. Verse a sí mismo a través de los ojos de la rata inquietó a Gomph, y sentir las patas de la rata sobre él —ambas sensaciones por separado— era algo que el archimago estaba decidido a no experimentar nunca más.

Gomph avanzó hacia los elfos oscuros encadenados, consciente de que el mago Xorlarrin le pisaba los talones. Cuando estuvieron más cerca, se puso de relieve una forma borrosa, que era otro drow que estaba de pie, dentro del círculo de los cautivos. Se trataba de Zillak, uno de los asesinos de mayor confianza del archimago.

—¿Está preparado el muchacho con los sellos? —preguntó Gomph.

Le respondió un claro tintineo metálico y el sonido de unos pasos apresurados que de repente se detuvieron.

—Sí, archimago —le respondió Jaemas Xorlarrin.

Gomph se aproximó a uno de los elfos oscuros encadenados. Los diez allí presentes eran primos, malvados descendientes de la casa Agrach Dyr y traidores todos ellos a Menzoberranzan. Gomph había ordenado que se perdonase al más joven, fuerte y capaz.

—Dyr —dijo el archimago, tratando de fijar sus ojos invidentes en la cara del cautivo.

El prisionero se estremeció ligeramente al oír el sonido del nombre de su familia.

Gomph deseaba saber si el muchacho se sentía avergonzado de la traición que su casa había infligido a todos y cada uno de los miembros de la familia del archimago.

—Yo... —murmuró el prisionero—. Sé por qué estoy aquí, Baenre. Puedes hacer lo que quieras conmigo, pero no traicionaré a mi casa.

Gomph soltó una carcajada. Se sentía bien. Hacía mucho tiempo que no se reía a gusto, y con el asedio de Menzoberranzan en vista, sin noticias de Lloth ni de su Silencio, no creía que tuviera ocasión de reírse mucho en los días, decenas, meses o incluso años venideros.

—Gracias —dijo el archimago al muchacho. Captó la expresión sorprendida y confusa del cautivo cuando Kyorli volvió a preocuparse por la picazón de sus cuartos traseros—. No me interesa nada lo que pudieras decir acerca de tu maldita casa. Sólo quiero que respondas a una pregunta... ¿Qué es ese sello?

Se produjo un silencio que Gomph interpretó como confusión.

—El signo —urgió el archimago dejando traslucir impaciencia en su voz—. El sello que mi sobrino te está mostrando.

Según se le había ordenado, Prath se había alejado unos metros. Sostenía una pequeña plancha de unos seis centímetros de lado. En su superficie estaba pintada una sencilla runa fácilmente reconocible, incluso por un drow, que la identificaba como la señal del camino hacia un refugio, hacia un lugar seguro en las regiones salvajes de la Antípoda Oscura.

—Podría obligarte a leerlo, mentecato —gritó el archimago ante las dudas del prisionero—. Dime lo que es y sigamos adelante.

—Es... —dijo el cautivo echándole una ojeada—. ¿Es el símbolo de Lloth?

—Casi —dijo Gomph en un susurro.

El archimago dio mentalmente un codazo a la rata, que seguía en su hombro, y volvió la cabeza para ver cómo Zillak colocaba un fino alambre alrededor del cuello del prisionero. Cuando empezó a brotar sangre de la marca que dejaba el alambre y vio que le salía espuma por la boca, Kyorli prestó más atención. Gomph esperó a que el prisionero dejase de forcejear y muriese antes de encararse el siguiente traidor.

—¡No quiero leerlo! —vociferó el prisionero mientras temblaba de miedo—. ¿Qué es esto?

Gomph, irritado por la pérdida de tiempo que exigiría un conjuro para obligarlo a hablar, ladeó la cabeza hacia el mago Xorlarrin, que seguía de pie inmediatamente detrás de él y le preguntó:

—¿Qué color?

—Un magenta intenso, archimago —respondió Jaemas.

—Bien —repuso el archimago—, aquí no hay nada que hacer ¿no?

Eso bastó para que Zillak apretase el alambre, manchado aún con la sangre del primero de los primos Dyrr, alrededor del cuello del segundo. Gomph ni se molestó

en esperar a que el prisionero expirase sino que avanzó hacia el tercero del círculo.

En el suelo había un abundante charco de orina que a punto estuvo de hacer caer de espaldas a Gomph y cuyas gotas dispersas salpicaron toda la estancia al chocar contra las lajas de granito que lo cubrían. El archimago expulsó el aire con fuerza por la nariz para librarse del hedor.

—Léelo —ordenó al aterrizado cautivo.

—Es una runa que indica el camino a un refugio —gritó más que dijo el aterrorizado primo Dyrr—. Un refugio del camino.

Gomph pudo deducir por el timbre femenino de su voz que se trataba de uno de los primos más jóvenes. Eso era muy positivo. Kyorli, tal vez porque sentía el miedo del muchacho o quizá atraído por el olor de la orina, miró al prisionero a la cara y Gomph hizo todo lo que pudo para que la mirada de la rata se centrara en los ojos del muchacho.

Jaemas Xorlarrin se aproximó por detrás:

—Un agradable rojo sangre, archimago —dijo sin inmutarse.

Gomph sonrió y el prisionero encadenado hizo todo lo que pudo por apartar la mirada.

—El menor —dijo Gomph mientras oía detrás de él el crujido de los ropajes de Prath—. Léelo —ordenó al prisionero.

El muchacho levantó la mirada mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas y parpadeó en dirección al joven Baenre, que, como sabía Gomph, sostenía en alto la otra cara de la placa en la que estaba escrita.

—Cinco —respondió el prisionero con voz inconvenientemente chillona.

Gomph esbozó una sonrisa y dio un paso atrás al tiempo que Jaemas se apartaba para dejarle sitio.

—Sí —dijo el archimago—, este mismo.

Jaemas chasqueó los dedos y Prath acudió rápidamente para atender a sus superiores. El sonido del criminal alambre ejecutando a los elfos oscuros volvió a resonar en toda la estancia una y otra vez, hasta siete, a medida que Zillak ejecutaba al resto de los cautivos, exceptuando el de los sensibles ojos color rojo sangre.

Cuando Zillak concluyó su sangrienta tarea, Gomph, Jaemas y Prath se despojaron de sus vestimentas hasta quedarse descalzos y desnudos de cintura para arriba, cubiertos solamente por unos sencillos pantalones. Gomph, concentrado en los sonidos de las ejecuciones, mantenía la mente tan clara como le era posible.

En su ascenso a través de una casa que tanto exigía, luego a través del ejército de Sorcere, Gomph había visto y hecho muchas cosas. No le eran ajenos ni el dolor ni el sacrificio y era capaz de soportar la mayor parte de lo que desmoronaría incluso a otro drow noble. Se dijo que también soportaría los hechos de ese día por su propio bien y por amor a Menzoberranzan.

Llevó cuenta mentalmente del número de estrangulamientos que había oído, mientras Zillak le estaba arrebatando los últimos suspiros de vida al último de los cautivos.

—Acerca la mesa cuando hayas acabado, Zillak. Luego déjanos solos —dijo Gomph.

—Sí... archimago —gruñó el asesino mientras remataba la última ejecución.

Una vez cobrada la última vida, Gomph captó a través de los ojos de Kyorli la figura de Zillak saliendo apresuradamente del círculo de la muerte, y limpiándose las manos con un trapo. El Dyrr superviviente estaba llorando y por el sonido Gomph pensó que el muchacho estaba más avergonzado que amedrentado. Al fin y al cabo se había desmoronado. Se había comportado como un... goblin, y no ciertamente como un drow. Los elfos oscuros no se inmutan ante la perspectiva de la muerte ni de la tortura. Los elfos oscuros no lloran delante de sus enemigos, en realidad no lloran nunca. Si el muchacho no hubiera demostrado su aguda visión oscura, Gomph podría haber pensado que se trataba de un semihumano.

«Un ejemplo —pensó—, para todos nosotros».

Zillak aproximó una mesa sobre la que estaban fijadas cuatro gruesas correas de cuero. En uno de los extremos había un tubo que desaguaba en una botella de grandes dimensiones que colgaba de la parte inferior de la mesa. Zillak la dejó en el lugar que le señaló Jaemas Xorlarrin y abandonó la estancia a toda prisa.

Gomph echó mano de Kyorli y la acunó en sus brazos mientras se sentaba en la mesa. Teniéndola así cogida, se dio cuenta de que podía orientar su visión hacia donde él quisiera. Gomph se rió por lo oportuno de aquel descubrimiento y volvió la cabeza de la rata hacia Jaemas. El mago Xorlarrin se empeñaba en no tomar en consideración las muestras de humor de Gomph. El joven Prath parecía nervioso.

—Esto es algo —dijo Gomph a su sobrino— que pocos maestros han visto en sus vidas más que centenarias, joven sobrino. Podrás contar a tus nietos que fuiste testigo de ello.

El aprendiz de mago asintió, sin saber qué responder, como era obvio, y Gomph se rió de él mientras se echaba sobre la mesa. Notó el frío acero en su espalda y a Gomph se le puso carne de gallina. Dejó escapar un profundo suspiro para evitar un escalofrío y puso a Kyorli sobre su pecho desnudo. Las uñas de la rata lo arañaban, pero Gomph ni se inmutó. Se avecinaba un gran dolor y no sólo para el archimago.

Presas del vértigo en un primer momento debido al cambio de perspectiva, Gomph sostuvo en alto a la rata y le dio la vuelta hasta situarla enfrente del maestro de Sorcere. Del cuenco que Prath tenía en las manos, Jaemas había sacado una pulida cucharilla de plata. No se trataba de un utensilio para comer, pues los rebordes de la cucharilla estaban afilados como el filo de una navaja. Jaemas hizo un gesto a Prath para que se acercase más al prisionero mientras él entonaba un conjuro.

Las palabras de poder eran como una música, y su sonido provocaba un escalofrío en la ya helada espina dorsal de Gomph. Era un buen conjuro, un conjuro difícil, un conjuro raro, que sólo conocía un reducido número de drows. Jaemas había sido cuidadosamente elegido.

A medida que la cadencia se elevaba y descendía, las palabras se repetían y luego volvían sobre sí mismas, el mago Xorlarrin se iba acercando al tembloroso y aterrorizado cautivo. Sostenía la cucharilla delicadamente, igual que un artista su pincel. Con la otra mano, Jaemas mantuvo abierto de par en par el ojo izquierdo del prisionero. Sólo cuando la brillante cucharilla de plata estuvo a pocos centímetros de su ojo el cautivo pareció entender lo que estaba a punto de pasarle.

Entonces gritó.

Cuando el aguzado reborde de la cucharilla se deslizó bajo su párpado, gritó a voz en cuello.

Cuando Jaemas, en un rápido y diestro movimiento, separó el ojo de su cuenca, gritó con todo su ser.

Cuando el ojo cayó, con un sonido suave y húmedo, en el cuenco que Prath sostenía bajo su barbilla, el muchacho emitió un agudo chillido.

Vista a través de los ojos de la rata, la sangre que manaba de la cuenca vacía se veía negra. Jaemas mantuvo abierto el ojo derecho del prisionero y el joven drow empezó a suplicar. Entretanto, el maestro de Sorcere seguía con su conjuro, sin olvidar ni una frase, ni una sílaba. Cuando la cucharilla se deslizó bajo su párpado derecho, el muchacho empezó a rezar. Cuando el ojo saltó de la cuenca, el traidor no pudo hacer otra cosa que sacudirse, con la boca completamente abierta, sus cuerdas vocales a punto de salirse del cuello y el rostro bañado por la sangre que salía de las cuencas.

Gomph tuvo la fugaz idea de decirle al prisionero, paralizado por la agonía y el horror, que al menos lo último que había visto era la cara de un drow y la sencilla línea de una cucharilla de plata. Lo próximo que vería Gomph podría incluso volver loco al archimago.

Por supuesto, Gomph no dijo nada.

A través de los ojos de Kyorli, Gomph vio que Jaemas introducía la cuchara en el cuenco y la deslizaba con el mayor cuidado para no cortar ninguno de los dos frágiles globos. El mago Xorlarrin, aún salmodiando, cogió la rata de las manos de su maestro y la visión de Gomph se desenfocó vertiginosamente. Oyó que Prath apoyaba delicadamente el cuenco en el suelo, y Jaemas volvió la rata para que Gomph pudiese verse a sí mismo acostado boca arriba, sobre la fría mesa de acero. Pudo ver cómo temblaban las manos de Prath mientras, con toda suavidad, casi con recelo, ataba las tiras de cuero alrededor de la muñeca derecha de Gomph. Apretó, pero no hasta el punto que convenía.

—Más fuerte, muchacho —gruñó el archimago—. No seas tan delicado y no tengas miedo de hacerme daño.

Gomph se permitió soltar una carcajada mientras su sobrino le apretaba con fuerza la correa; luego pasó al tobillo derecho. Jaezas seguía salmodiando las palabras del conjuro mientras Prath terminaba de atar a su tío a la mesa por las muñecas y los tobillos. Cuando Gomph estuvo seguro de que lo habían atado bien, hizo una señal con la cabeza al mago Xorlarrin.

«Raro», pensó el archimago de Menzoberranzan cuando Jaezas puso a Kyorli sobre el pecho desnudo de su maestro. Si Lloth lo hubiese querido, no habría sido necesario nada de esto, pero tanto si ella respondía como si no a las plegarias de sus sacerdotisas, todo ello seguiría siendo posible.

Ese pensamiento aportó a Gomph un atisbo de paz. El conocimiento, que no la certeza, de su poder siempre lo había reafirmado y seguía reafirmando. Esa certidumbre lo ayudaba a respirar con normalidad y seguía acompañándolo cuando vio, a través de los ojos de la rata, los rodeos de Kyorli en su incierta marcha pecho arriba, hasta el mentón. La rata se detuvo, y Gomph vio las puntas de unos dedos negros, los de Jaemas, que descendían sobre su ojo izquierdo con un trozo retorcido de alambre. El toque de Xorlarrin sobre los párpados de Gomph resultaba frío y seco. El archimago aguantó mientras el mago Xorlarrin colocaba delicadamente los alambres para mantener abiertos los párpados. La operación se repitió en el ojo derecho mientras Jaemas no dejaba de salmodiar, y Kyorli se revestía de una paciencia que no era habitual. La rata fue entrando poco a poco bajo la influencia del conjuro, y era esa magia la que centraba la atención del roedor sobre los ojos de Gomph.

Aunque podía sentir los alambres que mantenían abiertos sus ojos, Gomph, cuando apartó la concentración de su mascota, ya no pudo ver nada. No había ni una rendija de luz ni de oscuridad, ni una chispa de reflejo.

Gomph respiró una honda bocanada de aire.

—Adelante.

Por su desinterés por la rata y su concentración en sí mismo, Gomph no podía ver el avance de Kyorli por su cara, pero podía sentir perfectamente cada una de las afiladas puntas de sus garras, podía percibir su olor almizclado y oía con toda claridad sus olisqueos. Un pelo del bigote entró en uno de los ojos de Gomph, que se movió. Le produjo escozor. El hecho de que sus ojos no le permitieran ver no significaba que no fuesen aún sensibles al dolor.

«Bien —pensó Gomph—, peor para mí».

El primer mordisco desencadenó una oleada de ardiente agonía que explotó en la cabeza del archimago. El cuerpo de Gomph se puso tenso y sus dientes rechinaron. Podía sentir el retroceso de la rata y también cómo la sangre corría lentamente por un

lado de su cara. Jaemas seguía con su salmodia. El dolor tampoco remitía.

—Kyorli —gruñó el archimago.

La rata estaba dudando. Incluso bajo la influencia del conjuro, a pesar del jugoso bocado de un ojo vivo —aunque ciego— que se le ofrecía, la rata sabía que estaba mutilando a su amo, que en el pasado no se había manifestado precisamente como alguien olvidadizo.

Gomph desplazó su conciencia a la de su mascota y a pesar del ojo herido, cuya sangre resbalaba por uno de los lados de su cabeza, podía ver. Claro que era la habitual visión sin color de la rata. Distinguió el trozo que la rata había arrancado de su ojo derecho, pudo ver la sangre, pudo verse a sí mismo agitándose, pudo ver la feroz apariencia de su mandíbula, y el globo indefenso de su otro ojo ciego, que esperaba los reacios servicios del roedor.

Gomph alentó a la rata a que terminase su trabajo.

Kyorli podría haber tenido dudas ante las órdenes de Jaemas, pero respondió sin pérdida de tiempo a la invitación de su amo de seguir comiendo. Al menos durante tres bocados, Gomph vio cómo arrasaban el ojo de su cabeza, luego la visión de Kyorli se nubló al hundir la cabeza en el globo ocular para arrancar los bocados tiernos y empapados en sangre.

El dolor no tenía nada que ver con todo lo que Gomph pudiera haber imaginado, y en su larga y poco placentera vida el archimago de Menzoberranzan había imaginado mucho.

—Grite si tiene que hacerlo, archimago —le susurró su sobrino al oído, casi imposible de oír debido al sonido de la rata engullendo—. No hay vergüenza alguna en ello.

Gomph gruñó, tratando de hablar, pero mantuvo la mandíbula cerrada. El joven aprendiz no tenía ni idea de lo que era la vergüenza, pero incluso en su enloquecedora agonía, Gomph se prometió que su sobrino lo aprendería y que sería la última vez que Prath Baenre diera consejos a su tío.

Gomph no gritó, ni siquiera cuando la rata se cambió al otro ojo.

Capítulo dos



El demonio los condujo a la parte más oscura del lago, y ninguno de los drows receló nada. Balanceándose y sujeto por el ancla en la profunda penumbra del Lago de las Sombras, el blanco puro del barco del caos —barco del caos de Raashub— destacaba sobre la negra oscuridad. El agua misma era de un negro sólo comparable con el profundo color ébano de la piel de su capitán drow. El mago, al que ellos llamaban Pharaun, lo había encontrado, lo había maniatado y lo había encadenado a su propio puente de mando, y lo había hecho sin humildad, sin respeto y sin miedo. El solo hecho de pensarlo hacía que se erizasen los crespos pelos negros que moteaban la carne arrugada y grisácea del demonio. Por un instante, el demonio puso de manifiesto el odio que sentía por aquel drow y por su altanera familia.

El drow había estado encerrando a un sinnúmero de manes serviles, tontos y sin voluntad. Las almas condenadas de los pequeños pecadores servían de comida en el Abismo y alimentaban el barco del caos. El uridezu tomaba nota del número de almas que el mago drow traía en cada momento con la esperanza de calcular el poder del elfo oscuro. Si era una ciencia exacta eso de apresar demonios menores, Raashub no conocía los pormenores, pero el hecho de que llegasen tantos no dejaba la menor duda acerca de la habilidad de los drows. Raashub no estaba ayudando a los drows y se sentía feliz no sólo de permitirles que abasteciesen su barco, sino también de que empleasen a fondo sus conjuros, sus esfuerzos y su atención. La presencia de todos aquellos gimientes y miserables demonios habría embotado hasta tal punto los sentidos de la sacerdotisa drow que algunas veces Raashub podía ampliar los límites de su cautividad.

La conciencia primitiva de una rata se le impuso, y Raashub sólo pudo lanzar una tímida ojeada en esa dirección. La había estado llamando sutilmente durante dos días, desde que los drows habían subido a bordo por primera vez. Los roedores nadaban por la superficie del Lago de las Sombras y vivían en los espacios que había entre los puentes y bajo las escaleras del barco del caos, del mismo modo que las ratas de todas partes nadaban, se escondían y sobrevivían. Raashub, un uridezu, era tan rata como cualquier congénere terrestre y conocía tanto a las ratas de la Antípoda Oscura como a las de todos los rincones de los infinitos planos.

El roedor respondió al vistazo de Raashub con un silencioso movimiento de sus bigotes, un gesto que el uridezu sintió más que vio. Se escabulló detrás de la gruesa

base del mástil principal y se arrastró con el mayor cuidado hacia el draegloth.

Ellos llamaron al mestizo Jeggred. Para los draegloths él era un individuo típico. Si Raashub hubiera sido lo suficientemente estúpido como para medirse con él, el draegloth habría vencido en una lucha cuerpo a cuerpo, pero el uridezu no llegaría nunca a cometer esa estupidez. No sería nunca tan estúpido como el draegloth.

La rata no quiso morder al semidemonio, y Raashub tuvo que insistir silenciosamente. Era un riesgo, pero al uridezu no lo preocupaba el pequeño castigo por una recompensa aún menor. Su apremio psíquico atrajo nuevamente la atención de una de las hembras drows, que apartó la vista al tiempo que el uridezu reculó, antes de que se cruzaran sus miradas. Todos los drows se sometían, aunque con gruñidos, a la mujer llamada Quenthel, que al parecer era una especie de suma sacerdotisa de Lloth, la araña-hembra drow. Esa mujer era tan injustificadamente presuntuosa como todos los demás, pero era más sensible. Raashub estaba preocupado porque ella pudiese oírlo cuando menos deseaba él que lo oyese.

Rápida como una flecha, la rata se tiró al tobillo del draegloth. El semidemonio se la sacudió con un gruñido y el pequeño roedor voló por los aires perdiéndose en la oscuridad. El chapoteo se produjo tan lejos que apenas se oyó. El draegloth, en cuya piel no habían hecho mella los débiles dientes de la criatura, centró sus ojos en Raashub y lo miró fijamente.

El draegloth no había hecho mucho más que mirarlo en los dos últimos días.

Fastidioso gusanillo, transmitió Raashub a la mente del draegloth, *¿acaso no son ellos, Jeggred?*

El draegloth expulsó un corto y maloliente resoplido por la nariz y sus labios se retrajeron ligeramente para dejar al descubierto los colmillos, auténticas hileras de hojas de puñal afiladas como navajas y tan penetrantes como agujas. El semidemonio silbó su rabia y en sus labios chisporroteó la saliva ardiente.

Encantador, se mofó Raashub.

Los ojos del draegloth se achicaron, confusos. Raashub se permitió lanzar una carcajada.

La suma sacerdotisa se dio la vuelta y los miró a ambos. De nuevo, Raashub evitó que se cruzasen sus miradas. Movié repetidas veces el pie para que la cadena que lo ataba chocase ruidosamente contra el hueso de dragón que constituía la mayor parte de la cubierta de su barco. Por encima de él, las andrajosas velas de piel humana colgaban fláccidamente en el aire estancado. El demonio oyó cómo Jeggred se daba vuelta. Raashub estaba encantado con el juego. Ambos habían sido víctimas de una madre austera y excesivamente severa en su traviesa infancia.

Quenthel apartó la mirada y Jeggred volvió a clavar los ojos en Raashub. El uridezu no se molestó en agraviarlo más aquel día. Se empezaba a aburrir. En lugar de eso, el demonio se conformó con permanecer tranquilo, acercando de cuando en

cuando un poco más el barco a la profunda oscuridad siguiendo la pared de la caverna.

La paciencia no era una cualidad que adornase a los de su especie, pero Raashub llevaba mucho tiempo atrapado en el Lago de las Sombras. La aparición de los drows había sido una especie de regalo del cielo, aunque por el tono de sus conversaciones y por los atisbos de los hechos relativos a su misión que se les habían escapado, Raashub sabía que era bastante difícil que los hubiese enviado un dios o una diosa. Habían tratado de liberar su barco y de liberarlo a él. Si no fuera un uridezu, un demonio nacido en el vertiginoso caos del Abismo Madre, podría haber estado... ah, ¿cuál era la palabra? ¿Agradecido? En cambio, debía ser paciente, paciente por algún tiempo más.

Muy pronto los drows se sumirían en su Ensoñación, su trance de meditación, muy parecido al sueño, y la suma sacerdotisa se ensimismaría. Cuando llegase ese momento y ella no pudiese darse cuenta de lo que estaba haciendo él, Raashub traería a otro de su especie a través de la infinitud ilimitada entre planos. Ya había traído a uno el día anterior. Los drows, muy confiados en el control que tenían sobre él, no habían percibido dicha llamada, no se habían dado cuenta de que su primo Jaershed cruzaba el Abismo y tampoco repararon en que el otro uridezu estaba en ese momento colgando de la quilla, oculto en la cómplice oscuridad, al acecho.

Jaershed no había aprendido a tener tanta paciencia como Raashub, y a veces el ansia de sangre y caos surgía en él por oleadas. Cuando eso ocurriese, la detestable suma sacerdotisa miraría a su alrededor como si oyera algo, como si pensase que alguien la estaba mirando. Entonces Raashub se lamentaría en silencio sumando su voz mental a los angustiados quejidos de la hilera de manes que ellos traían y metían en la bodega. Quenthel sentiría curiosidad, incluso se alteraría, pero finalmente se lo creería.

Los elfos oscuros habían vencido a Raashub, después de todo. Su poderoso mago lo había atrapado en aquel miserable plano, lo había encadenado a su propio puente, lo había intimidado y esclavizado... y ninguno de ellos podía imaginar que, por más que eso fuera así, no había nada —ni en el Abismo, ni en la Antípoda Oscura, ni en el Lago de las Sombras, ni a bordo de un barco de hueso y caos— que durase para siempre.

Raashub cerró los ojos, dejó de pensar en el agradable futuro y sonrió.



Ryld Argith escrutó la oscuridad de la noche de Velarswood y suspiró. En los lugares en que los árboles eran lo suficientemente altos y estaban muy cerca unos de otros como para ocultar el cielo tachonado de estrellas casi se sentía cómodo, pero esos momentos eran escasos y muy distanciados en lo que el maestro de armas había

llegado a darse cuenta de que era un bosque relativamente pequeño. Los sonidos no ayudaban; de todas direcciones llegaban silbidos y crujidos, que no solían producir eco alguno. Su oído, sensibilizado por décadas de entrenamiento en Melee-Magthere, estaba adaptado a las peculiaridades de la Antípoda Oscura, pero en el Mundo de Arriba le estaba destrozando los nervios. El bosque parecía estar lleno de enemigos.

Se dio la vuelta para rastrear la oscuridad buscando la fuente de alguna perturbación, algo que le habían dicho que era un «pájaro nocturno», y en lugar de eso se encontró con el ojo de Halisstra. Ella sabía lo que estaba haciendo él, sobresaltándose con cada sonido, y le sonrió de un modo que sólo algunos días atrás Ryld hubiera interpretado como una señal de que ella había percibido un punto débil en él, del que se aprovecharía más tarde. El brillo de sus ojos enrojecidos parecía indicar lo contrario.

Halisstra Melarn había sumido a Ryld en un estado de confusión desde el momento mismo en que se conocieron. La Primera Hija de una casa noble de Ched Nasad al principio había sido la arrogante y serena sacerdotisa en que estaba destinada a convertirse por su educación, pero cuando su diosa le volvió la espalda, su casa cayó y luego su ciudad se derrumbó hasta los cimientos, Halisstra cambió. Ryld abandonó a su aliado de tanto tiempo, Pharaun, y al resto de los menzoberranios que la acompañaban, y no sintió pesar por ello; pero no estaba seguro de poder dar la espalda para siempre a la Antípoda Oscura del mismo modo en que ella lo había hecho. Ryld seguía teniendo un hogar en Menzoberranzan, al menos creía que lo tenía, a falta de nuevas noticias de la ciudad, que ya había notado los efectos del Silencio de Lloth cuando ellos la habían abandonado. Cuando pensó en ello, tuvo la seguridad de que algún día volvería allí. Cuando miró a Halisstra vio a un elfo oscuro como él, pero diferente. Sabía que ella nunca podría regresar, incluso aunque tuviera una casa a la que volver. Ella era diferente y Ryld sabía que, finalmente, o mucho tendría que cambiar él o volvería a su hogar sin ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella con una voz que fue como una tregua reconfortante de los ruidos del bosque.

Sus miradas se cruzaron, pero él no supo qué contestar. Gracias a las sacerdotisas de Eilistraeen, Uluyara y Feliane, no sólo estaba vivo sino también indemne. El veneno que casi se lo había llevado le había sido extraído de la sangre por ellas, mediante su magia, y habían curado tanto sus heridas como las de Halisstra, sin que les quedasen marcas. La diosa ajena de los elfos de la superficie le había concedido la vida y Ryld seguía esperando que ella o sus seguidores le pasaran la factura.

—¿Ryld? —inquirió de repente Halisstra.

—Aquí estoy.

Él se detuvo, volvió la cabeza y cuando oyó que Halisstra tomaba aire para hablar de nuevo, levantó la mano en señal de aviso para indicarle que guardase silencio.

Algo se estaba moviendo muy cerca, por el suelo. Y avanzaba hacia ellos. Sabía que Feliane se les había adelantado. Los eilistraeenos tenían siempre mucho cuidado de no dejar a los dos recién llegados solos en ningún momento, pero la sacerdotisa estaba bastante lejos.

Detrás de ti, indicó a Halisstra con un gesto, y *a la izquierda*.

Halisstra asintió mientras llevaba su mano derecha a la espada encantada que colgaba de su cadera. Ryld observó que ella se volvía lentamente y, al tiempo que desenvainaba su propia espada, grande y poderosa, que llevaba ceñida a la espalda, tuvo un instante para admirar las caderas de Halisstra, cuya cota de malla brillaba a la luz de las estrellas sobre el negro telón del bosque. Los pies de la mujer silbaron en la nieve y Ryld rastreó los sonidos. Fuera lo que fuese aquello no se movía de una manera muy deliberada y por su sonido se diría que era más de una cosa, aunque la ausencia de ecos le hacía difícil estar seguro. No detectó ningún cambio en la trayectoria que estaba siguiendo cuando ambos desenvainaron sus espadas, por eso Ryld pensó que era improbable que el intruso los hubiera oído.

Una planta alargada —los eilistreeanos habían llamado a una igual «arbusto»— se movió, pero no a causa del viento. Halisstra retrocedió un paso y sostuvo la Espada de la Medialuna en posición defensiva. Estaba de espaldas a él, por eso Ryld no podía comunicarse con ella valiéndose del lenguaje de los signos. Quería decirle que retrocediera más, para que él se ocupase de aquello, fuera lo que fuese, pero no quería decirlo con palabras.

Cuando la cosa salió de detrás del arbusto, Halisstra retrocedió tres pasos rápidamente, con la espada en posición de ataque. Ryld se abalanzó sobre el bulto de erizada piel marrón suponiendo que Alistar le despejaría el resto del espacio. Como ella no lo hizo, él se vio obligado a detenerse, y la cosa lo miró. Lo más parecido a la criatura que Ryld había visto nunca era un rote, pero eso no era un rote. Era un ser pequeño, con el tamaño y el peso del torso de Ryld, y sus ojos abiertos de par en par estaban húmedos y eran inocentes, frágiles y...

—Una cría —susurró Halisstra, como si estuviera completando su pensamiento.

Ryld no bajó la guardia, por más que el animal se sentó tranquilamente en el suelo, mirándolo fijamente.

—Es una cría —repitió Halisstra mientras envainaba la Espada Medialuna.

—¿Qué se supone que es? —preguntó Ryld, sin decidirse a bajar la guardia, y mucho menos a envainar su espada.

—No tengo ni idea —respondió Halisstra, pero se agachó frente al animal.

—Halisstra —siseó Ryld—, por Lloth...

Se detuvo antes de terminar la frase. Era otro hábito que tendría que cambiar.

—No nos va a comer, Ryld —susurró ella, mirando a los ojos a la pequeña criatura.

El animal arrugó el hocico y le sostuvo la mirada. Parecía curioso, con un rostro vagamente élfico, pero su mirada transmitía inteligencia animal, y sólo eso.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó él.

Halisstra se encogió de hombros.

Antes de que Ryld tuviera tiempo de decir nada más, de los arbustos salieron otros dos animalitos y se quedaron mirando a su congénere y a los dos elfos oscuros con mansa curiosidad.

—Feliane sabrá qué hacer con ellos —aseguró Halisstra—, o por lo menos podrá decirnos qué son.

Ahora fue Ryld el que se encogió de hombros. Una de las criaturas se estaba lamiendo y ni siquiera Ryld estaba tan embelesado como para no seguir viéndolos como una amenaza. Halisstra envió una llamada que le habían enseñado los eilistraeeanos —el canto de algún pájaro— y Ryld devolvió la espada a su vaina.

Feliane oiría la llamada y vendría hasta ellos. Ryld se acobardó al darse cuenta de que cuando ella llegase allí y los viese a los dos paralizados por lo que parecían indefensos animales... ambos volverían a parecer trastornados. Ryld, al menos, lo parecería.

Feliane venía abriéndose paso a zancadas entre la maleza. Ryld estaba sorprendido no sólo por lo rápido que avanzaba la eilistraeeana, sino por lo grande que era. Admiraba la habilidad que mostraban los eilistraeeanos para deslizarse por el bosque sin...

En ese momento se dio cuenta de que los crujidos que se oían en la impenetrable oscuridad del bosque no eran de Feliane. No era un drow, ni un elfo de la superficie ni siquiera un humano. Era otra cosa, sin duda de gran corpulencia.

El ser emergió de la espesura del monte bajo como una pared de enmarañada piel marrón que se cayera encima. Ryld consiguió llevar la mano hasta la empuñadura de *Tajadora*, pero no pudo desenvainarla antes de que el animal se lo llevara por delante. El maestro de armas trató de hurtar el cuerpo para protegerse de las atezadoras garras del monstruo, pero no tuvo tiempo.

La criatura lo pisoteó, destrozó sus ropas, se abalanzó sobre él y luego se le subió encima. Todo lo que pudo hacer Ryld fue mantener los ojos fuertemente cerrados y gemir. La criatura era pesada y cuando lo tiró al suelo Ryld sintió que al menos se le rompía una costilla bajo aquel peso. Finalmente lo liberó y Ryld rodó sobre un lado para acabar acurrucado bajo un crecido «arbusto» cuajado de espinas que arañaron su armadura y su *piwafwi*. La nieve se incrustó entre las laminillas de su armadura y le congeló el cuello y las manos.

La criatura se detuvo, dio una voltereta en el aire y cayó sobre sus patas, evitando en todo momento mirar de frente a Ryld. El maestro de armas levantó la vista y la miró con asombro. Parecía una versión más grande —mucho más grande— de los

animalitos que habían aparecido frunciendo sus hociquitos ante el drow. Era una astuta maniobra y con seguridad una exitosa estrategia de caza: desarmar y distraer a la presa con unas curiosas crías, para derribarla cuando estaba distraída.

El maestro de Melee-Magthere hizo una mueca de desagrado por haberse dejado engañar, aunque fuera con tamaña astucia.

«Me estoy volviendo más lento —pensó—. Este lugar abierto, todas esas conversaciones de diosas y redención...».

Ahuyentando de su cabeza todos esos pensamientos que lo distraían, Ryld se puso de pie de un salto. Desenvainó a *Tajadora* y cruzó con ella el aire en todas direcciones. El pesado animal se dio la vuelta para enfrentarse a él, pero Ryld estaba listo para esa contingencia.

La bestia lo miró fijamente a los ojos y la mirada de Ryld centelleó sobre el aguzado filo de su gran espada.

De su nariz salió vaho al tiempo que emitía una serie de sonoros gruñidos. Arañó la nieve con una de las patas delanteras, y Ryld pudo contemplar sus negras garras, del tamaño de un cuchillo de caza, al final de unas bien articuladas manos, cosa que le resultó sorprendente. La mirada de los ojos de la criatura era una mezcla de pasmo y de rabia. Esa mirada ya la había visto antes Ryld y había aprendido a respetarla. Los enemigos estúpidos eran fáciles de vencer y ya no digamos los enemigos furiosos. Mézclalos a ambos y estarás a punto de iniciar una pelea.

El animal cargó y Ryld lo esperó a mitad de camino. Cuando se irguió al final de su carrerilla, vio que la bestia era tres veces más alta que el drow. Esta visión probablemente atemorizaría a oponentes de menor envergadura, pero a Ryld le puso al alcance el vientre de la criatura. El maestro de armas levantó rápidamente su gran espada a la altura del hombro en un formidable mandoble dirigido a destripar al animal. De todos modos, la criatura era más rápida de lo que parecía y cayó hacia atrás, y rodó sobre el lomo cuando el filo de la espada de Ryld cortó el aire como un rayo, fallando apenas por unos centímetros. Ryld no pudo hacer nada por detener la trayectoria del golpe, pero alcanzó a aprovechar la inercia para desplazarse hacia la izquierda y evitar así que la bestia lo alcanzase con sus afiladas garras.

Ryld se detuvo en seco, la espada en alto, mientras el animal seguía rodando hasta que finalmente se puso en pie. El aliento de ambos se convertía en vaho en el gélido aire, pero sólo Ryld sonreía.

Volvieron a cargar uno contra el otro, y Ryld estaba preparado para que la criatura lo pisotease. El animal no hizo nada de eso. Extendió ambas manos hacia el guerrero drow con la clara intención de agarrarlo por los hombros o por la cabeza. Ryld se deslizó hacia él y lo pinchó con su gran espada al tiempo que pasaba bajo la mandíbula inferior del animal. Trataba de atravesarlo, tal vez incluso de degollarlo, pero su oponente demostró una vez más una sorprendente agilidad. Ladeó la cabeza

rápidamente y todo lo que pudo hacer Ryld fue rebanarle parte de una oreja.

El maestro de armas siguió deslizándose, tratando de apuñalar de nuevo a la criatura y alcanzarla al menos en el vientre, pero el animal saltó hacia un lado y se alejó con una voltereta, consiguiendo así eludir el ataque del drow.

Ryld se puso de pie y ambos oponentes volvieron a verse las caras. El maestro de armas oyó una voz a su izquierda y echó un vistazo para ver a Halisstra, arrodillada en actitud de rezar, murmurando entre dientes una especie de canto. El animal aprovechó la fugaz distracción de Ryld y saltó sobre él salvando fácilmente los más de dos metros que los separaban. La criatura tuvo que echarse hacia atrás, trastabillando, para esquivar otro mandoble de *Tajadora*. Abrió cuanto pudo sus fauces, mostrando unos peligrosos colmillos, y dejó escapar otra serie de furiosos y frustrados gruñidos.

Amagó una serie de zarpazos contra Ryld. El drow estaba dispuesto a enfrentarse con la criatura, firmemente empeñado en cortarle la pata delantera por el codo, cuando ambos retrocedieron de repente con el fin de esquivar algo que zumbaba en el aire entre ellos en una ráfaga de plumas, garras y turbulencia.

Ryld siguió la mirada del animal mientras éste seguía las locas evoluciones en el aire del nuevo jugador. Era una especie de pájaro, pero con cuatro alas. Sus plumas multicolores se disimulaban bien sobre el fondo tenebroso del bosque y Ryld lo perdió de vista por un segundo. La enorme bestia peluda retrocedió, intentando mirar a Ryld y al pájaro al mismo tiempo.

Cuando el peludo animal estuvo frente a él y bajó fugazmente su guardia, el maestro de armas se lanzó de nuevo al ataque y, una vez más, el pájaro-cosa se interpuso entre ellos, peinando el aire con unas garras como agujas.

Ryld apenas pudo echarse hacia atrás, pero el enorme animal casi se le cayó encima tratando de esquivar al recién llegado. Ryld, que ya había lanzado su mandoble, lo detuvo a mitad del recorrido y cambió rápidamente la dirección del ataque. Estaba a pocos centímetros de cortar en dos al pájaro de rápido vuelo cuando oyó detrás de sí la llamada de Halisstra.

—¡Espera! —gritó ella y Ryld bajó la punta de su espada justo lo suficiente para no cortar el vuelo del pájaro—. Es mío. Yo lo he invocado.

Ryld no tuvo tiempo de preguntarle cómo lo había conseguido. En cambio retrocedió tres grandes zancadas, sin apartar los ojos de la bestia, que ya se había vuelto a poner de pie. El pájaro irrumpió desde la oscuridad y clavó sus garras en la cabeza de la criatura. Al sentir las aulló de dolor y de sorpresa e intentó clavar sus garras en el pájaro, pero falló.

—¿Qué es eso? —preguntó Ryld, sin mirar a Halisstra, la vista fija en el furioso animal del bosque.

—Es un halcón flecha —respondió Halisstra.

Ryld pudo percibir orgullo y sorpresa en la respuesta, y eso le produjo un escalofrío que le recorrió la columna dorsal.

El animal lo miró fijamente, lanzó un gruñido y se le vino encima. O bien se había olvidado del halcón flecha o bien había renunciado a averiguar si volvía. Ryld se puso en cuclillas, blandió a *Tajadora* y esperó la carga de la bestia. Mantuvo los hombros relajados y se dijo a sí mismo que la lucha ya había durado bastante. No iba a cometer la tontería de...

... y el halcón flecha silbó sobre su cabeza, esquivando por apenas un centímetro la punta de su pelo blanco cortado al cero.

Ryld agachó la cabeza al paso del pájaro, que volaba con la rapidez de una flecha, y al drow no le resultó difícil entender por qué la criatura había recibido ese nombre. Parecía como si el halcón volase directamente hacia los ojos de la criatura peluda. La mitad de Ryld deseaba que el halcón flecha la matase, pero la otra mitad no quería que lo pusiese en evidencia un pájaro invocado. Al menos no delante de...

También ese pensamiento quedó interrumpido cuando Ryld se oyó carraspear ante la visión del enorme animal terrestre aferrando al halcón flecha en pleno vuelo con una de sus manazas.

El pájaro emitió un graznido ensordecedor, y la criatura peluda lo miró a los ojos mientras lo estrujaba. Ryld no dudó ni por un instante de que el enorme animal fuese capaz de partir en dos con una mano al alargado y esbelto halcón flecha. Apenas medio segundo antes de que eso ocurriese, el halcón movió su larga y emplumada cola y la dirigió hacia la cara del animal. Un chispazo de cegadora luz formó un arco desde la cola del halcón flecha hasta la punta del hocico de la criatura. Ryld cerró los ojos y rechinó los dientes para contrarrestar el dolor. Se produjo un sonoro revoloteo de plumas, otro graznido de furor y un agudísimo gemido que sólo podía provenir de la gran bestia peluda.

Ryld abrió los ojos y tuvo que parpadear para desvanecer la imagen residual del llamativo chispazo púrpura que había salido disparado de la cola del halcón flecha. El animal había soltado al pájaro, al que no se veía por ningún lado. Una voluta de humo salía de la nariz quemada de la bestia, y el hedor de la carne quemada saturó rápidamente el aire estancado de la noche.

Halisstra avanzó hacia Ryld, ambos se miraron y esbozaron una sonrisa mientras el animal se retorció de dolor.

—No ha estado mal —bromeó el maestro de armas, y Halisstra le respondió con una sonrisa complacida.

—Da gracias a Eilistraee —dijo ella.

Como si la hubiera entendido y no tuviera ni el menor amor a su diosa, el gran animal la miró fijamente, emitió dos o tres feroces gruñidos y se lanzó contra ellos. Ryld extendió una mano para colocar a Halisstra tras la protección de su cuerpo, pero

ella ya había desaparecido en la oscuridad. El drow se afianzó sobre sus pies, listo para repeler la carga, y vio cómo el halcón flecha salía de repente de las tinieblas. El pájaro orientó su cola hacia adelante y Ryld, sabiendo lo que venía después, cerró los ojos y levantó un brazo —aferrando con ambas manos la empuñadura de *Tajadora*— para proteger sus sensibles ojos.

Se produjo un chisporroteo eléctrico, sintió un tenue olor a ozono y de nuevo el aire se cargó de un insoportable hedor a carne quemada. La peluda criatura gruñó agónicamente y Ryld abrió los ojos. Una vez más, el halcón flecha había desaparecido de la vista. Probablemente estaba revoloteando por el bosque, alrededor de los troncos de los árboles, preparándose para hacer otra pasada.

—¡Espera! —gritó una voz femenina, que Ryld pensó en un primer momento que era la de Halisstra.

—No, Feliane —respondió en voz alta Halisstra—. Todo está en orden. Entre Ryld y el...

—¡No! —la interrumpió la drow de la superficie.

Ryld se había dado la vuelta para ver cómo se acercaba Feliane, pero el animal había decidido volver a cargar sobre él. Sin saber exactamente qué era lo que Feliane estaba tratando de evitar, Ryld avanzó en dirección al gran animal. Vio cómo el halcón flecha, resistente y escurridizo, hacía un alto en la nieve. La criatura peluda debía de haberse dado cuenta de por qué se detenía el drow tan de repente, y cuando el halcón descendió para un nuevo ataque con sus garras, la criatura también lo vio.

Sus fauces atraparon al halcón flecha. Se produjo una ruidosa confusión de aleteos, gritos, gruñidos, dentelladas y crujidos, y el halcón cayó sobre la nieve con el cuerpo dividido en dos partes sangrantes.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Feliane, cuya voz sonó mucho más próxima—. ¿Qué estáis haciendo, por el nombre de la diosa?

Con sus mandíbulas coronadas de afilados colmillos de las que chorreaba aún la sangre del halcón, el animal parecía aún más feroz, más peligroso y más rabioso que nunca. Ryld sonrió, blandió su maciza y mágica espada y corrió hacia la bestia.

Detrás de él y entre los arbustos, Halisstra y Feliane hablaban con tono de disputa, pero los sentidos entrenados de Ryld se desentendieron de ello. Eran aliados y el único oponente destacable era la furiosa bestia. Fuera lo que fuese lo que estaban discutiendo, se lo podrían decir más tarde, después de que él hubiera acabado con el robusto y astuto depredador.

La criatura retrocedía a medida que Ryld se acercaba, y el drow blandió a *Tajadora* a media altura y abrió un profundo tajo en el desprotegido bajo vientre de la bestia. Un chorro de sangre brotó de la herida y rápidamente empapó la piel marrón de los bordes. Ryld atrajo la espada hacia sí y la apuntó hacia adelante, sujetándola con ambas manos, por encima de la cabeza, para lanzar una estocada final que

atravesase a la bestia.

El depredador del bosque volvió a demostrar que no sería fácil abatirlo. Antes de que la estocada de Ryld alcanzara su destino, la enorme garra de la bestia lo aferró por el brazo derecho y se hundió entre el espaldarón y el avambrazo para rasgar la piel de la axila de Ryld.

Ryld plegó su brazo derecho, presionando la garra contra el costado de su armadura para evitar que la bestia le arrancase el espaldarón y con él una buena porción de piel y músculo. Eso tuvo el desafortunado efecto de desviar hacia arriba la punta de la gran espada. El animal empujó hacia abajo y su peso bastó para provocar el trastabilleo de Ryld y, finalmente, su caída de espaldas. La punta de *Tajadora* se desvió del hombro del animal sin llegar a causarle daño alguno. Cuando sintió que se le clavaba la otra garra en el espaldarón izquierdo, Ryld supo que estaba inmovilizado.

La criatura le lanzó un golpe a la cara, pero Ryld aún pudo apartar la cabeza y esquivarlo. Reuniendo todas sus considerables fuerzas, el maestro de armas se impulsó hacia arriba, pero al tener los brazos atrapados sobre la cabeza y la espada totalmente inmovilizada, tenía que valerse de su espalda y de sus hombros para tratar de levantarse del suelo, desplazando al mismo tiempo a aquella criatura de casi cinco metros que debía de pesar casi una tonelada. No fue mucho lo que pudo moverse, pero cuando el animal se dio cuenta de que estaba tratando de empujar hacia arriba, presionó hacia abajo, extendiendo los brazos esos escasos centímetros que Ryld necesitaba para hacer un uso eficaz de su espada. Retorciendo sus muñecas dolorosamente, Ryld consiguió apuntar su espada hacia la barbilla de la bestia.

El animal bajó los oscuros y perezosos ojos y estiró el cuello para esquivar la espada. Ambos estaban inmovilizados y Ryld temió que fueran a permanecer mucho tiempo de aquel modo: la criatura tratando de vencerlo y él tratando de atravesarle la garganta.

—¡Halisstra! —gritó Feliane—. ¡No!

El grito resonó con estridencia, teñido de pánico, y lo suficientemente cercano para que Ryld se diese cuenta de que las dos hembras seguían allí. No estaba solo. Como las hembras no estaban dispuestas a hacerlo, le dejaban a él la parte dura del castigo, pero no querían dejarlo así ¿o querían? A juzgar por el sonido de la voz de Feliane, eso era exactamente lo que ella trataba de hacer.

Ryld redobló sus esfuerzos, pero el animal hizo otro tanto, y eso no ayudaba a dirimir el asunto, hasta que Ryld oyó murmurar a una mujer de una manera extraña, y comprobó que era Halisstra. La criatura se inclinó esos pocos centímetros que Ryld estaba esperando.

La punta de la gran espada infligió un corte en la garganta al animal, y la sangre corrió espada abajo. El animal gruñó, abriendo la boca unos centímetros y

permitiendo que la hoja se deslizase mucho más adentro. Un chorro de caliente sangre roja brotó de la herida, luego empezó a salir del cuello del monstruo al ritmo de los rápidos latidos de su corazón: Ryld había atravesado la arteria que buscaba.

Vio cómo Halisstra saltaba hacia la derecha y oyó el roce de una espada al salir de su vaina. Ella había saltado sobre la espalda del animal y lo estaba montando a horcajadas, mientras desenvainaba la Espada de la Medialuna para asestar el golpe de gracia.

Ryld lo celebró retorciendo la punta de *Tajadora* en la garganta de la criatura, ampliando la hemorragia y provocando un fuerte estremecimiento en todo su cuerpo.

Feliane se acercó a ellos y debió de golpear con fuerza el costado del animal. Halisstra gruñó y el hulk empezó a tambalearse. Ryld aserró su cuello por precaución, desconfiando de que estuviera ya muerto.

A su lado, Feliane pateaba, contrariada, la nieve.

—Para ya —exclamó—. Por el amor de Eilistraee, la Espada de la Medialuna no se concibió para eso.

Ryld dejó que el espasmódico cuerpo rodase lejos de él hasta quedar tendido como un muñeco desmadejado entre la maleza. Haciendo caso omiso del dolor que sentía en el hombro y en el antebrazo, retiró la espada del cuello del animal y se puso de pie. Retrocedió unos pasos antes de poder afirmarse sobre las piernas.

Halisstra y Feliane estaban de pie al lado del animal abatido, y la mano de Feliane apretaba firmemente el brazo de Halisstra que sostenía aún la espada.

—No podía... —dijo Halisstra con voz temblorosa, acompañando cada palabra con un soplo de vaho que se disipaba en el gélido aire—. No podía dejar que lo matase a él.

Ambas hembras se dieron la vuelta para mirar a Ryld, que no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros.

—No hacía más que proteger a sus crías —dijo Feliane.

Miraba a Ryld, pero el maestro de armas tuvo la clara impresión de que estaba hablando para Halisstra. Ryld no lo entendía ¿Qué estaba protegiendo...?

—¿El animal? —preguntó.

—Es un sloth terrestre gigante —informó la eilistraeena, soltando el brazo de Halisstra y apartándose de ella—. Era una sloth terrestre gigante. Son animales raros, sobre todo aquí, en el lejano norte.

—Está bien —dijo Ryld—. Era más fuerte de lo que parece.

—¡Maldita sea! —exclamó Feliane—. Sólo estaba protegiendo a su cría. No teníais que haberla matado.

Halisstra estaba contemplando su espada, cuya hoja centelleaba en la oscuridad.

—¿Por qué —preguntó Ryld— atacaría a un drow armado para proteger a sus crías? Podría haber vivido para alumbrar más.

Feliane abrió la boca para responder, pero no dijo nada. En sus ojos se vio una extraña mirada, tan extraña como jamás recordaba Ryld haberla visto en la cara de ningún drow.

Halisstra bajó la mirada para contemplar a la sloth muerta:

—Ella...

Ryld meneó la cabeza. No entendía nada y estaba empezando a pensar que nunca lo entendería.

Capítulo tres



Habían pasado dos días desde que Pharaun había tomado contacto con su maestro, y las noticias recibidas seguían apesadumbrando al mago. El conjuro sólo permitió la transmisión de un breve mensaje a través del Tejido, desde el Lago de las Sombras hasta Menzoberranzan, y un mensaje de respuesta igualmente corto.

El barco del caos es nuestro —rezaba el mensaje de Pharaun, evitando las palabras innecesarias por más que eso iba en contra de sus inclinaciones naturales—. *Aconsejar sobre dieta adecuada. No confiar en el capitán. ¿Se sabe algo de Ryld Argith o de Halisstra Melarn? Enviar a casa para informe detallado.*

Había esperado interminables segundos para obtener una respuesta, preguntándose constantemente si habrían llegado los tiempos que él había estado esperando, el momento en que Gomph Baenre, archimago de Menzoberranzan, dejaría de responder. Ése sería el momento en que Pharaun sabría que ellos habían fallado, que no tenían ciudad a la que volver ni civilización que proteger.

Sin embargo, todavía no habían llegado esos tiempos.

Alimenta a las almas —le había respondido el archimago—. *A todas las que puedas. El capitán se pondrá al servicio del poder. El maestro Argith y la maestra Melarn no están aquí. Déjate de peleas y ponte en marcha.*

Pharaun no dejaba de preguntarse cómo había sabido Gomph que las tenues alianzas se estaban debilitando dentro de la expedición. Gomph también era drow, después de todo, y probablemente lo daba por supuesto. De haber pensado que iba a tener tiempo, Pharaun podría haber estudiado ese punto con mucha más atención, tratando de establecer hasta qué punto conocía Gomph las actividades de la expedición, pero había que ponerse a trabajar.

Un demonio de almas no era la criatura más intimidadora ni para convocarlo ni para controlarlo, pero de todos modos era un demonio. Tendría que usar sus poderosos hechizos para convocarlos y unirlos a todos, al tiempo que mantenía cierto control sobre el capitán uridezu, que decía llamarse Raashub. Habían sido dos largos, difíciles y agotadores días para Pharaun. Sólo había disfrutado de una dosis suficiente de Ensoñación para dar contenido a sus conjuros y estaba haciendo todo lo que su considerable formación le permitía para llevar hasta el límite el alcance de los mismos. El desfile de subdemonios monstruosos, rastreros, irritables, que trajo al puente del barco empezaban a asombrarlo incluso a él, y Pharaun esperaba que

Quenthel y los demás estuviesen tomando nota de ello. Los que pudieran apreciar esas capacidades tendrían que estar impresionados, y si lo estaban deberían estar asustados. Y en la medida en que estuviesen asustados, él estaría a salvo.

Mientras conducía a una fila de malolientes diablos a las rechinantes fauces de las bodegas del barco demoníaco, Pharaun hizo un repaso mental del resto de aquella expedición. Ryld no había llegado aún a Menzoberranzan, pero eso podía significar cualquier cosa. Podía estar muerto en cualquier punto entre aquella cueva del Mundo de Arriba y la Ciudad de las Arañas, o tal vez estuviese aún de camino. No había líneas rectas entre dos puntos cualesquiera en la Antípoda Oscura, y podía ser que se encontrase a pocos kilómetros mientras el gusano horadaba desde Menzoberranzan y tuviese aún por delante un viaje de varias jornadas.

Era posible que Ryld estuviese aún resentido por el hecho de que Pharaun los hubiera abandonado días atrás en la ciudad, pero Pharaun sabía que seguía teniendo un poderoso aliado en el maestro de Melee-Magthere. Podía ser que el guerrero hubiera caído bajo el hechizo de la primogénita de la casa de Melarn, pero si Halisstra seguía viva lo más seguro es que también estuviera de camino hacia Menzoberranzan. Pharaun no imaginaba que la sacerdotisa sin casa tuviese algún otro lugar adonde ir.

Sin Ryld a su lado, Pharaun había dado a Quenthel y a su sobrino draegloth Jeggred tanto espacio como permitía el atestado puente. Ellos no habían comprendido que Pharaun los hubiese dejado dando vueltas mientras él se había ido a rescatar a Valas y Danifae. Incluso a éstos les había extrañado, pero Pharaun había aprendido hacía mucho tiempo que siempre que sea posible un drow cauto deja que sus enemigos se desesperen por un momento, aunque sólo sea para recordarles que puede hacerlo.

De todos modos, la Señora de Arach-Tinilith estaba más que contrariada, y Jeggred había hecho otro firme intento de llevar a cabo un asalto físico. Quenthel lo había retenido y había encargado al draegloth la vigilancia del uridezu. Ambos estaban en la misma situación: eran dos demonios anclados en la dimensión equivocada, obligados a servir al drow que estaba dispuesto a devolverlos al Abismo que los había engendrado. Pharaun dejó escapar un suspiro ante ese pensamiento. Sabía que aparentemente era una mala idea eso de ir al Abismo, pero ya habían dejado atrás lo que era aceptable hacía mucho. Estaban en un nuevo territorio. Los encabezaba la propia Reina Araña y justo cuando Lloth parecía menos proclive a darles la bienvenida.

Pharaun estaba seguro de que no era el único que tenía dudas acerca de la expedición, independientemente de la vehemencia con que había defendido que siguiera adelante. Para un maestro de Sorcere aquella misión podía convertirlo en archimago de Menzoberranzan. En lo que a ella se refería, Quenthel ya había

alcanzado el puesto más encumbrado al que podía aspirar. Como Señora de Arach-Tinilith, Quenthel era la directora espiritual de todo Menzoberranzan y la segunda mujer de la ciudad por su poder. Algunos aducirían que incluso era más poderosa que su hermana Triel.

Entre todos los drows que estaban bajo Faerun, ella era la que mejor acogida tendría en los dominios de Lloth, suponiendo que hubiera aún una Lloth o una red demoníaca de pozos, pero incluso así la gran sacerdotisa tenía los nervios de punta. La severa contención que le era habitual se había convertido casi en rigidez, y sus movimientos resultaban bruscos y crispados. Cualquier comentario de la jornada que tenían por delante la hacía dar vueltas por el puente, sin la menor preocupación por los demonios que frecuentemente la agarraban o se estiraban para intentarlo.

Incluso Pharaun, con lo cínico que era, no quería creer que la Señora de Arach-Tinilith pudiera estar perdiendo su fe.

El hecho de que Jeggred también percibiese la incomodidad de Quenthel no contribuía a tranquilizar al mago. Las expresiones del draegloth no siempre eran tan fáciles de interpretar, por más que el demonio era el menos sagaz del grupo, pero desde que había llegado al Lago de las Sombras —tal vez incluso antes— Jeggred había mirado a su tía de forma muy diferente. Podía percibir su agitación, aunque podría haber pensado que era miedo, y no le gustaba. No le gustaba nada.

Pharaun cerró los ojos y respiró hondamente cuando las últimas almas del día descendieron a las entrañas del barco. Se sentía lo suficientemente cansado como para dormir como un humano. Sin molestarse en cruzar el puente para llegar hasta su petate, Pharaun se dejó caer sobre los gruesos tablones y se quedó sentado.

—Antes de que te sumas en la Ensoñación —dijo detrás de él Valas Hune—, tenemos que hablar de asuntos prácticos.

Pharaun se dio la vuelta, miró al explorador de Bregan D'aerthe y le dedicó una sonrisa sinuosa.

—¿Asuntos prácticos? —preguntó el mago—. A estas alturas estoy demasiado cansado para abordar otros asuntos... que no sean los que...

Pharaun cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Qué te pasa? —preguntó el explorador en un tono que revelaba ausencia de preocupación.

—Se me ha ido la cabeza —respondió Pharaun—. Debo de estar realmente cansado.

El explorador asintió.

—Necesitamos provisiones —informó dirigiéndose a los cuatro.

Quenthel no levantó la vista, y Jeggred sólo apartó la mirada del demonio encadenado por un segundo.

El draegloth se encogió de hombros.

—Yo me puedo comer al capitán.

Pharaun ni se molestó en mirar al uridezu para demandar una explicación, y el demonio, prudentemente, tampoco dijo nada.

—Bueno, yo no puedo —replicó Valas—. Ni tampoco pueden los demás.

—¿No podremos parar en el camino? —preguntó Danifae.

Pharaun miró a la hermosa y enigmática prisionera de guerra con una leve sonrisa en los labios.

—Navegaremos desde este lago a través de la Linde y hasta la Profundidad Oscura —dijo—. Desde allí hasta la interminable Astral, y desde ahí hasta el Abismo. Todos los albergues del camino serán... poco seguros, por decirlo suavemente.

—Eso quiere decir —cortó Valas— que no habrá ninguno.

—¿Qué habías pensado, Valas? —preguntó Pharaun—. ¿Cuántas veces hemos hablado de eso?

El explorador hizo intención de encogerse de hombros y se volvió hacia Quenthel.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera? —preguntó el explorador.

Quenthel casi rechazó la pregunta, y Jeggred volvió a fulminarla con la mirada, a sus espaldas, por un instante antes de fijar de nuevo su atención en el uridezu capturado.

—Un mes —respondió Pharaun por ella—, dieciséis días, tres horas y cuarenta y cuatro minutos.

Quenthel miró con dureza a Pharaun. Estaba pálida.

—Creo que ha perdido el juicio, maestro de Sorcere —comentó Danifae volviéndose hacia Quenthel—. A mi parecer, es una pregunta imposible de contestar con exactitud, Señora, pero supongo que con un cálculo adecuado puede encontrarse una respuesta.

Miró a Valas, enarcadas las cejas blancas en su tersa frente negra.

Valas asintió, sin dejar de mirar a Quenthel.

—A decir verdad, no tengo ni la menor idea —dijo al fin la Señora de Arach-Tinilith.

Los demás drows enarcaron las cejas. Los ojos de Jeggred se achicaron. Eso no era lo que ellos esperaban que dijera.

—Ninguno de nosotros la tiene —prosiguió ella haciendo caso omiso de la reacción—, y en primer lugar ni siquiera sabemos a ciencia cierta por qué seguimos adelante. Lloth hará con nosotros lo que le plazca una vez que estemos en la Red Demoníaca de Pozos. Si tenemos que recibir suministros, entonces necesitaremos provisiones para todo el viaje de ida y tal vez para el de regreso. Si Lloth decide proveernos mientras estamos allí, que así sea. Si no es así, no necesitaremos sustento alguno, al menos ninguno que pueda conseguirse en este mundo.

La suma sacerdotisa apoyó las manos sobre los brazos y un estremecimiento la recorrió. Todos los presentes la vieron temblar con indisimulado miedo. Pharaun también se quedó sorprendido al ver las reacciones de los demás. Finalmente, atrajo su atención un oscuro y estruendoso gruñido de Jeggred, y vio que el draegloth clavaba su mirada en Quenthel, el cual había logrado desentenderse de su sobrino con éxito.

—Habláis como los humanos —gruñó el draegloth—. Os referís al Abismo como si fuera un perro feroz que teméis que os vaya a morder el culo, por eso nunca os levantáis de vuestros asientos. Olvidáis que para vosotros el Abismo ha sido un terreno de caza, aunque cobráis la mayor parte de vuestras piezas en todos los demás planos. ¿Acaso no sois drows? ¿Señores de este mundo y del que viene? ¿O sois más bien...?

Jeggred se detuvo, apretadas la mandíbula y la garganta, y volvió a centrar su dura mirada en el uridezu. El demonio capitán apartó la vista.

—Das muchas cosas por supuestas, honorable draegloth —dijo Danifae con su voz clara, que el eco propagó por las tranquilas aguas—. No es el miedo el que nos alienta en nuestro viaje, estoy segura, sino la necesidad.

Jeggred se volvió lentamente, pero sin mirar a Danifae. En cambio, sus ojos volvieron a centrarse, una vez más, en la Señora de Arach-Tinilith. Quenthel parecía haber sucumbido, al menos así lo veía Pharaun, a la Ensoñación. Jeggred emitió una breve y cortante exhalación por las amplias ventanas de su nariz y dedicó a Danifae una sonrisa forzada.

—El miedo —dijo el draegloth— se huele.

Danifae le respondió.

—Seguro que el miedo de la Reina Araña es el que tiene el olor más dulce.

—Sí —intervino Valas, aunque Danifae y el draegloth siguieron mirándose con una expresión imposible de describir—. Bueno, todo está muy bien y es estupendo, pero seguro que alguien sabe cuánto tiempo nos llevará llegar hasta allí y cuánto el camino de regreso.

—Diez jornadas —respondió Pharaun, sin más base para su cálculo que el deseo de poner fin a aquello para poder descansar y reponer su magia—. Cada trayecto.

El explorador asintió, y nadie más planteó controversia alguna. Jeggred volvió a mirar al capitán y Danifae echó mano de una piedra humedecida para afilar un puñal. Las víboras del látigo de Quenthel se envolvieron cariñosamente sobre ella y empezaron, una tras otra, a caer en un profundo sopor.

—Entonces yo me voy —dijo Valas.

—¿Te vas? —preguntó Pharaun—. ¿Adónde?

—A Sshamath, creo —contestó el explorador—. Está razonablemente cerca y tengo contactos allí. Si voy solo, puedo ir y volver en poco tiempo y nadie que no

tema a Bregan D'aerthe sabrá que estoy allí.

—No —intervino de repente Danifae, sobresaltando tanto a Valas como a Pharaun.

—¿Tiene la joven señora una idea mejor? —preguntó Pharaun.

—Sschindylryn —apuntó ella.

—¿Y por qué motivo? —preguntó Pharaun.

—Está más cerca —respondió Danifae— y no está gobernada por los vhaeraunitas.

Ella lanzó una mirada de inteligencia en dirección a Valas, y Pharaun esbozó una sonrisa forzada.

—Estoy cansado —dijo el maestro de Sorcere—, de modo que me faltan fuerzas para hablar en nombre de Valas. Él se debe a Bregan D'aerthe, joven señora, y su lealtad pertenece a quien le paga. No creo que tengamos el problema de que nuestro guía nos eche encima a los dioses. Si puede llegar a Sshamath, entrar y salir rápidamente, dejemos que haga aquello para lo que ha sido contratado.

—Iría a Sschindylryn —intervino Quenthel con una voz tan apagada que Pharaun no estaba seguro de haberla oído bien.

—¿Señora? —inquirió él.

—¿Me has oído? —dijo mirándolo finalmente. Ella mantuvo por un instante su heladora mirada, y Pharaun no apartó la suya. Luego se volvió hacia Valas—. Sschindylryn.

Si el explorador pensaba oponer alguna resistencia, abandonó la idea de inmediato.

—Como deseéis, Señora —respondió Valas.

—Iré contigo —dijo Danifae, dirigiéndose a Valas, pero mirando a Quenthel.

—Puedo ir más rápido si voy solo —replicó el explorador.

—Tenemos tiempo suficiente —repuso la cautiva de la batalla, sin dejar de mirar a Quenthel.

La suma sacerdotisa se volvió lentamente hacia Danifae. Sus heladores ojos rojos se templaron a medida que pasaba la vista por las curvas de la chica. La prisionera de guerra se inclinó más levemente que nunca, provocando una sonrisa de Pharaun, que estaba tan impresionado como divertido.

—Sschindylryn... —evocó el mago—. Pasé por allí una o dos veces. Portales, sí, portales. Es una ciudad llena de portales que lo pueden llevar a uno, en un instante, de un confín a otro de la Antípoda Oscura... o a cualquier otra parte.

Danifae se volvió hacia Pharaun y le devolvió la sonrisa, impresionada y divertida.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Valas, que seguía ajeno a la más sutil y silenciosa conversación dentro de la conversación.

Pharaun se encogió de hombros.

—Cinco días... o tal vez incluso siete. Yo tendré el barco aprovisionado con los víveres necesarios para entonces.

—Puedo conseguirlo —respondió Valas—. Ajustadamente.

El explorador miró a Quenthel buscando una respuesta, y Pharaun suspiró para expresar su frustración. También él miró a Quenthel, que golpeaba suavemente la cabeza de una de las víboras de su látigo. La serpiente balanceaba la cabeza el aire cerca de la suave mejilla de ébano de la sacerdotisa mientras las demás dormían. Pharaun tuvo la clara impresión de que la serpiente hablaba con ella.

Un ruido atrajo la atención de Pharaun y vio a Jeggred que se revolvía incómodo. La mirada del draegloth iba y venía de su tía a la serpiente. Pharaun se preguntó si sería capaz de oír algún silencioso diálogo mental entre la suma sacerdotisa y su látigo. De ser eso cierto, lo que estaba percibiendo empezaba a ponerlo nervioso.

—Te acompañará Danifae —dijo Quenthel, sin apartar la vista de la serpiente.

Si Valas estaba molesto no lo dejó traslucir. Se limitó a asentir con la cabeza.

—Partid cuando estéis listos —concluyó la gran sacerdotisa.

—Yo ya estoy preparado —respondió el explorador, tal vez con cierta precipitación.

La serpiente volvió la cabeza para mirar al explorador, que miró a los ojos negros del animal con el entrecejo fruncido. Pharaun estaba fascinado con aquel diálogo, pero el cansancio lo iba agotando a medida que se alargaba la conversación.

Quenthel se recostó para descansar sobre la amura de hueso del barco no muerto. La última serpiente apoyó su cabeza sobre el muslo de la sacerdotisa.

—Entonces, Pharaun y yo nos sumiremos en la Ensoñación —dijo la Señora de la Academia—. Jeggred se quedará de guardia y vosotros dos os pondréis en camino.

Danifae no se movió.

—Gracias, S... —dijo en voz baja.

Quenthel la cortó con un brusco movimiento de su mano, luego la gran sacerdotisa cerró los ojos y se sentó muy quieta. Jeggred gruñó de nuevo, sordamente. Pharaun también se preparó para sumirse en la Ensoñación, pero no podía evitar sentirse incómodo por la forma en que el draegloth estaba mirando a su señora.

Danifae se deslizó sobre su petate mientras Valas miraba su propio equipo. La prisionera de guerra caminó hacia Jeggred y pasó ligeramente su mano sobre la revuelta cabellera blanca del draegloth.

—Todo va bien, Jeggred —le susurró—. Todos estamos cansados.

Jeggred se inclinó ante aquel suave contacto, y Pharaun apartó la vista. El draegloth dejó de gruñir, pero Pharaun sintió que el semidemonio vigilaba todos los movimientos de Danifae hasta que ésta, finalmente, siguió a Valas a través de un

portal dimensional hecho por el explorador y desapareció.

«¿Por qué Sschindylryn?», se preguntó Pharaun.

El responsable de que el mago se sumiese con incomodidad en la Ensoñación fue el contacto apaciguador de la prisionera de guerra con el draegloth.

Capítulo cuatro



A poco menos de un kilómetro por debajo de las ruinas de la ciudad de Tilverton, corrían dos elfos oscuros.

Danifae jadeaba tratando de mantenerse a la altura de Valas, pero sólo conseguía ir unos cuantos pasos por detrás de él. El explorador avanzaba a un ritmo que estaba entre la marcha y la carrera. A veces parecía que sus pies no tocaban los resbaladizos adoquines que pavimentaban el túnel. Cuando habían emergido del último, en una vertiginosa sucesión de puertas, Valas le había dicho que aún les faltaba recorrer más de la mitad del camino hasta Sschindylryn, y que había pasado sólo un día. Danifae se admiró de la habilidad del mercenario para moverse por la Antípoda Oscura, del mismo modo que había censurado la manifiesta falta de ambición y de iniciativa de Valas. Parecía contento con su situación de subordinado —explorador y recadero de Quenthel Baenre— y ese conformismo era profundamente ajeno a Danifae.

Después de todo, recapacitó, Valas no era más que un varón.

El explorador se detuvo de repente, tanto que Danifae tuvo que hacer equilibrios para no acabar sobre él. Pero la oportunidad de hacer una pausa y descansar la disuadió de quejarse.

—¿Dónde...? —empezó a decir ella, pero Valas le hizo con la mano la indicación de que guardara silencio.

A pesar de los años que llevaba como prisionera de guerra al servicio de la insensata e irreflexiva Halisstra Melarn, Danifae no se había acostumbrado a que la hiciesen callar cuando empezaba a hablar. El gesto represivo del explorador la soliviantó, pero se calmó rápidamente. Valas estaba en su elemento, y si pedía silencio era porque las vidas de ambos dependían de ello.

Se volvió hacia ella y Danifae se quedó sorprendida al no observar en su rostro ni rastro de fastidio ni de irritación, a pesar de que la única palabra que ella había pronunciado resonaba aún tenuemente en el estancado y gélido aire de la caverna.

Otro portal por delante, le dijo Valas por señas. Nos llevará lejos, casi hasta la puerta oriental de Sschindylryn, pero es uno que no uso desde hace mucho tiempo.

Pero lo has usado antes, replicó ella en silencio.

Los portales, especialmente los que son como éste, explicó Valas, *son como los charcos. Atraen tu atención.*

¿Sientes algo?, preguntó ella.

El sensible oído de Danifae no percibió ningún ruido ni su nariz, igualmente sensible, notó otro olor que no fuera el del servidor y el suyo propio. Eso no significaba que estuviesen solos.

En la Antípoda Oscura nunca estás solo, contestó Valas como si le hubiera leído el pensamiento.

¿Qué es eso, entonces?, preguntó ella. *¿Podemos evitarlo? ¿Podemos matarlo?*

Quizá no sea nada, respondió el explorador, *probablemente no lo sea, y eso espero*.

Danifae le sonrió. Valas inclinó la cabeza hacia un lado, sorprendido y confuso por la sonrisa.

Quédate aquí, le indicó él, y no te muevas. *Me adelantaré*.

Danifae echó una mirada al camino por el que habían venido y luego miró en la dirección que debían seguir. El túnel —de unos nueve metros de ancho por otros tantos de alto— se adentraba en la oscuridad en ambas direcciones.

Si me dejas atrás... —Danifae lo amenazó por señas y con una mirada dura y fría.

Valas no se inmutó. Parecía estar esperando a que ella terminase.

Danifae volvió a echar una mirada, sólo por un instante, al túnel aparentemente interminable que tenían por delante. Cuando se dio la vuelta, Valas ya se había ido.



Ryld pasó lentamente la piedra humedecida por el filo de *Tajadora*. La espada encantada casi no necesitaba que la afilasen, pero Ryld se había dado cuenta de que le resultaba más fácil reflexionar mientras realizaba las sencillas tareas de un soldado. La espada no tenía signos visibles de poseer inteligencia propia, pero Ryld se había convencido hacía muchos años de que *Tajadora* disfrutaba con las atenciones que él le brindaba.

Estaba solo en el cobertizo ruinoso y cubierto de hierbajos que compartía con Halisstra. Los sonidos y los olores del bosque circundante lograban invadir incluso ese tiempo personal que compartía con su espada y sus pensamientos. Ryld se sentía tan relajado bajo aquel cielo infinito como no lo había estado nunca en la superficie y a la luz del día. Al menos lo estaba cuando no tenía a Halisstra a su lado.

El maestro de Melee-Magthere estaba solo porque no había sido invitado al círculo con el que Halisstra había acudido a reunirse. Los singulares y heréticos drows de la superficie estaban planeando algo, y Halisstra y su nuevo juguete —la Espada de la Medialuna— eran una parte importante de ello. Él había matado al furioso animal que lo había atacado, y pese a los múltiples intentos de Feliane de explicárselo, él no podía entender por qué lo convertía aquello en un proscrito. Además, Ryld sabía que no era ésa la única razón por la que lo habían dejado de lado.

Se había sentado solo también porque, a diferencia de Halisstra, él no había

rechazado a la Reina Araña ni se había puesto abiertamente del lado de su rival desfigurada por el sol, la Señora de la Danza. Ryld no entendía a aquella diosa frívola que tenían. ¿La Señora de la Danza? ¿Acaso debían plantear sus vidas siguiendo un camino definido por la danza? ¿Qué clase de diosa estafalaria podía extraer, y mucho menos imponer, su poder de algo tan sin sentido como la danza? Lloth era una señora cruel y caprichosa, y sus sacerdotisas aceptaban su poder sin rechistar, pero era la Reina de las Arañas. Las Arañas eran depredadores fuertes, ricos en recursos... eran supervivientes. Ryld se veía a sí mismo como una araña. Las arañas no tenían clemencia, pero tampoco la pedían. Tejían sus redes, cazaban a sus presas y vivían. Las arañas tenían sentido, tenían poder, y poder era todo lo que necesitaba cualquier drow.

Aunque, al parecer, no todos.

No obstante, Ryld sabía que había una tercera razón por la que estaba allí sentado, afilando su espada, mientras las hembras conspiraban, y esa razón era precisamente que él no era una mujer. En Menzoberranzan, Ryld Argith gozaba de muy alta consideración y era un guerrero muy respetado, un soldado con poderosos amigos y con muchas cualidades que valoraban sus superiores. Llevaba una vida cómoda, manejaba algunos elementos imbuidos de poderosa magia, entre ellos su gran espada, e incluso confiaban en él lo suficiente como para ser miembro principal de la expedición en busca de su diosa. Pero, a pesar de todo eso, Ryld Argith era varón y, por consiguiente, nunca dejaría de ocupar un lugar secundario, y bien sabía que era probable que ni siquiera eso. Tendría a su mando a otros varones, a otros guerreros, pero nunca a una mujer. Le pedirían su opinión, y en ocasiones incluso la tomarían en cuenta, pero nunca decidiría. Sería un soldado —un instrumento, un arma— pero jamás un líder. Eso ni en Menzoberranzan, entre las hijas de Lloth, ni en el bosque calcinado por el sol, entre las sacerdotisas danzantes.

Tres razones para ser excluido, pensó Ryld, mientras que en casa sólo tenía la tercera. Tres razones para volver a su casa, en Menzoberranzan.

Una razón para quedarse.

En las últimas horas de soledad que habían transcurrido con lentitud, Ryld había pensado a menudo en volver a la Antípoda Oscura. Pharaun y los demás seguramente habían seguido adelante, continuando con su búsqueda. Lo más probable era que se hubieran olvidado del maestro de Melee-Magthere que había salido con ellos de la Ciudad de las Arañas. Ryld no se hacía ilusiones sobre su valor para individuos como Quenthel Baenre, y Pharaun había demostrado al menos una vez que la vida de Ryld era menos importante que su propia conveniencia y aún menos que el bienestar del maestro de Sorcere.

Con todo, Pharaun era predecible. Ryld conocía al mago y sabía qué esperar de él, aunque eso fuera la traición. Pharaun era un elfo oscuro que no sólo respondía a la

naturaleza de los suyos, sino que además se regocijaba en ella. Con Quenthel Baenre sucedía lo mismo, y por eso se irritaban tanto el uno al otro. Esos dos y los demás, incluido el lacónico Valas Hune, eran como arañas: supervivientes predecibles, eficientes. Ryld se consideraba a sí mismo un igual, y estar en compañía de los semejantes tenía un atractivo indudable.

Hasta que pensó en Halisstra.

En sus años en Menzoberranzan, Ryld había disfrutado de la compañía de unas cuantas hembras, pero como cualquier varón de la Ciudad de las Arañas, evitaba que las aficiones arraigaran. Alguna que otra vez se había dado cuenta de que era un juguete, un instrumento, un capricho pasajero, un intérprete, pero nunca hubiera usado una de esas palabras de los elfos de la superficie, como «amante», «compañero», «amigo», «esposo». Esas palabras no habían tenido sentido antes de Halisstra.

Por más que lo intentaba, no podía entender el ascendiente que tenía la primogénita de la casa de Melarn sobre él. Incluso había recurrido a los poderes de *Tajadora* para desactivar cualquier magia a la que ella pudiera haber recurrido para mantenerlo a su lado... pero no había magia. No había hecho ningún conjuro, no había cantado ninguna balada *bae'qeshel*, no había recurrido a ninguna poción para mantenerse tan estrechamente unida a él. Ryld se daba cuenta de que ni siquiera había hecho o dicho nada muy diferente de lo que había oído antes, aunque en el pasado esas cosas las decían en tono de burla o incluso con una ironía fría y mordaz las drows que, en número aproximado de diez, lo habían tenido.

Halisstra no había hecho otra cosa que sonreírle, sostener su mirada, tocarlo, besarlo, mirarlo con miedo, con anhelo, con arrepentimiento, con dolor, con ira, con ausencia... mirarlo con sinceridad. Ryld jamás había visto nada como aquello, ni en el rostro negro de un elfo oscuro ni en las frías tinieblas de la Antípoda Oscura. La podía sentir cuando estaba cerca, como si ella emitiera algún tipo de onda que sintonizara sus sentidos con los suyos. Ella era simplemente Halisstra, y el maestro de Melee-Magthere reconocía, atónito, que con eso bastaba. Su simple presencia era suficiente para apartarlo de una vida que era, y seguiría siendo, todo lo gratificante que un drow varón podía esperar.

Allí estaba él, aguantando las mismas cosas, siendo como siempre el varón cuyo vigoroso brazo manejaba la espada y sería llamado a servicio sin previo aviso, pero no era digno de sentarse a la misma mesa.

La cuarta razón de que llevara solo todo el día, y que lo hubiera estado la mayor parte del día anterior, se deslizó entonces en la mente de Ryld sin que él ofreciera resistencia, pero sólo por un momento.

«Pretenden matarla», pensó mientras un escalofrío le recorría la columna vertebral y la piedra que hasta ese momento se había movido de forma lenta y rítmica

por la hoja de su espada se detuvo de golpe. «Tienen pensado matar a Lloth».

Ryld cerró los ojos y respiró hondo para aquietar su corazón que de repente se había desbocado.

Ésa era la razón por la cual habían enviado a Halisstra a recuperar la Espada de la Medialuna, la razón por la cual las sacerdotisas eilistraeenas habían aceptado la presencia evidentemente incómoda del maestro de Melee-Magthere, por petición de Halisstra. Y había sido la razón por la cual Halisstra se había quedado y se había comportado con una confianza y una compostura que no había visto... bueno, nunca entre los marginados de las ruinas de Ched Nasad. Y era la razón por la cual Halisstra ya no temblaba de miedo, la razón por la que ella se despertaba por la mañana y por la cual respiraba todo el día.

En nombre de Eilistraee, Halisstra Melarn tenía intención de asesinar a la Reina de la Red Demoníaca de Pozos mientras dormía.

Ryld volvió a poner en movimiento la piedra de afilar mientras sonreía.

Pensó que tal vez ella se parecía más a una araña de lo que estaba dispuesta a admitir.



Valas acercó el cristal a su ojo izquierdo y exploró la estancia. Estaba de pie en las sombras, en el borde de donde el túnel —un túnel de lava muy antiguo— desembocaba en la caverna piramidal. El antiguo monasterio era evidente pese a su limitada visión. Contra la pared norte del espacio con aspecto de catedral, a la derecha de Valas, había un semicírculo de piedra de algo más de veinte metros de radio. La pared curva se elevaba más de sesenta metros antes de terminar en una cúpula redondeada, unos nueve o diez metros más arriba. En lo alto de las paredes había dos ventanales que tendrían de ancho la altura de Valas, pero de unos veinticuatro metros de alto. Un ladrón habría tenido que trepar por la pared de ladrillos hasta una peligrosa altura de treinta metros para poder deslizarse hacia el interior. Entre las dos altas ventanas y a escasos metros de su base se veía un par de pequeños y oscuros agujeros lo bastante altos como para que Valas pudiera pasar por ellos sin agachar la cabeza. Por debajo de esos agujeros redondos una abertura oblonga se abría hacia el interior oscuro como boca de lobo.

Las ventanas, los dos agujeros redondos y la abertura oblonga daban al monasterio en ruinas el aspecto, evidentemente buscado, de una cara amenazadora.

En el borde superior de la boca se habían formado estalactitas que parecían colmillos mellados, y el agua, al correr, había arrastrado durante siglos sedimentos que, al caer sobre la cúpula, habían formado sobre el extremo de la gran cabeza un sombrero descentrado. Valas no se atrevía siquiera a imaginar qué macabras ceremonias podrían haberse celebrado ante esa cara gigantesca. Los siglos

transcurridos desde que sus antepasados lo habían abandonado habían sido poco caritativos con el edificio, pero Valas sabía que los estragos del agua, el moho y los terremotos no habían afectado a la puerta que había en su interior. Dos veces antes, aunque hacía de eso muchos años, Valas había trepado hasta la lánguida y melancólica boca y había pasado entre dos pilares con runas talladas para recorrer a continuación los trescientos kilómetros que había hasta la orilla noroccidental del lago Thalmiir, apenas un paseo hasta Sschindylryn.

Valas sabía que no había sido el único que lo había utilizado.

Solía llevar colgado de su chaleco —una prenda encantada a la que Valas debía su paso ágil y ligero y su rapidez de reacción— un cristal, junto con muchos otros artilugios mágicos que había recogido a lo largo de su vida en los desiertos de la Antípoda Oscura. Con ese cristal, el explorador era capaz de ver lo que los demás no veían, la mayor parte de las cosas que por medios mágicos adquiridos o innatos eran invisibles.

Lenta y minuciosamente, Valas repasó la base de la gran cara y después el lado izquierdo, siguiendo el estanque remansado de negras aguas que dividía en dos el suelo circular de la caverna. Había una oquedad en la pared inclinada que tenía enfrente y otra más pequeña —otro túnel de lava de dimensiones similares a aquel por el que había venido— un poco más arriba y a la derecha. El explorador empezó a revisar el techo del ruinoso monasterio cuando oyó a Danifae, que llegaba de forma nada sigilosa por el túnel que tenía a sus espaldas.

Valas no interrumpió su metódico examen de la estructura. Sabía que Danifae podía pasar de largo, tocándolo casi, pero sin verlo. Le había dicho que esperara, y si no había atendido a su advertencia, allá ella.

Que pasara por encima de él, pensó. Que...

Valas se quedó paralizado cuando el cristal reveló la punta de lo que sólo podía ser una garra apoyada sobre el techo del monasterio. Conteniendo la respiración, el explorador de Bregan D'aerthe echó levemente hacia atrás la cabeza y repasó con el cristal, que mantenía pegado al ojo izquierdo, el techo abovedado de la antigua cara.

La criatura que se había posado sobre las ruinas no era demasiado grande, al menos para lo que suele ser un dragón. No más alta que el propio Valas, y con una envergadura de aproximadamente el doble de su estatura, la bestia estaba cómodamente echada pero en actitud de alerta. Aunque el cristal solía despojar de colores la escena, Valas sabía que el monstruo era tan gris como se le presentaba a través del mágico artilugio. Incluso a través del cristal se veía indefinido, borroso como si lo hubieran pintado con acuarela sobre la gigantesca faz.

«Así es como te ocultas —pensó Valas—, camuflándote en la oscuridad».

Danifae pasó a su lado y se dirigió como si tal cosa a la boca del túnel de lava. Se detuvo un momento, con una mano apoyada descuidadamente sobre la pared rocosa,

y miró al interior de la caverna. Valas se dio cuenta de que no había reparado en el dragón posado encima de la cara, pero una rápida comprobación con el cristal le demostró que el dragón sí la había visto a ella. Lentamente se irguió y dispuso sus alas para el vuelo.

Valas se deslizó hacia el interior de la caverna gracias, en buena medida, a su entrenamiento y experiencia, pero no demasiado orgulloso de recurrir al poder de un anillo encantado para hacerlo más rápido. La cota de malla de mithril amortiguaba cualquier ruido que pudiera hacer al moverse y ayudaba a que sus pies encontraran apoyo seguro y silencioso. Manteniéndose siempre en las sombras, casi sin rozar la piedra con los pies, sin el menor reflejo de luz extraviada sobre el metal, Valas bajó la pendiente desde la embocadura del túnel de lava y, siguiendo el borde en forma de cuenco del enorme espacio, llegó hasta la negra oscuridad que se abría al otro lado.

Echó alguna que otra mirada a la criatura, cuyo contorno apenas adivinaba en las tinieblas de la parte superior de la caverna. También echó algún vistazo a Danifae que, lentamente y con sorprendente gracia, descendía hacia el cuenco de la caverna mirando a todos lados, hacia arriba. En ningún momento posó sus ojos ni en Valas ni en el dragón gris como la piedra.

Danifae caminó lentamente hacia el borde del estanque mientras Valas descolgaba el arco que llevaba a la espalda, colocaba una flecha y tensaba la cuerda.

La hembra se estaba ofreciendo en bandeja de plata a la bestia, y aunque Valas ardía en deseos de dejar que pagara cara su necedad, le preocupaba Quenthel. La suma sacerdotisa parecía haberle tomado cariño a la prisionera de guerra de los Melarn y la había tomado prisionera sin la menor reflexión. Valas no quería averiguar qué podía pasarle por haber dejado morir a la cautiva si acaso Quenthel tenía para Danifae algún plan de más largo alcance que unos escauceos amorosos ocasionales.

—¿Valas? —llamó la hembra dirigiéndose hacia el interior de la oscura y silenciosa caverna.

El eco repitió sus palabras, Valas se agachó y el dragón levantó el vuelo.



Nimor Imphraezl observaba desde lo alto mientras los duergars combatían a las arañas. Guerreros drows —todos ellos varones— cabalgaban a los enormes arácnidos en la batalla. Las arañas correteaban y se arremolinaban a su alrededor mientras los jinetes permanecían montados muy erguidos en sus monturas. Los drows llevaban largas picas —armas a las que no estaban habituados los duergars ya que las armas largas eran raras en los confines de la Antípoda Oscura— y las ensartaban una tras otra antes de que los enanos grises derramaran la sangre de los elfos oscuros.

Los jinetes estaban en desesperada inferioridad numérica frente a las hordas de duergars que seguían asediando la ciudad de Menzoberranzan, que se desmoronaba

lentamente, y Nimor se resignaba con gusto a perder a unos cuantos enanos grises sólo por ver combatir a los drows. Eran buenos, tenía que reconocerlo. Las arañas mataban a tantos duergars como las picas, pero los jinetes mantenían en todo momento a las bestias bajo control. En conjunto era una danza hermosa y sangrienta.

En el centro de los jinetes montados en arañas, un varón drow lucía una armadura del más genuino mithril, que emitía un fulgor mágico. Iba armado con una pica como los demás, pero todavía no la había utilizado. La sostenía en alto y llevaba en ella un estrecho estandarte que flameaba en el frío aire de la Antípoda Oscura. A Nimor le llevó un instante reconocer el escudo que blasonaba el estandarte. Los jinetes representaban a la casa Shobalar, una casa menor, pero leal a los Baenre y reconocida en todos los asentamientos de drows de la Antípoda Oscura por su caballería impecablemente entrenada. El elfo oscuro que portaba el estandarte debía de ser su jefe.

Uno de los jinetes acabó con dos duergars de una vez, al ensartarlos de un solo golpe en su pica. Es más, luego, con el peso de sus víctimas, derribó a otros tres. Nimor sonrió.

Había acudido a este túnel en particular después de haberle llegado por tres veces el rumor de que había allí una actividad desacostumbrada. Los duergars se las habían ingeniado para matar a un explorador menzoberranio apenas un día antes, e incluso los rudos enanos grises habían admitido que otro drow se había introducido allí y había logrado escapar. No era el acceso mejor defendido, y Nimor lo había vigilado con la certeza de que los menzoberranios lo estaban poniendo a prueba.

Después de la muerte del explorador, Nimor había hecho que el príncipe real Horgar enviara refuerzos, pero en número reducido. Nimor confiaba en que serían suficientes para satisfacer a los drows, pero no para detener el avance. Nimor quería hacerlos salir a la luz, y, como aristócratas arrogantes que eran, habían mordido el anzuelo.

Nimor estaba suspendido cabeza abajo, oculto por un conjuro de invisibilidad, su *piwafwi*, otro conjuro que impedía que cualquiera que usase una magia similar lo encontrara y otro que distraería la atención de sus enemigos en el improbable caso de que miraran hacia él. Todo eso y la amenaza inmediata de los soldados duergars bastaban para que pudiera observar con tranquilidad... esperar y observar hasta que el capitán de los jinetes se incorporara a la refriega y pasara justo por debajo de donde él se encontraba.

Con un toque a un broche que llevaba el signo de Jazred Chaulssin, Nimor se dejó caer lentamente, todavía invisible a las miradas gracias a la magia. Mientras descendía, sacó su daga, una daga muy especial, y cuando se posó sobre la araña, a pocos centímetros por detrás del jefe de la caballería, le hizo un ligero corte en la nuca, en el espacio exacto que quedaba entre el yelmo y el espaldarón.

El jinete sorprendido se dio la vuelta en su montura. Nimor, todavía invisible, rodeó el cuello del drow con su brazo y colocó la daga envenenada sobre la garganta del guerrero.

El jinete no podía verlo, pero oía su voz que le susurraba al oído una pregunta.

—¿Cómo te llamas, Sholobar?

—¿Quién eres tú? —preguntó el guerrero. A modo de respuesta, Nimor volvió a hacerle un corte, no demasiado profundo.

El drow emitió un gruñido y Nimor sintió que se cuerpo se ponía rígido primero, se sacudía a continuación y por fin se estremecía.

—Sí —bisbiseó Nimor al oído del oficial condenado a una muerte lenta—, es veneno. Un veneno muy, pero que muy refinado. Te paralizará, te obstruirá la garganta, te dejará los pulmones sin aire y evitará que grites mientras te asfixias.

El drow farfulló algo con una voz que ya sonaba sofocada.

—Mi casa me vengará.

—Tu casa será quemada, capitán...

—Vilto'sat Shobalar —respondió el guerrero drow luchando contra la obstrucción de su garganta—. De los Jinetes de las Arañas de la casa Sh...

Sin dejar de sonreír, Nimor mantuvo al drow erguido en su montura mientras se asfixiaba. El Espada Ungida de Jazred Chaulssin esperó a que el capitán Vilto'sat Shobalar diera la última boqueada y sus ojos color magenta se pusieran vidriosos. Después levitó y se apartó de la salvaje araña de guerra, ahora descontrolada.

El arácnido se puso hecho una furia y empezó a repartir mordiscos entre los duergars primero y después entre otros de su misma especie. El jinete de la araña atacada se concentró en proteger su montura del arácnido rabioso. Bastó un momento para que un duergar de la infantería lo desnucase.

Nimor se encargó personalmente de otros ocho drows en los diez minutos que siguieron, mientras el duergar acababa con tres. Por fin, el resto de los jinetes dio media vuelta y huyó por el túnel hasta dejar atrás la línea de asedio y volver a Menzoberranzan. No se llevaron nada, mientras que Nimor tenía a cuatro de sus arañas y a los drows muertos.

Nimor dio órdenes de que acudieran más duergars a reforzar la posición, y de que prepararan a los arácnidos para un viaje. A continuación se dirigió a su puesto de mando con el cadáver del capitán Vilto'sat Shobalar.

Despojos de guerra.

Capítulo cinco



Valas se dio cuenta de que Danifae no se había percatado del dragón que tenía detrás hasta el momento en que su flecha desgarró la fina membrana del ala de la criatura. El ser alado emitió un gutural ronquido, y eso, unido al ruido de la flecha cuando atravesó el tejido y al espasmo en que acabó el ágil movimiento del dragón, fueron suficientes para que la hembra percibiera que algo sucedía a sus espaldas y se volviera. Ese reflejo le salvó la vida a Danifae.

Aunque el dragón se olvidó del blanco de su ataque, aterrizó pesadamente, y se deslizó de lado. La habría derribado si ella no se hubiera apartado de un salto, lo que consiguió a duras penas.

El dragón del portal se revolvió hacia donde había salido la flecha de Valas. De su boca abierta chorreaba saliva, que, tras superar la barrera de sus dientes, caía en el suelo de la cueva formando charcos humeantes. Valas vio un brillo de inteligencia en los ojos del monstruo, fruto de siglos de vigilancia ante los portales mágicos de la Antípoda Oscura, y también una ira fría, intensa.

El dragón lo buscó en la oscuridad, pero Valas sabía que no lo vería. No quería que lo viera; era así de simple.

Detrás de la criatura, Danifae se puso de pie con dificultad mientras sacaba su estrella matutina. Valas ya tenía dispuesta otra flecha y mientras se desplazaba por el borde de las sombras, la colocó en el arco y tensó la cuerda. El dragón pareció responder a ese movimiento llenando de aire sus pulmones. No podía ver a Valas, pero al parecer había llegado a la conclusión de que sólo tenía que acercarse más. Era una conclusión que, desgraciadamente, Valas encontraba inobjetable.

Después de tomarse un instante para apuntar, Valas disparó. El dragón exhaló, lanzando al aire una nube ondulante de vapor verde y aceitoso que rugió y se expandió al abandonar la boca del dragón.

Danifae atacó desde atrás con su estrella matutina, un arma encantada con el poder del relámpago, y el dragón del portal hizo un violento movimiento hacia adelante. La flecha de Valas penetró profundamente en el pecho de la criatura, tras encontrar el resquicio que necesitaba entre dos coriáceas escamas. La piel blindada del monstruo se estremeció, sus músculos se tensaron y, al cortársele la respiración, la nube dejó de salir, aunque el gas exhalado avanzó hacia donde se encontraba Valas.

El explorador lo vio venir. Había sido lanzado más hacia él que sobre él, de modo

que retrocedió para evitarlo. No había forma de protegerse contra el gas tóxico, lo cual contrarió a Valas. Todo lo que podía hacer era evitarlo. Pero sabía cómo hacerlo.

—Ocúltate entre las sombras si quieres, drow —dijo el dragón del portal con acento sibilante en la baja lengua común. Su voz era fría y áspera, casi mecánica, y se propagó con el eco por la elevada bóveda con un sonido como de cristal que se rompe—. No puedo verte.

Acto seguido, se volvió hacia Danifae, que hacía molinetes con su estrella matutina, la mirada fija en los ojos del dragón mientras retrocedía.

—Pero puedo verla a ella —añadió.

Danifae sonrió, y su expresión hizo que un escalofrío corriera por la espalda de Valas, que se detuvo sorprendido y confundido.

Cuando la prisionera de guerra volvió a lanzar un trallazo de su arma encantada, el dragón lo esquivó sin dificultad.

—¿Qué esperabas, lagarto? —preguntó Danifae al dragón—. ¿Pensabas que se iba a revelar para salvarme? ¿Es el primer elfo oscuro con el que te encuentras?

Valas, que estaba a punto de sacar otra flecha, la dejó caer en su aljaba sin hacer el menor ruido. Se colgó el arco al hombro y rodeó al dragón por detrás, pegado a la pared de la caverna, hasta colocarse frente al gigante. Calculó rápidamente el número de pasos, el número de segundos, y midió el ruido de fondo para la cobertura sonora.

—¿Elfos oscuros? —dijo el dragón—. Me he comido uno o dos a lo largo de mi vida.

Danifae volvió a tratar de hacer impacto sobre él y el animal le lanzó una dentellada. Ambos se apartaron al mismo tiempo, lo que dejó sin efecto el mutuo ataque.

—Déjanos pasar —dijo Danifae con un tono imperativo que llamó la atención de Valas y del dragón.

—No —respondió la criatura.

Danifae se adelantó con una rapidez de la que Valas no la hubiera creído capaz.

La estrella matutina alcanzó al dragón en el costado izquierdo, y Valas parpadeó deslumbrado por el destello dolorosamente brillante de luz azulada. La candente iluminación trazó dibujos en el aire que parecían telarañas resplandecientes. La bestia se retrajo y volvió a rugir, evidenciando su ira y su dolor por la forma en que sus labios dejaron los dientes a la vista.

Danifae retrocedió, haciendo molinetes otra vez con su arma. El dragón se agachó, y Valas se detuvo y se quedó rígido. La bestia no se lanzó hacia ella, sino que levantó vuelo con un ensordecedor batir de alas. En menos de un segundo había tomado altura suficiente para desaparecer en las tinieblas de lo alto de la catedral.

Valas se adelantó y removió con los pies la gravilla. Danifae levantó la vista hacia él.

Corre a refugiarte en el túnel, dijo Valas usando el lenguaje de signos. ¡Rápido!

Danifae lo vio y sin molestarse siquiera en asentir se dio la vuelta y corrió. Valas volvió a ocultarse en las sombras, se echó su *piwafwi* por encima de la cabeza y dando una voltereta volvió a colocarse en un lugar donde nadie pudiera verlo.

Valas vio correr a la prisionera de guerra, sabedor de que ella no sería capaz de ver al dragón del portal. Sacó otra flecha del carcaj sin hacer el menor ruido y la giró y torció unos milímetros aquí, una pizca allá, de modo que la punta de acero no reflejara ninguna luz. Respirando lentamente por la boca, el explorador de Bregan D'aerthe esperó, pero no por mucho tiempo.

El sonido del batir de alas del dragón le llegó desde arriba, multiplicado por dos, luego por cuatro o tal vez más... no era sólo efecto del eco.

«Cinco», contó Valas.

Protegido todavía por auras de invisibilidad y por la penumbra de la caverna tanto tiempo abandonada, Valas avanzó.

Cinco dragones del portal se lanzaron desde las sombras en formación. Los dos más alejados volaron hacia el centro y otros dos hacia los extremos. Aunque cambiaban sus puestos mientras volaban, su objetivo era el mismo.

Danifae vaciló. Valas lo percibió en su paso. La cautiva los oyó y supo que podían volar más rápido, varias veces más rápido que ella. Sin embargo, había que decir a su favor que no se paró para mirar hacia atrás.

Los cinco dragones del portal eran idénticos en todos los detalles, y nadie que hubiera viajado tanto como Valas se hubiera dejado engañar durante mucho tiempo. Sólo tres golpes de ala. Valas supo qué eran.

No todos los artilugios que Valas llevaba estaban encantados, pero el pequeño objeto ovoidal de bronce sí lo estaba, y Valas lo tocó mientras corría. El calor de sus dedos despertó la magia y sólo fue necesario un pensamiento para activarlo. Sucedió sin un ruido, y Valas no perdió un solo movimiento ni se reveló en modo alguno.

De repente, Danifae se detuvo y Valas se empezó a preguntar por qué.

Igualmente sorprendidos, los dragones del portal refrenaron el vuelo, aleteando hasta hacer un alto que les hizo cruzarse los unos en la trayectoria de los otros y correr peligro de chocar.

Danifae les sonrió mientras se preparaban para despedazarla con sus afiladas garras.

—Ahora con cuidado —dijo—. Mirad hacia atrás.

La mueca con la que respondieron las criaturas se dibujó al mismo tiempo en todas ellas.

Valas dejó volar su flecha, y las cuatro imágenes conjuradas hicieron lo propio. El pequeño objeto ovoidal, un recipiente para un conjuro, que había sido fabricado de forma muy especial por un antiguo mago cuyos secretos se habían perdido hacía

tiempo, había cumplido su función, y por cada uno de los cinco dragones de portal había un Valas, y por cada uno, una flecha.

El dragón podría haberlas oído o percibido de algún otro modo, o puede que su curiosidad fuera más fuerte. La criatura giró en redondo y recibió la flecha en su ojo derecho. Cuatro de las flechas desaparecieron de golpe en cuanto tomaron contacto con los dragones falsos, y los dragones ilusorios también desaparecieron. Sólo quedaron una flecha auténtica, un dragón auténtico y un ojo auténtico.

La fuerza del impacto hizo que la criatura se crispara y retrocediera un paso, aturdida.

Valas se dio cuenta de que el dragón podía verlo, en sus cinco versiones, con su único ojo bueno.

—Te voy a comer vivo —dijo el dragón de portal con voz ronca— por esto.

Valas sacó su kukris, y lo mismo hicieron sus otras imágenes. El dragón, de cuyo ojo derecho manaba sangre, ni siquiera se paró a arrancar la flecha que tenía clavada en él. En lugar de eso atacó, con las alas hacia arriba, las garras extendidas y las mandíbulas abiertas.

Valas dio un paso hacia un lado, colocándose en el punto muerto de la visión del dragón. Era evidente que la criatura nunca había combatido con un solo ojo y se dejó engañar por la finta. Valas le lanzó dos rápidas estocadas y a cada una de ellas respondió la criatura con un par de sonoros gruñidos.

El dragón lo atacó con una garra y Valas dio un paso hacia atrás y hacia el lado, dejando que una de las imágenes se cruzara en su camino. La garra del dragón tocó el hombro de la imagen. Cuando la garra llegó al abdomen del falso explorador, la ilusión había desaparecido.

El dragón rugió frustrado mientras Valas volvía al ataque. La criatura se puso fuera de su alcance retorciéndose y le lanzó una dentellada, peligrosamente cerca del auténtico elfo oscuro. Cuando el único ojo del dragón se entrecerró y el fuego brilló en él, el explorador supo que la bestia lo había localizado.

Con un ágil paso, Valas se colocó en el punto muerto del dragón, dio un paso atrás y empezó a girar sobre sí para hacerle perder el equilibrio mientras sus imágenes especulares se movían frenéticamente a su alrededor. El dragón eliminó a una con la garra y de una dentellada hizo desaparecer a otra.

Valas vio cómo la imagen desaparecía y siguió con la mirada el cuello del dragón, que pasaba frente a él, buscando resquicios, juntas o cualquier signo de debilidad en la piel gruesa y escamosa del monstruo.

Encontró uno y clavó un kukri entre las escamas, atravesó la piel y llegó hasta la carne, la arteria y el hueso que había debajo. Por la herida salió un torrente de sangre. El dragón trató de atacarlo aunque casi no podía verlo. Mientras moría, todavía tuvo tiempo de dar un zarpazo al último drow falso. El dragón empezó a derrumbarse, y

Valas apenas tuvo tiempo de esquivarlo. La estrecha cabeza se disparó como un látigo, y las fauces del dragón lo golpearon en el hombro, chocando contra la armadura con ruido de metal y produciéndole una magulladura en la piel.

El explorador se escurrió y, con una voltereta, se puso de pie, esgrimiendo los kukris para defenderse.

No se produjo ningún ataque. El dragón del portal se desplomó en el suelo de la caverna. La sangre brotaba con menor fuerza a medida que los latidos de su corazón se hacían más lentos.

—Siempre supe... —suspiró el dragón moribundo—, que sería... un drow.

El dragón del portal murió con la palabra en la boca, y la idea hizo que Valas alzara una ceja.

Se apartó de aquel asqueroso cuerpo y enfundó los kukris. No había ni vestigio de Danifae. Valas no sabía si habría desandado, corriendo, todo el camino por el que habían venido o si estaría oculta entre las sombras.

Con un encogimiento de hombros y una última mirada a la bestia, Valas se dirigió al monasterio abandonado. Suponiendo que la prisionera de guerra de Melarn volvería en algún momento a la caverna y al portal que era su objetivo, Valas trepó a la gran boca deteriorada.

Dentro de la estructura semicircular había dos altos pilares exentos. Entre ellos no había nada más que aire inerte. El interior estaba cubierto de sombras de las que salía el hedor de la suciedad del dragón del portal.

Danifae lo esperaba entre los pilares, apoyada en un pie y con una mano apoyada en la cadera.

—¿Está muerto? —preguntó.

Valas se detuvo a varios pasos de ella y asintió.

Danifae levantó la vista y paseó por los pilares de tierra.

—Y bien —dijo la cautiva—. ¿Es éste el portal?

Cuando volvió a mirar a Valas éste asintió una vez más.

—Tú sabes abrirlo —dijo sin la menor entonación interrogativa.

Valas asintió una tercera vez y Danifae sonrió.

—Antes de irnos —dijo ella sacando una daga de su sugerente cadera—, quiero recoger algo de veneno.

Valas parpadeó.

—¿Del dragón del portal? —preguntó.

Danifae pasó a su lado, sonriendo, haciendo girar la daga entre los dedos.

—Esperaré aquí —dijo el drow.

Ella siguió su camino sin molestarse en responder.

Valas pensó que si sobrevivía, tal vez valdría la pena viajar con ella.



Pharaun pasó el dedo por algo que no estaba ahí el día anterior: una vena. El vaso sanguíneo seguía una sinuosa trayectoria a lo largo de la barandilla de hueso del barco del caos. A intervalos aleatorios se ramificaba en capilares más finos. La cosa toda, lenta y casi imperceptiblemente, latía con un latido vital, cálido, al fluir la sangre por ella. Cuando habían subido al barco demoníaco, la barandilla era de sólido hueso muerto. Después de cinco días de encerrar allí a demonios menores y de alimentar con ellos al barco, éste estaba cambiando. Estaba cobrando vida.

—¿Llegará a salirle piel? —preguntó Quenthel a sus espaldas.

Pharaun se volvió y vio a la suma sacerdotisa en cuclillas, examinando la cubierta del modo que él había examinado la barandilla.

—¿Piel? —inquirió el mago.

—Estas venas que le están saliendo parecen tan frágiles... —dijo Quenthel con una voz que parecía aburrida, distante—. ¿No se romperán si las pisamos?

—No lo sé —respondió Pharaun. Lo que quería decir era que no le importaba—. ¿En qué cambiaría eso las cosas?

—Podría sangrar —dijo ella sin apartar los ojos de la cubierta—. Si puede sangrar, puede morir, y si muere estando nosotros...

Pharaun se percató de que no había terminado la frase porque le daba miedo. Odiaba que una suma sacerdotisa tuviera miedo. Las cosas no solían salir bien si empezaban así.

—No todo lo que sangra muere —replicó con una sonrisa forzada.

Ella levantó la vista y sus miradas se cruzaron. Pharaun pensó que estaría enfadada cuando menos, quizá ofendida, pero ni una cosa ni la otra. No sabía qué podía estar pensando.

—Me preocupa —dijo Quenthel tras una pausa— saber tan poco. Un barco como éste... Debe de haber algo al respecto en el saber popular ¿no es cierto? ¿No estudiaste nada de eso en Sorcere?

—Claro que sí —dijo Pharaun—. Lo he estado alimentando de forma continuada. He amenazado al capitán y estamos casi listos para nuestra pequeña excursión interplanaria. Sé lo que es y cómo funciona, o sea, que sé lo suficiente. ¿Le saldrá piel? Así será si quiere. ¿Se desangrará si tus zapatos cortan una vena? Lo dudo. ¿Se comportará exactamente igual y en todos los casos para todos? Bueno, si lo hiciera no sería tan caótico ¿no te parece?

—Algún día —dijo Quenthel sin una pausa—, te haré coser la boca para que dejes de hablar el tiempo suficiente para matarte en paz.

Pharaun rió entre dientes y se secó el sudor frío que le perlaba la frente.

—¿Por qué, señora? —inquirió con una sonrisa—. ¿De qué serviría?

—Porque te odio —fue la respuesta.

Pharaun no dijo nada. Siguieron midiéndose con la mirada unos segundos antes de que la suma sacerdotisa se pusiese de pie y mirara en derredor.

—Me estoy aburriendo —dijo, sin dirigirse a nadie en especial.

«Lo que te pasa es que tienes miedo», pensó Pharaun.

—Yo me estoy enfadando —intervino Jeggred.

Tanto Pharaun como Quenthel miraron hacia donde estaba sentado el draegloth. El semidemonio se dedicaba a desollar a una rata de forma lenta y metódica. El roedor estaba vivo.

—Nadie te preguntó nada —dijo Quenthel con gesto desdeñoso.

—Mis disculpas, honorable tía —respondió el draegloth con un tono cargado de frío sarcasmo.

—Valas y Danifae volverán pronto —dijo Pharaun—, y tendremos el barco listo cuando lleguen. No tardaremos en ponernos en marcha, pero mientras tanto no debemos dejar que el tedio de este maldito lago se nos contagie. No nos beneficiaría en nada tener una partida de elfos oscuros que no hicieran más que pelearse.

—No es el lago lo que me aburre, mago —replicó Jeggred.

Pharaun desechó la primera media docena de respuestas que le vinieron a la mente, pero su expresión delataba algo. Se veía en la mueca desdeñosa y divertida del draegloth.

—Sí —dijo por fin—. Bueno, aceptaré esa graciosa amenaza teniendo en cuenta de quién viene, Jeggred Baenre. De todos modos, yo...

—¿Te callarás? —lo interrumpió el draegloth—. ¿Cerrarás de una vez esa maldita boca?

Jeggred lamió la rata moribunda, gimiente, desollada. Un hilo de sangre chorreó de sus grises labios.

—No me gusta esto —dijo el semidemonio—. Este —dijo señalando con el mentón al uridezu cautivo— está planeando algo. Nos va a traicionar.

—Es un demonio —respondió Quenthel sin inmutarse.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el draegloth casi gritando.

—Significa —Pharaun respondió por ella— que es normal que nos traicione... o que lo intente. Lo único seguro respecto de un demonio es que no se puede confiar en él. Tal vez te anime saber que tú nos inspiras la misma desconfianza, amigo draegloth.

Pharaun había previsto alguna reacción a su comentario, pero no la que se produjo. Jeggred y Quenthel cruzaron sus miradas, interrogándose el uno al otro con los ojos. Sobrevino un largo silencio y fue Quenthel quien primero apartó la vista.

Jeggred parecía realmente decepcionado.

Capítulo seis



Aliisza se acurrucó junto a Kaanyr Vhok, mezclando sus largas trenzas de ébano con el pelo gris del semidemonio.

—¿Has estado divirtiéndote con alguna dama durante mi ausencia? —susurró Aliisza con la boca pegada al cuello de su amante.

El semidemonio resopló por la nariz y pasó una mano por la espalda de Aliisza. La atrajo más hacia sí, hasta que sus pieles se tocaron. Aliisza sintió el intenso calor de su cuerpo, mucho más intenso que el del elfo oscuro. Tan reconfortante y tranquilizador, tan poderoso.

—¿Celosa? —preguntó Kaanyr Vhok en voz queda.

Aliisza se estremeció al ver el juego que se traía. Era una reacción extraña entre los semidemonios que normalmente se cuidan mucho de expresar sus sentimientos.

—Jamás —susurró como respuesta, haciendo una pausa para pasar sus labios calientes y húmedos por la piel de él—. Es sólo que me hubiera gustado compartirlo contigo.

Esperó a que los juegos continuaran, pero Kaanyr Vhok se limitó a reír entre dientes y a separarse de ella, a lo que Aliisza respondió con un mohín de contrariedad, entrecerrando los profundos ojos verdes y frunciendo el entrecejo.

Vhok le dedicó una extraña sonrisa y apoyó con suavidad un dedo sobre sus labios.

—No llores, querida mía —dijo—. Cuando esta descabellada guerra haya terminado tendremos tiempo para juegos que incluso a ti te dejarán boquiabierta.

—¿Y hasta entonces?

Él retiró la mano y se dirigió hacia una pequeña mesa en la que había dispuesta una bandeja con una frasca de cristal llena de fino brandy robada por diversión en el Puerto de la Calavera, y un solo vaso.

—Hasta entonces —dijo Vhok, vertiendo un chorro del líquido color herrumbre en el vaso—, tendremos que separarnos ocasionalmente para atender a nuestros asuntos.

—¿Cómo van esos asuntos?

—Menzoberranzan está sitiada —respondió el semidemonio— y lo estará durante mucho tiempo, a menos que alguien se las ingenie para inyectar una dosis de inteligencia o, me atrevería a decir, imaginación, en nuestros aliados, los enanos

grises.

—No pareces muy esperanzado —dijo ella.

—Tienen tan poco ingenio como mal genio —replicó Vhok—, pero tendremos que arreglarnos con lo que hay.

Se volvió a mirar a Aliisza, que sonrió, se encogió de hombros y se sentó, mejor dicho, dejó resbalar su cuerpo en un sofá ricamente tapizado. Se movió seductoramente por él sin separar los ojos del cuerpo del semidemonio. Su chaleco de cuero parecía rígido e incómodo, pero caía sobre su piel con tanta gracia como ella sobre el sofá, obedeciendo a su capricho, como su propia piel. La larga espada envainada que llevaba a la cadera se adaptaba a la forma de la pierna.

Vhok iba ricamente ataviado, como de costumbre, con una lujosa túnica bordada de estilo militar. De su costado colgaba una espada larga, y Aliisza sabía que, incluso en la intimidad de sus propios aposentos, llevaba encima buen número de artilugios mágicos.

La tienda en la que se alojaban, detrás de las líneas de asedio, estaba revestida de conjuros que impedían que nadie pudiese oír, ver o espiar. Aun así, Aliisza se sentía expuesta.

—Ese lago —dijo, paseando la vista por los confines cubiertos de seda de la tienda— es el lugar más aburrido que haya visto jamás, y eso que he pasado tiempo en las ciudades de los duergars.

Vhok bebió un sorbo de brandy y cerró los ojos, saboreándolo. Aliisza hacía tiempo que había superado el desaire de que no le ofreciera.

—Es una aterradora cueva gris —añadió Aliisza—. Quiero decir, el aire es realmente gris. Es horrible. —Vhok abrió los ojos y se encogió de hombros, esperando a que siguiera—. Han capturado al capitán —continuó la semisúcubo.

—¿Un uridezu? —preguntó el semidemonio.

Aliisza asintió, alzando una ceja ante una suposición tan extrañamente acertada.

—A veces —dijo Vhok—, creo que te olvidas de lo que soy.

—Nunca lo olvido —se apresuró a decir ella.

Kaanyr Vhok era un semidemonio, hijo de padre humano y madre demonio. Compartía las cualidades más peligrosas de estos dos animales del caos.

Aliisza tendió una mano y se revolvió en el sofá.

—Vamos —dijo—, siéntate conmigo y te contaré todo lo que vi, hasta el último detalle. Todo sea por la guerra.

Vhok apuró el brandy, dejó el vaso y cogió la mano que le ofrecía Aliisza. Su piel aceitunada tenía un aspecto oscuro y untuoso contra la piel pálida de ella. No era tan oscura como la de Pharaun, claro está, pero...

—Tengo la impresión —dijo el semidemonio dejándose caer en el sofá junto a su demoníaca amante— de que esos drows están planeando un viaje.

—Mucho más que planeando —respondió ella.

—Se están pasando de tontos —replicó Vhok—. Es típico de los drows servir a una señora caótica con una anarquía tan notoria. Siempre marcando el paso, con sus casas y sus leyes y sus infantiles tradiciones. No es de extrañar que esa furcia de araña les haya vuelto la espalda. Me sorprende que haya aguantado tanto tiempo sus tonterías.

Aliisza sonrió dejando ver una dentadura perfecta, dientes humanos que prefería para las ocasiones íntimas. Había descubierto con el correr de las décadas que incluso Vhok podía sentirse descolocado por sus puntiagudos colmillos.

Aliisza sonreía a menudo, casi tan a menudo como cambiaba el tamaño y la forma de sus dientes para adecuarlos a su estado de ánimo.

—Creo que los subestimas —le advirtió—. Hay uno o dos drows interesantes. Si esos interesantes se unen, pueden resultar peligrosos.

Vhok respondió con un gruñido.

—Supongo que debería disculparme por haberte hecho venir del Lago de las Sombras antes de que pudieras ponerte en contacto con ese mago tuyo. Fue imperdonable por mi parte.

La semisúcubo se acercó más a él y dejó que su lengua jugueteara con la puntiaguda oreja de Vhok. Él permaneció quieto. Su respuesta trascendió lo físico y Aliisza sintió que se ruborizaba.

—Nos vas a meter en problemas —le susurró el semidemonio al oído— con tus flirteos indebidos.

—O haré que ambos triunfemos —replicó ella— con los debidos.

Vhok asintió, y Aliisza trató de interpretar esa respuesta. Pensaba que estaba satisfecho con ella, al menos por mostrarse tan discreta, incluso en el interior de la tienda protegida contra conjuros.

Empezó a desabrocharle la guerrera, provocándolo con cada lento y sinuoso movimiento de sus dedos, con cada uno de los cuales lo iba despojando de la ropa. Aliisza sabía qué podía esperar de Kaanyr Vhok sin ropa. Aunque según todas las apariencias el marqués era un semielfo de mediana edad del Mundo de Arriba, con el pecho, los brazos y las piernas cubiertos de escamas verdes, la carne del demonio era un espectáculo al que pocos habían sobrevivido.

—Van en busca de esa araña ramera —dijo Vhok, ayudando con sus movimientos a que ella lo despojara de la guerrera.

—¿Pretenden despertarla? —preguntó Aliisza centrando su atención en las escamas relucientes que cubrían el ancho pecho de Vhok.

—Pretenden llegar hasta su pegajoso pequeño trono —respondió el semidemonio—, o hasta su pequeña y pegajosa cama... o hasta su pequeña y pegajosa tumba, y despertarla de su sueño. ¿Dices que han estado alimentando el barco?

—Con una dieta constante de manes —respondió ella hablándole al oído.

Vhok asintió mientras empezaba a despojar a Aliisza de sus ropas.

—¿El mago? —preguntó.

—Pharaun —respondió ella.

—Entonces puede hacerlo —decidió Vhok—. Nada menos que un maestro de Sorcere, con el capitán cautivo.

—Pueden llegar hasta la Red Demoníaca de Pozos —dijo Aliisza—, pero ¿crees que podrán despertarla?

—No —respondió una tercera voz.

Los dos se pusieron de pie y en menos de lo que se tarda en pensarlo estaban empuñando sus espadas. Las hojas, idénticas hasta en los menores detalles, casi bullían de energía mágica. Se colocaron espalda contra espalda, una posición defensiva más instintiva que aprendida.

Aliisza no veía a nadie, pero podía sentir la tensión en el cuerpo de Vhok. Había aprendido a conocer bien sus emociones, y lo que ahora percibía no era miedo sino ira. Siguió explorando la estancia hasta que se presentó una figura.

—Nimor —suspiró Aliisza.

—Ha sido una decisión peligrosa —dijo Vhok a la sombría figura del drow asesino— la de presentarte aquí sin anunciarte.

—Puedes creerme —replicó Nimor— si te digo que nada más lejos de mi intención que convertirme en un mirón cualquiera. Como tú mismo dijiste, lord Vhok, hay cuestiones a las que atender. Además, no me «he presentado».

Vhok devolvió la espada, una hoja a la que llamaba *Sangre Ardiente*, a su vaina y se apartó de Aliisza. Con movimientos lentos y estudiados recogió su guerrera y se la volvió a poner, cubriendo la piel escamosa que tan pocas veces dejaba a la vista.

Nimor plegó sus delgados labios en una sonrisa seca y divertida. En esa reacción hubo algo que intranquilizó a Aliisza... más de lo que era normal en presencia del asesino.

—¿Qué asunto te trae por aquí en este momento, Espada Ungida? —inquirió Vhok.

—Esa expedición drow, por supuesto —replicó el asesino—. ¿Han encontrado un barco del caos y pretenden hacer una visita a su diosa durmiente?

El asesino miraba a Aliisza esperando una respuesta. Ella enfundó su espada y volvió a tenderse en el sofá, sin apartar en ningún momento los ojos del elfo oscuro. La semisúcubo no se molestó en volver a cerrar los corchetes de su corpiño.

—Hay pocos motivos para pensar que lo van a conseguir —dijo Vhok.

—¿Tú piensas lo mismo, Aliisza? —preguntó Nimor.

—Entre ellos se encuentra un mago que tal vez pueda manejar el barco —dijo ella encogiéndose de hombros—. Lo conocí en Ched Nasad poco antes del fin, y me

pareció muy capaz.

—Ah, sí —dijo Nimor—, Pharaun Mizzrym. Podría ser el próximo archimago, según tengo entendido, es decir, si su nombre fuera Baenre.

—Podrían hacerlo —dijo Vhok.

Nimor respiró hondo.

—Hay mil cosas que podrían salir mal entre el Lago de las Sombras y el Abismo —dijo—, y mil cosas que podrían salir mal entre el borde del Abismo y el plano sexagésimo sexto.

—¿Qué encontrarán allí, Nimor? —preguntó Aliisza con auténtica curiosidad.

Nimor sonrió y Aliisza sintió un escalofrío al ver su expresión feroz.

—No tengo la menor idea —respondió.

—¿Si encuentran a Lloth? —preguntó Vhok.

—Si encuentran a Lloth —dijo Nimor—, y está muerta, entonces podemos disponernos a un asedio tan largo como sea necesario. Menzoberranzan está perdida. Si ella duerme y consiguen despertarla o es que ella no les está haciendo el menor caso y consiguen recuperar su favor... bueno... en ese caso nos plantearía una dificultad.

—¿Cómo podemos saber con qué se encontrarán? —preguntó el semidemonio.

—No podemos —respondió Nimor.

El elfo oscuro se cruzó de brazos y agachó la cabeza. Sus facciones se volvieron más oscuras y tensas mientras pensaba.

—Que vayan, pero... —estuvo a punto de sugerir Aliisza, pero no llegó a terminar la frase.

—Envía a alguien con ellos —terminó Nimor por ella.

La semisúcubo sonrió, dejando a la vista una fila de amarillentos colmillos.



—Los Agrach Dyrr están solos —dijo Triel Baenre—. Solos y asediados.

Gomph asintió, pero sin mirar a su hermana. Lo tenía cautivado la vista de Menzoberranzan. La Ciudad de las Arañas se extendía ante ellos, envuelta en un fuego feérico, magnífica en su caos, en su naturaleza perversa... una cueva convertida en hogar.

—Bien —replicó Gomph Baenre—, pero no supongas que se van a dar por vencidos así como así. Tienen sirvientes y aliados que les son fieles y que compensan su falta de inteligencia con su superioridad numérica.

Desde la posición que ocupaban en un alto mirador en el borde exterior de una de las agujas más occidentales del complejo de la casa Baenre, Gomph tenía una visión panorámica de la ciudad subterránea. El palacio de los Baenre estaba contra la pared meridional de la enorme caverna, sobre el segundo nivel de una gran repisa rocosa.

Era la primera casa, y su posición por encima del resto de la ciudad era algo más que simbólica.

—Puede que lo hayan apostado todo a los enanos grises —dijo Andzrel Baenre—, pero no hay ningún elfo oscuro en Menzoberranzan que luche en su bando.

Gomph se volvió hacia la izquierda y miró en dirección al oeste, a través de la altiplanicie de Qu'ellarz'orl. Tenía ante sí la alta torre estalagmítica de la casa Xorlarrin, y más allá el grupo de estalactitas y estalagmitas que daba cobijo a los traicioneros Agrach Dyrr. Destellos de fuego y relámpagos, obra de los formidables y numerosos magos de los Xorlarrin, zigzagueaban por tierra y aire en torno a la residencia de los Dyrr. El lichdrow que era el jefe de la casa rebelde estaba escondido dentro, en algún lugar, y sus magos respondían con fuego y truenos. Gomph sentía la presencia de su hermana Triel y del maestro de armas Adzrel detrás de él, pendientes de sus palabras.

—Es como si me hubiera marchado hace mucho, mucho tiempo —dijo Gomph con voz controlada pero cuidadosamente modulada para transmitir a su hermana su enorme decepción por el estado de la guerra.

Podía sentir la tensión de Triel a sus espaldas y cómo a continuación se sacudía sus palabras.

—Y así ha sido —dijo Triel, con un tono ácido—, pero no nos paremos a lamentar los fracasos cuando todo lo que amamos corre tan grave peligro.

Gomph se permitió una sonrisa y echó una mirada de reojo a su hermana, que lo observaba con los brazos cruzados muy apretados contra el cuerpo, como si tuviera frío. Volvió a evaluar la situación de estancamiento que rodeaba toda la base de Agrach Dyrr y observó con satisfacción lo bien que veía con sus nuevos ojos. El dolor y la visión borrosa casi habían desaparecido, dejando a Gomph con la irónica sensación de disfrutar de la caída de la casa Agrach Dyrr con un par de ojos Agrach Dyrr.

—Sin embargo, no todas las casas están a nuestra disposición ¿verdad? —preguntó.

—Sigue siendo Menzoberranzan y nosotros seguimos siendo elfos oscuros —dijo Triel con un suspiro—. Las casas Xorlarrin y Faen Tlabbar están decididamente con nosotros. Faen Tlabbar trae consigo a la casa Srune'lett, que tiene una poderosa alianza con la casa Duskryn. De las casas menores podemos confiar en Symrywin, Hunzrin, Vandree y Mizzrym.

—¿Y eso es todo? —preguntó Gomph tras una pausa.

—Es posible que Barrison Del'Armgo todavía tenga ascendencia sobre Oblondra —replicó Triel—. Siguen siendo leales a Menzoberranzan, y luchan, pero tienen su propio consejo.

—Y sus propios aliados —añadió Gomph.

—Por suerte, no —corrigió Triel, obviamente complacida por demostrar que su hermano estaba equivocado y por el hecho de que aquella poderosa casa mantuviera su independencia—. Las demás casas menores siguen siendo neutrales y ofrecen a la ciudad sus medios defensivos. Es mejor un vecino elfo oscuro al que odies que un duergar en el cargo que sea.

—O un tanarukk —añadió Gomph.

—O un tanarukk —corroboró su hermana.

Gomph volvió a centrar su atención en la ciudad. Había muy pocos drows en la calle y el archimago podía ver columnas de soldados marchando, algunos a paso redoblado, por las callejas serpenteantes.

—La ciudad se ve tranquila —comentó.

—La ciudad —intervino Andzrel— está bajo un duro asedio.

A Gomph el comentario le sentó fatal, pero sabía que no era cuestión de matar al mensajero, al menos no ese caso.

—Estamos rodeados por todas partes, pero combatimos —continuó el maestro de armas— y seguiremos haciéndolo. Nuestras fuerzas dominan Qu'ellarz'orl y están tratando de dar apoyo a la casa Hunzrin en el norte de Donigarten.

—El asedio de Agrach Dyr —intervino Triel— es, en gran medida, el de la casa Xorlarrin, y da la impresión de que lo tienen bien controlado.

—¿Está muerto el lichdrow? —preguntó Gomph.

Hubo una pausa durante la cual ni la matrona madre ni el maestro de armas se molestaron en responder.

—Entonces podrían tener una mano más firme —concluyó el archimago.

—Faen Tlabbar —continuó Andzrel tras aclararse la garganta—, además de bloquear la retirada de Agrach Dyr por el oeste, guarda los accesos sudoccidentales al Dominio Oscuro desde la Telaraña hasta el extremo occidental de Qu'ellarz'orl. Se enfrentan a la mayor concentración de enanos grises, asistidos por la casa Srune'lett. Faen Tablar también apoya los esfuerzos de la casa Duskryn para mantener las cuevas del norte de la Grieta del Oeste.

—Vaya —dijo Gomph con tono irónico—, los de Faen Tlabbar son impresionantes.

—Lo son —coincidió Triel—, y Srune'lett y Duskryn no necesitan más pruebas. Si los Faen Tlabbar pensarán en traicionarnos, se llevarían consigo por lo menos a esas dos casas.

—De toda la Antípoda Oscura ¿por qué precisamente ellos iban a hacer eso? —bromeó Gomph.

Triel se rió, y el maestro de armas carraspeó.

—¿Y las casas menores? —preguntó Gomph.

—Symrywin ayuda a Duskryn por encima de la Grieta del Oeste —dijo Andzrel.

—Otra probablemente esté del lado de Ghenni, en caso de tener que decidir — comentó Triel.

Gomph se encogió de hombros.

—Si defienden Menzoberranzan ahora —dijo—, que hagan planes para después. Si sobrevivimos, sobreviviremos como primera casa.

—En eso coincido contigo, archimago —dijo Andzrel.

Gomph se volvió a mirar al guerrero y paseó una mirada glacial por sus facciones ásperas y su deteriorada armadura de guerra.

—Por supuesto que sí —dijo el archimago con una voz que era casi un susurro.

Andzrel bajó la vista y después miró a Triel, que se limitó a sonreírle.

—La casa... —empezó el maestro de armas, evidentemente convencido de que era menos arriesgado seguir dando el parte que respaldar al poderoso archimago. Carraspeó y siguió—: La casa Hunzrin se encuentra muy presionada contra las fuerzas de la Legión Flagelante en el norte de Donigarten. Vandree se mantiene firme contra los duergars al sur de la Grieta del Oeste. Mizzrym apoya en la medida de sus posibilidades los esfuerzos de Xorlarrin contra Agrath Dyr, y también envían patrullas al bosque de los hongos, donde han encontrado al extraño espía.

—¿Entonces los tannaruks están sobre todo en el este? —preguntó Gomph.

—Como era previsible, archimago. —El maestro de armas se arriesgó—. Marcharon desde más abajo de la Torre de la Puerta del Infierno, que está al este de nosotros. Los duergars son de Gracklstugh.

Gomph dejó escapar un resoplido por la nariz.

—Nunca pensé que viviría para ver el día —murmuró Triel—. Gracklstugh...

—Los tanarukks son enemigos más formidables —siguió Gomph, como si no hubiera oído a su hermana—. Dime quiénes, además de la casa Hunzrin, les oponen resistencia.

—Barrison Del'Arngo combate de forma satisfactoria en el sur de Donigarten —respondió Andzrel— contra la mayor concentración de la Legión Flagelante.

—Mez'Barris tendrá sus héroes —suspiró Triel.

—¿Al norte? —preguntó Gomph.

—También Barrison del'Arngo, con la ayuda de la Academia, resiste en la Grieta de la Garra —replicó el maestro de armas—, sobre todo al este, hacia Eastmyr. Allí hay pocos duergars. Ha habido noticias de incursiones de ilitidas, en el este, desde más allá de los Caminos Serpenteantes.

—Los desolladores perciben la debilidad —dijo Gomph—. Son carroñeros. Nos hostigarán cuando puedan y desaparecerán cuando no puedan. Algunos de ellos pueden resultar... irritantes, pero esperarán a que seamos más débiles, si nos dejamos debilitar, antes de aparecer en número importante.

Ni Triel ni Andzrel arriesgaron el menor comentario al respecto.

—¿Y las demás casas? —preguntó Gomph.

—Se protegen —respondió Triel—. Patrullan las inmediaciones de sus fincas, ayudan a mantener la paz en las calles, y yo diría que esperan órdenes.

—Bien —dijo Gomph—. Estoy seguro de que pronto lo sabremos con certeza. De todos modos, me gustaría contar con mayor número de aliados dentro de nuestra propia ciudad.

—Tier Breche está con nosotros —dijo Triel—, aunque creo innecesario tener que decírtelo. En ausencia de Quenthel, Arach-Tinilith sólo responde ante mí. Sé que has hecho bien al devolver el poder a Sorcere, y Melee-Magthere siempre luchará si una sola espada se alza contra la Ciudad de las Arañas.

—Supongo que los mercenarios los has pagado con tu oro —dijo Gomph.

Triel se encogió de hombros.

—El contrato de Bregan D'aerthe ha sido prorrogado, aunque el Abismo sabe dónde ha estado Jarlaxle. Será necesario hasta el último diente de oro de los duergars para volver a llenar nuestras arcas cuando todo esto acabe, pero mientras tanto, los de la casa Bregan D'aerthe actúan como infiltrados y como exploradores, y están movilizando fuerzas por toda la ciudad para controlar y apoyar a las casas menores.

—Gran parte de lo que te hemos contado hoy, archimago —terció Andzrel—, proviene de los partes de Bregan D'aerthe.

—Bien por ellos —mintió Gomph.

—Menzoberranzan resistirá —declaró Andzrel.

—Pero no para siempre —añadió Triel.

—Ni por mucho tiempo —dijo Gomph.

Se produjo un largo silencio. Gomph pasó ese tiempo observando el chisporroteo de la valiosa magia de guerra que se empleaba contra la casa Agrach Dyrr.

—¿Qué quedará? —preguntó Triel después de un rato.

—Madre matrona, archimago —dijo Andzrel—, en mi opinión, la mayor amenaza proveniente del interior de la ciudad ya no es Agrach Dyrr, sino Barrison Del'Armgo.

Gomph alzó una ceja y se volvió hacia el maestro de armas.

—Incluso considerando que no tienen de su lado a ninguna de las casas menores —prosiguió el guerrero—, son la mayor amenaza contra el poder de la primera casa. La madre matrona Armgo ya está haciendo ofertas a muchas de las casas menores, especialmente Hunzrin y Kenafin.

—Y —intervino Gomph acabando la frase de Andzrel— podrían hacerse con Donigarten.

—Nuestra fuente de alimento —añadió Andzrel.

Gomph sonrió al ver que a Triel se le ponía la cara casi gris.

—Vaya, bueno, cada cosa a su tiempo —dijo el archimago—. Barrison

Del' Armgo responderá por su ambición sólo después de que haya acabado con una insurrección más abierta.

—¿Dyrr? —Triel no tenía necesidad de preguntar.

—Es hora de que nuestro viejo amigo, el lichdrow, muera otra vez —replicó Gomph—, esta vez para siempre.

Capítulo siete



Danifae contó los guerreros que tenía ante sí: ocho armados con lanzas y otros doce con ballestas, detrás de ellos. Danifae esperó.

—Bienvenidos a la Ciudad de los Portales —dijo uno de los lanceros mientras sus ojos de color rojo sangre pasaban rápidamente de Danifae a Valas—. Si hacéis intención de coger un arma o empezáis a formular un conjuro, os mataremos antes de lo que dura un suspiro.

Danifae lanzó al varón una sonrisa y se sintió gratificada al ver que su mirada se demoraba en ella. Si Valas hubiera pensado en atacar, ése habría sido el momento. No lo hizo, de modo que Danifae se encontró en situación de tener que volver a confiar en él.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? —preguntó el guardia—. ¿Qué os trae a Sschindylryn?

—Soy Valas Hune —respondió el explorador.

Hizo una pausa y lentamente se llevó la mano al cuello de su *piwafwi*. Cuando apartó un poco la prenda, los ojos del guardia se fijaron en algo. Danifae estaba segura de que tenía que ser la insignia de la empresa de mercenarios a la que pertenecía Valas.

—Vengo aquí para reaprovisionarme. Dadnos un día para reunir lo que necesitamos y emprenderemos el regreso.

El guardia asintió y miró a Danifae.

—¿Y tú? —inquirió—. Tú no pareces una Bregan D'aerthe.

Danifae acompañó su respuesta de una risita juguetona.

—Soy Danifae Yauntyrr. ¿Y tú?

El guardia quedó descolocado con la pregunta.

—Es una prisionera de guerra al servicio de la primogénita de la casa Melarn —respondió Valas por ella.

Danifae sintió que la piel se le erizaba por la rabia reprimida. ¿Qué clase de explorador daba semejante información? ¿O acaso pretendía ponerla en su sitio recordándole que ella no era libre y él sí?

El guardia esbozó una sonrisa más bien lasciva y miró rápidamente a Danifae de arriba abajo.

—¿Melarn? —dijo—. Nunca oí ese nombre.

—Una casa menor —respondió Valas, ganándole otra vez por la mano a Danifae—. Fue destruida junto con las demás durante la caída de Ched Nasad.

El guarda volvió a mirarla.

—Eso significa que ahora eres libre ¿no?

Danifae se encogió de hombros y no dijo nada. Ella, a diferencia de Valas, no estaba dispuesta a revelar información. Lo que menos necesitaba era que alguien se enterara de que había venido a Sschindylryn para abordar esa cuestión de una vez por todas.

—No queremos problemas con Bregan D'aerthe —dijo el guardia a Valas—. Consigue tus provisiones y vete. Los menzoberranios no son populares por aquí.

—¿Y cuál es el motivo? —inquirió Valas.

Los guardias se relajaron visiblemente, y la mitad de los arqueros bajaron sus ballestas y dieron un paso atrás. Los lanceros apoyaron las lanzas en el suelo, pero seguían en actitud de alerta.

—Dicen que la culpa es vuestra —respondió el guardia.

—¿Y de qué se nos culpa? —demandó Danifae mientras se preguntaba por qué se identificaba como menzoberrania cuando ni siquiera había estado en esa ciudad.

—Se dice —aclaró el guardia— que un menzoberranio mató a Lloth.

Valas rió con notorio desdén.

—Sí, bueno... —prosiguió el guardia—. Eso es lo que se dice.

—Por aquí —le indicó Valas a Danifae volviendo la cabeza.

La cautiva asintió, recogió sus pertenencias y pasó junto a los guardias siguiendo al explorador hacia la ancha puerta abierta que daba al interior de la ciudad. Al pasar, Danifae dirigió al capitán de la guardia un guiño. El varón se quedó boquiabierto, pero consiguió cerrar la boca antes de que fuera tarde.

Cuando estuvo segura de que los guardias no podrían oírla, Danifae se acercó más al explorador de Bregan D'aerthe. Valas evitó el contacto con ella. Danifae, tomando buena nota de su reacción, se inclinó hacia él. Soltando más aire caliente del que era necesario, le habló al oído en voz baja e incitante.

—No voy a ir contigo —le dijo a Valas.

—¿Por qué no? —inquirió él, imitando el volumen pero no el tono provocador de Danifae.

—Nunca me gustó ir de compras —replicó ella—, y tengo mis propios recados que hacer.

Durante un instante, Danifae pensó que Valas se iba a oponer o que iba a tratar de sonsacarle más información.

—Muy bien —dijo el explorador—. Tengo una forma de llamarte cuando sea hora de marcharnos.

—Y yo una forma de no hacerte caso si no estoy lista —respondió ella.

Valas no dijo nada, pero Danifae estaba segura de que esa vez había conseguido traspasar su impenetrable armadura. Se dio media vuelta y se metió entre la muchedumbre que pasaba por la estructura aporalada, semejante a un templo, que rodeaba la puerta. En cuestión de segundos se había perdido en la ciudad extraña, dejando atrás al explorador.

La ciudad de Sschindylryn estaba contenida en una oquedad en forma de pirámide excavada en la dura roca a una distancia insondable por debajo de la superficie de Faerun. La pirámide tenía tres lados, cada uno de más de tres kilómetros de largo, y el vértice estaba tres kilómetros por encima del suelo. Unos hongos bioluminiscentes crecían en colonias en torno a las lisas paredes exteriores, otorgando a toda la ciudad una fantasmagórica luz ambiental de una tonalidad amarillenta. Los drows que habitaban en esta ciudad lo hacían en casas de piedra y de ladrillo, cosa nada habitual en las ciudades de los elfos oscuros, construidas en filas escalonadas. Las lindes exteriores de la ciudad eran en realidad trincheras excavadas en el suelo de piedra de la pirámide. En el centro se elevaba una especie de enorme zigurat. Ningún túnel conectaba la caverna con el resto de la Antípoda Oscura. Sschindylryn estaba herméticamente cerrada. Aislada. Salvo por las puertas, y había miles de ellas.

Las había por todas partes. Sólo en las primeras manzanas Danifae contó una docena de ellas. Conducían a todos los rincones de la Antípoda Oscura, al Mundo de Arriba, puede que incluso a los planos que estaban más allá y a otros lugares. Algunas estaban abiertas al público, puestas allí por no se sabe quién. Otras eran para fines comerciales, ofreciendo transporte a alguna otra ciudad drow o emplazamientos de comercio de las razas inferiores por un canon. Y todavía había otras que tenían carácter secreto y sólo podían usarlas unos cuantos elegidos. Las bandas controlaban algunas, los vendedores ambulantes controlaban otras, mientras que los clérigos mantenían bajo su autoridad un centenar.

Con los que más se cruzó Danifae por las estrechas calles fue con otros elfos oscuros, y, al igual que ella, todos parecían ir a lo suyo. No reparaban en ella, ni ella en los demás. Mientras avanzaba fue tomando conciencia de que se encontraba en una ciudad extraña, sola, buscando a un solo drow que lo más probable era que estuviera procurando esconderse por todos los medios.



La casa Agrach Dyrre había sido parte de la escena política de Menzoberranzan durante más de cinco mil años. Sólo la casa Baenre la superaba en antigüedad.

Durante la mayor parte de ese tiempo, las casas Baenre y Agrach Dyrre habían mantenido una relación muy estrecha. Por supuesto que nunca existió confianza entre ambas, pues eso era algo que sólo se daba en sus formas más rudimentarias en la Ciudad de las Arañas, pero existían ciertos acuerdos. Compartían intereses y

objetivos. Agrach Dyrr había desempeñado su papel en la jerarquía de la ciudad. Iba a la guerra con la ciudad, se defendía contra las casas rivales, destruía a alguna de vez en cuando según lo aconsejaban las necesidades, y en todo seguía los dictados y los caprichos de la Reina de la Red Demoníaca de Pozos.

A la madre matrona Yasraena Dyrr le gustaba el dolor. Le gustaba el caos y contaba con las bendiciones de Lloth. Cuando todo vestigio de ello hubo desaparecido, las cosas cambiaron.

Desde su palacio en la ancha bancada de Qu'ellarz'orl, el lichdrow Dyrr había resistido junto con su nieta mucho más joven y había visto cómo la ciudad se volvía contra ellos. Bueno, eso no era del todo exacto, el lichdrow lo sabía. Había sido él quien se había vuelto contra la ciudad, y lo había hecho según un cálculo preciso y minucioso. Había tomado la decisión final, como siempre lo había hecho en las ocasiones de extraordinario peligro y más provechosas. Yasraena hacía lo que se le ordenaba, aunque en ocasiones se le hacía creer que era idea suya y otras simplemente se le daba una orden.

La mayor parte de las veces, la joven madre matrona gobernaba tanto la casa como cualquiera de las matronas de la ciudad. Sin embargo, cuando realmente contaba, el lichdrow tomaba el mando.

El palacio de la casa Agrach Dyrr era un círculo de nueve estalagmitas gigantes que salían del rocoso suelo de Qu'ellarz'orl, rodeado de un foso seco atravesado sólo en un punto por un puente ancho y defendible. En el centro del círculo de estalagmitas, detrás de un muro cuadrado de piedra que era obra de un conjuro, estaba el templo de la casa. Aquella enorme catedral era algo más que un símbolo para los drows de la casa Agrach Dyrr: era una proclamación sincera y apasionada de su fe en la Reina Araña.

Sin embargo, en los últimos meses el templo se había vuelto tan silencioso como la diosa en cuyo honor se había levantado.

—Lloth nos ha abandonado —dijo el lichdrow.

Estaba de pie, a la entrada del templo. Cien metros delante de él, su nieta estaba de rodillas frente al negro altar, en silencio, con los ojos fijos en una enorme y estilizada representación de la diosa que había en lo alto. El ídolo pesaba varias toneladas y había sido configurado mediante magia divina a partir de los mil más preciosos materiales que podía ofrecer la Antípoda Oscura.

—Nosotros la hemos abandonado —replicó Yasraena.

Las voces de ambos se propagaron por la enorme estancia.

El lichdrow se acercó a ella levitando, casi rozando con los pies el suelo de mármol. Ella no se volvió.

—Bueno —dijo el lichdrow—, ¿qué podía esperar?

La madre matrona dejó pasar la broma sin comentario.

—El puente se sostiene —informó Dyrr con cierto aburrimento en la voz—. Según agentes de Sorcere, Vorion fue capturado y después asesinado. Todavía queda por averiguar si dijo algo.

—Vorion... —suspiró la madre matrona.

Había tomado a Vorion por esposo apenas unos años antes.

—Mis condolencias —dijo el lichdrow.

—Tenía unas cuantas cualidades admirables —respondió la madre matrona—. Bueno, al menos murió defendiendo la casa.

Dyrr empezaba a cansarse, de modo que cambió de tema.

—Gomph ha recuperado la vista.

—Vendrá a por nosotros —dijo Yasraena.

—No, vendrá a por mí —la corrigió el lichdrow.

La madre matrona suspiró. Seguramente sabía que él tenía razón. La sacerdotisa, despojada de su conexión con Lloth, todavía era una fuerza con la que había que contar. Tenía experiencia, era cruel y fuerte, y había tenido acceso a los almacenes de la casa de artilugios, artefactos y pergaminos mágicos; pero, enfrentada al archimago de Menzoberranzan, era poco más que una molestia. Si Gomph venía, vendría a por el lichdrow, y si Agrach Dyrr sobrevivía, sería el lichdrow el que la salvaría.

—Supongo que puedes contar con tus nuevos amigos —dijo la madre matrona.

—Mis «nuevos amigos» tienen sus propios problemas —respondió Dyrr—. Están sitiando la ciudad, pero Baenre y las demás casas han mantenido muy bien sus posiciones en las entradas al Dominio Oscuro.

—Nos tienen encerrados en nuestro palacio como a ratas en una trampa —dijo la madre matrona.

Dyrr rió y su risa sonó amortiguada y forzada bajo la máscara. El lichdrow casi nunca permitía que le vieran la cara. Yasraena era una de los pocos a los que se mostraba, pero tampoco muy a menudo. Aunque no lo estaba mirando, él mantenía la pose de apoyarse en su bastón. La farsa de la edad avanzada y la debilidad física se habían convertido para él en una segunda naturaleza, y había llegado a mantenerla incluso cuando nadie lo miraba. Su cuerpo, liberado de las servidumbres de la vida desde hacía un milenio, respondía de la misma manera que el día en que había muerto y resucitado.

—No empieces a creer en nuestro propio engaño, nieta —dijo Dyrr—. No todo ha salido como lo habíamos planeado, pero no todo está perdido y todavía no estamos atrapados. Se suponía que debíamos permanecer en la ciudad, y aquí estamos. Aquí nos tienes a los dos, en nuestro propio templo, sin que nadie nos moleste. Hemos perdido soldados y a nuestro extraño consorte y primo, pero seguimos vivos y nuestros activos siguen intactos en su mayor parte. Nuestros «nuevos amigos», como tú los llamas, tienen a la ciudad bien sitiada, y muchas de las casas se niegan a

intervenir en la contienda o al menos a participar decididamente. Todo lo que tenemos que hacer es seguir presionando, seguir presionando, y así ganaremos tiempo. Reconozco que es un contratiempo que Gomph haya escapado a mi pequeña trampa y no dejo de preguntarme cómo lo consiguió, pero te aseguro que será la última vez que subestime al archimago de Menzoberranzan.

—¿Lo subestimaste —preguntó ella— o es que te venció?

Sobrevino un momento de silencio entre ellos mientras Yasraena seguía con la mirada fija en la imagen de Lloth, y Dyrr esperaba en muda protesta.

—Ese asesino... —dijo por fin.

—Nimor —completó Dyrr.

—Sé que no confías en él —añadió ella.

—Por supuesto que no —respondió el lichdrow con una risita seca—, pero es leal a su causa.

—¿Y cuál es esa causa? —preguntó la madre matrona—. ¿La caída de Menzoberranzan? ¿La destrucción del matriarcado? ¿El abandono absoluto del culto a Lloth?

—Lloth se ha ido, Yasraena —dijo Dyrr—. El matriarcado ha funcionado, pero como todas las cosas del pasado, es probable que no sobreviva a la desaparición de la Reina Araña. Por supuesto que la ciudad resistirá. Resistirá bajo mi mano firme e inmortal.

—¿La tuya —preguntó ella— o la de Nimor?

—La mía —respondió el lichdrow con absoluta convicción.

—Debería estar en la ciudad —añadió Yasraena antes de que la pausa se volviera demasiado significativa—. Nimor y sus amigos duergars deberían estar aquí. Cada día que pasa, Baenre y Xorlarrin nos van ganando terreno. Poco a poco, es cierto, pero poco a poco, durante el tiempo suficiente y...

Dejó la frase inconclusa y por toda respuesta Dyrr se encogió de hombros.

—Si esperabas hacer esto sin Gomph de su lado —preguntó Yasraena—, ¿qué harás ahora que ha vuelto?

—Como ya dije —respondió el lichdrow—, lo mataré. El vendrá a por mí y yo estaré preparado. Cuando llegue el momento, le saldré al encuentro.

—¿Solo? —La preocupación era evidente en su voz.

El lichdrow no respondió. Ni uno ni otra se movieron y el templo permaneció silencioso durante largo rato.



Había venido por algo de comida y algunos elementos secundarios. Podían beber el agua de Lago de las Sombras, pero les vendrían bien unos cuantos pellejos más para almacenarla. En circunstancias normales, nada podía ser más fácil para alguien tan

viajado como Valas Hune.

Circunstancias normales.

Esas palabras habían perdido todo significado.

—Eh —gruñó el gnoll levantando su pesada hacha de guerra para que Valas pudiera verla—. Haz cola, drow.

Valas miró al gnoll a los ojos, pero el otro no se amilanó.

—Todo el mundo guarda cola —insistió con tono áspero.

Valas respiró hondo y mantuvo las manos a los lados del cuerpo.

—¿Está Firritz aquí? —preguntó.

El gnoll pestañeó, sorprendido.

Valas sintió que otros ojos se fijaban en él. Unos drows, otros duergars y varios representantes de unas cuantas razas menores miraron hacia él. Aunque seguramente estarían contrariados, impacientes por tener que hacer cola mientras Valas pretendía saltársela, ninguno de ellos dijo nada.

—¿Cómo es que...? —musitó el gnoll entrecerrando los ojos—. ¿Cómo es que conoces a Firritz?

Valas esperó a que el gnoll se convenciera de que no iba a decir nada más. Le llevó unos segundos.

Echando una mirada a la fila, cada vez más inquieta, el gnoll le dijo que lo siguiera.

Valas no sonrió ni habló ni miró a los demás. Siguió al gnoll en silencio a lo largo de toda la cola y después a través de una cortina llena de moho hacia una gran estancia de techo incómodamente bajo. El espacio estaba tan atiborrado de sacos, cajas y barriles que casi a primera vista Valas vio un envase de cada una de las cosas que había ido a buscar. Un solo drow encorvado por la edad ocupaba una mesa en el centro del almacén. Frente a él se apilaban una docena de diferentes tipos de monedas. El gnoll lo señaló con un movimiento de cabeza y Valas se acercó al comerciante.

—Firritz. —La voz del explorador fue repetida por el eco.

El viejo drow ni siquiera se volvió a mirarlo. Siguió contando lentamente una pila de monedas de oro y después escribió el total en un pergamino que tenía sobre la mesa. Valas esperó.

Pasaron unos diez minutos y en ese tiempo el gnoll abandonó el almacén tres veces y tres veces volvió. Cada vez que volvía parecía un poco más perplejo. Valas no movió un solo músculo.

Por fin, cuando el gnoll había salido otra vez, Firritz levantó la cabeza y echó una mirada a Valas.

—Ése es aproximadamente el tiempo que hubieras tenido que esperar en la cola —dijo el viejo drow con voz aflautada y esforzada—. Veamos ¿qué puedo hacer por

ti?

—Recuerda que has hecho esperar a Bregan D'aerthe —dijo Valas.

—No me amenes, Valas Hune —dijo Firritz—. La reputación de Menzo ha dejado de ser tan impresionante. He oído algo de enanos grises. ¿Por qué no estás defendiendo la madre patria?

—Yo voy a donde me lleva el dinero —dijo el explorador—. Igual que tú.

—El dinero ya no me lleva a Menzoberranzan ¿no es cierto?

—Bregan D'aerthe todavía tiene crédito aquí —dijo Valas—. Necesito provisiones.

—¿Crédito? —dijo Firritz—. Esa palabra implica que tu señor tiene intención de pagar su deuda. La deuda se va acrecentando cada vez más, año tras año, y no veo nada. Es posible que las cosas hayan cambiado mucho ¿no te parece?

—Respira hondo —dijo Valas.

El viejo se lo quedó mirando. Así permanecieron un instante hasta que finalmente Firritz respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Así están las cosas —terminó Valas—, y necesito algunas provisiones.

—Nada mágico —dijo Firritz frunciendo el entrecejo—. Todo el mundo ha estado adquiriendo artilugios mágicos... y por el doble o el triple del valor de mercado.

—Necesito alimentos —replicó el explorador—, pellejos y unas cuantas cosas más.

—¿Tienes un lagarto de carga?

—No —Valas acompañó la negación de una sonrisa—, de modo que necesitaré algo en qué llevarlo todo. Algo mágico.

Firritz barrió la mesa con el brazo, desparramando las monedas por el suelo con un tintineo repetido por mil.

—Alimentos, Firritz —dijo Valas—. El tiempo se ha convertido en un problema para mí.

Capítulo ocho



Danifae podía sentir el Vínculo y también podía sentir a Halisstra. A pesar de los muchos miles de metros de roca que las separaban, estaban conectadas.

Sintió que se le erizaba la piel.

Cuanto más se alejaba del centro de la ciudad, tanto mayor era la proporción de población no drow que encontraba por la calle. Fue un gran alivio cuando después de soportar las observaciones lascivas de un trío de hobgoblins llegó a su destino.

Nunca había estado antes en Sschindylryn ni había visto aquella estructura en particular, pero había ido hacia ella sin dudarlo. No había tomado ninguna calle equivocada ni preguntado a nadie.

Danifae estaba frente a una compleja estructura de ladrillos de barro y losas de piedra dispuestas en una especie de colmena o de termitero. Por encima de la ancha puerta, lo bastante ancha como para permitir el paso de un lagarto de carga y un carro de tamaño normal, colgaba una losa de piedra negra que llevaba tallado un complejo dibujo. El símbolo contenía rastros inconfundibles de la cresta de Yauntyrr, aunque algo plegado sobre sí, vuelto hacia adentro, pervertido.

Danifae se obligó a recordar que, pasara lo que pasase, la casa Yauntyrr había desaparecido. La integridad de su heráldica ya no debía preocuparla, ni a ella, eso era indudable, ni a nadie más.

Entró. La entrada de Zinnirit, al igual que la puerta de mayor tamaño por la que habían entrado en la ciudad, era en su mayor parte espacio abierto sobre el nivel de la calle. Parecía que había espacio para otro piso, o incluso dos, más arriba, probablemente la residencia privada de Zinnirit, pero el centro del establecimiento estaba en aquella única estancia hundida.

Había tres puertas, cada una de ellas un círculo de piedras interconectadas de nueve metros de diámetro. No se veía a través de ellas ninguna luz mágica relumbrante. Las tres estaban oscuras, inactivas.

—Zinnirit —llamó Danifae.

Su voz reverberó en el espacio vacío. No hubo respuesta inmediata. Hacía ya rato que Danifae había perdido la noción del tiempo, y mientras llamaba al antiguo mago de la casa una vez más se dio cuenta de que tal vez había llegado en medio de su Ensoñación.

No le importó.

—¡Zinnirit!

Un leve rumor de pies que se arrastraban respondió a la tercera llamada de Danifae. El sonido era inconfundible, pero difícil de situar en el enorme espacio reverberante. A pesar de los ecos, Danifae tuvo la nítida sensación de se trataba de más de un par de pies. No contó el número exacto... tal vez media docena... y se acercaban.

Danifae sacó su estrella matutina y la balanceó sobre su lado derecho.

—Zinnirit —llamó una vez más—. Muéstrate, viejo tonto.

Otra vez el rumor de pasos fue la única respuesta.

Vio una sombra que se balanceaba en el límite de su campo visual saliendo de la profundidad en sombras del portal. Danifae reaccionó con un pensamiento, sin vacilación ni duda, invocando una capacidad de las que estaban imbuidos todos los drows de alta alcurnia.

Cinco figuras cobraron vida con una luz purpúrea y relumbrante. El fuego feérico bordeó sus cuerpos y los destacó sobre la penumbra del fondo. Las figuras avanzaron lentamente hacia ella sin hacer el menor caso al fuego feérico.

Medio segundo después de haber percibido el hedor se dio cuenta de lo que eran.

Eran zombis: muertos vivientes de lo que en apariencia habían sido humanos, aunque a Danifae no le interesaba llevar a cabo un concienzudo examen físico.

—Zinnirit... —dijo en voz baja, irritada.

Uno de los zombis tendió una mano hacia ella y de sus labios corrompidos, cuarteados, salió un callado gemido, doloroso.

Por toda respuesta, Danifae se mantuvo erguida, enarcó una delicada ceja y estiró su mano de dedos finos.

—Deteneos —dijo.

Los zombis se detuvieron.

—Ya basta —dijo con voz perfectamente calma, equilibrada.

Los zombis, de un color morado muy vivo, se volvieron torpemente, tropezando los unos con los otros, y se apartaron de la prisionera de guerra.

Ahora se movían un poco más rápido que durante la maniobra de aproximación.

—Bien —dijo una voz firme y masculina. Esa única palabra fue multiplicada por mil por el eco en el espacio del portal.

Danifae bajó la mano y la apoyó en la cadera.

—Se suponía que no deberías haber podido hacer eso —dijo la voz, más baja, pero más próxima.

Danifae siguió el eco hasta su origen y vio otra sombra con forma de drow en el límite de la oscuridad.

—No había necesidad de fuego feérico —dijo él acercándose más para que Danifae pudiera verlo.

—Zinnirit —dijo la cautiva con una ancha sonrisa en el rostro—. Qué gusto volver a verte, viejo amigo.

El anciano drow avanzó unos cuantos pasos más, aunque mantuvo una distancia no desconfiada sino respetuosa.

—Te llevaron a Ched Nasad —dijo el mago—. Oí que Ched Nasad se había venido abajo.

—Así fue —respondió Danifae.

—Venero a Lloth tanto como cualquier drow —dijo el mago—, pero te puedes guardar los edificios hechos de telaraña. No los quiero para nada.

—No fue ése el problema —respondió Danifae—, aunque, por supuesto, a ti te importa un bledo lo que pueda haber pasado con Ched Nasad.

—Veo que todavía me conoces demasiado bien —dijo.

—Tanto como tú a mí.

—No es fácil, lo sabes —dijo el viejo mago acercándose unos pasos más—. Lo que quieres hacer no es algo que simplemente... se hace desaparecer.

Zinnirit parecía diferente. Danifae comprobó sorprendida lo encorvado, delgado y marchito que se lo veía. Parecía un humano, o un goblin. Tenía muy mal aspecto.

—Veo que has adoptado las maneras de tu nuevo hogar —señaló Danifae indicando con un gesto la vestimenta exótica del mago.

—Así es —respondió—. Es bueno para los negocios, ya sabes. No asusta tanto a los vecinos como la vieja armadura de púas.

—Sabes a qué he venido —dijo Danifae—, y sé que sabías que venía. ¿Los zombis eran para asustarme?

—En realidad, otro toque de teatralidad —explicó el mago—. Los drows y las razas menores se sienten atraídas por un poco de necromancia. Me hace parecer más serio, supongo.

—Supiste que estaba en Sschindylryn en el momento mismo en que atravesé el portal —dijo la cautiva.

—Sí, es cierto.

—Entonces pongámonos a ello.

—Las cosas han cambiado, mi querida Danifae —dijo Zinnirit—. Ya no soy el mago de la casa de tu madre, sometido a los caprichos de sus malcriadas hijas.

—¿Esperas que te pague? —preguntó Danifae.

—¿Esperas que lo haga por nada?

Danifae frunció en entrecejo como respuesta. El gesto apenas perceptible hizo que el mago desviara la vista. Ella respiró hondo y se concentró en el rincón de su mente en el que residía el Vínculo.

—Sé por qué has venido —insistió Zinnirit—. Siempre está ahí ¿no es cierto?

Danifae pensó que no había razón para mentir.

—Lo está. Ha estado ahí cada segundo desde caí en manos de la casa Melarn.

—Es un ensalmo insidioso que te liga... —dijo el viejo drow—. Te liga de un modo que sólo un drow es capaz de imaginar. Mientras el Vínculo se mantenga, nunca serás libre. Si tu señora...

—Halisstra Melarn.

—Si Halisstra Melarn muere, tú también —continuó el mago—. Si ella te llama, allá vas. Sin cuestionamientos, sin vacilaciones, sin elección. Te guste o no, no puedes levantar tu mano contra ella, ni siquiera para suicidarte. El Vínculo no permitirá que tu cuerpo se mueva de un modo que pueda traer aparejada la muerte de tu señora.

—Lo entiendes bien —susurró Danifae—, pero no del todo. En muchos sentidos el Vínculo me alimenta. Ese conjuro me mantiene viva, vital, me mantiene alerta, vigilante y ávida de aprender. Ese conjuro y mi deseo de que desaparezca es la razón de mi vida.

Danifae vio que el miedo cruzaba por los ojos del mago.

—No fuiste el único miembro de nuestra casa que fue llevado a Ched Nasad —dijo—. Después de aquella incursión, la que destruyó el reducto, la que destruyó a la familia, otros fueron apresados por las casas de Ched Nasad, y los demás fueron dispersados por un gran espacio de la Antípoda Oscura. Pocos vivieron, de todos modos, unos pocos y preciados seres.

—Zinnirit Yauntyrr llegó a Sschindylryn —continuó Danifae por él—, y le fue bastante bien aquí. Eso no me sorprendió. Tú eras un mago con talento. Nadie como tú para teletransportarse. Eras el maestro. Y la teletransportación no era lo único en lo que destacabas.

»Estás dispuesto, te conozco.

—¿Qué harás cuando seas libre? —preguntó el mago.

Danifae sonrió y se acercó. Podían tocarse con sólo levantar la mano.

—Está bien —dijo el mago con un suspiro—. No necesito saberlo ¿verdad?

Danifae no respondió. Permaneció a la espera.

—Tendré que tocarte —dijo el mago.

Danifae asintió y se acercó más aún, tan cerca que podía oler el aliento del viejo mago: canela y hierba de pipa.

—Te va a doler —dijo el mago antes de que su mano tocara a la cautiva. Le colocó las yemas de los dedos índice y medio sobre la frente. Su tacto era seco y fresco. Unas extrañas palabras brotaron de su boca, probablemente fuera dracónico, pero ella no lo entendía. Después de un minuto largo, dejó de hablar y bajó la mano. Sus ojos de color rojo anaranjado quedaron prendidos en los de la joven. Danifae no apartó la vista, por más que quería hacerlo.

—Dime —musitó el mago— que quieres acabar con ello.

—Quiero que termine —dijo Danifae. A ella misma su voz le sonó demasiado alta, demasiado aguda—. Quiero liberarme del Vínculo.

Aún no había abandonado sus labios la última sílaba cuando sintió una tensión en el pecho, después en las piernas, en los brazos, en los pies, en las manos, en el cuello, en la mandíbula, y también en cada uno de los dedos de manos y pies. Todos los músculos de su cuerpo quedaron agarrotados y como si estuvieran a punto de desgarrarse debajo de la piel. Podría haber gritado, pero tenía la garganta cerrada. Sus pulmones pugnaban por expulsar el aire encerrado en ellos a través de la garganta atascada, atravesando sus agarrotadas mandíbulas y los dientes apretados. El dolor la cegó.

Después, todo pasó.

El cuerpo se le aflojó de forma tan rápida y absoluta que cayó. Sintió náuseas y se le nubló la vista. Empezó a lagrimear y a moquear, y a punto estuvo de orinarse.

Eso también pasó.

Cuando logró ponerse de pie, temblaba. Logró dominar el cúmulo de emociones que la asaltaron, todo, desde la humillación hasta la furia homicida, con un solo pensamiento.

—Ahora soy libre.

Se pasó la manga por la boca y se apartó de su propio vómito. Zinnirit la siguió, tendiendo la mano para sujetarla por si volvía a caerse, pero ella rechazó su contacto y él parecía igualmente reacio a tocarla.

—No puedo sentirla —dijo Danifae al darse cuenta de que la conexión se había roto realmente.

—Ella tampoco te sentirá a ti —dijo el mago—. Es probable que crea que has muerto... dondequiera que esté.

Danifae asintió y se rehízo. Una parte de sí quería gritar de gozo, danzar y cantar como pudiera hacerlo cualquier elfo de la superficie, pero no lo hizo. Todavía necesitaba una cosa más de Zinnirit. La prisionera de guerra convertida ahora en una drow libre trató de contener las lágrimas que asomaban a sus ojos y miró las manos del viejo mago.

Zinnirit llevaba muchos anillos, pero Danifae buscaba uno en particular, y lo reconoció de inmediato. En el dedo índice de la mano izquierda de Zinnirit había un cintillo de platino y uno de cobre entrelazados con una delicada inscripción en dracónico.

—Lo has guardado —dijo.

Él la miró entrecerrando los ojos y sacudió la cabeza.

—Ese anillo —explicó ella—... el anillo de mi madre.

Zinnirit asintió, no muy seguro.

—Lo encantaste para ella ¿verdad? —preguntó Danifae.

Zinnirit volvió a asentir.

—Fuera a donde fuese —musitó Danifae—, ese anillo la devolvería a casa, a su cámara privada en la casa Yauntyrr, en la lejana Eryndlyn. Recuerdo que lo usó en una ocasión, cuando estábamos en Llacerellyn. El anillo nos llevó a ambas a casa cuando una vaga amenaza se convirtió en un intento de asesinato y alguien envió un elemental tras ella.

»¿Nunca lo has usado? ¿Nunca has tratado de volver?

—Allí no hay nada —respondió el mago con demasiada rapidez—. Nada a que volver. Volví a sintonizar el anillo hace años para que me trajera de vuelta aquí.

—De todos modos ¿alguna vez tuviste necesidad de usarlo? —preguntó la joven—. ¿Alguna vez te trajo de vuelta desde alguna cueva distante?

Zinnirit negó con la cabeza.

—¿Jamás traspasaste tus propias puertas?

El viejo drow volvió a negar con la cabeza.

—No tengo ningún sitio adonde ir —dijo.

Danifae ladeó un poco la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa.

—Pobre —musitó—. Todos estos años... tan solo. Esperando una última oportunidad de servir a una hija de la casa Yauntyrr.

Danifae estiró la mano y cogió la de Zinnirit. El mago se estremeció al sentir su contacto, pero no se desasíó. Ella acercó la mano del anciano a sus labios y la besó. Pensando que acababa de vomitar en el suelo, Zinnirit frunció algo los labios ante su gesto, pero no lo rechazó. Danifae apretó la mano del drow contra su mejilla. Ya estaba más tibia, menos seca.

—Querido Zinnirit —dijo en voz queda mirando al viejo mago a los ojos—. ¿En qué te has convertido?

—Tengo mil años —replicó el mago—. Por lo menos, creo. No tengo una casa, sólo estas tres puertas y el magro peaje que consigo cobrar. Soy un extraño en una ciudad extraña, sin una casa que proteger ni una madre matrona a quien servir. ¿En qué me he convertido? A duras penas recuerdo lo que fui.

—Pero a mí me recuerdas ¿verdad? —dijo Danifae volviendo a besarle la mano. No respondió, pero tampoco retiró la mano.

—¿Recuerdas nuestras lecciones? —preguntó, subrayando sus palabras con el tenue roce de sus labios sobre su mano—. ¿Nuestras lecciones especiales?

Introdujo el dedo del mago en su boca y jugueteó con él. La piel del anciano drow estaba seca y no sabía a nada, después percibió el sabor a metal.

—Yo no... —balbuceó el mago—. No...

Danifae le quitó el anillo del dedo sin dejar de acariciarle la piel con los labios. Lo ocultó debajo de la lengua antes de volver a besar el dorso de su mano.

—Yo sí —dijo.

Danifae retorció el brazo del viejo drow hacia abajo con tal rapidez y tan fuerte que más de un hueso se partió. El dolor y la sorpresa dejaron a Zinnirit sin aliento y ni siquiera intentó detenerla. Ella le cogió la barbilla con la otra mano. Estaba de pie detrás del mago y le sujetaba con fuerza el brazo roto a la espalda.

—Yo sí lo recuerdo —le susurró al oído antes de romperle el cuello.



Para cualquier mago, la preparación de los conjuros de un día era en parte experiencia, en parte intuición y en parte inspiración. Pharaun Mizzrym no era una excepción.

De vez en cuando levantaba la vista de su libro de conjuros para descansar los ojos y dejar que un ensalmo especialmente complejo se asentara en su mente. Lo que vio al levantar la vista fue la cubierta quieta y silenciosa del barco del caos. Retazos más extensos de tendón y cartílago, y redes más complejas de venas y arterias adornaban el esqueleto del barco. Vivía —una vida simple, atormentada por el dolor— y cuando reinaba el silencio y los demás estaban todavía en la Ensoñación, Pharaun creía oír la respiración de la nave.

El capitán uridezu estaba en su sitio, visitado de vez en cuando sólo por las ratas. Estaba echado formando una bola, con el cuerpo plegado sobre sí mismo, lo que hacía que a Pharaun le doliera la espalda con sólo mirarlo. Su respiración era profunda y regular, salpicada por algún que otro sonoro ronquido.

Jegged estaba sentado frente al demonio capturado con las rodillas plegadas sobre el pecho y la cabeza gacha. A diferencia de Pharaun y de los demás elfos oscuros, el draegloth dormía. Evidentemente, era una característica heredada de su padre, Belshazu.

«Bueno —pensó el maestro de Sorcere—, uno no elige a sus padres».

Quenthel se había sentado lo más lejos posible de los demás, en el extremo mismo de la aguzada proa del barco demoníaco. Estaba de espaldas a Pharaun, sentada bien erguida y rígida, meditando.

¿Puedes hablar? La voz sonó en el límite de su conciencia, una voz que reconoció en seguida.

¿Aliisza?, respondió mentalmente.

¿Me recuerdas? La voz de la semisúcubo resonó con más fuerza en su cabeza... ¿o tal vez más clara? *Lo consideraré un supremo honor.*

Debes hacerlo, respondió Pharaun, pensando instintivamente en emociones luminosas y gozosas. *¿Dónde estás?*

En el techo, dijo, justo encima de ti.

Pharaun no pudo por menos de mirar, pero a pesar de su aguda visión oscura, las tinieblas del Lago de las Sombras ocultaban el techo a sus ojos.

¿Cómo me has encontrado?, inquirió.

Soy una mujer de recursos, inteligente y con talento.

Eso es indudable, respondió Pharaun.

Si levitas en línea recta, le comunicó, *llegarás a donde estoy.*

Bueno, dijo el mago, *en ese caso...*

Cerró el libro en el que estaba trabajando sin haber terminado de preparar el conjuro y volvió a meter el volumen en su bolsa. Se puso de pie y tocó el broche que sujetaba el *piwafwi* sobre sus hombros.

¿En línea recta hacia arriba?, preguntó.

Yo te saldré al encuentro, fue la divertida respuesta de la semisúcubo.

Los pies de Pharaun abandonaron la cubierta y ascendió a gran velocidad, dejando rápidamente el barco allá abajo. Cuando lo perdió de vista, o mejor dicho cuando él se perdió de vista en las amenazadoras sombras negras como boca de lobo de la caverna, redujo la velocidad.

—Un poco más —susurró Aliisza en voz apenas audible.

Pharaun se paró poco a poco con un conjuro defensivo en la punta de la lengua por si la semisúcubo lo atacaba. Después de todo era un demonio y siempre existía esa posibilidad.

Lo sorprendió un sonoro aleteo que lo hizo mirar para arriba. Aliisza, con sus alas de murciélago desplegadas a la espalda, bajaba lentamente hacia él. Pharaun se volvió y ambos quedaron frente a frente.

Estaban casi juntos.

—¿Puedes sostenerme con tu levitación? —preguntó Aliisza.

Pharaun no tuvo ocasión de responder porque los brazos de la semisúcubo ya le habían rodeado el cuello y todo su peso, aunque no era mucho, cayó sobre él. El mago se concentró intensamente en el broche, perdiendo casi su conjuro defensivo en el proceso, y consiguió mantenerse y mantenerla en el aire. Al principio se balancearon un poco, pero por fin consiguieron un estrecho abrazo en el aire tenebroso, cerca del techo del Lago de las Sombras.

Estaban frente a frente, a escasos centímetros el uno del otro. Pharaun podía oler el aliento de la hermosa semisúcubo. El tacto de su piel contra la suya, las curvas de su cuerpo otra vez en sus brazos y la suave caricia de sus carnosas alas plegándose en torno a él, abrazándolo, hicieron que su cuerpo reaccionara por sí mismo.

Una sonrisa juguetona se formó en los carnosos labios de Aliisza dejando ver una hilera de dientes perfectamente blancos con los caninos exagerados de un vampiro. Pharaun recordó su costumbre de jugar con los dientes. No se tomó el trabajo de preguntarse por qué eso le gustaba tanto.

—Sí —susurró la semisúcubo—, te recuerdo.

Pharaun le devolvió la sonrisa.

—Dime —preguntó—, ¿qué trae a una chica mala como tú a un antro del mal como éste?

Eso la hizo reír.

—¿Al Lago de las Sombras? —respondió la semisúcubo juguetona—. Ah, siempre trato de venir al menos un par de veces al año cuando puedo. Para tomar las aguas.

Pharaun asintió, sonrió, pero no se molestó en seguirle la broma. La consorte de Kaanyr Vhok había venido por alguna razón, y él no estaba lo bastante enamorado ni era tan egocéntrico como para pensar que estaba allí sólo por verlo.

—Otra vez nos estás espiando —la acusó.

—No —protestó Aliisza con un mohín—. Todavía te sigo espiando. ¿No hace que te sientas importante que alguien como yo te esté espiando todo el tiempo?

—Sí —dijo—, ése es precisamente el problema.

—¿Qué esperas encontrar en el Abismo? —preguntó ella de repente. Pharaun tuvo que parpadear unas cuantas veces para asimilar la pregunta—. ¿No es allí adonde vas en ese magnífico barco viejo del caos que has salvado?

—¿Y qué le importa a Kaanyr Vhok lo que hacemos —preguntó— o adónde vamos?

—¿Acaso una chica no puede tener curiosidad?

—No —respondió tajante—, en este caso no, no puede.

—Puedes ser un perfecto roedor cuando quieres, Pharaun —dijo con otra sonrisa.

—¿Debo tomarlo como un cumplido?

Aliisza volvió a mirarlo a los ojos. Tanto el drow como la demonio eran lo suficientemente elegantes y pragmáticos como para saber que no eran un par de malhadados amantes humanos. Incluso podían ser combatientes en bandos opuestos de una guerra capaz de arruinar sus dos civilizaciones... si es que la andrajosa Legión Flagelante de Kaanyr Vhok podía considerarse una civilización.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó, ladeando la cabeza y mirándolo como si quisiera leer una respuesta escrita en su expresión.

—¿Con nosotros? —preguntó el drow—. ¿En el barco?

Ella asintió.

—Tendría que consultar con el sobrecargo de a bordo a ver si hay algún camarote disponible, pero a primera vista te diría que de ninguna manera, ni por los Nueve Infiernos ni por los Yermos de la Muerte y de la Desesperación.

—Qué pena —dijo ella—. Ya he estado allí antes ¿sabes?

—¿Dónde más has estado? —preguntó Pharaun, dejando a propósito el tema de su participación en el viaje—. ¿Has visitado últimamente la Ciudad de las Arañas?

—¿Menzoberranzan? ¿Por qué lo preguntas?

—Ya sabes, por tener noticias de casa y esas cosas —dijo el mago.

Ella lo envolvió más estrechamente entre sus alas y a Pharaun le gustó la sensación. Era similar a las mantas calientes con que su masajista favorita solía envolverlo en Menzoberranzan. Llevaba viajando demasiado tiempo.

—Estás perdiendo a demasiados camaradas —observó la semisúcubo—. El fornido luchador con la gran espada y el otro, el explorador.

—Decididamente nos has estado espiando —replicó Pharaun.

No podía imaginar el motivo por el cual podía querer saber eso, a menos que estuviera poniendo a prueba su fortaleza o acaso...

—¿Informas a Kaanyr Vhok? —preguntó.

Ella simuló azoramiento y agitó mucho las pestañas.

—Menzoberranzan está sitiada —dijo el mago—. Supongo que lo sabes.

Aliisza asintió.

—¿Has enviado a tus guerreros para ayudar en la defensa de la ciudad? —preguntó.

Pharaun se rió y Aliisza pareció molesta. A él no le importó.

—Dime que no han tenido un encuentro con habitantes menos civilizados de la Antípoda Oscura entre Ched Nasad y este lugar —dijo la semisúcubo—. Me rompería el corazón.

—Tu corazón no corre ningún peligro —respondió Pharaun—. Supongo que no te hará daño decirme quién pone sitio a mi ciudad.

—Pues podría ser que sí —replicó ella con un guiño—. Por si acaso, no corramos el riesgo. Claro que si supiera lo que tú sabes sobre la suerte de tu Reina Araña, eso amortiguaría el golpe.

—Ah —dijo el mago—, o sea que yo te digo el gran secreto y a cambio tú me cuentas otro pequeño.

—No hay secretos pequeños —dijo la semisúcubo—, cuando eres tú quien está a oscuras.

—¿Sabes una cosa, Aliisza? —replicó el mago—. Deberíamos reunimos más a menudo para no decirnos nada. Es mejor que preparar conjuros y seguir adelante con mi vida.

—Eres un diablillo sarcástico, Pharaun. Eso es lo que me encanta de ti.

—Te puedo jurar que el sentimiento es mutuo. ¿Me puedo marchar ahora que hemos terminado de no decirnos nada?

—Nos hemos dicho cosas, Pharaun —dijo Aliisza—, estoy segura de ello. Por ejemplo, hasta ahora no había imaginado siquiera que tú no sabías quién estaba asediando tu Ciudad de las Arañas. Ah, y además me has dicho que vais al Abismo.

—Sí, es cierto —dijo Pharaun sin dar importancia al hecho de que ella hubiera sacado conclusiones tan obvias—. Me alegro por ti. Anda, corre y cambia el curso de la vida en la Antípoda Oscura.

—Estás jugando conmigo —dijo la semisúcubo. Tanto su voz como sus ojos tenían una expresión helada, tan helada como Pharaun no había visto jamás—. Eso me gusta, pero no para siempre.

—Y tú estás ocultándome información —replicó él—, y eso no me gusta en ningún caso.

Así siguieron, flotando en el aire, envueltos en un estrecho abrazo, mirándose con expresión fría, hostil, durante largo rato.

—Todavía podría ser tu amiga, Pharaun —dijo Aliisza en voz queda, apenas algo más que un susurro.

El maestro de Sorcere trató de encontrar algo que decir. Sabía que habían terminado y temía que fuera para siempre, aunque en el fondo deseaba que no fuera así.

«Anhelos», dijo para sus adentros.

Sí, replicó Aliisza en comunicación mental directa, *anhelos*.

Pharaun la apartó de sí. Aliisza quedó suspendida en el aire durante medio segundo y después empezó a caer. Lo fulminó con la mirada mientras abría las alas para detener la caída. Pharaun pensó que parecía más dolida que enfadada.

—Volveremos a hablar —dijo la semisúcubo antes de desaparecer con un destello de luz purpúrea y dejar a Pharaun solo en medio de la oscuridad impenetrable.

El mago se quedó pensando que realmente esperaba que así fuera.

Capítulo nueve



Le faltaba algo.

Halisstra podía sentirlo, o más bien se trataba de lo que no podía sentir. No podía sentir el Vínculo. No podía sentir a Danifae.

Tener a una cautiva ligada a ella mediante aquella oscura magia drow era una experiencia extraña y sutil. No era algo de lo que realmente fuera consciente, al menos de forma permanente. Era más bien algo que estaba allí, en el fondo, como el sonido de su propia respiración o el latido de su pulso.

Estaba bailando cuando cesó. Las sacerdotisas que la habían acogido en su círculo bailaban a menudo. Bailaban en combinaciones diferentes de ciertas hembras y bailaban en diferentes lugares, tanto sacros como profanos. Casi siempre lo hacían desnudas, aunque a veces, también vestidas. Bailaban con sus armaduras y sus armas, y bailaban con ofrendas de frutas o de obras de arte. Bailaban en torno al fuego o en medio del frío. Bailaban de noche, a oscuras, cosa que a Halisstra le resultaba reconfortante, o durante el día. Todavía estaba aprendiendo el significado de cada una de esas manifestaciones, cada cambio sutil en los componentes y en la actitud, el ritmo y el movimiento.

Cuando la asaltó aquella sensación, Halisstra dejó de bailar. Las otras sacerdotisas no repararon en ella. Ni siquiera hicieron una pausa, y mucho menos abandonaron su gozoso ritual.

Halisstra abandonó el círculo, vacilante, y rápidamente se dirigió, con una nefasta premonición, a donde había dejado a Ryld. El maestro de armas no tenía acceso a los círculos de sacerdotisas y Halisstra sabía que eso estaba haciendo mella en él. Ella se marchaba durante horas y al volver se enfrentaba a preguntas que no siempre podía responder. No tenía forma de estar segura de que Ryld la amaba, ya que todavía no conocía bien lo que era el «amor», aunque creía estar aprendiendo, pero el guerrero no se iba. Se quedaba allí, en el frío bosque, donde la luz hacía estragos, se quedaba con ella, rodeado por adoradoras de la que para él seguramente era una diosa traidora.

Entró dando tumbos en la cámara fría y oscura que compartían, sorprendiéndolo en medio de un ejercicio de meditación que le había visto hacer a menudo. Estaba apoyado sobre las manos, con los ojos cerrados, los dedos de los pies tensados y las piernas levemente flexionadas. A veces se mantenía en esa posición durante horas, pero Halisstra no podía hacerlo durante más de dos segundos.

Ryld abrió los ojos al entrar ella y algo debió de ver en su expresión porque con una fluida voltereta se puso en pie de inmediato sin dar la menor muestra de estar mareado ni desorientado.

—Halisstra. ¿Qué sucede? —preguntó.

Ella abrió la boca para responder, pero las palabras se negaban a salir.

—Ha pasado algo —afirmó el guerrero recorriendo la estancia con la mirada.

—Ryld, yo... —empezó a decir Halisstra y se quedó mirando mientras él empezaba a armarse.

Echó mano de *Tajadora*, su enorme espada, en primer lugar y después se ajustó rápidamente la vaina de la espada corta. Ya tenía la armadura en las manos cuando ella lo tocó en el brazo para detenerlo. Tenía la piel tibia, casi caliente, pero no había sudor. Su piel, negra como el ébano, estaba tan tensa que al tocarla ella tuvo la sensación de que estaba cincelado en piedra.

—No —le dijo sacudiéndose finalmente las telarañas de la mente—. Déjalo.

Él se detuvo y la miró, expectante. Halisstra notaba la impaciencia en sus ojos, impaciencia mezclada con frustración.

—¿De qué se trata? —preguntó Ryld. Mientras hacía la pregunta, una luz de comprensión apareció en sus ojos.

Ella sonrió y él suspiró.

—Se trata de Danifae —dijo Halisstra por fin—. Ya no puedo sentirla. El Vínculo se ha roto.

A él se le abrieron mucho los ojos, cosa que Halisstra interpretó como sorpresa. Pero no era porque se hubiera roto el Vínculo; parecía esperar oír algo más.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó, dejando la coraza contra la pared, junto a la cama que compartían.

Halisstra sacudió la cabeza.

—¿Ha muerto? —preguntó Ryld sin rastro de emoción.

—Sí —respondió Halisstra—. Tal vez.

—¿Y por qué te asusta eso?

Halisstra dio un paso atrás. Aunque era perfectamente lógica, la pregunta la había descolocado.

—¿Que por qué me asusta? —repitió—. Me asusta... me preocupa que esté libre de mí. Sea como sea, ya no soy su señora, y ella ya no es mi prisionera de guerra.

Ryld frunció el entrecejo y se encogió de hombros.

—¿Y por qué te importa? —preguntó.

Ella abrió la boca para responder, pero otra vez se quedó sin palabras.

—Quiero decir —prosiguió el maestro de armas— que no estoy seguro de que tus nuevas amigas lo aprobaran. ¿O sí? ¿Es que estas trai... quiero decir... estas sacerdotisas toman alguna vez cautivos de guerra?

Halisstra sonrió y él miró a otra parte, simulando que estaba muy ocupado devolviendo a *Tajadora* a su lugar, debajo de la cama.

—No son sacerdotisas *traidoras*, Ryld —dijo Halisstra.

Él respondió con una leve inclinación de cabeza, después se sentó en la cama y la miró.

—Sí que lo son —dijo, con voz tan inexpresiva y abatida como su mirada—. Son traidoras a su raza lo mismo que nosotros. Lo que me pregunto una y otra vez es si es tan malo ser traidor.

Halisstra se puso en cuclillas a su lado y le puso las manos sobre las rodillas. Él tendió una mano y le apartó el largo pelo blanco de la oscura mejilla en un gesto casi instintivo.

—No lo es —dijo Halisstra con voz apenas audible—. No es tan malo. En cualquier caso, uno sólo puede traicionarse a sí mismo, y creo que en el fondo ambos somos auténticos y fieles el uno con el otro.

A Halisstra se le cayó el alma al suelo al ver la expresión en la cara de Ryld. No la creía, pero ella no podía evitar pensar que quería creerla.

—¿Qué se siente? —preguntó él.

Ella no entendió la pregunta y lo miró de forma inquisitiva.

—Me refiero a no sentir el Vínculo —aclaró.

Ella trasladó el peso de su cuerpo a la cadera y se sentó en el suelo, apoyando la cabeza sobre la fornida pierna de él.

—Siento como si toda mi vida anterior se recolocara pieza por pieza junto con algo nuevo.

Él volvió a tocarla, recorriendo con un dedo la línea de su hombro. Ella sintió un estremecimiento.

—Lloth ha sido reemplazada por Eilistraee —dijo la joven—. La oscuridad ha sido reemplazada por la luz. La sospecha ha dado lugar a la aceptación. El odio ha sido reemplazado por el amor.

Sintió que sus ojos se llenaban de una tibieza y una humedad desconocidas. Estaba llorando.

—¿Estás bien? —preguntó Ryld con un susurro de preocupación Halisstra se enjugó las lágrimas y asintió.

—El odio —repitió— ha sido reemplazado por el amor, y aparentemente la esclavitud ha sido reemplazada por la libertad.

—¿No será que la vida fue reemplazada por la muerte? —preguntó Ryld.

Halisstra suspiró.

—Es posible que así sea —respondió—, pero en cualquier caso, es libre. Se ha marchado hacia lo que la espere después de la vida. Por su bien, espero que no sean esas oscuras y vacías ruinas de la Red Demoníaca de Pozos. A lo mejor todavía

deambula por la Antípoda Oscura, viva y enérgica. Viva o libre, o muerta y libre. Libre de todos modos.

—Libre... —repitió el guerrero como si fuera la primera vez que pronunciara esa palabra y tuviera que practicarla.

Estuvieron allí sentados un buen rato hasta que a Halisstra empezaron a entumecerse las piernas y Ryld percibió su incomodidad. La levantó y la puso en la cama, muy cerca de él como si no pesara nada. Su abrazo fue como un escudo a su alrededor, como un capullo revitalizador.

—Tenemos que volver —dijo ella en un susurro.

Él la abrazó con más fuerza.

—No es lo que estás pensando —aclaró ella en el mismo tono porque sabía que él quería volver a las profundidades y no regresar jamás—. Ha llegado por fin el momento de encontrar a Quenthel y a su expedición.

—¿Y detenerlos? —preguntó Ryld. A cada palabra, su aliento cálido le acariciaba el cuello.

—No —susurró.

—¿Seguirlos? —Esta vez las palabras se enredaron con su pelo mientras la mano de él le acariciaba la espalda y la cintura.

Halisstra se fundió más con él y sintió como si desapareciera en la piel negra como la noche del guerrero.

—Sí —respondió—. Nos llevarán con ellos, quieran o no. Nos conducirán hasta Lloth y podremos ponerle fin.

Halisstra sabía que en ese momento él empezaba a hacerle el amor porque no quería pensar, pero le dejó hacer porque ella tampoco quería pensar.



Pharaun estaba junto a la barandilla del barco del caos, mirando hacia la oscuridad vacía del Lago de las Sombras porque no se le ocurría nada mejor que hacer. Valas y Danifae no habían vuelto de su misión de aprovisionamiento, había alimentado al barco con suficientes demonios menores para satisfacer su apetito, el capitán uridezu estaba intimidado y silencioso y no había ni rastros de Aliisza.

El maestro de Sorcere repasaba mentalmente una y otra vez la conversación que habían mantenido y seguía convencido de que la semisúcubo se las había ingeniado para no decirle nada, pero también se había marchado sin sonsacarle nada. De todos modos, había dado con él y había visto el barco. Sabía adonde iban y lo que tenían pensado hacer allí, aunque eso era algo que podía imaginar cualquiera que hubiera asistido a la caída de Ched Nasad.

Apartó a la semisúcubo de su mente y escudriñó las sombras aunque no había nada que ver. Pharaun no tuvo necesidad de volverse para saber que Quenthel estaba

sentada contra la barandilla, comunicándose con aire ausente por algún medio telepático con los cautivos ligados a los que su maligno látigo debía su malvada inteligencia. No podía imaginar el contenido de una conversación que cualquiera pudiera mantener con un demonio atrapado en el cuerpo de una serpiente pegada al extremo de un látigo.

Fuera cual fuese ese contenido, no parecía ayudar demasiado a Quenthel. A su entender, la suma sacerdotisa se iba volviendo loca poco a poco. Siempre había sido huraña y temperamental, pero últimamente estaba siempre inquieta.

Su demoníaco sobrino se iba poniendo más violento cuanto más aburrido estaba. Jeggred descargaba gran parte de su odio por los ojos sobre el uridezu. Era admirable cómo Raashub conseguía hacer caso omiso de él.

Un movimiento que captó Pharaun por el rabillo del ojo le llamó la atención, y se apartó a tiempo de la barandilla de hueso y cartílago para ver pasar por ella a una rata empapada y chorreando.

Pharaun la vio correr mientras se preguntaba distraído adonde pretendería ir.

«Tal vez a algún lugar seco», pensó.

Le llegaron ruidos desde atrás... era Jeggred, que se removía.

Pharaun se disponía a volver a la barandilla para volver a escudriñar la oscuridad impenetrable, cuando otra rata pasó arrastrándose.

—Maldita sea —dijo el mago entre dientes.

Se volvió para quejarse a Jeggred en voz alta, pero las palabras se congelaron en la garganta.

Además de las dos ratas que había visto pasar, había docenas de ellas tal vez cientos de ratas que se arremolinaban encima de Jeggred.

«Algo va mal», pensó Pharaun sorprendido de lo lentamente que se formaban las palabras en su mente después de días de tedio a bordo del barco anclado.

Más que nada, el draegloth parecía molesto. Las ratas correteaban por encima de él, enredándosele en el pelo, mordisqueándole la piel donde podían, aunque no podían perforar su pellejo de semidemonio. Cada vez subían más a la cubierta. Pharaun las podía oír chapoteando en el agua, al otro lado del barco demoníaco. Era como si docenas, cientos de ratas, se dirigieran nadando hasta él.

Pharaun empezó a lanzar sobre sí mismo conjuros defensivos mientras observaba a Quenthel, que finalmente levantaba la vista y miraba a su sobrino.

Abrió los ojos como platos y después los entrecerró mientras observaba a Jeggred aplastando una rata tras otra con sus manos mayores, mientras que con las menores se apartaba a otras de la cara. Quenthel se puso de pie lentamente, dejando que las cabezas de su látigo colgaran libremente a su alrededor.

—¿Jeggred? —llamó.

—Ratas —dijo el draegloth por toda respuesta.

Pharaun acumuló más protecciones mágicas sobre su persona mientras Quenthel se acercaba a su sobrino.

—Raashub —dijo Pharaun, manteniendo el tono acerado y frío de su voz.

El demonio se removió al oír su nombre, pero no levantó la vista.

—¿Qué estás haciendo Raashub? —preguntó Pharaun entre dos conjuros de protección—. Para. Déjalo ya.

El demonio lo miró con ojos llameantes.

—No he sido yo —susurró—. Estas ratas no son mías.

Pharaun tuvo la sensación de que el uridezu decía la verdad, al menos una versión de la verdad.

—Pharaun. —El mago detectó algo más que un vestigio de pánico en su voz—. ¿Qué son todas estas ratas...?

—Prestad mucha atención, los dos —dijo Pharaun al tiempo que preparaba un conjuro más ofensivo—. Hay otr...

Un globo de oscuridad envolvió a Quenthel.

Cualquier drow podría haberlo hecho, pero no sólo un drow.

Los sonidos inconfundibles de un enfrentamiento físico resonaron desde el interior de la nube de oscuridad. Algo golpeó contra la cubierta y algo se rompió.

Pharaun cambió de dirección incluso antes de empezar a lanzar el conjuro que tenía en mente. En lugar de eso, formó las palabras y los gestos de un conjuro que esperaba que eliminara la oscuridad.

Desde dentro de la nube, Pharaun pudo oír el sonido del choque de metal contra metal... ¿o era de hueso contra hueso?

Lanzó el conjuro y la oscuridad desapareció.

Quenthel, nuevamente visible, yacía boca abajo en la cubierta, tanteaba la superficie de hueso tallado que tenía ante sí, buscando el látigo que estaba fuera de su alcance. Sangraba por la nariz y hacía un gesto de dolor cada vez que flexionaba la espalda.

De pie a su lado había otro uridezu.

Al igual que Raashub, el demonio era una rata humanoide. Era más pequeño y menos corpulento que Raashub y vestía unos andrajos que dejaban poco que imaginar de su pellejo gris jaspeado. Su cola larga y rosada estaba llena de pústulas, y sus fríos ojos negros contemplaban desde arriba a la suma sacerdotisa con mirada asesina. De las comisuras de su boca de grandes colmillos salía espuma, y de sus dedos artríticos y escuálidos salían unas garras amarillentas y curvadas en los extremos.

—Jeggred... —dijo Pharaun, con una mirada al draegloth.

El semidemonio estaba cubierto de pies a cabeza de ratas de todos los tamaños y colores. Era como si todas las alimañas del Lago de las Sombras hubieran sido convocadas para una reunión familiar en los alrededores y encima del draegloth.

Trepaban por él más rápido de lo que él conseguía eliminarlas, aunque las despachaba de cuatro en cuatro.

Pharaun repasó rápidamente todos los conjuros posibles, avanzando algunos pasos hacia Quenthel.

El uridezu la golpeó en la espalda con su cola. La suma sacerdotisa cayó de bruces contra la cubierta de duro hueso. Saltó sangre, pero no mucha, y ella recibió el golpe con un gruñido.

Pharaun estaba impresionado. Algo hizo que dejara de lado el primer conjuro en el que había pensado.

«Demasiado —pensó—, para sólo un...».

El maestro de Sorcere miró a Raashub. Los ojos del capitán demoníaco pasaban rápidamente de Quenthel al recién llegado.

«Nos está poniendo a prueba —pensó Pharaun—. El maldito bastardo ha conjurado contra nosotros a uno de los suyos para ver cuáles son nuestras flaquezas y nuestros puntos fuertes».

Por más que Raashub estuviera atado, seguía siendo un demonio, y en un demonio siempre hay un espíritu pendenciero que pugna por salir.

El otro uridezu arañó las piernas de Quenthel, dejándole profundos rasguños a los que ella respondió dándole patadas. El demonio se apartó de un salto, poniéndose fuera del alcance de sus botas. La suma sacerdotisa extendió una mano hacia atrás, por encima de su cabeza, pero tampoco pudo alcanzar su látigo. Las cabezas viperinas parecían presas del pánico y no podían coordinar sus movimientos para arrastrarse hacia ella.

Pharaun pronunció una rápida sucesión de sílabas rítmicas e hizo un movimiento rápido con la mano derecha. Impulsado por su magia, el látigo se deslizó por la cubierta unos centímetros hasta ponerse al alcance de Quenthel.

Cuando la suma sacerdotisa consiguió asir el mango del látigo, Pharaun rió para sus adentros. El conjuro que había utilizado no era más que un truco, una transmutación tan simple que cualquier estudiante de primer curso de Sorcere podía dominar. No le diría a Raashub nada sobre los límites de su poder.

El uridezu lanzó un silbido, alejándose de Quenthel, agitando la cola delante de sí y blandiendo amenazadoramente sus garras. Era evidente que pensaba que estaba fuera del alcance del látigo, pero se equivocaba.

Las cinco serpientes de que se componía el látigo de Quenthel tenían un metro y medio de largo, lo que daba al arma un alcance considerable. La suma sacerdotisa estaba todavía sobre la cubierta y no se molestó en ponerse de pie. Con las mandíbulas apretadas y lanzando fuego por los ojos, agitó el látigo por detrás de sí y las serpientes salieron disparadas hacia adelante, extendiéndose cuan largas eran. El uridezu se estremeció, aunque parecía convencido de que estaba fuera del alcance del

arma. Sin embargo, las serpientes se extendieron aún más, estirándose, estirándose, añadiendo unos cuantos centímetros a su longitud.

El uridezu no entendió lo que sucedía con rapidez suficiente para evitar a las serpientes. Todas menos una hundieron sus colmillos aguzados como agujas en la carne del ratidemonio. En su camino de vuelta, los látigos trazaron surcos profundos, sangrantes, en el pellejo coriáceo del uridezu.

El demonio gritó, con voz tan aguda que a Pharaun le dejó los tímpanos zumbando.

Cualquier otra criatura habría muerto. Cada víbora tenía un veneno mortal, malignamente potente. Quenthel, con un frenesí combativo desatado que Pharaun jamás habría imaginado, y mucho menos visto, en ella, no habría permitido que las víboras se reservaran una sola gota de veneno. Habría sido suficiente para matar a un rote.

La víctima del venenoso látigo no era un manso animal doméstico; era un uridezu, y Pharaun había estudiado a los demonios lo suficiente como para conocer las características que compartían todos ellos. El veneno no los afectaba. El látigo había herido al capitán, pero no lo había matado. Pharaun sabía que podía aguantar más que eso. Incluso un demonio tan relativamente débil como un uridezu, y las criaturas-ratas no eran las más resistentes de su especie, podía soportar el frío y el calor extremos y contaba con recursos mágicos innatos como el de la oscuridad que había usado para tender la emboscada a Quenthel. Un uridezu podía convocar a sus primas, las ratas, tal como éste había hecho contra Jeggred. Había algo sobre la mordedura de uridezu que Pharaun sabía que debería recordar, pero no lo conseguía. Por supuesto que, como en el caso de todos los tanar'ri, los relámpagos sólo pasaban a través de ellos.

Mientras esa idea pasaba por su mente, Pharaun tenía una mano sobre una varita mágica capaz de descargar truenos relampagueantes. Sabedor de que eso era inútil, el maestro de Sorcere desplazó la mano y sacó otra varita diferente.

Pharaun vaciló y observó a Quenthel ponerse de pie de un ágil salto y enfrentarse al uridezu. El demonio silbó amenazador, pero Quenthel no dijo nada ni dio muestras de haberlo oído. La suma sacerdotisa chasqueó otra vez el látigo fustigando al demonio, y tres de las cinco serpientes se hundieron en el pecho del ratidemonio. La criatura trató de alcanzar a las víboras con sus garras, pero éstas se retrajeron a tiempo y lo único que consiguió arañar fue el aire.

Sin hacer caso del fracaso, el uridezu giró en redondo y atacó a la sacerdotisa con su pesada y rápida cola. Quenthel levantó el escudo con la mano izquierda para repeler el ataque. El apéndice la golpeó con tanta fuerza que Pharaun pensó que le habría roto el brazo, pero ella se las ingenió para apartar la cola de sí.

No obstante, el uridezu se recuperó más rápido que Quenthel y replegando la cola

atacó más bajo, golpeando a la sacerdotisa en las costillas. Se quedó sin aliento y dio un paso lateral, vacilante. Una sonrisa feroz apareció en la cara del demonio, que se preparó para atacar. Tenía intención de morderla y desgarrarla con sus afiladas uñas al mismo tiempo.

Pharaun respiró hondo para pronunciar la orden de activación de su varita mágica cuando el demonio atacara, pero... La bestia recibió el impacto del escudo de Quenthel en plena cara. Hubo un sonoro crujido. Saltó la sangre entre el escudo y el hocico del uridezu. El demonio bajó las manos inermes delante de Quenthel y cada una de las cinco víboras hundió sus colmillos en una de las partes más sensibles de su pellejo. El uridezu lanzó un gemido de agonía.

Pharaun pensó que era innecesario activar la magia de su varita, parecía que ella ya lo tenía dominado...

Sus ojos se posaron en Raashub. El uridezu cautivo lo estaba mirando, recorriendo con la vista su varita mágica de un extremo al otro. Era evidente que esperaba algo.

Pharaun miró la varita y volvió a mirar a Raashub. Sus miradas se encontraron y el capitán le sonrió.

Sonriendo a su vez, Pharaun volvió a deslizar la varita en su bolsa. Raashub disimuló bien su decepción y volvió a prestar atención a Quenthel y al otro uridezu.

Pharaun tomó la decisión de ayudar a Jeggred. Raashub se iba a enterar de qué era capaz el draegloth y, si Pharaun podía ocuparse de las ratas y dejar libre a Jeggred para que ayudara a Quenthel, podrían despachar rápidamente al uridezu libre sin que Pharaun tuviera que desempeñar un papel más activo, y más revelador, en la contienda.

Cuando había tomado ya esa decisión, llamó su atención una serie de crujidos y estallidos. La señora de Arach-Tinilith había arrancado un tramo completo de la barandilla del barco. El hueso y el cartílago se separaron de la cubierta, desprendiéndose como si fueran setas desecadas. Llevaba el látigo en el cinto y ante el uridezu, que se tambaleaba frente a ella mientras sangraba copiosamente por el maltrecho hocico, levantó el tramo de barandilla, de tres metros de largo, por encima de su cabeza.

Pharaun preparó rápidamente un conjuro para ayudar a Jeggred, y Quenthel se lanzó al ataque. Descargó la improvisada arma sobre el demonio rápida y energicamente. El uridezu, a quien la sangre no había cegado totalmente, esquivó el golpe poniéndose fuera de su alcance de un salto en el último segundo. La barandilla golpeó contra la cubierta y se hizo pedazos, sembrando el aire de fragmentos de hueso. Varios de ellos rebotaron en las protecciones mágicas y escudos de Pharaun, que vio cómo un par de ellos se clavaban en dos de las ratas que cubrían a Jeggred.

La rabia hizo que Quenthel soltara un gruñido. A Pharaun el sonido le resultó

inquietante, impropio de la Señora de la Academia.

En el punto donde la barandilla había golpeado la cubierta se estaban formando charcos de sangre. El barco del caos estaba sangrando. El mago no estaba seguro de poder repararlo, y si había más daños era probable que su viaje se viera demorado o incluso suspendido. De todos modos, Pharaun no quería decir nada en voz alta, y Quenthel no lo miraba, por lo que no podía hacerle señas de que no dañara más el barco.

Pharaun lanzó un conjuro contra las ratas de Quenthel. Fue un conjuro sencillo, que consistía en producir un cono de energía reverberante y multicolor del Tejido. Pharaun tuvo cuidado en dirigir el conjuro de modo que el efecto rozara el costado del draegloth acosado por las ratas. La magia no afectó al semidemonio en lo más mínimo, pero una buena parte de las molestas ratas se desprendió de él y cayó sobre cubierta. Allí quedaron, retorciéndose y chillando, y formando una pila de cuerpos peludos y húmedos.

Jeggred rugió y se sacudió, salpicando de ratas, sangre y agua toda la cubierta con el movimiento de su melena blanca. El draegloth todavía aplastó a otras cuatro de las asquerosas criaturas, una con cada mano, y pisoteó a otras tres.

Pharaun miró de soslayo a Raashub y se tranquilizó al ver la expresión de frustración desencantada en la cara del capitán. El maestro de Sorcere había lanzado otro conjuro básico, uno que había aprendido cuando no era más que un niño, y Raashub lo sabía.

Pharaun volvió a prestar atención a Jeggred.

—Deja a las ratas, Jeggred. Tu señora tiene problemas con un demonio.

Con otro rugido, Jeggred se sacudió más ratas muertas o inconscientes y saltó sobre Raashub disponiéndose a despedazarlo a cuatro manos. Raashub se encogió ante el ataque, levantó las manos y se hizo daño con las cadenas.

—¡No! —gritó Quenthel con voz áspera y feroz—. ¡Ése no, maldita sea! ¡Mata a éste!

Jeggred giró en redondo, abarcando con una mirada refulgente la escena de la pelea entre Quenthel y el segundo uridezu.

El ratidemonio, aprovechando la momentánea distracción de Quenthel, saltó hacia ella y le clavó las garras a la altura del estómago, abriendo grandes surcos en la armadura y haciéndola sangrar. Quenthel hizo una mueca y rechinó los dientes de dolor, pero le devolvió el golpe con el látigo. Ambos se tambalearon un poco al pisar los traicioneros fragmentos de hueso de la destrozada barandilla y los charcos de sangre del barco herido.

Los labios de Jeggred se retrajeron dejando ver una monstruosa fila de amenazadores colmillos, y el draegloth se incorporó a la refriega.

Capítulo diez



Danifae estuvo sentada en el suelo del portal durante un tiempo que le pareció larguísimo. No se había permitido pensar mucho en su vida antes de su cautiverio. Sólo había unas cuantas formas de sobrevivir como prisionera de guerra, y una ellas era convencerse de que siempre lo había sido.

Antes de la batida en la que había acabado en poder de la casa Melarn, Danifae había estado tomando clases con el mago de la casa Yauntyrr. Zinnirit era un profesor capaz y muy detallista, y Danifae había aprendido mucho de él, especialmente en los campos de la teletransportación, la translocación y los viajes tridimensionales. En realidad no habían empezado con su estudio del arte arcano antes de que su casa fuera arrollada, pero Zinnirit había familiarizado a la hija menor de la casa Yauntyrr con un gran número de artículos encantados.

Danifae tocó el anillo de su madre y sintió que el metal se calentaba al contacto de su piel. El anillo podía impulsarla a través de la Antípoda Oscura, pero sólo a ella y a otro más. Para sus planes, Danifae necesitaba más.

Sus ojos se posaron en la mano inerte del mago muerto.

—Más anillos —musitó mientras esbozaba una sonrisa.

Todo lo que necesitaba era recordar cómo funcionaban.



El uridezu ya se estaba preparando para volver a golpear con la cola a Quenthel cuando Jeggred se lanzó sobre él. El draegloth asió el pesado apéndice caudal con sus manos mayores. El impulso de la cola se detuvo tan repentinamente que el uridezu perdió el equilibrio y cayó en medio de los restos de la barandilla arrancada. Astillas de hueso de bordes irregulares se clavaron profundamente en el cuerpo ya sangrante del demonio. Al mismo tiempo, las cinco víboras del látigo de Quenthel atacaron en puntos sensibles y volvieron a morder. El cuerpo del demonio se sacudió en convulsiones de agonía y al toser empezó a expulsar unas flemas sanguinolentas.

—Te... —articuló el demonio con dificultad—. Te veremos en el Abismo... ¡Maldito drow!

«¿Veremos?», pensó Pharaun, con una mirada de soslayo a Raashub, que contemplaba la escena con gran interés.

—Mátalo ya, Jeggred —ordenó Quenthel, cuya voz todavía sonaba medio ahogada y jadeante—. Mata este uridezu antes de que vuelva al Abismo.

Una luz feroz brilló en los ojos del draegloth cuando clavó su garra en el vientre del uridezu. La afilada garra se hundió en la carne del demonio casi veinte centímetros. Jeggred abrió en el abdomen de la criatura una brecha suficiente para formar una pila con los amarillentos intestinos, humeantes, sobre la cubierta del barco del caos.

El demonio dio un grito cuyo eco se propagó de una forma antinatural antes de desvanecerse, al tiempo que el uridezu se evaporaba. Estaba volviendo al Abismo sin haber muerto todavía.

Pharaun tuvo que admitir que no estaba seguro de cuánto podría vivir un demonio después de ser destripado, pero más de uno era capaz de regenerarse totalmente después de una herida semejante.

No obstante, cuando el demonio empezó a desvanecerse, Jeggred retiró rápidamente su garra y cogió la cabeza del uridezu entre sus manos mayores. El draegloth retorció y tiró tan fuerte que Pharaun podía ver sus venas hinchadas contra sus músculos en tensión.

Hubo un crujido cartilaginoso y de repente, con un ruido, la cabeza del demonio se desprendió, quedando sostenida entre las manos de Jeggred.

El resto del cuerpo del demonio desapareció, pero quedaron la cabeza y las entrañas. Los ojos negros quedaron mirando fijamente a la nada. Las tripas empezaron a crepitar y Pharaun observó que, lentamente, eran absorbidas por el propio barco. El mago se dio cuenta de que la mayor parte de los fragmentos de la barandilla destrozada también habían desaparecido. El barco se estaba alimentando por su cuenta, reparando los desperfectos.

Ajeno a las capacidades regenerativas del barco del caos, Jeggred tiró la cabeza del uridezu por la borda y se volvió a mirar al capitán.

Raashub se retrajo todo lo que permitían sus ataduras, levantó las manos en gesto suplicante y miró para otro lado.

Jeggred, con un bronco rugido que salía del fondo de su garganta, avanzó a grandes zancadas hacia el uridezu cautivo con claras intenciones.

—No lo sé, sobrino —dijo Quenthel, que empezaba a hablar y a respirar con normalidad. Sangraba, pero no prestó atención a sus heridas—. Todavía tengo que tomar una decisión.

Las víboras hervían de furia en el extremo de su látigo y Quenthel miró a una de ellas como si estuviera escuchando lo que decía, y sin duda lo hacía, aunque Pharaun todavía no tenía acceso a esa comunicación.

—Espera —dijo el mago acercándose, pero cuidándose mucho de ponerse en medio de Jeggred y el uridezu—. Me temo que todavía lo necesitamos.

Jeggred gruñó sin mirar a Pharaun, pero vaciló.

—Era de esperar —dijo Pharaun—. Ambos habéis trabajado con demonios otras veces ¿verdad? Trató de matarnos y falló.

Quenthel volvió la cabeza hacia él. El repentino movimiento sacudió a las víboras de su látigo, que también se volvieron hacia el mago.

—No puedes controlarlo —le dijo a Pharaun—. ¿Cómo puedes impedir que vuelva a intentarlo?

—No fui yo, señora —suplicaba Raashub con una voz cargada de falsa humildad—. En el Lago de las Sombras viven muchos de mi especie.

Pharaun alzó una ceja ante una mentira tan obvia y empezó a lanzar un conjuro.

—Deja que me coma sus riñones —gruñó Jeggred sin apartar la mirada del uridezu—. Aunque sea sólo uno.

Haciendo caso omiso del draegloth, Pharaun acabó su conjuro.

Raashub dio un grito.

El sonido fue tan repentino y tan fuerte que hasta Jeggred dio un paso atrás. Un horror desatado recorrió el cuerpo del uridezu en oleadas. Raashub alzó las manos tratando de asir algo en el aire, frente a sí, sollozando, gimiendo y gritando, bajo la mirada de Pharaun, Quenthel y Jeggred.

—¿Qué le estás haciendo? —preguntó Jeggred, confundido.

—Le estoy dando una lección —respondió Pharaun.

Miró a Quenthel, que, evidentemente, esperaba una explicación más detallada.

—Hasta los demonios tienen pesadillas, señora —explicó el maestro de Sorcere—. Mi conjuro hace que algunas de ellas se reproduzcan. Os aseguro a los dos que es una experiencia que nuestro querido amigo Raashub no olvidará en mucho tiempo y, además, ahora sabe que puedo repetirla.

Jeggred suspiró tan hondo que hasta Pharaun llegó el olor rancio de su aliento. Después se acercó a Raashub.

—No, Jeggred —ordenó Quenthel.

El draegloth vaciló antes de acatar la orden, pero finalmente se detuvo.

—Raashub todavía sirve para algo —dijo la suma sacerdotisa, que ya empezaba a evaluar sus heridas.

Jeggred se volvió a mirarla, pero ella no le prestó atención.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó el draegloth con un ronco gruñido—. ¿El caballero —señaló a Pharaun— o las serpientes?

Quenthel pasó por alto la pregunta, pero Pharaun pensó largamente en ella.



A Danifae le llevó un poco más de lo que esperaba recordar las palabras imperiosas favoritas de Zinnirit y determinar cuál correspondía a cada anillo. A continuación se

dedicó a estudiar los detalles de los portales que había «heredado» del difunto mago de la casa Yauntyrr.

No sólo había perdido toda noción del tiempo mientras estudiaba la colección de pergaminos y volúmenes de Zinnirit sobre el tema, hacía unos cuantos recorridos exploratorios por los portales abiertos y desestimaba hacer una invocación de Valas, sino que, además, había agotado los límites de su familiaridad con el Arte arcano. Danifae no era maga, pero afortunadamente no necesitaba serlo para usar muchos de los poderes de Zinnirit.

Las puertas se usaban fundamentalmente para transportación, es decir para trasladar a una persona u objeto a cientos o incluso miles de kilómetros en un abrir y cerrar de ojos, pero también podían usarse para encontrar a alguien. Aunque el fuerte vínculo psíquico había desaparecido, Danifae todavía tenía cierta conexión con su antigua ama. Conocía a Halisstra mejor que nadie, incluso mejor que los principales miembros de la casa Melarn. La hermana de Halisstra había tratado de matarla, y su madre siempre había sido el modelo de la distante y controladora madre matrona. Danifae, aunque reconcomida por el odio, siempre había servido leal y eficazmente a Halisstra cada minuto del día.

En fin, todo lo que tenía que hacer Danifae era recordarla. Sólo tenía que imaginar cómo era Halisstra, visualizarla y activar uno de los portales de la manera adecuada. Al menos eso creía ella.

Después de varios inicios en falso e intentos fallidos, Danifae salió del portal y empezó a pasearse. Mientras lo hacía, jugueteaba con uno de sus anillos, después con otro de la otra mano y...

Se detuvo y se miró las manos. Danifae le había quitado tres anillos al mago. Dos los había guardado cuidadosamente en un bolsillo. Llevaba puesto el que Zinnirit había hecho para su madre, el que la traería de vuelta al portal desde cualquier lugar, pero también otro, uno que casi había olvidado. Pertenecía a Ryld Argith, el maestro de armas menzoberranio que, al igual que la antigua señora de Danifae, había abandonado la expedición.

Ryld y Halisstra pasaban mucho tiempo juntos. Incluso en la cueva donde Pharaun había invocado al demonio Belshazu, Danifae había sospechado que Ryld se escabullía para reunirse con Halisstra. De ser así, podía usar el anillo como punto de referencia.

Fueron necesarios varios intentos más hasta que Danifae finalmente encontró a su señora. La antigua prisionera de guerra había compartido con el menzoberranio la impresión de que Halisstra había ido a la Ciudad de las Arañas para informar de sus progresos (o falta de ellos), y Danifae había dedicado mucho tiempo a buscarla allí. Horas después, Danifae se dio cuenta de que Halisstra no estaba ni siquiera en la Antípoda Oscura: estaba en el extraño paisaje del Mundo de Arriba.

Danifae había sospechado que Halisstra estaba en vías de abandonar el culto a Lloth. Todos habían visto su reacción ante la caótica y vacía Red Demoníaca de Pozos.

A pesar de haber visto con sus propios ojos aquel plano en ruinas, Danifae había sido sacerdotisa de Lloth cuando era libre y vivía en Eryndlyn, y había servido a la diosa con mayor fidelidad y sinceridad que a la casa Melarn más tarde, de modo que su fe permanecía incólume. Tal vez más cauta, menos incondicional, pero incólume. Danifae no se atrevería a cuestionar la voluntad de la diosa, y el compromiso de Halisstra con la Reina Araña no era de su incumbencia. Estaba dispuesta a dejar a un lado la religión si era necesario, pero jamás renunciaría a su venganza. Halisstra Melarn tenía que morir, y no en nombre de Lloth. Para Danifae era imperativo.

Estando todo lo segura que podía estar de que el portal se encontraba debidamente sintonizado con el lugar del Mundo de Arriba donde se hallaban Halisstra y Ryld, Danifae lo traspasó. Sintió como si la estuvieran volviendo de arriba abajo y de dentro a fuera al mismo tiempo, aunque no experimentó dolor, sólo un vértigo sordo, palpitante... y de repente, allí estaba.

Era de noche, y Danifae dio gracias a Lloth. Sus ojos todavía tenían que adaptarse al brillante resplandor de las estrellas sobre la blanca nieve, pero no estaba cegada. Aparentemente había aparecido, en silencio y sin la manifestación de luces y relámpagos que solían acompañar a la magia arcana, frente a un edificio en ruinas. La estructura estaba cubierta por la vegetación y no había indicios de luz ni de fuego en el interior.

Danifae se cubrió bien los hombros con el *piwafwi* para protegerse del gélido frío reinante. Se dirigió con gran sigilo hacia la entrada. Sus ojos se iban adaptando poco a poco, y para cuando llegó al edificio en ruinas ya veía bastante bien. En el interior, Halisstra y Ryld estaban sentados, espalda contra espalda. Los dos estaban sumidos en una profunda Ensoñación, y por la posición de los cuerpos supo todo lo que necesitaba saber sobre la relación que había entre ambos.

La antigua prisionera de guerra sintió que aumentaba el respeto que sentía por Halisstra, pero también su desprecio. Halisstra había conseguido burlar a Quenthel y a los demás, seducir al resuelto maestro de armas —algo admirable incluso para alguien que había dedicado toda su vida a la manipulación y el engaño— y había establecido un dulce y pequeño hogar para ambos en el bosque helado e infestado de animales, un acto extraño e indecoroso de traición contra la naturaleza esencial de los elfos oscuros.

Danifae cogió aire y lo dejó salir en un silbido agudo, aflautado. Halisstra abandonó la Ensoñación sin pestañear y la miró. La primogénita de la casa Melarn había establecido ese sonido como señal entre ambas hacía años, y ambas habían tenido ocasión de usarlo más de una vez.

Halisstra esbozó una media sonrisa y señaló a Ryld con un lento movimiento de los ojos. Danifae asintió con la cabeza.

Halisstra se puso de pie lenta y cuidadosamente para no molestar a Ryld.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro el maestro de armas sin ni siquiera abrir los ojos.

—Estoy bien. En seguida vuelvo —respondió Halisstra en el mismo tono.

Ryld asintió y volvió a su meditación mientras Halisstra salía sin hacer ruido de la estructura en ruinas. Segura de que Ryld no la había visto, Danifae condujo a su antigua señora a una distancia conveniente de las ruinas, esperando a que Halisstra dijera que ya estaban bastante lejos. Se detuvieron y se miraron la una a la otra por primera vez como dos drows libres.

¿Y el Vínculo?, inquirió Halisstra por señas.

Eliminado por Quenthel..., respondió Danifae. *En realidad por Pharaun, pero por orden de Quenthel. Hemos encontrado un barco del caos que nos llevará de vuelta al Abismo.*

Halisstra se retrajo visiblemente antes de hablar.

Ya veo por qué escapaste.

En realidad no lo hice, replicó Danifae. *Me enviaron junto con el maestro de Hune a buscar provisiones para nuestro funesto viaje.*

¿Cuánto queda para la partida?, preguntó Halisstra.

Algunos días todavía, respondió Danifae.

¿Por qué vienes a contarme esto?, quiso saber Halisstra. *Ahora eres libre. Vuelve a Eryndlyn si te atreves, o sigue con los menzoberranios hasta el día inevitable en que todos mueran. Haz lo que quieras, pero ya no necesitas mi permiso.*

Te servía a ti, replicó Danifae, *y ahora sirvo a Quenthel. No soy tan libre como piensas, con o sin Vínculo.*

Sobrevino un breve silencio mientras ambas se estudiaban en la oscuridad. Danifae percibía lo mucho que Halisstra se había apartado del camino de Lloth, cosa que unos segundos más tarde confirmó la propia Halisstra.

Ahora sirvo a Eilistraee, Danifae. Para mí ya no habrá más esclavos.

Danifae hizo como si estuviera pensando en esas palabras. En su fuero interno, lo que intentaba era que su cabeza dejara de dar vueltas. La traición de su antigua señora era más profunda de lo que había imaginado. Danifae no podía creer que se hubiera dejado apresar por una señora tan débil, capaz de volver la espalda a toda su cultura a la menor provocación, al menor indicio de debilidad. Ese pensamiento fue el que sacó a Danifae de su confusión. Halisstra debía de haber interpretado el Silencio de Lloth como un signo de debilidad, aprovechando la oportunidad para escapar. Pero ¿cómo era posible que una sacerdotisa tratara de *escapar* del servicio de Lloth?

Me gusta cómo suena, dijo Danifae por señas, *pero todos somos esclavos tarde o*

temprano.

No tenemos por qué serlo, fue la rápida respuesta de Halisstra.

Danifae pestañeó al ver con qué claridad, convicción y despreocupación manifestaba Halisstra sus ideas.

Lloth no va a volver ¿verdad?, preguntó Danifae.

No lo sé, dijo Halisstra, *pero no tiene un buen cariz*.

Si muero mientras la sirvo, preguntó Danifae, *¿adónde irá mi alma? No había almas de drow en la Red Demoníaca de Pozos, ni entrada alguna más allá de las puertas selladas. ¿Dónde están todas esas almas?*

Halisstra miró a su antigua cautiva con una expresión dolida, franca, que hizo que a Danifae se le erizara la piel.

¿Qué intenciones traes?, preguntó Danifae.

Has sido tú quien me encontró, respondió su antigua señora. *Dime, ¿cuáles son tus intenciones? ¿Me estás espiando para los burócratas Baenre?*

No, respondió Danifae con tono cortante. *Le di el esquinazo a Valas en Sschindylryn. Era el único lugar donde podía encontrar un portal y dar contigo. No me fío de los menzoberranios*.

No tienes motivos para hacerlo, replicó Halisstra estudiando a su antigua cautiva.

¿Qué está haciendo aquí el maestro de armas?, inquirió Danifae.

Pudo ver por la reacción de Halisstra que las cosas entre ella y el maestro de armas habían tomado un inesperado cariz. La luz y el aire del Mundo de Arriba indudablemente habrían afectado a Halisstra de una manera imprevisible. Danifae se maravilló de que pudieran suceder cosas así.

¿Te sientas en Ensoñación contra su espalda?, preguntó.

Halisstra se irguió cuan alta era y trató de recuperar el porte de una dueña de esclavos. Danifae no estaba dispuesta a desempeñar el papel de una prisionera de guerra.

En lugar de montar en cólera, Halisstra se relajó.

¿Tú te sientas de la misma manera con Quenthel?, le preguntó por signos.

Danifae se mostró convincentemente incómoda ante la pregunta. Ella intimaba con Quenthel no por alguna extraña emoción como el amor o la compasión, sino porque sabía que podía ayudarla. Quenthel, por su parte, utilizaba a Danifae para obtener placer físico y también para tener a alguien que le diera coba. Todo era perfectamente natural. Halisstra, en cambio, parecía haber trascendido un límite con Ryld Argith, y eso era algo que Danifae comprendía que le podría ser de utilidad.

Dijiste que Quenthel está llevando la expedición de vuelta al Abismo, dijo Halisstra por señas. *¿Por qué? ¿Para qué hacer eso? ¿Qué sentido tiene?*

Danifae podía haberle dado algunas razones, pero el hecho era que había otras que ella no tenía claras.

Puedo explicarlo todo, mintió Danifae, pero debo volver a Sschindylryn. Valas empezará a sospechar y se marchará sin mí. Debo volver a la Antípoda Oscura y después al Lago de las Sombras. Volveré a ponerme en contacto contigo.

Halisstra la estudió de arriba abajo.

—Te estaré esperando —susurró al oído de Danifae.

Danifae asintió, la saludó con una leve inclinación de cabeza e hizo todo lo posible por mirar a la primogénita de la casa Melarn con aire fraternal y amistoso.

Cuando Halisstra hubo desaparecido en el interior del bosque oscuro, Danifae añadió algo por señas a sus espaldas.

Volveremos a vernos muy pronto, Halisstra Melarn. Antes de lo que piensas.

Danifae tocó el anillo que le había quitado al moribundo Zinnirit y después de uno o dos segundos de extraña sensación se encontró de vuelta en el portal.

«Perfecto —pensó Danifae—. Ha funcionado a la perfección».

Capítulo once



Probablemente, Valas compró más provisiones de las necesarias —tres grandes bolsas con más de lo que podían cargar ambos— pero no podía dejar de pensar que estarían fuera más tiempo del que pensaba Pharaun. Hasta el momento, el viaje ya había durado más de lo que ninguno de ellos suponía al dejar Menzoberranzan.

Estaba sentado en la terraza de un café, en lo alto del centro de la ciudad-zigurat, esperando a Danifae. Era evidente que la prisionera de guerra no bromeaba cuando dijo que no haría caso de sus llamadas.

Valas no estaba precisamente ansioso por volver al Lago de las Sombras, pero quería salir de la ciudad. Los elfos oscuros de todo Sschindylryn andaban mirando de reojo. Los ánimos estaban inquietos y las razas menores tenían un brillo peligroso en los ojos. La ciudad no estaba tan mal como Ched Nasad, pero el explorador se daba cuenta de que tarde o temprano acabaría igual.

—¿Me esperabas? —preguntó Danifae.

Valas se volvió, sorprendido al verla de pie, a sus espaldas. No había notado su presencia.

—Ciudades... —suspiró.

Se puso de pie y reunió rápidamente los bultos.

—¿Realmente tienes tanta prisa? —preguntó Danifae colocando una silla al otro lado de la mesa a la que él había estado sentado.

Lo miró con un brazo levantado y una ancha y radiante sonrisa. Parecía diferente. Valas no pudo evitar notarlo.

—En los Reinos de Arriba —dijo Danifae— es costumbre que los caballeros inviten a una dama a una copa. Eso tengo entendido.

Valas sacudió la cabeza, pero le resultó difícil apartar los ojos de ella.

La silla en la que había estado sentado se deslizó lentamente hacia él. Ella la empujaba con el pie por debajo de la mesa.

—Pide una botella de vino de algas —pidió con un mohín.

Valas se volvió para pedir el vino, pero se detuvo.

—Deberíamos volver —dijo—, los demás nos estarán esperando.

—Que esperen.

Valas respiró hondo y cargó los bultos sobre sus hombros.

—La señora Quenthel se disgustará —dijo, y aunque no le importaba nada, el

hecho es que quería ponerse en camino.

—Que se disguste —insistió Danifae sin dejar de sonreír, aunque sus ojos tenían una expresión más fría—. Me gustaría tomarme un descanso.

—Su casa es la que paga —dijo el mercenario, reacio a sentarse.

Danifae lo miró y Valas sintió que se le erizaba la piel. Era como si ella se la estuviera arrancando con los ojos para mirar en su interior.

La joven se puso de pie lentamente, separándose de la silla poco a poco y Valas contempló cada uno de sus sutiles movimientos. Ella tendió una mano.

—Llevaré uno —dijo.

Valas ni se movió para darle uno de los bultos.

Fuera lo que fuese lo que había cambiado en Danifae, Valas trataba desesperadamente de que no le gustara.



Para el drow, igual que para el resto de las razas sensibles de la superficie y de debajo de la superficie de Faerun, cada individuo tenía sus propias habilidades y sus propios talentos, su propio uso individual que servía al conjunto de algún modo, aunque sólo fuera como incordio. En Menzoberranzan el talento era algo que se identificaba claramente, y las habilidades eran una mercancía que se intercambiaba en el mercado y se impartía a los jóvenes con gran cuidado y economía. El individualismo sólo se aceptaba dentro de ciertos límites y de forma escasa o nula para los varones de las especies.

—Es un lich —dijo el maestro de Sorcere—, de modo que su tacto paraliza.

Había pocos lugares donde un varón drow gozara de ciertas ventajas, y uno de ellos eran los salones de Sorcere. Eran las hembras las que ostentaban el poder y, cuando las cosas eran como debían ser, el oído de Lloth; pero eran los varones los que estaban sintonizados con el Tejido. Por supuesto, no todos los magos eran varones... sólo los mejores, y Gomph Baenre, el archimago de Menzoberranzan, sin duda tenía bastante que ver con eso. Después de todo, era responsabilidad suya identificar el talento para el Arte en los jóvenes drows de todas las casas de la ciudad, y se reservaba el derecho de elegir a los que irían a Sorcere a estudiar. A él le correspondía determinar si alguna vez terminarían sus estudios. El hecho de que la mayoría de los magos de Menzoberranzan fueran varones no era coincidencia, ni accidente de nacimiento ni cuestión de estadísticas, sino una jugada realizada con mucho cuidado y a menudo sin demasiada sutileza en el gran juego *sava* de la Ciudad de las Arañas. El hecho de que la mayor parte de las hembras prefirieran servir a Lloth no hacía sino facilitar la manipulación.

—Irradiará un aura de miedo —continuó el maestro de Sorcere—, pero es probable que eso no os afecte en absoluto.

Mientras fuera indudable que las sacerdotisas dominaban la ciudad, su dominio del Arte era un consuelo, algo que reconfortaba a Gomph en su fuero interno. Ahora que Lloth guardaba silencio, y las sacerdotisas se desvivían por encontrar respuestas, sumidas en el tipo de caos que sólo una diosa demoníaca podía conjurar... bueno, las cosas habían cambiado.

—Su tacto puede producir la muerte una vez por cada ciclo de veinticuatro horas —dijo el maestro de Sorcere.

Para Gomph, lo más extraño sobre el desplazamiento de poder era lo poco que le gustaba. Después de todo, había pasado toda una vida manipulando el sistema para que sirviera mejor a su casa y a sí mismo. Cuando el sistema se tambalease, tal vez estaría en condiciones de derrocar a su hermana y al resto de las madres matronas, y tomar el control de Menzoberranzan, pero ¿por qué? ¿Qué podía ganar? ¿Cómo podía mejorar su posición? Disfrutaba de todas las ventajas que le daba la posición de la casa Baenre y de Sorcere, pero siempre había alguien más hacia quien desviar responsabilidades, alguien a quien manipular.

—Hay numerosos efectos de los conjuros que no afectan a un lich —dijo el maestro—. Entre ellos figuran el frío, el relámpago, el veneno, la parálisis, la enfermedad, la nigromancia, el polimorfismo y los conjuros que afectan a la mente o influyen en ella. Es mejor no molestarse siquiera en prepararlos.

Gomph era el tercer elfo oscuro en la jerarquía de poder de Menzoberranzan y, al diablo con Lloth, le gustaba que fuera así.

—Es probable que vista una túnica de seda negra —continuó el maestro de Sorcere—, eso le permitirá conjurar una barrera de espadas arremolinadas.

Bueno, tal vez le gustaría ser segundo, pero de todos modos...

—La corona —terminó— es más que una mera afectación. Puede guardar y reflejar conjuros ofensivos.

Gomph Baenre estaba sentado en el suelo de una habitación muy pequeña, muy oscura y muy secreta en lo más recóndito de Sorcere, rodeado de un círculo de magos que eran los más poderosos de la ciudad, de los más poderosos hacedores de conjuros de toda la Antípoda Oscura. Los demás magos, todos ellos maestros de Sorcere, salmodiaban y gesticulaban, y arrojaban al aire o sujetaban entre los dedos todo tipo de símbolos, tótems, focos y componentes. Rociaban al archimago con magia protectora, a tal velocidad que ni siquiera se molestaban en anunciarle que lo estaban haciendo. Gomph tenía pocas dudas de que, cuando terminaran, sería inmune a todo. Seguramente nadie podría hacerle daño, como no fuera un hacedor de conjuros más poderoso que los maestros.

Y precisamente con un oponente así iba a enfrentarse Gomph.

—Debería ir contigo, archimago —dijo Nauzhror Baenre, transmitiendo en verdad una falta de interés real.

—Si alguno de vosotros vuelve a decir algo así —replicó Gomph—, aunque sólo sea una vez, voy a...

Dejó la amenaza inconclusa. No haría nada, y todos lo sabían, pero por respeto al archimago, ninguno de ellos volvió a intentarlo. Todos eran lo bastante listos para saber que Gomph pretendía enfrentarse a un enemigo que era el ser más peligroso de Menzoberranzan. El lichdrow era un hacedor de conjuros de poder extraordinario, a veces casi divino. Por supuesto que realmente no querían enfrentarse a él como pensaba hacerlo Gomph: a pecho descubierto, en un duelo de conjuros que indudablemente haría historia entre los drows.

Ese duelo era algo que sólo el archimago podía afrontar. A eso se reducía todo en Menzoberranzan: varón contra varón, mago contra mago, primera casa contra segunda casa, orden establecido contra revolución, estabilidad contra cambio, civilización contra... ¿el caos?

«Exactamente», pensó Gomph, aunque nunca lo habría dicho en voz alta. El orden contra el caos, y Gomph era el que luchaba por el orden, por la ley, en nombre de una de las más puras encarnaciones del caos en el multiverso: Lloth, una diosa con corazón de demonio.

—Es extraño —murmuró el mago en voz alta— el cariz que toman las cosas.

—Es cierto, archimago —respondió Nauzhror como si leyera en la mente de Gomph, cosa que tal vez hiciera—. Es realmente extraño.

Los dos magos Baenre cruzaron una sonrisa. Después, Gomph cerró los ojos y dejó que los demás siguieran con sus conjuros. Los conjuros protectores y de contingencia lo envolvían uno tras otro. A veces Gomph sentía una comezón, un calor, una brisa fría o una vibración, y a veces no sentía nada.

—¿Has decidido dónde te vas a enfrentar a él? —preguntó Grendan en una pausa entre uno y otro conjuro defensivo.

Gomph negó con la cabeza.

—¿En algún lugar fuera de la ciudad? —sugirió Nauzhror—. ¿Detrás de las líneas de los duergars?

Gomph volvió a negar.

—Por lo menos —dijo Nauzhror—, deja que enviemos guardias para vigilar el lugar del combate... dondequiera que sea... antes de que llegues. Podrían permanecer ocultos e intervenir contra el lichdrow sólo si fuera necesario.

—No —dijo Gomph—. Dije que iría solo e iré solo.

—Pero, archimago... —empezó a decir Nauzhror en tono de protesta.

—¿Qué crees que podrían hacer por mí unos guardias contra el lichdrow Dyrr? —preguntó Gomph—. Los desecaría y se los fumaría en su pipa, precisamente lo que yo haré con cualquier soldado Dyrr que decida traer consigo. Dyrr se enfrentará a mí según mis propias condiciones porque tiene que hacerlo. Tiene que derrotarme, y

tiene que hacerlo frente a todo Menzoberranzan. De lo contrario, será siempre el segundo, aunque consiga derrotar a la casa Baenre.

Los magos continuaron con sus conjuros, dejando para Nauzhror y Grendan la consideración de los aspectos prácticos del duelo.

—Entonces, Donigarten —sugirió Grendan.

—No —dijo Gomph, con una pausa cuando otro conjuro le provocó un leve escalofrío—. No.

Miró a Nauzhror, que alzó una ceja, expectante.

—Creo que será en la Grieta de la Garra —dijo Gomph, tomando la decisión inmediatamente antes de mencionarla.

—Excelente elección, archimago —dijo Nauzhror—. Apartado de cualquier propiedad valiosa y de la mayor parte de los mejores drows de Menzoberranzan, de los que quedan tan pocos en estos días.

Un estudiante entró y puso rápidamente una pequeña bola de cristal en un pequeño soporte dorado sobre el suelo, frente al archimago.

Gomph no hizo el menor intento de agradecérselo al estudiante, que ya salía a toda velocidad de la habitación.

Escrutó la bola de cristal, alzando una mano para aquietar la barrera de conjuros de protección. El cristal se volvió borrasco primero y después unos destellos de luz atravesaron las arremolinadas nubes dentro del globo que hacía poco era perfectamente claro.

Gomph evocó mentalmente una imagen de memoria del lichdrow y la mantuvo haciendo a continuación todo lo posible por transmitirla al globo. Encontraría al lichdrow, a menos que Dyrr pusiera en juego su energía para tratar de impedirlo. Gomph bajó la mano, y varios de los magos más concienzudos empezaron otra vez a hacer conjuros, musitando ensalmos y trazando configuraciones invisibles en el aire, como si hubieran estado sentados allí conteniendo el pensamiento.

«Ahí está», pensó Gomph cuando apareció en la bola de cristal una imagen del lichdrow andando confiado por un salón de la casa Agrach Dyrr. «Ahí está».

Gomph reconoció el salón. Había estado allí en varias ocasiones, antes de que las cosas empezaran a disgregarse, cuando las casas de Agrach Dyrr y Baenre eran estrechos aliados y compartían negocios. Centró su atención en Dyrr. Mientras observaba al lichdrow gritando órdenes a los guardias de su casa y a otro drow armado, Gomph hizo su propio conjuro.

—Buenas tardes, Dyrr —le dijo Gomph a la imagen de la bola de cristal—. Será en la Grieta de la Garra. Sé que no necesito decirte que vayas solo. Sé que siempre estás dispuesto.

Gomph no esperó la respuesta. Hizo una señal afirmativa a sus magos y cerró los ojos.

—Estaremos observando, archimago —dijo Grendan— y estaremos en contacto constantemente.

—Sería una falta de responsabilidad —dijo Nauzhror—, no pedirte una vez más que me dejes ocupar tu lugar en...

—Sería una falta de responsabilidad por mi parte esconderme detrás de mis inferiores —dijo Gomph—. Además, primo, fuiste archimago durante algún tiempo y estoy seguro de que te gustó.

—Claro que sí —admitió Nauzhror—. Me gustó mucho.

—Pues bien, si esperas vivir lo suficiente para volver a ser archimago, me esperarás aquí.



El lichdrow Dyrr despidió a sus guardias y atravesando la puerta dimensional se dirigió a la sala de estar. Allí encontró a Yasraena y a Nimor, que estaban ocupados tratando de no hablar el uno con el otro.

Ambos parecieron aliviados cuando el lich pasó la arcada transdimensional y entró en la estancia.

—¿Ya es hora? —preguntó Nimor.

Yasraena respiró hondo y retuvo el aire, con los ojos fijos en el lich.

—Me espera en la Grieta de la Garra —respondió Dyrr.

La madre matrona exhaló el aire lentamente, y Nimor asintió con la cabeza.

—Un lugar tan bueno como cualquier otro —dijo el asesino—. Un agujero en el suelo... sin posibilidad de dañar la mercancía que tan cara estamos pagando.

—Si por «mercancía» —dijo Yasraena con rabia— entiendes Menzoberranzan la Poderosa, pedazo de...

—Yasraena —le interrumpió Dyrr con tono helado.

La madre matrona apretó los dientes y dio la espalda a Nimor, que contuvo una carcajada.

—Estoy preparado, como siempre —les dijo Dyrr a ambos— y partiré ahora mismo.

Yasraena se volvió hacia Nimor.

—Ve con él —le dijo.

El asesino alzó una ceja, y Dyrr... bueno, si le hubiera quedado algo de sangre en las venas, seguro que habría hervido.

—Supongo —le dijo el lichdrow a Yasraena— que no dudarás de que voy a conseguir la victoria necesaria sin necesidad de ayuda. Supongo... que no te preocupará mi seguridad.

Miró fijamente a los ojos a la joven madre matrona y le sostuvo la mirada hasta que ella se puso gris, parpadeó y bajó la vista.

—Ya sabes que toda la casa Agrach Dyrr tiene la máxima confianza en ti —dijo, con apenas un hilo de voz. Se volvió y miró a Nimor de arriba abajo—. Pero éste no es el momento adecuado para venganzas personales. Tenemos una alianza con este... lo que sea. ¿Por qué no usarlo?

Nimor sonrió y le recordó a Dyrr los lagartos carnívoros que habitaban las regiones inexploradas de la Antípoda Oscura.

—No sabrías por dónde empezar a usarme —dijo el asesino.

Dyrr se limitó a encogerse de hombros ante tan improductivo diálogo. Empezó a protegerse con una serie de conjuros, haciendo caso omiso de la escaramuza verbal en la que siguieron enzarzados Yasraena y Nimor durante algunos minutos. Dyrr parpadeó después de haber hecho un conjuro para hacer que las cosas no vistas fueran visibles para él. Nimor tenía un aspecto distinto, pero de una manera que parecía incongruente, incluso imposible. El drow asesino no era un drow, como hacía tiempo que sospechaba, pero por primera vez pudo ver algo así como unas alas.

El lichdrow dejó a un lado la cuestión en beneficio de una serie de contingencias minuciosamente organizadas. Después de todo, el propio Dyrr ya no era un drow. Si Nimor era algo más, que lo fuera, mientras resultara útil.

Algo que dijo Yasraena hizo que Dyrr se detuviera en medio de un encantamiento.

—¿Será evacuada de Menzoberranzan la casa Agrach Dyrr —le preguntó a Nimor— en caso de que las cosas no salgan como espera el lichdrow?

Dyrr le propinó una bofetada que resonó en la espartana sala e hizo caer a Yasraena hecha un guiñapo en el suelo alfombrado. El lich absorbió parte de la fuerza vital de ella con la bofetada, sólo un poco, pero resultó suficiente para que ella se volviera gris y que le resultase difícil respirar. La madre matrona lo miró desde el suelo con ojos aterrorizados.

«Muy propio de ella», pensó Dyrr.

Nimor ni se inmutó, como si no hubiera reparado en lo que había sucedido. Por fin, miró a Yasraena mientras ella se ponía en pie con dificultad.

—Si el lichdrow da su permiso —dijo el asesino—, me gustaría responder a esa pregunta.

El brillo glacial de las pupilas de Nimor bastó para convencer a Dyrr de que el asesino daría la respuesta adecuada. El lichdrow asintió.

—La casa Agrach Dyrr —dijo Nimor mirando a Yasraena, que había conseguido ponerse de pie aunque le temblaban las rodillas— vivirá o morirá en Menzoberranzan.

Yasraena asintió mientras se frotaba la mejilla con mano temblorosa, y Dyrr hizo una precisión a lo que había dicho Nimor.

—Precisamente, amigo mío —dijo—, igual que tú.

Nimor dio un paso hacia él y se cuadró. Al lichdrow jamás se le habría ocurrido retroceder, y no lo hizo.

—Si en algún momento pienso que tu caída es inminente —replicó Nimor—, te rescataré.

En ese instante, Dyrr hubiera matado a Nimor Imphraezl, pero no lo hizo. En lugar de eso rompió a reír, y seguía riendo cuando se teletransportó.



La Grieta de la Garra era una oquedad natural en el lecho rocoso que atravesaba el norte de Menzoberranzan, al este de Tier Breche. Gomph se encontraba de pie al borde de la Grieta, con la vista fija en la negrura que se extendía a sus pies. Ni siquiera sus nuevos ojos, mucho más jóvenes, eran capaces de ver el fondo. A sus espaldas quedaba Sorcere, y a su frente, al otro lado de la gran brecha, se encontraba la Ciudad de las Arañas. Las estalagmitas y estalactitas en las que se habían excavado las casas y negocios de los drows relucían con un fuego fantasmagórico. Pudo ver la casa Baenre en el lado opuesto de la caverna, y el extraño destello luminoso que marcaba el asedio permanente de la casa Agrach Dyrr.

El lichdrow apareció en el aire por encima de la sima de más de un kilómetro de profundidad y permaneció allí suspendido, a una docena o más de metros. Apareció frente a Gomph, como si supiera exactamente dónde estaría el archimago.

—Ah, mi joven amigo —dijo el lichdrow. Su voz quedó flotando en el espacio existente entre ambos y el eco repitió sus palabras en el interior de la Grieta de la Garra—. Estás aquí.

—Como había prometido —respondió Gomph, evocando mentalmente una sucesión de conjuros.

—De modo que a esto hemos llegado ¿verdad? —preguntó Dyrr.

—Los dos —replicó Gomph—. ¿Un enfrentamiento a muerte?

El lich soltó una carcajada, y Gomph supo que el sonido hubiera hecho salir corriendo a los drows menores.

—¿Por qué, Dyrr? —inquirió el archimago sin esperar realmente una respuesta.

El lichdrow volvió hacia arriba las palmas de las manos y levantó los brazos hacia los lados, en un movimiento que abarcaba toda la ciudad.

—¿Qué mejor motivo —preguntó— que la propia Ciudad de las Arañas? Desde aquí, la Antípoda Oscura, y desde allí, el Mundo de Arriba.

Esta vez le tocó reír a Gomph.

—De modo que a eso se reduce todo —dijo—. Al dominio del mundo. ¿No te parece que eso es demasiado vulgar, lich, incluso para ti?

El otro se limitó a encogerse de hombros antes de responder.

—Mi existencia no conoce fronteras, Gomph. ¿Por qué habría de conocerlas mi

ambición?

—Supongo que es una respuesta bastante simple —reconoció Gomph—, a una pregunta también simple.

—¿Nos ponemos a ello, entonces?

—Sí —respondió Gomph—, supongo que será lo mejor.

Empezaron lentamente, poniéndose a prueba el uno al otro con adivinaciones menores. Gomph podía sentir cómo el lich lo sondeaba al tiempo que él sondeaba al lich. Las voces de Nauzhror, Prendan y Prath susurraron en su mente. Buscaban defensas, evaluaban artilugios y ropas para detectar ensalmos, se comparaban. Gomph había traído un bastón y le sorprendió ver que también Dyrr había traído uno. No había esperado que lo hiciera.

El fuego, dijo Nauzhror después de unos tensos minutos de estudio. El arma más efectiva contra el mago no muerto de la casa traidora será el fuego.

«Ahí está —pensó Gomph—, Dyrr ha cometido su primer error».

—Supongo que vas a sorprenderme —le gritó el lich a su adversario—. ¿No es así, mi querido archimago?

—Sólo estoy completamente seguro de dos cosas, Dyrr —replicó Gomph—, de que ambos vamos a sorprendernos hoy y de que te destruiré.

Empezaron a hacer los conjuros al mismo tiempo. Gomph era un adivinador con experiencia suficiente para saber que el lichdrow había lanzado su último ensalmo defensivo.

Los conjuros brotaron del Tejido al mismo tiempo. Un viento gélido sopló desde el lichdrow, arrastrando consigo miles de agujas de hielo como navajas. Esa tormenta brutal se encontró con la bola de fuego de Gomph encima de las negras profundidades de la Grieta de la Garra. Los dos efectos se anularon mutuamente antes de que cualquiera de ellos se acercara al objetivo perseguido.

«Bueno —dijo Gomph para sus adentros—, esto va a llevar un rato».

Capítulo doce



El ambiente era tranquilo, pero lento en el barco del caos. Pharaun trataba de no mirar a Quenthel. A pesar de todo, se había dado cuenta de que ella parecía incapaz de sumirse en la Ensoñación. Se le notaba la tensión en los hombros, y siempre tenía en la mano su látigo de cabezas de serpiente. Las víboras no dejaban de retorcerse y frotaban los flancos de sus cabezas contra la piel cálida y oscura de la suma sacerdotisa.

El uridezu la miraba subrepticamente, cosa que a Pharaun no dejaba de resultarle curiosa.

Había sido él quien había encadenado al demonio, y sin embargo Raashub estaba más pendiente de Quenthel. Era cierto que la sacerdotisa Baenre seguía estando, al menos nominalmente, «a cargo» de la expedición, pero su liderazgo había sido siempre más bien ceremonial, al menos eso era lo que pensaba Pharaun.

Al maestro de Sorcere le resultaba difícil organizar sus ideas sobre la cuestión, aunque no sólo en ese momento, pero el demonio la miraba de una manera extraña.

Suspiró y una vez más escudriñó la negra superficie del Lago de las Sombras. Colocó la mano en la barandilla y la retiró al sentir el pulso caliente de la sangre que circulaba por ella. El barco apenas se movía en la calma chicha del oscuro lago, pero Pharaun no podía evitar la sensación de que tenía que sujetarse a algo. Su mano tropezó con las jarcias amarillentas y retorcidas que para todos tenían el aspecto de un auténtico trozo de intestino, pero tampoco aguantó mucho tiempo el contacto.

El barco demoníaco no encajaba muy bien en la estética de Pharaun. El mago se apartó el pelo de delante de los ojos y trató de no pensar en el aspecto que tendría. Llevaba demasiado tiempo sin darse un baño, ya que la higiene había pasado a ser para todos ellos algo secundario y ya empezaban a oler muy mal. Jeggred era el peor de todos en un buen día, pero el mago se dio cuenta de que también empezaba a evitar a Quenthel. A pesar de todo, la idea de bañarse en las aguas frías y oscuras del Lago de las Sombras no era muy atractiva. Pharaun bien podía imaginar lo que sería vivir en las profundidades del lago, y no quería ofrecerse como un gusano en un anzuelo.

El barco crujía y gemía, aunque no mucho. Esporádicamente llegaba el eco de un chapuzón o una salpicadura u otro pequeño movimiento del agua. El mago empezaba a pensar que lo que más enervante le resultaba era el silencio.

Algo lo golpeó en la nuca con fuerza suficiente como para hacerlo caer de bruces sobre la cubierta de hueso.

Sorprendido por el hecho de haber sido tomado por sorpresa, Pharaun se quedó unos segundos en el suelo, tiempo suficiente para que, fuera lo que fuese que lo había golpeado, lo sujetara por el tobillo. Inmediatamente el pie se le quedó entumecido y a continuación sintió que lo levantaban del suelo. Todavía no había vuelto en sí del todo —aunque al principio no se había dado cuenta de que el golpe hubiera sido tan fuerte— cuando se encontró con que lo revoleaban en el aire por el tobillo. Mientras giraba como un torbellino, pudo entrever algo de lo que pasaba.

Una partida de uridezu estaba abordando el barco, saltando por encima de la barandilla y dejando caer agua y gusanos a su paso. Con el gris pelaje reluciente y moviendo las colas a un lado y a otro, los ratidemonios volvían al ataque, esta vez con refuerzos, aunque Pharaun no podía hacerse una idea exacta de su número mientras el uridezu lo hacía girar en el aire.

El mago supo que había estado en lo cierto cuando supuso que el primer uridezu al que Raashub había convocado sólo pretendía ponerlos a prueba.

El demonio que lo tenía sujeto lo soltó de golpe y Pharaun salió disparado por los aires. Vio que la barandilla pasaba por debajo de él y mientras se encontraba volando sobre la superficie del agua hizo un conjuro. Para cuando golpeó la superficie mordaz, ya estaba en condiciones de respirar agua.

El mago no perdió el tiempo. Nadando y usando los poderes levitatorios de su broche para ayudarse en su impulso descendente, Pharaun se dirigió hacia las profundidades de las aguas, negras como boca de lobo. El lago estaba tan frío que producía rigidez, pero él nadaba lo más rápido que podía. A su alrededor había sombras de seres. Había peces —esperaba—, serpientes —temía—, y otras cosas... que se arrastraban por el fondo.

El lecho del lago estaba cubierto de sedimentos aluvionales extrañamente atractivos al tacto. Pharaun se hundió en ellos hasta el cuello y cerró los ojos convirtiéndolos en apenas unas hendiduras transversales, de modo que todo lo que se pudiera ver fuera su cara negra contra el fondo uniformemente negro.

Algo pasó rozándole la pierna, pero Pharaun no se movió.

El agua profunda y el fondo removido ponían en serias dificultada la visión oscura de Pharaun, pero vio a dos uridezu que surcaban las aguas por encima de donde él estaba. Sintióse seguro en su escondite... algo... lo pasó rozando, Pharaun observó a los ratidemonio nadando con sorprendente agilidad y volviendo las cabezas a un lado y a otro mientras examinaban el lecho del lago en busca del mago drow. Pharaun esperó a que se acercaran más, más... y entonces lanzó una llamarada de fuego feérico y los envolvió en él.

Los demonios reaccionaron a la magia con confusión. La luz purpúrea no sólo

contorneó sus siluetas en el agua oscura, poniéndolos en dolorosa evidencia, sino que también destacó los detalles de sus pellejos, sus bigotes y la expresión preocupada de su rostro.

Pharaun dio una patada y se liberó lentamente del fondo al tiempo que hacía un conjuro. Los uridezu lo vieron y con un rápido movimiento de sus colas en el agua se apartaron el uno del otro para no ser englobados por el mismo conjuro. Pharaun escogió uno al azar y congeló el agua en torno a él.

El maestro de Sorcere sabía que el hielo no le infligiría herida alguna, pero al menos lo inmovilizaría. Pharaun sonrió brevemente admirando su creación. El uridezu, convertido en un sólido bloque de hielo se hundió lentamente hasta tocar fondo, dejando un rastro de burbujas a su paso.

El segundo uridezu acudió nadando rápidamente, arrastrando tras de sí una estela de brillantes gusanos purpúreos. Los pequeños gusanos salían de su maltrecho ojo izquierdo, una vieja herida de hacia mucho. Giró en redondo en el agua y golpeó al mago con su rosada cola coriácea. Pharaun recibió el golpe con una mueca de dolor.

Cuando el uridezu se dio la vuelta, con la intención obvia de destrozar a Pharaun con sus garras, el maestro de Sorcere tocó su anillo de acero. El estoque apareció ante él y Pharaun apuntó con él al demonio sin vacilar. La espada danzante le infligió una herida profunda, y, tal como el mago había planeado, distrajo la atención del uridezu, que se dedicó a defenderse contra la espada mágicamente animada.

Contentándose con dejar que el estoque mantuviese ocupado al demonio, Pharaun se apartó de ellos con una patada, sacando de su cinturón al mismo tiempo la ballesta y un virote. Cuando tuvo la llave amartillada, Pharaun recurrió al poder de su broche para levitar y salir rápidamente del lago. En cuanto su cara salió a la superficie empezó a toser hasta echar fuera toda el agua que tenía en los pulmones.

Se elevó en el aire a unos cuatro metros por encima de la superficie y se mantuvo allí suspendido, goteando agua negra que volvía a la ondulada superficie del Lago de las Sombras.

El mago volvió a centrar su atención en el barco del caos. Jamás este nombre le había ido tan bien a la nave. Quenthel y el draegloth defendían sus vidas frente a la partida de ratidemonios que los había abordado. Antes de que Pharaun pudiera formarse una idea clara de la situación, Jeggred le abrió el vientre a un uridezu, cuyas tripas cayeron sobre cubierta en un montón humeante, a los pies del draegloth cubierto de sangre. Pharaun contó cuatro demonios, además de Raashub. El capitán había reunido a siete de los suyos.

El mago miró hacia abajo, comprobando los progresos del estoque danzarín. La hoja animada cortó la garganta del uridezu sumergido, que se estremeció y cayó inerme, para flotar después lentamente hacia la superficie. Su sangre ardiente hacía subir un vapor con emanaciones que olían a cobre.

El maestro de Sorcere recuperó su estoque y, apuntando su ballesta, volvió a mirar el barco del caos. Quenthel mantenía a raya a un uridezu con su látigo mientras otro se aprestaba a atacarla por detrás. Pharaun no tenía un buen ángulo de tiro, de modo que hizo una pausa, y ése fue todo el tiempo que necesitó el uridezu para morder a Quenthel en el cuello.

La sangre se amontonó en torno a la herida profunda, y la suma sacerdotisa apretó los dientes de dolor. Con una sacudida brusca y vigorosa de su hombro, Quenthel consiguió apartar al demonio. A Pharaun le resultaba difícil ver desde lejos, pero estaba seguro de que el uridezu había dejado unos cuantos dientes en el cuello de la señora.

Un movimiento de Jeggred llamó la atención del mago. El draegloth avanzaba sobre Raashub. El pánico se apoderó del maestro de Sorcere. Con ataque o sin él, necesitaban a Raashub para pilotar el barco. Jeggred no veía la hora de matar al capitán desde el momento mismo en que se apoderaron del barco, y el abordaje era la excusa que necesitaba para concretar sus amenazas.

Plenamente consciente de lo irónico de la situación, Pharaun lanzó un conjuro para levantar un muro de fuerza invisible entre el capitán uridezu y el draegloth que se abalanzaba sobre él. Jeggred choco violentamente contra el muro y a punto estuvo de perder pie. Raashub se replegó apartándose del draegloth y empezó a olisquear el aire delante de sí, tan intrigado por el hecho de haber escapado por un pelo como el propio Jeggred.

Quenthel lanzó un codazo al uridezu que la había mordido, pero éste consiguió esquivar el golpe. Los ataques de Quenthel eran espasmódicos y azarosos, y Pharaun se dio cuenta de que los dos uridezu a los que se enfrentaba acabarían matándola.

El maestro de Sorcere fabricó rápidamente un conjuro y lanzó la energía que fluía de él contra el uridezu que había mordido a Quenthel.

Una enorme mano negra brotó del aire y Pharaun tomó control de ella mentalmente. Los uridezu que estaban asediando a Quenthel se apartaron de la mano, pero fue demasiado tarde para el que la había mordido. La mano se cerró en torno a la criatura y empezó a apretar. Volviendo a evaluar la situación, Pharaun vio que Jeggred se dedicaba ahora al otro uridezu, dejando a Raashub acurrucado detrás del muro de fuerza.

El mago sólo tenía que desear que la mano encantada apretara con todas sus fuerzas y dejar que hiciese lo que le viniera en gana. Cuando al uridezu atrapado por la mano empezó a faltarle el aire, Pharaun apretó el dedo sobre el disparador de su ballesta y el virote salió disparado por el aire, para alojarse en el pecho del otro demonio, que se volvió para ver de dónde había salido el proyectil.

El uridezu aprisionado por la mano tenía la boca muy abierta, pero de ella no salía el menor sonido. Se había quedado sin aire.

Pharaun volvió a cargar la ballesta, y la mano conjurada apretó todavía más. Al demonio se le salían los ojos de las órbitas y Pharaun no podía dejar de mirar.

El mago lanzó otro virote contra el demonio que todavía trataba de esquivar el látigo de la suma sacerdotisa. El proyectil dio en el blanco, empujando al uridezu hacia Quenthel. El hombre-rata se tambaleaba, pero no estaba muerto ni mucho menos, que era más de lo que podía decirse del que la mano tenía prisionero. Su cuerpo estaba a punto de quebrarse y al fin estalló en un torrente de sangre y tejidos. Murió al cabo de unos segundos de agonía.

Pharaun volvió a cargar la ballesta y observó al uridezu al que su último proyectil había empujado contra Quenthel. La suma sacerdotisa avanzó rápidamente, con el látigo en una mano y la otra apretada en un puño.

La Señora de la Academia dio semejante puñetazo al uridezu que la atacaba que su cabeza estalló en fragmentos. El reluciente cerebro gris y amarillo del demonio saltó fuera y fue dando saltos sobre la quieta superficie del lago. Pharaun sabía que la fuerza de la sacerdotisa provenía de algún recurso mágico, y tomó nota mentalmente para no dejarse sorprender por sus hazañas.

El movimiento y la luz que llegaban de abajo llamaron la atención de Pharaun. El uridezu al que había dejado congelado había conseguido liberarse y avanzaba con grandes movimientos de cola de rata. De un salto trató de llegar hasta donde Pharaun estaba, todavía suspendido sobre el agua.

Pharaun lanzó un conjuro que le permitió empujar al demonio y devolverlo al agua. El maestro de Sorcere siguió empujando hasta que el uridezu se deslizó para hundirse en la capa de sedimento. Mantuvo el empuje hasta que la criatura golpeó el lecho rocoso del lago, un metro y medio por debajo del sedimento y se aplastó contra la piedra. Sintió cómo se le rompía la espalda al demonio, pero no dejó de hacer presión.



Aliisza contuvo la respiración mientras miraba cómo el drow luchaba contra el uridezu. Los ratidemonios no eran los enemigos más impresionantes, pero en conjunto, aquella lucha era todo un espectáculo. Pharaun componía una figura especialmente atractiva, suspendido en el aire, tan mojado y vigoroso. Aliisza se estremecía al mirarlo.

La semisúcubo, invisible, permaneció en el aire, por encima de la regia drow, que había sido paralizada por la mordedura del uridezu al que había despachado con muy poco estilo.

Otro de los ratidemonios mostraba amenazador a la paralizada sacerdotisa sus colmillos desnudos, chorreantes de saliva tóxica. Rabioso, emitía un chillido escalofriante mientras se acercaba cada vez más a la matrona drow.

Un bramido profundo hizo que Aliisza prestara atención al draegloth. El semidemonio se enfrentaba a un ratidemonio, al que acabó desgarrando el vientre con sus garras. El demonio consiguió evitar que sus entrañas se derramaran sobre cubierta. De los labios temblorosos del uridezu salió una especie de silbido mientras trataba de alcanzar al draegloth con un golpe de su cola. El gigante, mezcla de drow y demonio, esquivó el golpe con sorprendente agilidad.

El capitán del barco del caos hacía sonar sus cadenas pero seguía sujeto a la cubierta. Aliisza sintió la presencia de un muro invisible que separaba al capitán de los demás. Era como si el aire se hubiera solidificado en ese lugar. Podía ver la magia del Tejido reverberando.

A Aliisza no le interesaba especialmente la suerte que corrieran el capitán uridezu o el bruto y poco atractivo draegloth, pero no podía soportar la idea de que la atractiva e impresionante sacerdotisa drow fuera comida viva mientras estaba paralizada por una criatura tan baja como un uridezu. La semisúcubo empezó a drenar la fuerza vital de esa criatura mezcla de demonio y de rata sin dejar de mantenerse invisible en el aire.

El uridezu miró en derredor. Sentía que algo malo le estaba sucediendo. Tal vez sintiera frío, o mareos, o debilidad o náuseas. Aliisza lo estaba matando, y tenía que saber que se estaba muriendo. El ratidemonio plegó los brazos contra el cuerpo y Aliisza tuvo la sensación de que estaba volviendo al Abismo, pero algo lo retenía allí, en el barco. Aliisza también vio esa magia que lo mantenía ligado al mismísimo aire que lo rodeaba. Sólo Pharaun podía ser responsable de eso.

El hecho de que el mago drow tuviera ese poder inquietó a Aliisza.

Se estaba preguntando de dónde habría salido el muro invisible cuando oyó un horrible desgarrido y tuvo que esquivar un chorro de sangre oscura. El draegloth había arrancado el brazo al uridezu que había sido lo bastante tonto como para hacerle frente. A Aliisza no le gustaba el olor de la sangre de ratidemonio... al menos no tanto como parecía gustarle al draegloth.

El semidemonio recogió el brazo del uridezu y lo levantó por detrás de sí hasta que rebotó en la pared invisible. Eso extrañó al draegloth, bueno, sería más exacto decir que lo contrarió. Aliisza se dio cuenta de que alguien estaba tratando de mantener separados al capitán uridezu y al draegloth.

Eso tenía que ser obra de Pharaun. Mientras el draegloth remataba al ratidemonio con su propio brazo, Aliisza trataba de adivinar por qué el mago podía estar tratando de proteger al capitán.

Susurró un conjuro rápido y se elevó más en el aire para que nadie más que Pharaun pudiera oírlo. Tuvo que dejar de drenar la fuerza vital del último superviviente del grupo demoníaco, pero el draegloth ya se dirigía hacia él.

—Pharaun —susurró mientras recorría los últimos metros. Su voz llegó al mago

como si le hubiera susurrado al oído.

Aliisza vio la reacción del mago.

—Sí, soy yo —añadió—. ¿Estás protegiendo al capitán?

—¿Y qué si así fuera? —preguntó el mago, también como si le susurrara al oído.

—No lo necesitas —dijo.

—Sí que lo necesito —respondió el mago—. Es un barco del caos, Aliisza, y no sé mucho de barcos. Jamás he pilotado una de estas cosas. Es probable que ningún drow lo haya hecho en toda la historia.

—No es tan difícil —le explicó—. El barco está vivo. Basta con que le impongas tu voluntad para que vaya a donde tú quieres.

—¿Así de fácil? —preguntó Pharaun, escéptico.

Aliisza observó cómo el draegloth despedazaba al debilitado uridezu con sus garras y sus dientes.

—En cierto modo, sí —dijo.

Sin perder un segundo, el semidemonio se lanzó contra la pared invisible de una manera salvaje y feroz. El espectáculo hizo que el corazón de Aliisza se desbocara.

El capitán uridezu estaba encogido detrás de la pared. Ni siquiera se molestó en tratar de hacer como si no supiera lo que el draegloth iba a hacerle si finalmente superaba la barrera invisible.

—Deja que el draegloth se encargue de él, cariño —dijo Aliisza mientras su conjuro empezaba a desvanecerse—. Juntos podemos pilotar el barco.

Pharaun abrió una grieta dimensional y se deslizó por ella. En un instante se encontró en la cubierta del barco del caos, junto a la paralizada sacerdotisa, y exactamente debajo de la trémula e invisible semisúcubo, que empezó a bajar hacia donde él se encontraba.

—Jeggred —le dijo el mago drow al draegloth—, déjalo. Déjalo ya. Lo necesitamos.

El mago se volvió hacia la suma sacerdotisa, quien estaba de pie con la mano chorreando sangre de uridezu. Las víboras de los extremos de su látigo hicieron a Pharaun una sibilante advertencia de que no se acercara.

—Señora —le pidió—, dile que lo deje.

—Está paralizada —le susurró Aliisza al oído, tan cerca que era imposible que lo hubiera hecho mediante un encantamiento.

Pharaun no se inmutó.

—A mí no va a hacerme caso —dijo con una sonrisa.

—Ya te dije que da igual, Pharaun —volvió a susurrar la semisúcubo—. No lo necesitamos.

—¿Nosotros? —preguntó el mago.

Aliisza se sonrojó, aunque Pharaun no pudo verlo.

—Si Raashub puede pilotar esta nave —continuó Aliisza—, ¿por qué no habríamos de poder nosotros? No será tan difícil.

Pharaun tomó aire y lo soltó en un suspiro.

—De todos modos, va a seguir desafiándome ¿no? —preguntó Pharaun.

—¿Con quién estás hablando? —inquirió Quenthel, sacudida por espasmos musculares mientras se recuperaba de la mordedura paralizadora del uridezu.

—¿Acaso tú no lo harías si estuvieras en su lugar? —susurró Aliisza sin hacer el menor caso de la suma sacerdotisa.

Pharaun se volvió hacia ella y la miró a los ojos, aunque Aliisza estaba segura de que no podía verla. Le guiñó un ojo y se volvió hacia Quenthel.

—Jeggred quiere matar al capitán —dijo.

—Deja que lo haga —replicó la suma sacerdotisa mientras paseaba la vista por la cubierta, aparentemente buscando algo con que limpiarse la sangre.

—Bueno —le dijo Aliisza al oído—, ahora es idea suya ¿no?

Pharaun movió una mano y dejó caer el muro.

El draegloth saltó sobre el capitán uridezu. Ambos chocaron contra la barandilla. La cadena que ataba al uridezu a la cubierta, y al plano material, saltó como si estuviera hecha con el pie de un hongo. Se oyó el eco de un enorme chapuzón, que lanzó sobre la cubierta una enorme ola de agua del lago, que se mezcló con la sangre de demonio.

Aliisza levitaba por encima de ellos mientras Pharaun y Quenthel corrían hacia la barandilla y escudriñaban las negras aguas. La superficie se llenó de burbujas y las ondas delataban el enfrentamiento que estaba teniendo lugar debajo de la superficie.

Por fin las burbujas desaparecieron. Las ondas se fueron haciendo cada vez más leves y reinó la calma.

—Ve a ver qué ha pasado —le dijo la sacerdotisa a Pharaun.

Aliisza contuvo las ganas de reír a voz en cuello.

Pharaun alzó una ceja.

—Me temo que no puedo —dijo mirando a Quenthel—. Tuve que cancelar el conjuro que me permitía respirar bajo el agua.

La sacerdotisa se volvió hacia él, furiosa, pero el sonido de otro chapuzón puso fin a la discusión. Algo salió disparado, formando un arco sobre el agua, y fue a caer sobre la cubierta. La cabeza del capitán uridezu rodó hasta el otro lado del barco, hasta que paró, con una mirada vacía en los ojos.

—Bueno —suspiró Quenthel, mirando a Pharaun—, no importa.

El draegloth subió lentamente a la cubierta por detrás de los dos elfos oscuros. El semidemonio se sacudió el agua del cuerpo, salpicando a Pharaun y a Quenthel, que se volvieron a mirar al draegloth.

—La verdad —dijo el semidemonio con voz ronca—, ha valido la pena esperar.

Capítulo trece



Danifae quería que se encontraran con ella en un templo en ruinas al borde de un pantano, en la ribera oriental de un ancho río cuyas aguas iban a dar a un mar.

Halisstra se pasó la primera noche de caminata explicándole a Ryld el significado de la mayor parte de esas palabras. Al amanecer del primer día habían llegado a la costa. La vista de la extensión aparentemente interminable de agua grisácea dejó a Halisstra sin respiración. Como le ocurría con la mayor parte del Mundo de Arriba, Ryld se sintió inquieto, incluso nervioso. Halisstra confiaba en que se acostumbraría en algún momento, e incluso en que llegara a gustarle. Tenía que ser así.

Bordearon la orilla occidental de lo que los habitantes de la superficie llamaban cuenca del Dragón Reach durante dos largas noches de marcha, valiéndose de los aguzados sentidos de Ryld, del *bae'qeshel* de Halisstra y de la magia de Eilistraeen para evitar a otros viajeros y peligros inesperados. En las horas que precedieron al amanecer del tercer día se detuvieron a orillas del delta de ancho río Lis, con la cuenca del Dragón, blanca y de gris, a su derecha. A su izquierda, es decir el norte, se veía el río y extensiones intermitentes de bosques y de nevadas colinas. El tiempo estaba nublado y ferozmente frío, y Halisstra tuvo que recurrir a conjuros para evitar que se les congelaran los dedos de las manos y los pies.

—¿Tenemos que cruzar eso? —preguntó Ryld, aunque sabía la respuesta.

Estaban ocultos en un bosquecillo de árboles ralos. El delta del río estaba cuajado de embarcaciones de todos los tamaños. Halisstra nunca había visto barcos como aquéllos. Las olas las zarandeaban, y las linternas que llevaban en cubierta se bamboleaban con el viento helado. La drow entrevió a algún humano armado recorriendo las cubiertas, alerta ante algo que Halisstra no podía imaginar qué sería.

—Es un templo abandonado —le volvió a decir Halisstra a Ryld—. Un viejo templo erigido en honor del asqueroso dios orco Gruumsh. Danifae dijo que está en el borde occidental de un extenso pantano... un lugar inundado donde el agua cubre la vegetación y donde proliferan criaturas peligrosas. El pantano está al otro lado del río.

Ryld asintió y siguió estudiando el agua mientras el brillo del sol empezaba a besar el horizonte.

—¿Sabrías manejar uno de esos barcos? —preguntó Halisstra.

El maestro de armas negó con la cabeza.

—Entonces necesitaremos ayuda para llegar al otro lado —dijo la sacerdotisa—. Es demasiada distancia y hace demasiado frío para nadar, y llamaremos demasiado la atención si recurrimos a los conjuros. Si nos echamos los *piwafwis* por encima de la cabeza, un barquero poco observador podría no notar que somos elfos oscuros.

Ryld dejó escapar un suspiro que quería decir que dudaba de que eso fuera posible, aunque se podía intentar de todos modos.

Se pusieron en marcha siguiendo la orilla del río, avanzando lentamente en dirección norte, en la penumbra grisácea que precede al amanecer. Ryld la hacía parar de vez en cuando para echar una mirada en derredor o para estudiar una embarcación varada en la orilla o flotando cerca de ella. En ningún caso se tomó la molestia de explicar por qué las rechazaba, una detrás de otra, y Halisstra tampoco preguntó.

Por fin llegaron a una barcaza, con un solo remo, y un único palo. La embarcación había sido arrastrada hasta la orilla, y a poca distancia de ella se veía el bulto de una criatura humanoide que dormía sobre la áspera arena. Había encendido un fuego antes de sumirse en la inconsciencia. Las últimas brasas ya se estaban apagando.

Ryld avanzó hasta escasos centímetros del barquero sin hacer el menor ruido. El maestro de armas, lenta y silenciosamente, sacó su espada corta. Se puso en cuclillas al lado del humanoide y el durmiente dejó escapar una especie de tos sonora y sostenida. Ryld se incorporó un poco, miró a Halisstra y se encogió de hombros. Halisstra le respondió con el mismo gesto. No tenía la menor idea de lo que significaba ese sonido, a menos que fuera que el hombre, si es que lo era, se estaba ahogando.

Ryld le dio un empujón intencionadamente violento para darle la vuelta. El durmiente tenía las toscas facciones amarillo grisáceas de un orco, pero no del todo. Abrió mucho los ojos, respiró hondo y frunció el entrecejo con gesto furioso. Ryld apoyó la hoja de su espada corta en el cuello del barquero, y el airado hombre se detuvo de repente. Halisstra intervino. Al mirarlo más de cerca se dio cuenta de que era un semiorco. Habían tenido suerte. Los semiorcos solían ser tan despreciados en el Mundo de Arriba como lo eran en la Antípoda Oscura, de modo que podrían manejarlo con más facilidad para que mantuviera en secreto su presencia.

—Silencio —murmuró Ryld en la gutural lengua comercial de las razas de la superficie.

El semiorco echó una mirada a Halisstra, después miró a Ryld a los ojos y pareció más relajado. No dijo nada.

—Necesitamos un barco —dijo en voz queda el maestro de armas—. Nos llevarás al otro lado del río y no se lo contarás a nadie.

El semiorco lo miró y sopesó lo que había dicho.

Ryld hizo presión sobre la garganta del barquero con su espada corta, lo suficiente

para hacer brotar un par de centímetros de sangre.

—No te lo estaba pidiendo —añadió el maestro de armas, a lo que el semiorco asintió.

Al cabo de unos minutos estaban en el barco. Frente a ellos, el negro horizonte fue tomando una tonalidad azul profunda. Halisstra había empezado a habituarse al sol, pero Ryld todavía lo odiaba, por eso habían estado viajando de noche. Para acudir a la cita que habían concertado con Danifae tal vez tendrían que seguir viaje toda la mañana, pero Halisstra sabía que Ryld no se quejaría.

—Creo que el barquero espera que le paguemos al llegar al otro lado —dijo Ryld en bajo drow, con una mirada al semiorco, que simulaba no mirarlos—. ¿O es que aquí también tienen a los semiorcos como esclavos?

Al principio, Halisstra pensó que estaba bromeando. Era difícil verle los ojos con la capucha de su *piwafwi* cubriéndole la cabeza. Halisstra la llevaba de la misma manera, pero cuando llegaron al centro del ancho delta, la sacerdotisa se dio cuenta de que ninguno de los que había en los otros barcos se interesaba por ellos, y de que para los humanos, incapaces de ver en la oscuridad, pasarían totalmente desapercibidos en la oscuridad, al menos desde cierta distancia. Dejó caer la capucha, lo que provocó un gesto de irritación de Ryld, que aún se cubría con la suya.

—¿Por qué no se lo preguntas? —dijo Halisstra señalando al barquero con un gesto de la cabeza.

Ryld respondió que no.

—Danifae va a matarte —le dijo con tono de lo más normal.

—¿Eso crees?

—Yo lo haría —replicó el maestro de armas—. Fue tu prisionera de guerra durante mucho tiempo y ya no lo es. Es normal que busque vengarse después de sus años de dependencia.

—Es posible —tuvo que admitir Halisstra—, pero no lo creo.

—No se ven muchos de los vuestros por aquí —comentó de pronto el barquero en un bajo drow con marcado acento.

El sonido de la voz de aquel medio humano, medio orco, hablando la lengua de los elfos oscuros hizo que a Halisstra se le erizara la piel. Ryld sacó su espada corta.

El barquero levantó una mano, temblando.

—No pretendía ser irrespetuoso o algo así. Sólo decía...

—¿Has visto antes algún drow? —preguntó Halisstra antes de agregar algo en el lenguaje de los signos—. *Cien piezas de oro si te olvidas de nosotros.*

El semiorco no reaccionó ante la pregunta. Ni siquiera ante el hecho de que ella había tratado de comunicarse.

—Claro —respondió el barquero—, he visto un par de drows. No en los últimos tiempos, pero...

Halisstra se encogió de hombros ante la respuesta del orco y se dirigió a Ryld por señas.

Creo que quería que supiéramos que nos entendía, no fuéramos a decir algo que nos hiciera matarlo por haberlo oído.

Eso hizo sonreír a Ryld.

Puedes guardar la espada, añadió Halisstra.

El maestro de armas enfundó su arma.

—Si entiendes los signos, deberías decirlo ahora o te mataré —dijo.

El semiorco agitó una mano.

—No, no, señor. Te juro que no. Ni siquiera sabía lo que estabais haciendo. Yo me limito a remar ¿vale? Ni siquiera tienes que pagarme por el viaje.

—¿Pagarte? —preguntó Ryld.

El semiorco miró para otra parte.

Nos oyó mencionar el templo, dijo Ryld por señas. *Está claro que no es de fiar.*

¿Y quién lo es?, preguntó Halisstra.

Danifae no, replicó el maestro de armas.

Eilistraee nos guiará, respondió la sacerdotisa. *Danifae no tiene ninguna diosa que la guíe.*

Ryld asintió, aunque dejó claro su escepticismo.

Siguieron en silencio el resto del camino y no tardaron en llegar al otro lado del río. Halisstra bajó al agua y tuvo que caminar hasta la orilla. Se volvió para ver a Ryld, que se dirigía hacia el semiorco. El maestro de armas se colocó detrás del barquero, desenvainó a *Tajadora* y le cortó limpiamente la cabeza. A continuación, volvió a guardar el arma. Todo en un abrir y cerrar de ojos. La cabeza cayó al agua y Ryld empujó el cuerpo del barquero para que la acompañara.

Ryld se encaminó hacia la orilla mientras Halisstra contemplaba la luz azul grisácea del amanecer. Podía oír sus pisadas en el agua y después sobre las rocas, a sus espaldas, pero no quería mirarle a la cara.



Danifae se materializó en la cubierta del barco del caos y quedó muy sorprendida al ver lo mucho que había cambiado. Valas apareció a su lado, y vio cómo su habitual expresión estoica, inexpresivamente pragmática, se transformaba en una incómoda curiosidad... él también se había dado cuenta.

Pharaun y Quenthel tenían mal aspecto y olían mal. El propio barco parecía diferente. La cubierta, que antes era una blanca extensión ósea sin relieve, presentaba ahora parches de tejido rosado y surcado por arterias por las que se veía circular la sangre. Entre los huecos de los huesos se veían tendones y unos incipientes ligamentos. El barco parecía vivo.

Pharaun y Jeggred los miraron cuando aparecieron, pero sólo Pharaun se puso de pie. El draegloth miró hacia un lado, y Danifae siguió su mirada hasta Quenthel. Los ojos de Jeggred despedían fuego al mirar a la suma sacerdotisa, que estaba sentada en la cubierta de espaldas a los demás, acariciando distraídamente una de las víboras de su látigo.

—Bienvenidos de vuelta al húmedo y aburrido culo de la Antípoda Oscura —dijo el maestro de Sorcere. Sólo miró a Danifae, pero se acercó a Valas con la mano tendida—. ¿Tenéis lo que necesitamos?

El explorador asintió y le entregó al mago uno de los sacos mágicos que contenían las provisiones.

Danifae seguía con la atención fija en Jeggred, que por fin cruzó una mirada con ella y la saludó con una inclinación de cabeza. La ex prisionera de guerra sonrió al draegloth y le devolvió el mismo gesto... entonces se dio cuenta de que el uridezu no estaba.

—¿Qué ha pasado aquí? —le preguntó a Pharaun.

El mago empezó a reírse, y al principio pareció que iba a seguir haciéndolo durante largo rato. Cuando nadie coreó sus risas, se calmó y respiró hondo.

—¿Señora? —Danifae llamó a Quenthel.

No hubo respuesta.

Jeggred volvió la vista hacia la suma sacerdotisa y tampoco dijo nada.

—¿Vamos a...? —le preguntó el explorador a Pharaun.

—Oh, sí —respondió el mago—, zarparemos tal como habíamos planeado. Resultó que no necesitábamos los servicios del capitán uridezu después de todo. Jeggred tuvo la amabilidad de rescindir su contrato. Yo mismo pilotaré el barco hasta el Abismo y en el viaje de regreso.

Valas asintió, se sentó y empezó a colocar las provisiones. Pharaun permaneció de pie a su lado, haciendo algún que otro comentario sobre lo que había comprado el explorador. Quenthel seguía sentada de espaldas a los demás sin decir palabra. Danifae se acercó a Jeggred, tanteando su humor. Parecía deseoso de hablar con ella, de modo que se sentó a su lado.

—¿Ensoñación? —preguntó señalando a Quenthel con la cabeza.

—No —dijo el draegloth sin hacer ningún esfuerzo por bajar la voz—. Ha tenido dificultades para sumirse en la Ensoñación. La señora se está debilitando.

Danifae cogió aire mientras buscaba en los ojos del draegloth alguna señal que no fuera de auténtico enfado con Quenthel. No parecía posible que Jeggred hubiera llegado a tanto en el tiempo, relativamente corto, que ella y Valas habían estado ausentes, pero era evidente que las cosas habían avanzado mucho más rápido de lo que esperaba.

—El «capitán» —dijo Jeggred con voz ronca— convocó a algunos de los suyos.

Nos atacaron, y los vencimos.

—¿Quenthel no luchó? —quiso saber Danifae.

Jeggred miró a la suma sacerdotisa, que guardaba silencio, y se quedó pensando la respuesta durante un momento.

—Luchó —dijo por fin—, pero ella...

Danifae esperó unos instantes a que terminara, al ver que no lo hacía, tomó la palabra.

—Todos servimos a señoras más altas, Jeggred. La madre matrona de la casa Baenre, en tu caso, y en el mío a la propia Lloth, ambas señoras son más grandes que Quenthel. Si tienes algo que tu madre matrona o tu diosa necesiten saber, debes decirlo. El deber te lo demanda.

Jeggred la miró fijamente a los ojos, y ella dejó que lo hiciera. Le sostuvo la mirada durante largo rato, sin permitirse siquiera parpadear, sin dar la menor muestra de debilidad o de indecisión.

—Ella es... sensible —dijo el draegloth.

—¿Sensible? —insistió Danifae.

—La señora de Arach-Tinilith tiene una sensibilidad especial para con los seres de los planos exteriores —dijo—. Puede sentir la presencia de los demonios y comunicarse con ellos. No es algo que sepa todo el mundo, pero yo sí.

—Entonces ¿cómo es que no supo que Raashub estaba invocando...? —dejó la pregunta sin terminar.

La expresión de Jeggred mientras contemplaba la figura callada de Quenthel le reveló todo lo que necesitaba saber.

—Soy una sacerdotisa de Lloth —le dijo al draegloth—. Sirvo a la Reina de la Red Demoníaca de Pozos, y en este barco, eso significa que sirvo a Quenthel Baenre.

Jeggred ladeó la enorme cabeza y su indómita melena blanca cayó sobre sus musculosos hombros cubiertos por el pelaje gris.

—Yo la sirvo —Danifae prosiguió—, lo sepa o no, lo aprecie o no, lo desee o no. Algo está...

Danifae no estaba segura de cómo debía rematar esa idea.

—Ella ha sucumbido —dijo el draegloth.

—¿Sucumbido? —inquirió Danifae.

—Al miedo.

Danifae se tomó tiempo para asimilar aquello.

—Ahora más que nunca necesita de nuestros servicios —dijo—. La sierva de Lloth requiere de nuestro servicio, y ambos vivimos para servirla ¿verdad?

Jeggred asintió lentamente, dejando claro que esperaba oír más.

La ex prisionera de guerra metió la mano en su bolsa y sacó uno de los anillos que había sacado de la mano fría, muerta, del antiguo mago de su casa. Lo levantó de

modo que sólo Jeggred pudiera verlo y lo acarició con los dedos para que reflejara la débil iluminación, lo suficiente para que la mirada sensible a la oscuridad del draegloth lo viera. Jeggred abrió una mano y Danifae depositó en ella el anillo.

Necesito que vayas a un sitio conmigo, le dijo por señas con las manos pegadas al cuerpo para que nadie más pudiera verlo, *y que hagas algo por mí*.

Pídeme lo que quieras, respondió el semidemonio, procurando también que nadie viera sus manos. *Vivo para servir, señora*.

Capítulo catorce



Ninguno de los dos había conseguido todavía matar al otro.

Gomph flotaba en la quieta oscuridad, por encima de la Grieta de la Garra, rodeado de un globo de energía mágica. La había conjurado con su bastón, lo que había agotado parte de la esencia mágica del artilugio. El precio valía la pena para protegerse de los conjuros rudimentarios que el globo rechazaba. Gomph sabía que el lich era capaz de encantamientos muy superiores, conjuros capaces de atravesar el globo sin la menor pérdida de potencia.

Independientemente del globo, pese a todos sus esfuerzos, Gomph no conseguía acercarse a sesenta metros del lich.

El efecto de repulsión proviene del bastón de Dyrr, le comunicó mentalmente Nauzhror. Estamos estudiando posibles soluciones.

La repulsión era otra defensa menor, otro recurso secundario restado a un elemento poderoso. De esa manera, Gomph y Dyrr estaban otra vez empatados.

—¿De qué tienes miedo, lich? —gritó el archimago a su adversario—. No voy a tratar de besarte.

Dyrr, que estaba flotando por encima de las negras profundidades de la Grieta de la Garra, se rió con ganas.

—Podríamos limitarnos a flotar por aquí —respondió—, esperando a que cayera una de las defensas: tu globo, mi repulsión... pero eso no tiene gracia.

—Buena observación —dijo Gomph en voz baja, sin importarle que el lich pudiera oírlo o no.

El archimago empezó a hacer un conjuro, y el lich aprestó sus dedos, listo para defenderse. Gomph avanzó por el aire hacia el lich en cuanto terminó el encantamiento, sabiendo que sólo tendría éxito si la distancia entre ellos se acortaba. El efecto de repulsión consiguió anularlo, y Gomph se lanzó en picado para poder lanzar un conjuro más dañino que surtiera efecto.

Dyrr, que no parecía nada sorprendido, se dejó caer desde el aire. Gomph sabía que había desactivado el efecto de repulsión, no su capacidad para volar. El lich trataba de escapar penetrando en el negro abismo de la Grieta de la Garra.

Gomph se dejó caer tras él. El aire, que rozaba a gran velocidad la superficie del globo mágico, producía un curioso silbido que lo distraía. De todos modos, se las arregló para lanzar otro conjuro mientras volaba y consiguió acortar aún más la

distancia.

Un punto de palpitante luz naranja apareció en la mano derecha de Gomph. Miró a Dyrr, echó el brazo hacia atrás para lanzar la luz, pero vaciló. Dyrr, con una fría determinación en sus ojos muertos, se abalanzaba sobre él. La distancia entre ambos magos se reducía cada vez más rápido, y el lichdrow estaba preparando un conjuro.

Las palabras del encantamiento de Dyrr, una serie de cuartetos casi sin sentido en un oscuro dialecto del dracónico, eran repetidas por el eco circundante. Gomph echó todavía más atrás el brazo, apuntando con el punto de luz a la cara de su oponente mientras sujetaba su bastón con la mano izquierda. Dyrr tenía algo en el cuenco de su mano izquierda y su propio bastón en la derecha. Era como si ambos se estuvieran mirando al espejo.

Dyrr fue el primero en lanzar el suyo. Un nube de reluciente polvo rojo —rubíes molidos, informó Grendan— estalló en el aire y rodeó al lich. El polvo produjo un pequeño tornado que desapareció en medio segundo. Al desaparecer el último grano, Gomph arrojó su cuenta luminosa.

El archimago se detuvo repentinamente. Se quedó sin aire y profirió un fuerte ronquido. Su propio bastón lo golpeó en plena cara, dejándole entumecido el labio inferior y haciéndolo lagrimear. Las articulaciones dejaron de responderle durante unos segundos, y sus brazos y piernas empezaron a sacudirse fuera de control.

La corriente de luz debería haber golpeado al lich en la cara y explotado en una bola llameante de seis pasos de diámetro. Debería haberle volado la cara al lich... pero no lo hizo.

Cuando finalmente consiguió controlar su cuerpo y se estabilizó en el aire, Gomph pudo ver la diminuta luz color naranja que volaba hacia la cara del lich y luego describía una curva en el aire para depositarse en la llamativa corona que Dyrr tenía la audacia de lucir. La corriente luminosa relució brevemente y cobró vida con un estallido de luminiscencia amarilla y anaranjada que iluminó la cara del lichdrow pero no se la voló ni mucho menos.

«La corona —pensó Gomph—. ¿Cómo no lo he recordado?».

La bola de fuego ha sido absorbida por la corona, le transmitió Nauzhror mentalmente.

Gomph estaba seguro de que volvería a verla.

El artilugio le permitirá redirigir la bola de fuego contra ti, le advirtió Grendan.

Sí, respondió Gomph. *Gracias.*

Dyrr se paró de repente y quedó suspendido en el aire, con un leve balanceo. Parecía la sombrilla de un hongo a merced de las aguas del lago Donigarten. Gomph, en cambio, estaba absolutamente quieto en el aire, de pie sobre lo que parecía una superficie sólida pero tenía un brillo tenue, fosforescente.

El globo de Gomph seguía activo, pero no era lo único que lo rodeaba.

Un conjuro impresionante, dijo Nauzhror, difícil de hacer y costoso. No puedes hacerle frente, archimago.

—¿Una jaula de fuerza? —preguntó Gomph.

El lichdrow no se molestó en responder. En lugar de eso, empezó a preparar otro conjuro. Era evidente que pensaba que tenía a Gomph atrapado y estaba dispuesto a aprovecharse de la situación. El archimago evocó mentalmente otro conjuro y lo puso a punto a toda prisa, compitiendo con el lich, aunque era probable que tuviera que sufrir las consecuencias de lo que Dyrr le tenía preparado. Necesitaba liberarse de la jaula de fuerza. No era nada conveniente estar atrapado en una caja mágica en un momento como éste.

El conjuro de Dyrr surtió efecto medio segundo antes que el de Gomph. Cuando el lich realizó los últimos gestos y la compleja verbalización final y trituró en la mano derecha una piedra imán junto con una pizca de polvo, algo se abrió bajo los pies del archimago.

El conjuro de Gomph estalló y su globo cayó, pero lo mismo sucedió con la jaula de fuerza. Gomph caía hacia el interior de lo que Dyrr había conjurado a sus pies, fuera lo que fuese.

El archimago tocó su broche y se detuvo en el aire, mucho antes de tomar contacto con el espectacular efecto mágico de Dyrr. Mientras se replegaba, alejándose cada vez más de él, Gomph miró hacia abajo y vio un universo totalmente distinto. El lichdrow había abierto una puerta bajo sus pies y de ella salía una luz cegadora, hiriente. Gomph había visto ese tipo de luz muy pocas veces en su larga vida. Era la luz del sol, y al archimago de Menzoberranzan no le gustaba lo más mínimo.

—¿Adónde pretendes enviarme? —le preguntó Gomph a su oponente.

¿*Al Mundo de Arriba?*, musitó Prath, aunque sólo Gomph podía oírlo.

—Ya me has impresionado más de una vez —prosiguió Gomph—, aunque cada vez la impresión me dura menos. ¿Ahora quieres enviarme lejos? Por favor, Dyrr, ¿por qué no te limitas a matarme y acabamos de una vez? ¿O es que acaso no puedes matarme?

Sin duda, Gomph esperaba que así fuera, pero daba la impresión de que Dyrr tenía en mente otra cosa. El lich acabó de hacer su conjuro. El efecto inmediato fue que el estómago a punto estuvo de salirse por la boca a Gomph. Aguantó la respiración y ahogó un grito antes de empezar a caer.

No podía levitar —Dyrr había desactivado la magia que lo mantenía a flote— y Gomph caía hacia el pozo giratorio de luz diurna que se abría a sus pies. Conociendo a Dyrr, la suerte que le esperaba tenía que ser mucho peor que estrellarse en el fondo de la Grieta de la Garra. Era un destino que Gomph debía evitar a toda costa.

El archimago se expandió, reuniendo más energía almacenada, más acceso al Tejido desde su mente del que normalmente habría precisado, porque necesitaba que

el conjuro hiciera efecto con rapidez y no tenía tiempo que perder. El efecto le produjo la misma sensación que cuando Dyr desactivó su levitación, sólo que ahora, en vez de caer hacia abajo, Gomph se detuvo de golpe y empezó a ascender. La fuente de la gravedad podía alterarse con magia suficiente.

Gomph hizo una barrena en el aire al elevarse a toda velocidad hacia el techo de la caverna donde se encontraba Menzoberranzan. Al pasar cerca del lich pudo ver la mueca de frustración de éste. El archimago no perdió el tiempo en saborear el triunfo. Su broche no le servía de nada, por lo menos en ese momento, y seguiría hasta destrozarse contra el techo. Tenía que detenerse.

La palabra de mando, transmitió Gomph a los maestros de Sorcere. *Rápido*.

El bastón que había usado para envolverse en el globo de magia protectora había sido cargado con más de un efecto. Jamás lo había usado, pero podía otorgarle el mismo poder de levitación que su broche.

Sshivex, le respondió Nauzhror.

Sshivex, repitió Gomph, e inmediatamente empezó a levitar hacia las alturas, lejos del techo.

En una fracción de segundo, antes de «aterrizar» en el techo, Gomph hizo otro alto en el aire. El pozo de cegadora luz solar estaba allá abajo, muy lejos. Aunque la luz se lo hacía difícil, por fin consiguió ver al lichdrow, que volaba lentamente, listo para lanzar otro conjuro.

—Esta vez estuviste cerca —gritó Gomph—. Casi...

Las palabras se le atragantaron. La vista se le nubló. Durante unos segundos se quedó sin respiración.

—Casi me... —volvió a intentarlo, pero las palabras se le volvieron a quedar atascadas.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, y lo invadió una sensación de impotencia. Un sudor frío le corrió por todo el cuerpo y la cabeza empezó a darle vueltas.

Es un encantamiento, le dijo Grendan.

Iba a morir. Gomph lo supo con certeza, pero lo peor era que Menzoberranzan estaría condenada a la muerte. Todo lo que había conseguido en toda una vida de lucha en los pasillos del poder, para nada. Menzoberranzan se estaba devorando a sí misma. Todo lo que Gomph había considerado fortaleza, tanto en sí mismo como en su raza, se había revelado debilidad.

Una compulsión, añadió Prath.

El odio y la desconfianza, las venganzas y las animosidades, daban ahora amargos resultados. La otrora gran Ciudad de las Arañas había quedado reducida a una ruina sitiada, asolada, despojada de toda su anterior gloria, una gloria que cada drow muerto demostraba que había sido una ilusión.

Lucha contra él, archimago, lo urgió Nauzhror.

Lloth estaba muerta, y Gomph también lo estaría muy pronto. Lloth estaba muerta, lo mismo que la casa Baenre, lo mismo que Sorcere, lo mismo que Menzoberranzan. Todo se convertía en nada, y también él se había convertido en nada.

Archimago..., lo urgió Nauzhror.

El cuerpo de Gomph se estremeció con una sensación que le era ajena: un sollozo. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y pestañeó para eliminarlas, pero afluyeron más. A través de las lágrimas vio que Dyrr se había desplazado y estaba flotando por encima de él.

—Eso es, joven Baenre —dijo el lichdrow—. Arrepiéntete. Lloro por la caída de Menzoberranzan. Lloro por la casa Baenre.

«¿Llorar? —pensó Gomph—. ¿Acaso estoy llorando?».

—Despacio —dijo Dyrr. Su voz fue como una suave caricia que se superpuso al dolor y a la rabia—. Para, joven mago.

No, la palabra sonó como un grito en la mente de Gomph.

Gomph no se había dado cuenta de que se movía, levitaba lentamente hacia el techo, alejándose de la luz cegadora que entraba por la puerta de Dyrr. El archimago frenó su descenso y llegó a detenerse, flotando a escasos metros de las estalactitas que pendían del techo como colmillos dispuestos a atravesar el cuello de Menzoberranzan la Poderosa, dispuestos a castigarlos a todos por sus debilidades.

—Ahí... —murmuró el lichdrow con una voz que hizo que a Gomph le recorriera un escalofrío por la espalda—. Ahí...

El lich sostenía algo en la mano.

¿Por qué se acercaba tanto?

Archimago, sonó la voz en su cabeza. *¿Quieres que te ayude?*

Gomph trató de evitar su contacto, pero el lichdrow lo tocó con una varita mágica larga y fina hecha de plata con incrustaciones de piedras preciosas. El contacto hizo que una oleada de cegadora agonía recorriera todo el cuerpo del mago. Todos sus músculos se tensaron, sus articulaciones crujieron. El mago apretó las mandíbulas para aguantar el dolor. Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas, y Gomph sintió que las lágrimas corrían por sus negras mejillas, produciéndole un extraño hormigueo.

Dio una voltereta en el aire que lo apartó del lich y quedó de frente a la puerta. El brillo de la luz le hizo cerrar los ojos, pero parpadeó y consiguió atisbar una silueta: Dyrr, como una sombra contra el fondo de la luz solar. El lichdrow estaba por debajo de él, pero había estado por encima. En ese momento, Gomph no estaba seguro de lo que veía. Dyrr lo había engañado, o él estaba desorientado... o se estaba muriendo.

«¿Me estoy muriendo?», pensó.

—¿Es eso? —gritó antes de llevarse una mano a la cara para cubrirse la boca y

los ojos.

No, archimago, dijo la voz que sonaba en su cabeza. Estás bajo los efectos de un poderoso encantamiento.

En ese momento, Gomph olvidó cualquier plan, cualquier determinación, cualquier objetivo orientado a destruir una vida con la que había sido maldecido. Quería escapar. Necesitaba correr, pero seguía siendo el archimago de Menzoberranzan, de modo que hizo un conjuro capaz de llevarlo un poco más rápido, un poco más lejos. Con unas cuantas palabras y gestos tan repetidos que, incluso en su confuso y desesperado estado mental, consiguió sacar adelante, Gomph invocó la magia necesaria para abrir una puerta a través de las dimensiones, una brecha en el espacio y en el tiempo.

Gomph levitó hacia ella, pero algo lo golpeó. Era Dyrr. La delgada varita mágica del lichdrow producía daño, dolor, pero no semejante impacto. Gomph volvió a quedarse sin aliento y se encontró precipitándose en barrena por el aire.

La luz de la puerta era cada vez más brillante, y Gomph tuvo una leve conciencia de estar avanzando hacia ella. El dolor lo invadía todo. Todavía sentía dolor, y a eso se sumaba el golpe que lo había hecho caer hacia la luz. El dolor se transformó primero en entumecimiento en algunos puntos y después desapareció. Gomph respiró hondo.

«El anillo —pensó—, tengo un anillo que...».

Eso es, archimago, dijo la voz, el anillo. El anillo te mantendrá vivo pero no para siempre.

Gomph volvió a cerrar los ojos y dejó que su cuerpo se relajara. El anillo que se había puesto en Sorcere antes de salir al encuentro de Dyrr en la Grieta de la Garra repararía las heridas: soldaría los huesos cerraría los cortes e incluso restauraría los miembros cercenados. Recordó que se había puesto el anillo, pero por nada del mundo conseguía recordar por qué. ¿Cuál podía haber sido la razón? ¿Para vivir? ¿Para vivir en las ruinas asoladas de Menzoberranzan gobernadas por el traicionero Dyrr y un ejército de malolientes enanos grises?

Gomph tocó el anillo, lo cogió con la otra mano y estaba a punto de sacárselo para que le permitiera morir cuando vio al lichdrow abalanzándose hacia él, riéndose a carcajadas.

—Sácatelo —dijo con una risita sarcástica—. De todos modos no te curará las quemaduras.

¡Archimago!, sonó otra voz dentro de su mente.

El lich parpadeó y echó la cabeza y los hombros hacia adelante. De su grotesca corona salió una bola diminuta de luz anaranjada y ondulante que avanzó formando una especie de onda en espiral cuya trayectoria conducía directamente hacia Gomph.

Tu bola de fuego, volvió a advertir la voz en su cabeza.

—Mi bola de fuego —musitó el archimago mientras instintivamente adoptaba una postura fetal, envolviendo el cuerpo en torno a su bastón y cerrando los ojos.

Incluso con los ojos cerrados, el resplandor de la abrasadora luz naranja le quemó las retinas. Por supuesto, sintió en la piel el calor de la bola de fuego, pero no lo quemó. Él y los demás maestros de Sorcere habían pensado en la protección contra el fuego, por supuesto.

—Un poco más... —dijo entre dientes el archimago.

—Gomph —le espetó el lichdrow—. ¡Todavía vives!

—Por ahora —respondió tembloroso el archimago.

Dyrr no esperó a que Gomph pudiera reaccionar y empezó a hacer otro conjuro.

La bola de fuego había quebrantado la concentración de Gomph en el efecto de levitación, y una vez más volvió a sentir vértigo al empezar a caer. La gravedad seguía invertida, y su caída lo apartó de la puerta y lo acercó al techo.

Mientras Dyrr terminaba su conjuro, Gomph empezó a pensar en las muchas razones para dejarse caer y morir estrellado contra el techo.

Antes de que Gomph pudiera llegar a una conclusión, aparecieron afilados fragmentos de roca que se precipitaban a velocidad extraordinaria contra el archimago. Eran tantos que no podía contarlos, y Gomph, convencido de que estaba perdido y pensando en el destino inevitable de su casa, ni siquiera lo intentó.

Cuando los meteoros penetraron en el área cuya gravedad había alterado Gomph, su trayectoria cambió radicalmente. Empezaron a volar en todas direcciones, dispersándose, describiendo curvas, chocando unos con otros, y algunos incluso se volvieron contra Dyrr.

Uno de los ardientes proyectiles golpeó tangencialmente a Gomph y lo hizo entrar en barrena mientras caía. Sentía un dolor punzante en el costado, y sin reflexionar, lanzó un conjuro. Unas cuantas palabras y un rápido gesto bastaron para que la piel de Gomph se tensara y estirara dolorosamente, adquiriendo la consistencia tersa y dura del frío y negro hierro.

Muy bien, maestro, en su mente sonó la voz de Nauzhror.

Gomph vio que uno de los meteoros venía en línea recta hacia él. Podría haberse desviado, pero no le importaba. La roca le dio de lleno en el pecho, estallando en una lluvia de chispas y produciendo un sonido metálico que se propagó en el aire. Empezó a girar en otra dirección mientras se preguntaba por qué no había pegado contra el techo. Mientras giraba como un trompo, vio que Dyrr pasaba por un oscuro agujero, envuelto en una luz púrpura, como un fuego feérico. El lichdrow estaba atravesando una puerta dimensional para evitar los meteoros, que se habían vuelto contra él.

Dando vueltas mientras caía, Gomph vio que cada vez se acercaba más al techo erizado de estalagmitas. Un poco más y se sumiría en el olvido eterno, en el dulce

descanso de la muerte...

... y de repente, el conjuro cesó.

Después de todo, Gomph no le había dado un carácter permanente. La gravedad recuperó su sentido habitual, y Gomph volvió a sentirse suspendido en el aire durante un segundo, tal vez menos, mientras el estómago daba vueltas dentro de él. Una vez más empezó a caer hacia el fondo de la Grieta, hacia la luz, hacia la puerta, hacia ese lugar ignoto al que Dyrr quería enviarlo.

A Gomph no le importaba. Allá iba, pues. A cualquier lugar lejos de Menzoberranzan, donde cada piedra, cada estalactita y estalagmita, cada haz de fuego feérico le recordaban su fracaso y su desesperación.

Archimago, dijo Nauzhror. *Gomph... No.*

Cerrando los ojos para protegerse de la luz cegadora, Gomph atravesó la puerta. Entreabrió apenas los ojos para ver un vago juego de luces y sombras y cómo la puerta se cerraba tras de sí. Estaba envuelto, encerrado en la luz cegadora.

El golpe contra el suelo fue tan duro que se rompió una pierna, algunas costillas y el brazo izquierdo, y a punto estuvo de romperse la crisma. Trémulo de dolor y por la conmoción, cegado por la implacable luz del sol, Gomph quedó tirado, hecho un guiñapo, en un lecho de algo que parecía moho. La sangre le latía en las sienes, y en los oídos tenía todavía el silbido de los meteoros y del viento. Algo estalló dentro de él y consiguió sacar la pierna de debajo del cuerpo y quedar tendido boca arriba.

Gomph se llevó una mano a la cara y se dio cuenta de que el brazo roto obedecía a sus órdenes con un leve dolor. Sentía la pierna entumecida y cómo sus costillas se recolocaban y soldaban.

Volvió a acordarse del anillo.

A punto estuvo de romper a reír. Después de todo, era culpa suya por insistir en llevar ese maldito anillo. Había pensado en salvar su propia vida cuando se lo puso, pero no se le había ocurrido que al fin y al cabo lo mantendría vivo en el infierno en llamas al que Dyrr quisiera mandarlo.

Gomph pestañeó y se dio cuenta de que podía ver. El brillo de la luz lo seguía molestando, pero algo se había movido entre la fuente luminosa y él.

El archimago volvió a pestañear, se frotó los ojos y procuró sentarse. Todavía tenía la cara humedecida por el llanto y respiraba con dificultad, jadeando como un esclavo sometido a un duro trabajo.

—¿Eres *keerjaan*? —inquirió una voz.

Gomph extendió una mano para protegerse de la voz y volvió a parpadear.

De repente se dio cuenta de que lo que se había interpuesto entre él y la fuente de la luz era una criatura, y de que le estaba hablando.

—¿Estoy...? —empezó el archimago.

Hizo una pausa, se frotó los ojos y se encontró concentrándose en un conjuro que

hacía tiempo había hecho permanente. Era un conjuro que le permitía entender y hacerse entender por cualquiera.

—¿Estás bien? —preguntó la extraña criatura.

Levantó la vista y se vio rodeado de diminutas criaturas de aspecto similar a un drow. De aspecto similar porque tenían más o menos la misma forma, con dos brazos, dos piernas y una cabeza. Ahí terminaba todo el parecido. Las criaturas que lo rodeaban tenían una piel pálida, casi rosada, y el pelo rizado de un feo color entre marrón y anaranjado. Su piel estaba salpicada de diminutos puntos pardos. Sus caras reflejaban una expresión infantil de curioso deleite. Revoloteaban a su alrededor en círculo, a varios palmos del suelo cubierto de plantas, sostenidas por un par de alas emplumadas de colores chillones. La mayoría iban desnudos, aunque algunos llevaban túnicas de seda blanca, y un par de ellos vestía pantalones bombachos y finas blusas de seda. Ninguno superaba el metro de estatura.

—Por toda la rugiente extensión del Abismo, Dyrr —murmuró Gomph plegando las piernas debajo de su cuerpo y escondiendo la cara entre las manos—. ¿Adónde me has enviado?

En su mente empezaron a estallar palabras como si fueran pompas de jabón.

Halflings.

Conjuros.

Abrumadora desesperación.

—Maldito seas —dijo Gomph a media voz mientras su cuerpo se relajaba, sus ojos se secaban y su ánimo se levantaba como por arte de magia.

Se dio cuenta de que no era la magia la que le levantaba el ánimo. En realidad había sido la magia la que se lo había hundido.

—Buena jugada, traidor —dijo Gomph elevando los ojos al brillante cielo azul del... ¿Dónde se encontraba? ¿En el Mundo de Arriba?

—¿Con quién estás hablando? —le preguntó uno de los halflings alados, mirando hacia arriba como un perplejo lagarto de carga.

—¿Dónde estoy? —le preguntó Gomph a la extraña criatura.

Sin esperar a la respuesta, el archimago se puso de pies y se sacudió de su *piwafwi* los restos de hollín, polvo y hojas en forma de agujas de la extraña vegetación del lugar. Se apoyó en su bastón, aunque, gracias al anillo, se sentía cada vez más fuerte.

—¿No sabes dónde estás? —preguntó uno de los halflings alados, una hembra.

—Dime dónde estoy o te mataré y se lo preguntaré a otro —dijo Gomph.

La halfling reaccionó, tal vez con temor. Gomph no lo sabía con certeza. Las criaturas revolotearon un poco, inquietas.

—¿Eres un semidemonio? —preguntó una de ellas.

—Soy un drow —respondió Gomph— y os he hecho una pregunta.

Todos los halflings se miraron con curiosidad. Algunos sonrieron, otros asintieron con la cabeza... y algunos hicieron ambas cosas.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó la hembra.

—Te he hecho una pregunta —repitió Gomph.

La halfling le sonrió y Gomph entrecerró los ojos ante el brillo de sus dientes perfectamente blancos.

—¿Cómo has podido llegar hasta aquí desde... desde dónde vienes? —preguntó uno de los varones.

—Soy de Menzoberranzan —respondió Gomph.

—¿Dónde está eso? —quiso saber otro.

—En la Antípoda Oscura —dijo Gomph. Su abrumadora desesperación había desaparecido. Lo que sentía ahora era una impaciencia acuciante—. ¿Faerun... Toril?

—Faerun —dijo atónito uno de los varones. Los demás lo miraron—. Yo era de allí —dijo—, de Luiren. Faerun es un continente y Toril es un mundo. En el plano Primario.

Los demás halflings alados asintieron y se encogieron de hombros.

—Entonces —repitió el que había formulado antes la pregunta—, ¿cómo es posible que hayas llegado hasta aquí desde Menzoberranzan, la Antípoda Oscura, Faerun, Toril, y no sepas dónde estás?

—Ni siquiera estás en el plano Primario, drow —dijo el halfling que había dicho que era de Faerun. Gomph pudo ver el desdén que empezaba a manifestarse en los ojos pardos como cuentas del halfling—. Has venido a los Campos Verdes y no perteneces a este lugar.

—Eso es —dijo Gomph—. No me voy a quedar.

Recorriendo con la mirada el extenso paisaje de suaves colinas cubiertas por una alfombra de plantas de hojas diminutas, verdes, como agujas, y salpicadas de delicadas flores de colores brillantes como los del arco iris, Gomph estuvo a punto de volver a sumirse en la desesperación.

Dyrr lo había enviado lejos, a otro plano de la existencia.

—Los Campos Verdes —repitió Gomph—. El cielo de los halflings...

Nauzhror, pensó, enviando el nombre hacia el Tejido. *Grendan*. ¿Me oís?

Nada.

Gomph suspiró. Le iba a llevar tiempo volver a casa.

Capítulo quince



—Vaya ¿A qué se debe esa cara tan larga? —preguntó Aliisza con un mohín.

Deslizó la mano por la cintura de Pharaun, en una caricia, pero él no se movió. La semisúcubo sonrió, lo rodeó con el brazo y deslizó la mano por la espalda, acercándose cada vez más hasta quedar bien pegada a él. Su piel estaba tibia, casi caliente, y olía bien y su tacto era todavía mejor.

—Tu viaje está empezando apenas —le susurró al oído la semisúcubo. Su respiración era tan caliente que casi le quemaba en el cuello—. Tengo envidia de los paisajes que vas a ver, de las experiencias que vas a tener. Pronto estarás en presencia de tu diosa.

—¿Me gustará lo que vea? —preguntó el mago—. ¿Será una experiencia gratificante? ¿Querrá mi diosa hablar conmigo?

Aliisza se puso tensa, apenas un segundo, después lo envolvió con una pierna y se acurrucó a su lado. La fuerza de su abrazo hizo que giraran levemente en el aire. Pharaun miró al barco del caos y a sus compañeros, que, casi treinta metros más abajo permanecían ignorantes de su presencia allí.

—Ésas son cosas que tendrás que descubrir por ti mismo —dijo.

—¿Cómo puedes estar segura, entonces, de que será una experiencia envidiable? —La voz de Pharaun sonaba alegre pero forzada. Volvió a fijar su atención en Aliisza.

—Envidio las sorpresas que te llevarás —dijo y acompañó sus palabras con un guiño.

—¿Has estado allí?

—¿En el Abismo? —preguntó la semisúcubo—. De eso hace ya mucho tiempo.

—¿Y en la Red Demoníaca de Pozos?

Aliisza se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—No, no he estado nunca en la Red Demoníaca de Pozos —dijo, sonriendo—. ¿Y tú?

Pharaun afirmó con la cabeza. Sólo podía responderle con palabras cuando ella no lo estaba mirando. Se arrebujó contra ella y ella estrechó su abrazo.

—Creo que estuve allí dos veces —dijo refugiado en la suave tibieza del largo cuello de Aliisza.

—¿Crees?

—Fue hace mucho —replicó Pharaun—, y es posible que sólo fuera un sueño. Eso fue la última vez, cuando todos estuvimos allí en forma astral. Pero a lo que yo me refería era a si habías estado alguna vez físicamente. Eres un demonio. Puedes ir allí y...

Pharaun se interrumpió. No estaba muy seguro de lo que quería decir.

—¿Has estado en Menzoberranzan? —dijo cambiando de tema.

Aliisza volvió a ponerse tensa, pero esta vez le duró algo más, y Pharaun lo advirtió.

—¿Habrá todavía una ciudad a la que podamos regresar? —inquirió.

Aliisza se encogió de hombros. Pharaun sintió el gesto contra su cuerpo.

—Contéstame —insistió.

—Sí —respondió— o no. Todo depende de lo que encuentres en el Abismo y de lo que tarden Kaanyr y sus nuevos amigos en doblegar a vuestras madres matronas.

Pharaun rompió a reír. Otra vez se sentía exhausto. El Lago de las Sombras tenía sobre él un efecto debilitador.

—Sinceramente, Pharaun —dijo Aliisza—, me haces preguntas como si yo fuera una adivinadora o un oráculo... o una diosa. Pues no lo soy, creo que ni siquiera tu Reina Araña puede predecir lo que sucede minuto a minuto en el descabellado caos del Abismo.

Pharaun la miró a los ojos y decidió no decir las dos primeras cosas que le vinieron a la cabeza.

—¿Has pensado en la posibilidad de que vaya con vosotros? —preguntó la semisúcubo.

—¿Por qué habrías de ayudarme a pilotar el barco? —preguntó el mago, apartándola suavemente—. Lo pasamos bien juntos, pero supongo que no pretenderás que confíe en ti, así, sin más. Voy a necesitar una respuesta.

Aliisza se resistió, juguetera, y le pasó la punta de la lengua por la mejilla.

—Eres encantador —le dijo, tentadora.

—No tanto como tú —replicó Pharaun—. Respóndeme. ¿Por qué habrías de ayudarme a encontrar a Lloth y al mismo tiempo a los duergars que tienen sitiada Menzoberranzan? Eres el enemigo... al menos la consorte del enemigo de la ciudad a la que considero mi hogar. Podrías sentirte tentada a tomar partido.

—¿Y para qué? —preguntó ella—. Cuando estoy contigo, eres tu el que me gusta más. Cuando estoy con Kaanyr, él lo es todo para mí. Y esto me divierte.

Pharaun volvió a reír.

—Supongo que ésa es la mejor respuesta que podré obtener de ti —dijo—, o de cualquier otro tanar'ri.

Aliisza le respondió con otro guiño.

—Deberíamos empezar con las lecciones —dijo Pharaun mientras ella dejaba que

sus manos exploraran su cuerpo—. Quenthel y los demás están ansiosos de emprender viaje.

Aliisza respondió a sus caricias con un suspiro.

—Cuanto quieras, amor —dijo—. ¿Sabes cómo llegar hasta allí?

—Atravesando la Sima de Sombra —dijo.

—Desde allí a la Planicie de los Portales Infinitos, la entrada al Abismo. Allí tendrás que encontrar la entrada exacta. El lugar que buscas, la Red Demoníaca de Pozos, es el estrato sesenta y seis. Allí hay guardianes, y almas perdidas y cosas que tal vez no puedas imaginar. Es probable que el Abismo te guste, pero también que no. Sea como sea, te cambiará.

Pharaun dejó escapar un suspiro. Tal vez tuviera razón.

En realidad, no quería ir.



¿Quién es el responsable?, preguntó Quenthel.

Oh, señora, señora, respondió K'Sothra. De las cinco víboras de su látigo, K'Sothra era la menos inteligente, pero Quenthel la escuchó a todos modos. *Señora, fuiste tú. Tú eres la responsable. Todo fue culpa tuya.*

Quenthel cerró los ojos. Sentía la piel de la cara tensa, como si estuviera estirada al máximo. Le dolía la cabeza. Tocó a la víbora justo debajo de la cabeza, y K'Sothra se agitó.

¿Realmente fue culpa mía?, preguntó la suma sacerdotisa. ¿Es posible que sea así?

Apartó la mano de K'Sothra y pasó a la víbora siguiente, cuya cabeza cogió entre dos dedos.

Volví cuando ella me mandó y la serví lo mejor que pude, les comunicó Quenthel a las cinco serpientes. *Me convertí en Señora de Arach-Tinilith, y jamás tuvo más fuerza el culto de Lloth. ¿Acaso no fue eso lo que ella me encomendó?*

No hubo respuesta.

¿Qué será de todos nosotros?, le preguntó a Zinda.

La víbora de manchas negras y rojas se retorció y le mostró a Quenthel la lengua.

También eso es responsabilidad tuya, señora, dijo. *Lo que sucedió porque tú apartaste a Lloth de nosotros sólo se reparará si consigues hacerla regresar. Si puedes ganarte otra vez sus favores, nos salvará, si no, seremos destruidos.*

Quenthel se sentía agobiada ante tamaña responsabilidad. Aunque trataba desesperadamente de recurrir a toda su formación y sus fuerzas, no conseguía sentarse erguida. Lo que más le pesaba era la sensación de que las víboras tenían razón. Era culpa suya, y ella era la única que podía remediarlo.

¿Cuándo responderá Lloth?, preguntó Quenthel pasando a tocar a Qorra.

La tercera víbora era la que tenía el veneno más potente. Quenthel sólo le permitía atacar cuando quería matar, cuando no quería mostrar la menor piedad.

Nunca, le comunicó Qorra haciendo sonar su voz sibilante en la mente de la sacerdotisa. Lloth no contestará nunca. Menzoberranzan, Arach-Tinilith y tu civilización están perdidas sin ella, y ella nunca volverá.

Quenthel sintió que la cabeza le daba vueltas. Estaba sentada en la cubierta del barco del caos, pero tenía la sensación de que iba a caerse.

Eso no es necesariamente cierto, dijo Yngoth.

Quenthel había llegado a confiar cada vez más en la sabiduría ilimitada de Yngoth. Su vez generalmente la tranquilizaba, y para Quenthel era la que más se parecía a un drow.

¿Por qué fui enviada de vuelta?, le preguntó a Yngoth. ¿Es ésta la razón? ¿Para encontrarla?

Cuando te enviaron de vuelta, contestó la víbora, Lloth no necesitaba que la encontraran. ¿Acaso no pensaste durante todo ese tiempo que te enviaron para ponerte al frente de Arach-Tinilith? ¿Para ocupar ese puesto en nombre de la casa Baenre y preservar la fe de Lloth y mantener a la favorita de Lloth en la estructura de poder de Menzoberranzan?

Ya no estoy segura, admitió la señora de la Academia.

Para eso fuiste enviada, dijo Yngoth. Por supuesto que sí. Fuiste enviada para convertirte en Señora de Arach-Tinilith, a fin de que fueras la enviada para encontrar a Lloth cuando la diosa decidiese ocultarse. Eras la elegida para salvar a Menzoberranzan y tal vez incluso para rescatar a la propia Lloth.

Quenthel se encorvó un poco más al oír eso.

¿Cómo puedes estar segura?, inquirió.

No estoy segura, respondió Yngoth, pero parece razonable.

Quenthel suspiró.

¿Fue ése el plan que ha tenido Lloth todo el tiempo?, preguntó Quenthel. ¿Que yo volviera aquí para encontrarla? ¿Y cómo lo haré?

Lo primero, ve al Abismo, respondió Hsiv. La última de las víboras jamás dudaba a la hora de aconsejar a su señora. Ve allí primero, y Lloth misma te guiará hacia ella. Sabrás lo que tienes que hacer.

¿Cómo lo sabes?, inquirió la sacerdotisa.

No lo sé, contestó Hsiv, pero no tienes otra elección.

Quenthel sacudió la cabeza. No había tenido otra elección desde hacía mucho.



Valas miró a los harapientos drows que constituían la expedición al Abismo. No tenían muy buen aspecto. Aparte de Danifae, que tenía más energía de la que Valas

había visto jamás y parecía transformada desde su viaje a Sschindylryn, todos se veían cansados, andrajosos, nerviosos y dispersos.

—¿Puedo hacer una pregunta práctica?

Sólo Danifae lo miró. Quenthel estaba en su mundo, sumida en sus pensamientos, obviamente tortuosos. El draegloth se paseaba por la cubierta, casi mohíno, si eso era posible en una criatura medio drow, medio demonio. Al mago no se lo veía por ninguna parte.

—¿Adónde ha ido el mago? —preguntó el explorador.

Danifae señaló hacia lo alto, y siguiendo su dedo, Valas vio a Pharaun descendiendo lentamente desde la oscuridad que allí reinaba.

—No temas, explorador —dijo el mago posándose finalmente sobre la cubierta—. Jamás pensaría en abandonar esta gran expedición para rescatar a nuestra poderosa civilización del peligro de la aniquilación. Estamos casi listos para empezar, aunque hay todavía unas cuantas cosas que necesito hacer.

Valas reprimió un suspiro. La interminable sucesión de demoras los estaba poniendo a prueba a todos, especialmente cuando no iban acompañadas de una explicación.

—Nos estás reteniendo aquí —dijo el draegloth, expresando lo que Valas estaba pensando, y lo que probablemente también pensaban los demás—. Tú no quieres ir.

El maestro de Sorcere se volvió hacia él y alzó una ceja.

—¿De verdad? —dijo—. Bueno, en ese caso tal vez tú mismo podrías ajustar el tercer resonante del Timón Sangriento a la frecuencia de los planos del Linde de la Sombra.

Se hizo el silencio mientras el draegloth lo miraba con el ceño fruncido.

—¿No? —prosiguió Pharaun—. Ya me lo parecía. Eso significa que vas a tener que dejarme acabar lo que necesito acabar.

El mago miró a los demás. Valas se encogió de hombros, cruzando con él su mirada como por casualidad.

—Esto no es una balsa de pies de hongos —les dijo Pharaun— para dar paseos por el lago Donigarten. Este barco, por si no lo habéis notado, está vivo. Es un ser del auténtico caos y tiene cierta inteligencia. Tiene la capacidad innata de desplazarse entre las paredes de los planos, pasando de una realidad a otra. No se maneja con unos simples remos. Hay que transformarlo en parte de uno y a la vez transformarse en parte de él. —Hizo una pausa efectista antes de continuar—. Estoy dispuesto a conseguirlo, por el bien de la expedición y porque despierta mi curiosidad. Es una oportunidad única para explorar una magia fabulosa y extraordinaria. Lo que debéis tener muy presente es que si no lo hacemos bien, es posible que nunca consigamos salir de este lago. Peor aún, podríamos ser engullidos por la Sima de Sombra o acabar perdidos para siempre en el Abismo insondable. —El maestro de Sorcere miró en

derredor como si esperase una oposición. No la hubo, ni siquiera por parte de Jeggred, pero prosiguió de todos modos.

»Esta vez será diferente: el Abismo, el viaje hasta allí, todo. La última vez fuimos proyectados a través del Astral. Fuimos como fantasmas. Esta vez estaremos realmente allí. Si morimos en el Abismo, no podremos volver a nuestros cuerpos. No habrá ninguna cuerda de plata. Estaremos allí en cuerpo y alma, y si morimos...

Valas se preguntó por qué se habría detenido el mago. Pharaun no sabía qué sucedería si morían allí. ¿Había una vida después de la vida de ultratumba si uno muere en su propia vida de ultratumba? Con sólo pensar en ello a Valas le daba dolor de cabeza.

—¿Alguno de vosotros ha estado antes en el Abismo? —preguntó Pharaun—. Me refiero a haber estado allí físicamente. ¿Ni siquiera tú, Jeggred?

El draegloth no respondió, pero su mirada encendida fue suficiente. Ninguno de ellos había estado allí, ninguno de ellos sabía...

—Yo he estado allí —dijo Quenthel. El sonido repentino de su voz sobresaltó a Valas—. Yo he estado allí como fantasma, como visitante y como...

Danifae dio unos pasos hacia Quenthel y a continuación cayó de rodillas sobre la cubierta a media docena de pasos de la sacerdotisa.

—¿Como qué, señora? —preguntó la prisionera de guerra.

—Me mataron —dijo la suma sacerdotisa. Su voz sonaba como si llegara de muy lejos. Sus víboras se agitaban cada vez más a medida que proseguía con su relato—. Mi alma fue hacia Lloth. Serví a la propia diosa durante una década, y después ella me envió de vuelta.

Valas sintió que el frío se apoderaba de él y se sorprendió apartándose lentamente de la sacerdotisa.

—¿Por qué? —preguntó Pharaun con el escepticismo pintado en su cara.

La Señora de Arach-Tinilith se volvió y le dirigió una mirada oscura y fría.

—Creo que lo que quiere decir —continuó Danifae en nombre de Pharaun— es por qué te mandó de vuelta.

—Nunca oí hablar de esto —añadió el maestro de Sorcere.

—Se mantuvo en secreto —dijo Quenthel—, por varias razones. Había circunstancias relacionadas con mi muerte y con quien me mató que podrían haber traído problemas a mi casa. No es sencillo conseguir una posición como la que tengo. En realidad, no existe ninguna posición como la mía... en Menzoberranzan al menos. No en una posición que la casa Baenre estuviera dispuesta a conceder a ninguna otra casa. Durante diez años, simplemente estuve «fuera, cursando estudios» o se adujeron otras excusas más o menos absurdas o ingeniosas. En un momento dado, regresé, entonces sucedieron cosas y fui elevada a Señora de la Academia.

—Y ahora vuelves allí —dijo Danifae con tono contenido.

—Es como si alguien tuviera un plan para ti —dijo Pharaun.

Nadie dijo nada más. Valas volvió a sus bolsas y acabó de clasificar las provisiones.



Danifae se puso de pie lentamente. Quenthel no la estaba mirando, pero por su postura estaba claro que la suma sacerdotisa había acabado de hablar.

Danifae repasó mentalmente la revelación de forma rápida pero minuciosa.

No importaba. No cambiaba nada las cosas.

Se volvió y examinó toda la cubierta. Los demás habían vuelto a sus ocupaciones. Era evidente que cada uno estaba cavilando sobre lo que Quenthel acababa de decirles. Se volvió de espaldas a ellos y fijó la vista en Jeggred. Cuando el draegloth finalmente la miró, se dirigió a él en el lenguaje de signos, procurando mantener las manos pegadas al cuerpo para que nadie las viera.

Es la hora, le dijo.

El draegloth asintió y miró significativamente a las destrozadas velas de piel humana que colgaban inermes ante la falta de viento. Danifae asintió y empezó a atravesar la cubierta.

Les llevó varios minutos maniobrar hasta situarse detrás de la vela sin que nadie se diera cuenta de que se estaban escondiendo.

Una vez que estuvieron ocultos, Jeggred volvió a dirigirse a ella por señas.

¿Adónde vamos, señora?

De caza, respondió Danifae con una sonrisa.

En la cara del draegloth se dibujó una feroz sonrisa. El semidemonio parecía hambriento.

Danifae se acercó más a él. Sintió que se ponía tenso, se mantenía erguido, casi en actitud de alerta. La ex prisionera de guerra se acercó todavía más y rodeó con un brazo la enorme cintura del semidemonio. El pelaje gris de Jeggred era tibio al tacto y un poco aceitoso. Era sorprendentemente suave.

Danifae se concentró en el anillo que le había quitado a Zinnirit y en un abrir y cerrar de ojos se encontraron en Sschindylryn.

Jeggred respiró hondo y miró en derredor, estudiando el oscuro interior del portal.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Danifae lo cogió de la mano y lo condujo a una de las puertas. Sin contestar a su pregunta, se afanó con la puerta, activándola primero y ajustándola a continuación respecto al lugar acordado para el encuentro. El portal cobró vida con un torrente casi cegador de luz violeta. Sin soltar la mano de Jeggred, salió al exterior. El draegloth la siguió sin vacilar y se encontraron en unas ruinas débilmente iluminadas.

Incluso si Danifae no hubiera sabido dónde estaban exactamente, se habría dado

cuenta de que estaban en el Mundo de Arriba. La iluminación era extraña, un color diferente de todo lo que había en la Antípoda Oscura. Las paredes estaban hechas de ladrillos de adobe y eran muy viejas, semiderruidas. En las grietas de las paredes crecían plantas trepadoras y moho, que también cubrían el suelo como una alfombra, ocultando la estructura como lo hacen las plantas en el Mundo de Arriba.

—Huele raro aquí —dijo Jeggred con voz ronca—. ¿Qué es este lugar?

Danifae miró en derredor para orientarse. La débil luz grisácea se filtraba por las docenas o cientos de grietas y agujeros de las decadentes paredes. En un lado de la estancia, una serie de irregulares escalones conducían a una planta superior. Del otro lado había una escalera similar que llevaba hacia abajo. Danifae empezó a subir la escalera hacia lo alto y Jeggred la siguió.

—Esto fue en una época un templo del asqueroso dios-jabalí de los orcos —le explicó—. Ahora no es más que otra ruina comida por la vegetación del Mundo de Arriba. Un lugar adecuado para hacer lo que hemos venido a hacer ¿no te parece?

—¿Y qué hemos venido a hacer? —inquirió el Draegloth.

—Ya vienen los traidores —dijo Danifae, decepcionada pero no sorprendida por la falta de sutileza del draegloth.

Salieron a una habitación brillantemente iluminada, y los dos tuvieron que protegerse los ojos con la mano. Danifae se acercó a una ancha grieta de la antigua pared y miró al exterior. El sol se había puesto, pero la luz todavía resultaba molesta. Sin embargo, después de un rato sus ojos empezaron a habituarse. A media docena de metros más abajo había lo que los habitantes de la superficie llaman un pantano. Era un lugar donde el agua cubría el suelo, al menos en la mayoría de los sitios, pero no era un lago propiamente dicho. Toda la zona alrededor del templo estaba cubierta de extraña vegetación. Los sonidos producidos por las miles de criaturas del Mundo de Arriba resultaban ensordecedores. El pantano bullía de vida. Más allá del pantano, algunos kilómetros más hacia el oeste, había una ancha superficie de agua: el final de un largo río.

Danifae suspiró lentamente por la nariz y oyó al draegloth removiendo con los pies las rocas sueltas a sus espaldas.

—Odio esto —susurró Danifae.

—¿El qué? —preguntó Jeggred.

—La superficie.

Danifae exploró el terreno que quedaba por debajo del ruinoso templo. Después sacó de una bolsa uno de los anillos que le había quitado a Zinnirit y le dio vueltas entre sus dedos. La luz difusa se reflejó sobre su pulida superficie y recogió una dispersión de chispas color rubí.

—Usa este anillo para volver cuando quieras al barco del caos —dijo poniendo el anillo en una de las cuatro manos del draegloth.

Jeggred asintió, se puso el anillo y esperó pacientemente detrás de ella, escuchando con atención mientras ella le explicaba cómo se usaba la magia del anillo. Confiando en que el draegloth lo hubiese entendido, Danifae dejó que los minutos transcurrieran hasta que finalmente los vio.

—Ahí están —dijo.

El draegloth se le acercó por detrás, y Danifae tuvo que aguantar una arcada cuando le llegó su aliento. Esperó mientras él trataba de encontrarlos, y cuando finalmente los vio un gruñido salió de las profundidades de su garganta.

—Están juntos —dijo.

—Mintieron —le informó Danifae—. Ella no fue a Menzoberranzan sino al Velarswood, un bosque donde hay un templo a... —fingió que le resultaba difícil articular la palabra—. Eilistraee.

—¿Y el maestro de armas? —inquirió el draegloth con otro gruñido sordo.

—Él hizo su elección —contestó.

Jeggred empezó a gruñir cada vez que respiraba. Estaba listo para matar. Danifae podía olerlo.

—Ocúpate del varón —le susurró—. Sólo él por ahora.

Empujó a Jeggred apartándolo de la grieta, pero lo sujetó para que no se marchara. Colocándose en el borde de la cornisa de la pared, Danifae dejó que la luz la iluminara y agitó una mano en el aire para llamar la atención de su antigua señora.

El tiempo que pasó la empezaba a poner nerviosa, pero finalmente Halisstra se detuvo al borde del pantano y señaló a Danifae. Ryld miró a donde ella señalaba y Halisstra respondió agitando la mano.

Danifae hizo gestos exagerados, ampulosos, usando una forma muy poco sutil del lenguaje de signos drow.

Tú sola, fue el mensaje.

Halisstra se volvió hacia Ryld y cambiaron impresiones. Incluso lejos como estaba, Danifae se daba cuenta de que Ryld era reacio a dejarla ir sola. El maestro de armas podía ser un traidor a su ciudad, a su diosa y a su raza, pero no era tonto. A pesar de todo, Halisstra consiguió convencerlo o le dio la orden de que se quedara allí. El varón se quedó de brazos cruzados mientras Halisstra se metía con cuidado en el pantano.

Danifae se retiró de la grieta de la pared y puso sus manos en los hombros del draegloth.

—Ve —le dijo procurando por todos los medios soportar el asqueroso aliento del draegloth—. No dejes que ella te vea.

El draegloth sonrió y un hilo de baba espesa le cayó del labio superior. Sus colmillos brillaron bajo la escasa luz, lo mismo que sus ojos rojos como ascuas.

Danifae pensó que jamás había visto nada más hermoso.

Capítulo dieciséis



Lo que olfateó el lince de los pantanos no era una presa. El olor que llenó las fosas nasales del gran felino era algo diferente. El lince no se había topado jamás con algo así, pero, fuera lo que fuese, era un depredador. El olor de un carnívoro es inconfundible.

Avanzando suave y silenciosamente por el agua fría y poco profunda, el lince levantó la cabeza y movió el hocico a un lado y a otro, buscando el rastro en el aire. Una oleada de energía le produjo una excitación que le recorrió todo el cuerpo. Sintió un hormigueo generalizado y se le pusieron los pelos de punta, una sensación familiar para el lince, reconfortante, anticipatoria de una presa, de comida.

El lince fue pasando de una sombra a otra, manteniéndose dentro de la línea de los árboles hasta que tuvo a la vista al depredador que competía con él. Y reconoció la figura de un hombre. Los hombres, cazadores poderosos y astutos, nunca respetaban los terrenos de caza de los demás depredadores. Pasaban por alto los marcadores olfativos, las marcas en los árboles, las señales más obvias. La vista era el menos agudo de los sentidos del felino, incluso durante el día, y el animal sólo podía ver y oler que el intruso era un hombre. No tenía forma de identificar la piel negra, las orejas puntiagudas y su pelo blanco.

El lince de los pantanos reunió toda la energía del Tejido que había en su cuerpo, descubrió los colmillos y se encogió preparándose para el salto... pero en ese momento, otro olor le llegó como una bofetada a sus fosas nasales.

Otro depredador se aproximaba. Era más grande y olía mal. Olía como un carroñero.

El lince de los pantanos se relajó, pero sólo un poco. Se quedó observando al hombre y mirando de vez en cuando la linde del pantano en busca del carroñero. Esperó.



Ryld estaba rodeado.

Había ruidos por todos lados. El lugar al que Halisstra había llamado un «pantano» estaba todavía más lleno de vida que el resto del Mundo de Arriba, y al maestro de armas eso no le gustaba nada. Podía ver criaturas que se movían en la

oscuridad a su alrededor. Había insectos y arañas, todo tipo de seres voladores, y serpientes... montones de serpientes. Bajo sus pies, el terreno era esponjoso. Había sentido algo semejante en algunas de las mayores colonias de hongos de la Antípoda Oscura, pero al menos en aquellas profundidades reinaba el silencio.

Frente a él, contra el cielo nocturno, se destacaba la negra silueta del templo en ruinas. Había visto a Halisstra encaminarse hacia él por el agua cada vez más profunda, con la certidumbre cada vez mayor de que se encaminaba a la muerte. Acudir al encuentro de Danifae era una estupidez aunque le hubiera permitido ir con ella, cosa que Ryld no sabía con seguridad por qué le había hecho caso. ¿Acaso se trataba de que ella simplemente lo había deseado y él estaba tan acostumbrado a obedecer a las sacerdotisas que la había obedecido sin más?

El maestro de armas respiró hondo, juntó los pies y colocó las manos, palma con palma, delante del pecho. Recuperó el ritmo normal de la respiración y trató de aclarar su mente, rodeado como estaba de los peligros ocultos del pantano. Vio chispear en el aire unas diminutas luces amarillas, algún tipo de insectos luminiscentes que se movían lenta, perezosamente, en el frío aire de la noche. En la negra cúpula de la noche aparecieron unos puntos de luz que no resultaba doloroso mirar y que facilitaron la visión oscura natural de Ryld. No había más luz, salvo...

Salvo un débil resplandor purpúreo que relumbraba, en oleadas caóticas, por encima del propio Ryld.

Fuego feérico.

Ryld desenvainó a *Tajadora* y dio un paso atrás, se volvió describiendo un arco de trescientos sesenta grados buscando cualquier cosa que avanzara hacia él... buscando a Danifae. Tenía que tratarse de un elfo oscuro que hubiera utilizado la capacidad mágica que, como a todos los drows, le era innata. ¿Quién más podría ser?

Seguramente ya había matado a Halisstra, pensó Ryld.

El mundo estalló en una luz muy aguda, y oyó que algo grande arremetía contra él.

Ryld había sido entrenado para combatir incluso cuando no podía ver, y cuando el enemigo que lo cegaba cargó, le vino a la mente aquella formación. El maestro de armas se sorprendió de lo bien que se había adaptado a la forma que tenía el sonido de viajar sobre el mundo de la superficie. Calculó el tiempo de la carga de Danifae, porque tenía que ser Danifae, de tal modo que cuando se encontraba a no más de tres zancadas de él, se hizo a un lado. El eco de las pisadas tenía una frecuencia extraña. Sonaba casi como si Danifae tuviera cuatro piernas.

Aparte de eso, Ryld había calculado correctamente y se apartó de la trayectoria de la ex prisionera de guerra a tiempo para sentir cómo pasaba dejando una ráfaga de aire frío y un olor desagradable, almizclado, desusadamente intenso.

Cegado como estaba, Ryld oyó cómo frenaba la marcha sobre el musgo húmedo

del pantano. Danifae se volvió rápidamente y Ryld percibió que se aprestaba a lanzarse otra vez sobre él.

El maestro de armas alzó a *Tajadora* por delante como le habían enseñado a hacer. De esta manera, la hoja no penetraba en la carne y el hueso, pero lo que intentaba no era tanto un ataque como una maniobra defensiva. La primera regla del combate a ciegas era seguir vivo hasta que uno dejara de estar ciego.

Eso era precisamente lo que pretendía hacer, pero no funcionó. En el momento en que *Tajadora* pasó a su lado izquierdo, dejando descubiertos su pecho y su cara, ella... él... lo que fuese... se lanzó sobre él. Definitivamente no se trataba de Danifae. No se trataba de un drow.

Lo que derribó a Ryld al suelo era enorme y estaba cubierto de un pelaje grueso y áspero. Tenía cuatro fuertes patas, provistas cada una de ellas de unas garras aguzadas que tiraron de su armadura pero no consiguieron herirlo gracias a su coraza de mithril de fabricación enana.

Ryld olió un aliento ardiente, rancio, y un nombre se le vino a la memoria: Jeggred.

¿Por qué estaría el draegloth allí con Danifae? A menos que la ex prisionera de guerra hubiera traído consigo a Quenthel, aunque la tarea de perseguirlos a él y a Halisstra le parecía una verdadera pérdida de tiempo cuando todavía había que despertar a una diosa.

Ryld parpadeó. La vista iba volviendo a sus ojos fatigados en vibraciones dolorosas y punzantes. Las garras se afanaban con su armadura y se acercaban peligrosamente a su cara mientras la criatura —¿realmente sería el draegloth?— cambiaba de postura tratando de encontrar en su armadura una grieta que le permitiera matarlo. Ryld empujó hacia arriba usando la espada de plano y los dos pies, y consiguió zafarse del pesado cuerpo de la criatura.

Cuando cayó sobre el suelo frío, esponjoso, el atacante se volvió de lado, en un intento de ponerse de pie y emitió un gruñido hosco que a Ryld le pareció más agudo y menos inteligente que el de Jeggred. Ryld parpadeó para eliminar de sus ojos unos puntos color púrpura, y giró en redondo al tiempo que se ponía de pie, con *Tajadora* por delante, para protegerse del nuevo ataque que sabía inevitable.

Si era Jeggred, el draegloth estaba apoyado en sus cuatro patas atacando sólo con los colmillos y con un juego de garras. Ryld repelió un ataque de la criatura con su espada, pero no logró cortar la garra. Intentó morderlo, pero Ryld dio un paso atrás, esquivando un mordisco que se cerró en vacío.

El maestro de armas volvió a parpadear. Ahora su vista era casi normal. No se enfrentaba a Danifae ni a Jeggred, sino a una especie de peludo animal de superficie. Ryld había visto animales similares: gatos. El que trataba de acabar con su vida era enorme, tres metros del hocico a la cola. Tenía un pelaje gris moteado en el que se

marcaban unos músculos poderosos. Sus largas y puntiagudas orejas se orientaban y movían independientemente para seguir los movimientos de su presa al tiempo que describía un círculo alrededor de Ryld, que describía círculos para tener siempre a la vista al animal. De sus fosas nasales salía un aliento humeante que se condensaba en el aire frío.

Un escalofrío recorrió la parte interior de los brazos de Ryld. Sintió un extraño alivio al comprobar que una vez más era atacado sólo por un animal de la superficie. Después de todo, Danifae no había llevado a cabo su venganza, no con Jeggred como apoyo. Durante un breve intervalo de tiempo, el maestro de armas pensó que Halisstra había tenido razón sobre su antigua prisionera, pero la realidad de su situación se impuso de nuevo.

El animal saltó sobre él y Ryld ya lo estaba esperando. Tenía a *Tajadora* en alto, hacia un lado, y había tensado los brazos, preparado para descargar un golpe descendente y cruzado, y cercenar la cabeza del animal, cuando vio que éste se detenía. El lince quedó suspendido en el aire durante un instante y a continuación cayó. El ruido que produjo fue una mezcla de gruñido y de quejido al golpear el suelo.

El maestro de armas dio un salto hacia atrás, con *Tajadora* por delante para protegerse de...

—Jeggred —dijo Ryld.

El draegloth sostenía al enorme felino por la cola y sus ojos rojos relumbraban en la oscuridad. Cuando el animal intentó atacarlo, Jeggred retrajo los labios y dejó al descubierto los dientes en una sonrisa feroz y llena de odio.



Halisstra subió la escalera hasta lo que supuso era la planta superior de la estructura semiderruida y allí vio a Danifae. El asombro se reflejó en su cara al ver a su antigua sirviente. Danifae siempre había sido hermosa y en parte era eso lo que hacía que su posesión resultara tan deseable, pero aunque parecía imposible, la joven estaba todavía más atractiva. Las ampulosas curvas de su vigoroso cuerpo hacían que su silueta se recortase incitante en la oscuridad, y su brillante melena blanca enmarcaba su bello rostro redondo de una manera que Halisstra jamás había notado en su prisionera de guerra, habitualmente inexpresiva.

—¿Qué sucede? —preguntó Danifae en voz baja—. ¿Me veo diferente?

Halisstra asintió y se apartó de la escalera, procurando mantener la espalda contra la pared.

—Sí, así es. La libertad te sienta bien, Danifae.

—Sí, Halisstra —respondió la muchacha. A Halisstra no le pasó desapercibido el hecho de que Danifae la hubiese llamado por su nombre—. La libertad me sienta bien

—continuó—, pero hay mucho de que hablar en el poco tiempo de que disponemos.

Halisstra arqueó una ceja y deslizó la mano hacia la empuñadura de su *Medialuna*.

—Aquí corres peligro —la previno Danifae, con una mirada a la espada de Halisstra—. Tuve poco cuidado y me descubrieron.

—¿Que te descubrieron? —Halisstra sintió un escalofrío.

—Llevaba demasiado tiempo fuera —explicó Danifae—. La suma sacerdotisa y el mago desconfiaron de mí y me... hicieron cosas que me obligaron a decirles cosas sobre ti, sobre Ryld, y todo lo demás. Todo lo que sé.

Halisstra trató de coger aire, pero tenía el pecho agarrotado por la ansiedad.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Lejos —contestó Danifae— y bien preparados para su viaje al Abismo, pero enviaron a Jeggred conmigo.

La sensación de frío de Halisstra se acentuó.

—¿Al draegloth? ¿Por qué? —inquirió.

—Para mataros.

Halisstra buscó desesperadamente en las ruinas y descubrió la grieta en la que había visto a Danifae al llegar. Aunque eso significaba darle la espalda a la ex cautiva, corrió hacia la grieta y empezó a mirar nerviosa por el pantano, buscando alguna señal de Ryld. Sentía un dolor en el pecho que nunca había sentido antes. No pudo ver ni al maestro de armas ni al draegloth.

—Está ahí fuera, te lo aseguro —dijo Danifae.

—Me has atraído aquí —dijo Halisstra sin quitar la vista del pantano—. Nos has atraído a una trampa.

—Así es —dijo la ex prisionera de guerra—, pero puedo salvarte. Puedo salvarte a ti, pero no a los dos.

—¿Cómo puedes detener a un draegloth que ha sido mandado para matar? —preguntó Halisstra. Frunció el entrecejo mientras seguía escudriñando el pantano. Había lugares donde los árboles eran altos y tan espesos que ocultaban la superficie.

«Seguramente Ryld debe de haberse internado en uno de esos bosquecillos —pensó Halisstra—, tal vez atraído por Jeggred».

—No puedo detener a un draegloth —admitió Danifae—. Si Jeggred quiere mataros a los dos, lo hará, o Ryld lo matará a él, o lo mataré yo. En cualquier caso, habrá muertos esta noche.

Halisstra suspiró, sin saber con certeza qué hacer y temiendo que Ryld ya estuviera muerto.

—No tengo que elegir entre detener a Jeggred —prosiguió Danifae— o matarlo. Basta con que te vayas y nos dejes el resto a Ryld y a mí. Si el maestro de armas logra vencer al draegloth, bien. Si no, puedo convencer a Jeggred de que te maté.

—¿Por qué habría de creerte? —preguntó Halisstra—. Querrá ver mi cadáver... o al menos una parte de él. ¿Y qué pasará con Ryld?

—Permíteme que te saque de aquí —dijo la ex prisionera de guerra—. Pon distancia suficiente entre tú y el draegloth mientras él está todavía entretenido con el maestro de armas, y podremos llegar a un acuerdo. Tendremos tiempo para idear algo.

Halisstra sacudió la cabeza y se apartó de la grieta en la pared.

—No dejaré a Ryld. —Halisstra sonrió ante lo rotundo de su negativa y el sentimiento que conllevaba.

—Puedo sacarte de aquí rápidamente —dijo Danifae— y puedo sacar a Ryld casi con la misma facilidad, pero tiene que ser uno por vez. Ven conmigo ahora y volveré por el maestro de armas.

Halisstra estudió el rostro de su antigua sirvienta y no notó nada. No daba la sensación de estar mintiendo, pero tampoco parecía decir la verdad. Era como si su rostro ya no se pudiera interpretar. Tenía un gesto bello, pero impenetrable. Eso asustó a Halisstra.

—Hasta ahora has confiado en mí, señora —dijo Danifae tendiéndole una mano—. Confía en mí, Halisstra.

Confundida, la primogénita de la casa Melarn negó con la cabeza.

—Cuanto más tiempo perdemos en esto —dijo Danifae—, tanto más tiempo combate el maestro de armas con el draegloth... solo.

Hubo un breve momento de silencio. Halisstra suspiró, dio un paso hacia Danifae y cogió la mano que le ofrecía. Eilistraee llevaba un tiempo incitándola. Halisstra lo sabía y se sentía empujada otra vez. Trató de recordar lo que le había dicho a Ryld, que Eilistraee la guiaba a ella, pero ninguna diosa guiaba a Danifae.

Mientras el interior del templo en ruinas se desvanecía en una oleada de vértigo y luz purpúrea para ser reemplazado por un lugar extraño en algún paraje que olía a la Antípoda Oscura y se parecía a ella, Halisstra trató tan intensamente de confiar en Eilistraee que empezó a dolerle la cabeza. Pensó en Ryld y los ojos se le llenaron de lágrimas.



El animal atacó a Jeggred con garras y dientes.

La criatura de los pantanos abrió un profundo surco en el abdomen de Jeggred con sus garras delanteras. La sangre afloró a la herida, pero Jeggred no pestañeó ni emitió sonido alguno. Sólo un sutil fruncimiento de sus ojos rojos como el fuego indicó que había notado el corte. El draegloth dio un paso adelante, atacando con dos de sus cuatro garras, pero el felino se apartó, y luego cargó, obligando a Jeggred a defenderse.

El lince estaba dando un auténtico espectáculo, y Ryld sabía que era la mejor oportunidad que se le podía presentar de salir corriendo. Para cuando Jeggred consiguiera despachar al animal, si es que lo conseguía, Ryld habría desaparecido. Aun cuando pudiera abandonar a Halisstra, fuera a donde fuese, Jeggred lo seguiría. Si lo habían mandado para matarlo, lo haría.

El enorme gato lanzó un mordisco a Jeggred, que adelantó un brazo y dejó que la criatura le clavara las poderosas mandíbulas en la muñeca derecha. Los colmillos se clavaron en la piel del draegloth, pero no consiguieron atravesarla. Sonriendo y despidiendo vapor por las fosas nasales, Jeggred pasó las garras de sus dos manos izquierdas por el flanco del animal. El lince abrió la boca y aulló de dolor, dejando libre el brazo del semidemonio.

Jeggred dejó que el animal lo hiriera. Cuatro líneas paralelas de roja sangre marcaban la trayectoria de las cortantes garras del lince. El animal trataba de herir al draegloth por todos los medios, pero estaba herido y desesperado y tomaba decisiones precipitadas. En cambio, Jeggred no perdía el control. Ryld podía verlo en cada mirada de los ojos del draegloth que se anticipaba a los ataques del felino con tres o cuatro movimientos de antelación.

A pesar de las terribles garras del animal, Jeggred se acercó más y rodeó con uno de sus poderosos brazos el vientre del felino. Se oyó el ruido de las garras del semidemonio atravesando la carne del animal y después el desgarrar cuando abrieron su tripa.

Del animal, que se debatía enloquecido, empezaron a salir largas tiras de intestinos, otras cosas que debían de ser sus riñones y otros órganos, formando un torrente de sangre humeante sobre el esponjoso musgo. Jeggred siguió apretando hasta que en el vientre del animal ya no hubo nada y el lince quedó muerto.

Ryld se mantenía a unos pasos de distancia, observando, preparado. Volvió a recordar su entrenamiento y el principio básico para defenderse contra las garras. Las criaturas con garras, como los demonios, los trolls y otros, primero clavaban y después desgarraban. Los ataques con garras siempre venían de lo alto y desgarraban hacia abajo. Todo lo que tenía que hacer era tener eso muy presente. Estaba además el hecho de que los seres con garras nunca paraban un golpe. Si Ryld oponía su espada al ataque de Jeggred, el draegloth evitaría el contacto del afilado acero o se arriesgaría a ser desmembrado. Ryld podía sacar ventaja de eso con sólo defenderse de los brazos del draegloth como si fueran espadas. Jeggred tendría que mantenerse a la defensiva por ser incapaz de defenderse, y no pararía los ataques de Ryld, sino que los esquivaría.

El draegloth apartó la vista de su presa, que todavía se estremecía, y mostró a Ryld sus colmillos como dagas. El maestro de armas se mantuvo firme. No era tan fuerte como Jeggred, y puede que no tan rápido, pero sí más listo, y estaba mejor

entrenado.

Tal vez bastara con eso.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Ryld—. Seguro que no habrás hecho este viaje para salvarme de ese felino.

El semidemonio, cubierto de la sangre todavía caliente del animal, humeaba.

—Me dijeron cosas sobre ti, maestro de armas —dijo Jeggred con un sordo gruñido—, cosas preocupantes.

Ryld sostenía a *Tajadora* delante de sí, con las dos manos.

—Puedo imaginarlo —dijo.

—Lo de la sacerdotisa puedo entenderlo —dijo el draegloth. Dio un paso largo hacia un lado, apartándose del animal muerto—. Se han sentido traicionadas por Lloth. Buscan poder y comunión, de modo que es comprensible que si una diosa les da la espalda busquen a otra. Pero tú...

—¿No puedo buscar a otra diosa? —preguntó Ryld, tratando de ganar tiempo mientras observaba las heridas y las debilidades del semidemonio.

—¿Por qué habrías de hacerlo —se preguntó el draegloth—, cuando puedes tener a una hembra de verdad?

—Veo que lo has entendido —dijo el maestro de armas, sorprendido de que el draegloth lo hubiera hecho realmente.

—No fui yo, sino mi señora —dijo Jeggred con un encogimiento de hombros. Volvió a apartarse hacia un lado y empezó a formar un círculo en torno a Ryld—. Ahora mismo está contemplando el cadáver de tu traidora sacerdotisa. A mí me corresponde el placer de acabar contigo.

—Sin duda será una muerte especialmente dolorosa y violenta —dijo Ryld sin pizca de ironía en su voz.

El draegloth sonrió, soltó una carcajada y arremetió contra el maestro de armas.

Atacó con las garras altas, hacia su pecho. Ryld hizo molinetes de frente con *Tajadora* y a continuación paró abruptamente el movimiento de la espada y lanzó un movimiento cortante hacia arriba para parar el brazo derecho del draegloth. Tal como había previsto, Jeggred retiró velozmente el brazo hacia atrás en un intento de evitar la espada encantada. Ryld cambió rápidamente la dirección, retrayendo la espada. Dio un paso atrás y lanzó una estocada hacia el semidemonio. La punta del acero del maestro de armas penetró en el pellejo del draegloth, por debajo del omóplato, unos cinco centímetros. El semidemonio, sangrando, dio un salto atrás, desviando la espada.

Ryld retrocedió a su vez, y manejando la espada de frente con ambas manos describió un ocho.

Pronto, uno de los dos estaría muerto.

Capítulo diecisiete



—¿Dónde está? —preguntó Quenthel con los ojos rojos chispeando de furia apenas contenida.

—Ha ido a matarlos —respondió Danifae.

Pharaun observaba la escena desde cierta distancia. Había estado sentado, cruzado de piernas, en el centro exacto de la cubierta, frente al mástil mayor, en el lugar preciso donde Aliisza le había dicho que lo hiciera. Podía oír el barco del caos vibrando debajo de su cuerpo, obedeciendo al poder que estaba ejerciendo sobre él.

—¿Por orden de quién? —inquirió la suma sacerdotisa.

—Por orden tuya, señora —contestó Danifae—, a través de mí.

—¿A través de ti? —repitió Quenthel—. ¿Nada menos que a través de ti?

Pharaun apoyó una mano contra la cubierta y sintió el pulso en un grupo de venas que estaba creciendo allí.

La suma sacerdotisa abofeteó a Danifae, pero la prisionera de guerra se mantuvo firme.

—Halisstra Melarn y Ryld Argith son traidores —dijo Danifae—. Han traicionado esta expedición, han traicionado a Lloth y han traicionado la civilización drow. Tú lo sabes, yo lo sé y Jeggred también lo sabe. Por eso está allí.

—Por orden tuya —volvió a la carga la Señora de la Academia—, no mía.

—Está haciendo lo que hay que hacer —replicó Danifae. Por fin su voz transmitía alguna emoción: enfado e impaciencia—. Tú no estabas en condiciones de darle órdenes, de modo que lo hice por ti.

Pharaun rió al oír aquella conversación y también por el estremecimiento con que el barco obedecía a sus pensamientos y a su tacto. Le parecía fascinante que Danifae se hubiera ganado la voluntad del draegloth.

—Tenemos tiempo, señora —intervino Pharaun tomando partido por Danifae, aunque sólo por diversión—. ¿Por qué no dejar que el draegloth repare algunos desaguisados? Si la señora Melarn es realmente una traidora, y después de haberla visto ante el templo de Lloth eso no me sorprende, considéralo un favor de una joven sacerdotisa leal a tu servicio. En cambio, es poco probable que el maestro Argith sea un traidor para la Ciudad de las Arañas. Le falta chispa revolucionaria. Si algo debe preocuparte es que el maestro de armas pueda matar a tu sobrino.

Quenthel se volvió a mirar a Pharaun, quien le sostuvo la mirada un momento y

después volvió a atender el barco. La suma sacerdotisa volvió otra vez la vista hacia Danifae, que se mantenía erguida y resuelta, sin ceder un ápice. La Señora de la Academia sostenía el látigo en una mano, y las víboras se enroscaban en los dedos de la otra. Miró primero las víboras y después a Danifae. Pharaun no perdía detalle, al tiempo que sentía que el pulso del barco se aceleraba momentáneamente.

Quenthel se apartó un paso y dio la espalda a Danifae, que soltó un suspiro. Pharaun creyó percibir que la cautiva de guerra se sentía decepcionada.

—Ésa es la razón —dijo Danifae mirando a Quenthel— por la que Jeggred ahora me sirve a mí.



Empezaron a describir un círculo, midiendo sus pasos sobre el esponjoso e irregular musgo. Jeggred miró hacia abajo y evaluó la herida que le había producido el lince. Alzó una ceja y, abriendo la boca, desenrolló la lengua. La lengua negra y áspera lamió lentamente la herida. Cuando volvió a sonreír, su propia sangre bañaba sus colmillos como puñales.

«Limítate a mantener la distancia —dijo Ryld para sus adentros—. Mantén la distancia y lánzate a las manos».

El draegloth volvió a cargar y nuevamente lo hizo con las garras en alto. Ryld mantenía la ancha y pesada hoja de *Tajadora* paralela al suelo. Todo lo que tenía que hacer era doblar las rodillas, dar un paso hacia adelante, erguirse y responder a la arremetida descendente del draegloth.

El maestro de armas salió al encuentro de su ataque y paró el golpe con precisión, como si la enorme garra fuera una espada. Jeggred bajó de forma rápida y contundente sus garras menores, de modo que Ryld apenas tuvo que golpear. El propio draegloth presionó con el brazo sobre el filo de la espada. Ryld sintió un tirón que pronto aflojó. Saltó la sangre, y la mano derecha menor de Jeggred salió disparada por el aire y rebotó una vez al golpear sobre el musgo.

Ryld no perdió tiempo en festejar el hecho de haber privado al draegloth de una de sus manos. Retrocedió para evitar la sangre que manaba del muñón del semidemonio. Jeggred dio un grito —un sonido inquietante, que quedó vibrando en los oídos de Ryld— y rápidamente empezó a apartarse.

Perfectamente consciente de que el semidemonio podía cambiar en un segundo de dirección, Ryld también retrocedió, aunque no tanto.

—Pagarás esto con tus manos y tus pies, cachorro —dijo Jeggred dejando salir el aire entre los dientes apretados—. Cuando vine aquí a matarte lo hice obedeciendo órdenes, pero ahora —levantó el muñón del que todavía seguía manando sangre— es una cuestión personal.



Había sobrevenido un ciclo reparador de oscuridad durante el cual Gomph había alternado breves períodos de Ensoñación con charlas exasperantes con el grupo de halflings alados e intentos de potentes conjuros.

La oscuridad representó un bendito alivio para los ojos del archimago, dañados por la luz. Ya antes había pasado noches al raso, aunque no muchas, y había visto las estrellas. En los Campos Verdes las estrellas parecían algo más brillantes que las de Faerun. Gomph no estaba lo bastante familiarizado con ellas para advertir alguna diferencia, ni de número ni de posiciones entre éstas y las de Faerun, pero sabía que eran distintos. Los Campos Verdes era otra realidad.

El follaje aciculado que cubría las onduladas colinas también le era familiar. En el lenguaje comercial del Mundo de Arriba lo llamaban «hierba». Los halflings de los Campos Verdes lo llamaban «ens». Había otras cosas que ya había visto antes en el Mundo de Arriba: «flores», «árboles» y otras por el estilo. Gomph se preguntó si habría algo parecido a la Antípoda Oscura en algún lugar bajo sus pies... Entonces recordó que no estaría allí el tiempo suficiente como para averiguarlo.

Se podía decir que los halflings a los que había encontrado lo habían adoptado. Unos cuantos de esos pequeños seres parecían realmente felices de tenerlo allí. El que había dicho llamarse Dietr y provenir de Faerun parecía desconfiado, pero quería algo, algo que no quería o no podía pedir. Fuera cual fuese su actitud con Gomph, parecían tener una relación cordial y de confianza los unos con los otros. Le trajeron alimentos que pertenecían a dos categorías: pesados y bañados en olorosas salsas, o frutas dulces y frescas. A Gomph no le gustaba especialmente ninguna de las dos clases, pero comió lo suficiente para mantener la energía que necesitaba para preparar conjuros y recuperarse con miras a su regreso a Menzoberranzan.

Gomph no se había apartado mucho del lugar en el que había aparecido. Los Campos Verdes parecían exactamente eso: una interminable extensión de hierba y otras plantas, todas de color verde. Gomph no había visto una sola construcción, y daba la impresión de que los halflings vivían al aire libre y se movían de una forma lenta pero constante.

Cuando la luz volvió, Gomph supo que tenía que ponerse en camino. Hizo el último de una serie de conjuros que lo ayudarían no sólo a volver al plano Material sino también a regresar a Toril, a la Antípoda Oscura, por debajo de Faerun, y a la propia Menzoberranzan. No sería pequeña empresa, y sin duda Dyrr no esperaba que fuera capaz de realizarla, pero tampoco había esperado que pudiera escapar de su prisión. El empeño que ponía el lichdrow en subestimarle podría permitirle a Gomph el lujo de vencerlo.

El archimago permanecía de pie, protegiéndose los ojos de la penetrante luz,

mientras observaba a Dietr y a una de las hembras, que se acercaban con otra bandeja de fruta. Dietr llevaba un pellejo con agua.

—Pensamos que querrías desayunar —dijo Dietr.

El halfling miró a Gomph con la expresión de vaga esperanza y temor que lo caracterizaba. La hembra apenas pareció reparar en él.

—Ya he tenido suficiente de vuestra comida —dijo el archimago— y voy a despedirme de vuestro territorio sin sentido.

—¿Territorio sin sentido? —repitió la halfling. Su indiferencia fue reemplazada rápidamente por el enfado—. ¿Quién eres tú para descalificar de esa manera a Campos Verdes?

—¿Y quién eres tú para hablarme siquiera? —preguntó Gomph.

Quedó a la espera de una respuesta, pero todo lo que obtuvo fue una mueca de desprecio de la hembra alada. Los ojos de Dietr pasaban del uno al otro, y su respiración se volvió poco profunda y expectante.

—Dejadme en paz —ordenó Gomph.

Viendo que los dos halflings no se daban la vuelta inmediatamente para marcharse, el archimago alzó una ceja. La hembra hizo lo que pudo por mantener su mirada, pero no fue suficiente.

—Vosotros estuvisteis vivos en otros tiempos ¿no es cierto? —inquirió el mago.

Ninguno de los dos respondió de forma inmediata.

—Este —dijo Gomph señalando a Dietr con un gesto de la mano— era un ser vivo, material, en Faerun. ¿Dónde vivías tú antes de pasar al Gran Más Allá?

La halfling siguió muda.

—Admito que tengo una curiosidad —prosiguió Gomph—. Si habéis muerto en el mundo del que provenís, sea cual sea, y vuestra alma vino aquí para descansar en paz, ¿qué pasará si mato aquí? ¿Irán vuestras almas a otro lugar o quedarán relegadas al olvido? ¿Acaso uno de vuestros endebles diosillos halflings me detendrá? Estoy seguro de que hasta un dios halfling puede ser un inconveniente cuando actúa en su terreno, pero de todos modos puede ser divertido hacer la prueba.

—Si crees que puedes matarme, intruso —dijo la halfling con gesto desdeñoso—, inténtalo o calla de una vez.

Gomph sonrió, y debió de ser su expresión lo que hizo que Dietr diera finalmente un paso adelante con las manos extendidas en un gesto de conciliación.

—Tranquilos —dijo—. Todos tranquilos.

Gomph rompió a reír.

—Eso está mejor —dijo Dietr con una ancha sonrisa en su rostro de querubín—. Si el venerable drow quiere marcharse, es libre de seguir su camino.

—Aquí no habrá violencia —dijo la hembra con voz segura y potente—. Si tengo que aniquilarte para garantizarlo...

—Todos hemos sido aniquilados al menos una vez ¿no es cierto? —dijo Dietr—. Y nadie quiere que vuelva a repetirse, así pues, seamos amigos.

Gomph respiró hondo.

—Voy a marcharme —dijo—, pero habrá efectos residuales del portal, y vosotros no queréis ir a donde yo voy. Podéis retiraros o no, lo dejo a vuestro criterio.

La halfling siguió fulminándolo con la mirada, pero, aunque poco, se separó de Gomph. Era más o menos la mitad de alta que él y tenía un aspecto ridículo. Todo el mundo tenía un aspecto ridículo... en realidad, todo el mundo era realmente ridículo. Dyrr lo había mandado allí a propósito, y el espectáculo de los halflings alados en su entorno totalmente cubierto de hierba hacía que Gomph se sintiera cada vez más enfadado. Dyrr estaba tratando de librarse de él, trataba de deshacerse de él enviándolo a aquel universo pastoril, y de Gomph Baenre, archimago de Menzoberranzan, no se deshacía nadie.

—Bien —dijo Gomph, y empezó a hacer su conjuro.

Tenía una vaga conciencia de que la halfling se alejaba cada vez más, y supuso que Dietr estaba haciendo lo mismo. Las palabras del conjuro le salieron con facilidad, y los gestos se encadenaron fluidamente. Había una parte del mismo que unos cuantos magos experimentados que lo habían hecho sabían que podía ser manipulado, y Gomph empezó a maniobrar con él. Entrelazó en él una sutil modificación que lo llevaría precisamente a donde quería ir.

Acabó y sintió que caía hacia atrás, alejándose de los Campos Verdes... y también sintió una mano sobre su brazo.

Había luz por todas partes, pero no demasiado brillante.

A su alrededor todo eran sonidos, pero no vibrantes.

Había colores en el aire, pero no estridentes.

Se movían en todas direcciones a la vez, pero no con rapidez.

Aparecieron en Menzoberranzan y apoyaron los pies en la roca firme, confortados sus ojos por la penumbra iluminada por fuego feérico.

Gomph se volvió y miró al halfling. Estaba desnudo, tembloroso.

Sus alas habían desaparecido y parecía más viejo, más pequeño y más débil. Sus ojos eran rojos y su piel seca y amarillenta. Su boca, crispada en un rictus de sufrimiento, dejaba ver unos dientes grises y podridos.

Con un suspiro, el archimago se volvió para estudiar los alrededores. Era Menzoberranzan, el Bazar. Lo había conseguido. No había muchos drows en las calles, y los pocos que había reconocieron de inmediato al archimago. Los más listos se dispersaron.

Nauzhror, llamó Gomph mentalmente, enviando el nombre por el Tejido al mago Baenre.

Tras un momento de tenso silencio, una voz resonó en la mente de Gomph.

Archimago. Resulta gratificante oírte de nuevo. Bienvenido de vuelta a Menzoberranzan.

Era Nauzhror.

Antes de que pudiera responder, a Gomph lo distrajo un gemido agudo que lo obligó a reparar en el envejecido halfling.

—Eres un necio —le dijo Gomph a Dietr.

El halfling se encogió temblando.

—No te pedí que vinieras conmigo —añadió el mago—, y estás tan fuera de lugar aquí como lo estabas en los Campos Verdes.

—Yo quería... —empezó el halfling antes de interrumpirse por un acceso de tos que lo hizo expulsar polvo de la garganta—. Quería volver a vivir.

—¿Por qué? —preguntó Gomph.

—Por mi madre. Ha estado asistiendo a sesiones para contactar conmigo. No tiene a nadie más y me necesita para brindarle apoyo.

Gomph se rió.

—No tiene gracia —dijo Dietr.

Gomph volvió a reír y después formuló un conjuro.

—Es un divertido entretenimiento, traidor —dijo hablando al aire—, pero sólo temporal. Lo acabaremos en el Bazar, ahora.

Todavía le quedaban diez palabras en el conjuro, pero no tenía nada más que decir.

El lichdrow se ha estado escondiendo en la casa Agrach Dyrr, envió Nauzhror. El sitio sigue en punto muerto.

—No lo entiendo —dijo Dietr.

Gomph volvió a mirar al halfling.

—¿Puedes llevarme a casa? —preguntó Dietr—. ¿Puedes enviarme de vuelta a Luiren?

Gomph arqueó las cejas ante la audacia de la criatura y a continuación puso en marcha un rápido encantamiento. No estaba de más asegurarse. El conjuro puso de manifiesto un revelador brillo en torno al pequeño humanoide.

¿Dónde has estado?, preguntó Nauzhror.

En ningún lugar al que me gustaría volver, replicó, *pero alguien ha vuelto conmigo.*

Ya veo, dijo Nauzhror. *El efecto del umbral parece haberle dado una especie de forma física.*

Pero murió en este plano, añadió Gomph, *de modo que al volver...*

—Sí —dijo el archimago respondiendo finalmente al halfling—. Te puedo llevar a cualquier lugar al que quieras ir. Pero por supuesto, no lo haré.

El halfling se estremeció y al mago le pareció oír el entrecocar de los huesos de

la criatura.

—Por favor... —rogó el halfling.

—Tu madre no se alegrará de verte, Dietr —dijo Gomph—. Tú has muerto. ¿Lo recuerdas? Has vuelto a este mundo indebidamente. Has vuelto como un...

Es un huecuva, apuntó Nauzhror.

—Como una criatura no muerta —le aclaró Gomph al halfling—. Eres un huecuva. ¿Sabes lo que es?

El halfling sacudió la cabeza y el terror asomó a sus ojos enrojecidos.

Gomph, mi joven amigo, la voz del lichdrow reverberó en la cabeza del mago, *me alegro de tenerte de vuelta. Por supuesto que acepto tu gentil invitación. Será un honor para mí reunirme contigo en tu último día.*

Gomph asintió, musitó una sencilla nigromancia y la dirigió hacia el halfling. El archimago sintió que la criatura no muerta quedaba sometida a su control.

—Ponte erguido —ordenó Gomph, y Dietr obedeció instantáneamente, aunque daba la impresión de que le causaba cierta incomodidad.

Gomph le hizo otro conjuro que consistía en un destello de fuego mágico que se deslizaba por la carne muerta del halfling.

—No —musitó la criatura—. Por favor...

Gomph asió con más fuerza su bastón y estableció en torno a él un globo de fuerza protectora.

—Por favor, no... —rogaba el huecuva.

Gomph paseó la mirada por el Bazar: tiendas y tenderetes abandonados, la mayoría con su mercancía cerrada bajo llave, y unos cuantos ojos curiosos de drows que observaban desde escondites seguros entre las estalactitas circundantes.

—Por favor ¿no puedes dejarme...? —suplicó Dietr.

—Silencio —dijo Gomph, y al halfling no le quedó más remedio que obedecer—. Tú decidiste colarte conmigo, Dietr, y ahora estás en Menzoberranzan, no en Luiren. En Menzoberranzan, los no muertos se consideran una propiedad.

La boca del huecuva se movió, pero de ella no salió ningún sonido. La piel se alargó interminablemente por encima de sus huesos.

Gomph percibió algo, una presencia, y rápidamente volvió a pasar revista al Bazar. En el extremo más alejado de la ancha plaza había una mancha de luz verdosa. El conjuro que le había hecho a Dietr seguía dándole a Gomph la posibilidad de ver un aura distintiva en torno a los no muertos, y la luz verde era precisamente una de esas emanaciones, pero Gomph sólo vio el aura, una mancha de luz verde alrededor de un espacio vacío.

Rápidamente preparó otro encantamiento, apoyando su bastón contra el pecho para poder usar las dos manos en la elaboración de la magia. De la yema de sus dedos brotaron unos zarcillos de llama azulada que, enroscándose, fueron avanzando

inequívocamente hacia la sombra verde. El fuego se estremeció en el aire y se adelgazó. Cayó en un punto encima de la sombra y se coló en su interior, donde desapareció.

La corona, suspiró Nauzhror.

—Colócate delante de mí —le dijo Gomph al halfling.

El huecuva hizo exactamente lo que le pedía. Las llamas azules golpearon al halfling en pleno pecho, y activaron el conjuro de protección que Gomph le había hecho. El fuego azul fue reemplazado por un destello rojo-anaranjado que rehizo el camino del conjuro reflejado. La sombra verde fue reemplazada por la forma plenamente revelada del lichdrow Dyrr, que había perdido su invisibilidad.

El fuego del aura defensiva del huecuva quemó al lich e hizo sonreír a Gomph. Miró al halfling y vio que su carne muerta ardía y su cara estaba contraída por el dolor.

—Ve —le ordenó Gomph—. Mata al lich.

Dyrr lanzó un conjuro contra él, pero las defensas de Gomph se mostraron capaces de desviarlo. El archimago se sintió un poco mareado, pero eso fue todo. Diatr avanzó con paso inseguro, reacio pero obligado a actuar. No se movía con suficiente rapidez.

—Mata al lich —le gritó Gomph—, y te mandaré a casa con tu madre.

Dyrr se creyó aquella mentira y rompió a correr. Dyrr le salió al encuentro y clavó una de sus garras en la cara del huecuva. El contacto encendió un fuego rojo-anaranjado e hizo subir un calor abrasador a la cara enmascarada del lichdrow.

Dyrr alzó un brazo para protegerse, pero el daño ya estaba hecho. Lanzó un rugido de frustración y rabia.

Gomph ya estaba preparando su siguiente conjuro. Antes de que Dyrr pudiera golpear otra vez, hizo efecto, y el brazo del lichdrow se detuvo a medio camino. Gomph no había confiado demasiado en que funcionara, pero lo había hecho. Dyrr estaba petrificado.

—¡Llévame a casa! —gritó el halfling no muerto.

Arañó con sus manos no muertas las mejillas consumidas de Dyrr. El lichdrow paralizado gritó ante el dolor y la humillación que representaba aquella herida y recuperó el movimiento.

Aprovechando la rabia que Dyrr descargaba indebidamente en el huecuva, Gomph canalizó la energía de un sortilegio menor en una ráfaga de fuego arcano. Hizo que la luz plateada se derramara sobre el lichdrow y tuvo que cerrar los ojos para protegerlos del resplandor.

Dyrr había estado preparando un conjuro que probablemente hubiera reducido a astillas a Diatr, pero el fuego arcano lo alcanzó en pleno rostro. Su conjuro quedó estropeado y el lichdrow volvió a sufrir quemaduras.

Le estás haciendo daño, dijo Grendan a Gomph mentalmente.

Dietr volvió a golpear, dejando un surco profundo en el antebrazo del lichdrow. Una sangre espesa, muerta, brotó lentamente de la herida.

El lichdrow miró a Gomph, y el archimago pudo ver en sus ojos no muertos que estaba herido, malherido. Gomph sonrió, y...

Dietr explotó en una lluvia de fuego negro, carne muerta y huesos amarillentos.

¿Qué está pasando?, preguntó Nauzhror.

La esfera de energía mágica que rodeaba a Gomph se extinguió, agotada su magia, mientras el archimago se daba cuenta de que el fuego negro que había destruido a su huecuva no había venido de Dyrr.

El lichdrow miró hacia lo alto y Gomph siguió su mirada.

Nimor Imphraezl se mantenía suspendido con sus alas de murciélago a doce metros del suelo del Bazar.

«¿Alas?», se preguntó Gomph.

Ya sabía yo que no era un verdadero drow, dijo Nauzhror.

—Bueno —dijo Nimor dirigiéndose al lich, con una voz más profunda y poderosa de lo que recordaba Gomph—, parece que me necesitas después de todo.

Capítulo dieciocho



Ryld estaba metido hasta la rodilla en el agua helada del pantano. No se veía a Jeggred por ninguna parte. El ruido constante hacía que resultase difícil detectar los sonidos que pudiera hacer el draegloth al moverse. La luz de las estrellas y el extraño parche de bioluminiscencia hacían imposible ver al draegloth en el agua fría y entre la espesa vegetación. El fuego feérico que el extraño lince de los pantanos había lanzado sobre él hacía tiempo que se había desvanecido.

De vez en cuando veía seres que se movían en el agua, sobre todo serpientes, pero nada que por su tamaño pudiera ser el draegloth. Algo se deslizó junto a su pierna, pero en la superficie cubierta de limo nada revelaba el paso de nada. Definitivamente, era algo vivo, pero no podía ser Jeggred. Fuera lo que fuese, no volvió a tocarlo.

Poniendo el máximo cuidado, Ryld avanzaba por el pantano con mucha más lentitud de la que hubiera deseado. La delgada capa de algas verdes y brillantes que se extendía por la superficie del agua hacía imposible que el maestro de armas pudiera verse los pies. A cada paso, su bota encontraba cosas: una roca, algo blando, algo que tal vez tuviera vida, algo sólido y redondo como una barra —había muchas de esas cosas— y algo afilado como la hoja de una daga.

Una burbuja del tamaño del puño de Ryld se formó lentamente en la superficie, un poco por delante de él, permaneció unos segundos y después estalló. Ryld se detuvo, observó e hizo una mueca cuando el olor del aire que había estado atrapado en la burbuja pasó delante de su nariz. El olor le recordó al aliento fétido del draegloth, pero era diferente, como para que Ryld pudiera asegurar que no había sido Jeggred el que había formado esa burbuja... y no era la primera que veía.

Ryld dio otro paso adelante, rozando nuevamente con el pie algún objeto duro debajo del agua. Usó una técnica Melee Magthere para espaciar más su respiración y controlar el temblor que amenazaba con hacer más lento su tiempo de respuesta. Pudo ver que su aliento se condensaba en el aire formando nubecillas de vaho blanco. El aire era tan frío que le dolían los dientes cuando lo inhalaba.

Una explosión de agua le salpicó la cara y le hizo cerrar los ojos. El agua era espesa porque estaba mezclada con limo y contenía trozos granulados de algo que Ryld no podía imaginar siquiera qué podía ser. Le ardían los ojos por unos destellos de luz amarilla y el dolor le hizo apretar las mandíbulas. A pesar de todo, levantó la espada y lanzó dos estocadas contra lo que lo había salpicado, fuera lo que fuera. Su

espada no encontró resistencia.

Desde mucho más abajo, unas garras se cerraron sobre su muslo izquierdo. Penetraron en la carne y la rasgaron, produciéndole dos surcos profundos en la carne. Ryld sintió el calor de su propia sangre corriéndole por la pierna y que se enfriaba a continuación en contacto con el agua del pantano.

Dio un paso atrás y clavó la espada repetidamente en el fondo. Tropezó en el agua con algo que parecía un trozo de cuerda petrificada. Aunque hacía lo posible por determinar dónde podía estar el draegloth para atacarlo, *Tajadora* no conseguía atravesar nada que no fuera el fondo esponjoso. Ryld cayó hacia atrás, hasta que el agua lo envolvió con su gélido abrazo.

El siguiente ataque del draegloth hizo que una de las manos de Ryld se desprendiera de la empuñadura de la poderosa espada, que se desplazó hacia un lado. Otra serie de cortes profundos apareció en la cara interna de su brazo izquierdo. Ryld quería gritar, pero estaba debajo del agua, de modo que mantuvo la boca cerrada y volvió a hacerse con la espada. Incluso en medio del ruido ensordecedor que producía el agua al arremolinarse en torno a su cuerpo, el maestro de armas oyó cómo se cerraban de golpe las fauces del draegloth a pocos centímetros de su garganta.

El semidemonio estaba encima de él y le bastaba con mantener a Ryld debajo del agua hasta que se ahogara. El error que cometió el draegloth fue revelar su posición de manera tan evidente, cosa que Ryld supo aprovechar.

Empujando hacia arriba con una pierna, Ryld sintió el peso del semidemonio. Empujó más fuerte, arqueando el cuerpo hacia atrás y tensando la pierna, tarea nada fácil porque el draegloth pesaba unos cincuenta kilos más que él. Casi consiguió que el semidemonio saliese despedido por encima de su cabeza, pero, debido tal vez a la resistencia del agua, al frío, a que le temblaba el cuerpo o al agotamiento, las rodillas de Ryld cedieron y el draegloth cayó encima de él.

Las garras de Jeggred encontraron el borde inferior de la coraza de Ryld y le produjeron algunas heridas poco profundas pero dolorosas en el vientre. Sin embargo, el agua fría hizo que sangrara menos. En su subconsciente Ryld observó la ironía de aquello. Se ahogaría en el agua que impedía que muriera desangrado.

Ryld volvió a empujar, usando esta vez a *Tajadora* en lugar de sus piernas. Ya fuera porque el draegloth temía la poderosa espada o porque el hecho de estar totalmente sumergido lo hacía más liviano, Ryld consiguió sacarse de encima al semidemonio. Dio algunas estocadas a ciegas para mantener a raya al draegloth mientras se incorporaba.

Cuando por fin consiguió sacar la cabeza del agua, miró en derredor en busca de Jeggred, sin tomarse siquiera el tiempo para volver a respirar. No vio al draegloth por ninguna parte. Con dificultad se puso de pie. Resbaló dos veces en las rocas cubiertas de limo. A pesar de todo, consiguió mantener en alto la espada con las dos manos.

Ryld avanzó por el agua tropezando con todo tipo de extraños obstáculos que había en el fondo. Estaba a pocos pasos de donde suponía que debía de estar Jeggred cuando el maestro de armas consiguió librarse de él.

Habría seguido avanzando, pero se detuvo cuando oyó un chapuzón a su espalda.

Ryld giró en redondo, con la espada lista para atacar, y vio que el agua se removía como si hubiera una lucha debajo de la superficie. Extrañado de que Jeggred se manifestara tan abiertamente después de haber tomado por sorpresa a Ryld en aquel maldito pantano, el maestro de armas avanzó un paso con la espada en alto, procurando estar preparado para cualquier eventualidad.

El draegloth se levantó con una gran cortina de agua, agitando furiosamente brazos y piernas. El agua formó un arco en torno a su cabeza cuando la echó hacia atrás. Estaba envuelto en cuerdas de color verde oscuro. Seguramente se habría enredado con alguna planta. A Ryld le pareció ver que las plantas se movían, tensándose en torno al cuerpo de Jeggred como víboras constrictoras.

Apenas tuvo tiempo el draegloth de respirar hondo cuando volvió a desaparecer en otro remolino, quebrando la capa limosa que cubría el agua.

Ryld no tuvo tiempo para entender lo que había visto cuando algo lo cogió por el tobillo y tiró de él. El maestro de armas conocía cien formas de mantenerse de pie frente a alguien que tratara de derribarlo, pero por más que lo intentó, aquello que lo tenía sujeto era demasiado fuerte, de modo que optó por cortarlo.

Tajadora seguía en sus manos y seguía siendo la espada más afilada que hubiera combatido en la Antípoda Oscura. Ryld deslizó el arma por su costado, la introdujo entre su cuerpo y aquello que lo mantenía asido y lo atravesó.

No resultó fácil. Lo que rodeaba su tobillo era tan robusto como fuerte, pero consiguió cortarlo y detenerse justo antes de cortarse el pie. Ryld retrocedió precipitadamente por el agua y se detuvo. Se volvió cuando vio por el rabillo del ojo algo que se movía.

Media docena de vides verdes y gruesas salían del agua como serpientes buscando alimento. El maestro de armas no vio ojos, ni bocas, sólo tallos verdes tan gruesos como una de sus fuertes muñecas. No tenían caras, pero estaban muy vivas y daba toda la impresión de que lo estaban buscando a él.

Una de las vides se disparó hacia él, desprendiéndose del agua y lanzándose por el aire como una serpiente hacia la garganta de Ryld.

El maestro de armas cortó con decisión y se llevó por delante el primer palmo de la vid atacante. Una savia verde amarillenta brotó como sangre de una herida, y la vid se estremeció antes de caer en el agua cubierta de limo.

Otra vid trató de atrapar a Ryld desde atrás y el maestro de armas pudo sentir la amenazadora presencia de otras bajo la superficie. Ryld evolucionaba rápidamente con la espada, en movimientos fluidos por delante y por los flancos, seccionando a

través del agua, cortando uno tras otro los extremos de las vides animadas.

Jeggred volvió a aflorar a la superficie, boqueando y tratando de desprenderse de una masa de verdes vides. Estaba cubierto de limo del pantano, de savia y de sangre. Una de las vides se deslizó por su cara y se le metió en la boca. Un error. El draegloth mordió y la savia le salpicó toda la cara. La vid se estremeció y cayó muerta, pero otra media docena salió del agua para ocupar su lugar, y el draegloth fue engullido una vez más por el líquido elemento.

Mientras cercenaba otras dos vides atacantes, Ryld pensó que aquel pantano iba a acabar con ellos antes de que pudieran matarse el uno al otro y encontró en ello una razón más para odiar al Mundo de Arriba.

Jeggred volvió a sacar la cabeza apenas el tiempo suficiente para coger aire, y Ryld tuvo la sensación de que por fin el draegloth estaba ganando la batalla a las malditas vides. Ryld cortó de un tajo otra rama y a continuación una más que casi había conseguido rodear su muslo herido. Seguían apareciendo por todas partes y Ryld no tenía forma de saber cuántas quedaban y mucho menos cuándo dejarían de atacarlo o cuándo acabaría él con la última de ellas. Eso y la posibilidad de que el draegloth volviera a lanzarse sobre él rondaban la mente del maestro de armas.

Ryld miró en derredor, moviendo la espada rápidamente, primero a su derecha para cortar una rama y luego hacia el frente, para cercenar otra, a la vez que buscaba una vía de escape.

A su derecha —había perdido todo sentido de orientación hacía ya tiempo, de modo que no tenía la menor idea de si lo que tenía ante sí era el norte, el sur, el este o el oeste— el agua se transformó en algo ligeramente más sólido, aunque no era terreno del todo seco. Unos árboles de mayores proporciones, con ramas largas, como látigos, formaban un bosque de líneas finas. Por detrás de esas ramas lánguidas, Ryld vio un grupo disperso de luces color naranja que debían de ser antorchas ardiendo a lo lejos.

Sabía que podía haber muchos tipos de criaturas que hubieran encendido esas antorchas, y seguramente ninguna de ellas era un drow. Con todo, podía aprovechar cualquier tipo de lugar habitado. Si Jeggred llegaba allí en su persecución, y era una ciudad humana, una población de los orcos o un poblado elfo, era probable que no simpatizaran con los elfos oscuros, pero seguramente los aterrorizaría un draegloth. Eso le permitiría a él ganar tiempo o aliados.

Otra rama de vid consiguió enroscarse en su tobillo y tirar de él. Ryld tuvo que ponerse de rodillas y casi metió la cara en el agua antes de poder desprenderse de ella. Sintió un corte en su bota, que dejó entrar el agua, y lo recorrió un escalofrío. Liberado de la rama, el maestro de armas echó a correr. No se molestó en tratar de no hacer ruido, sino que avanzó chapoteando por el agua, que le llegaba hasta la rodilla. Detrás de él, Jeggred volvió a salir a la superficie, arrancándose las vides que le

envolvían el pecho, rugió, aspiró una buena bocanada de aire y volvió a sumergirse.

Ryld llegó por fin a terreno seco y dio un salto inverosímil para liberarse de unas vides que venían pisándole los talones. El terreno era resbaladizo y fangoso, cubierto a trozos por musgo, pero Ryld siguió corriendo a pesar de que de vez en cuando perdía pie. Detrás oía los gruñidos característicos del draegloth debatiéndose en el agua. Mientras corría entre las ramas punzantes que lo golpeaban como látigos y trataba de esquivar los árboles que formaban un bosque espeso y conseguía apenas mantenerse de pie, Ryld podía oír al semidemonio jadeando, quebrando ramas y gruñendo a sus espaldas. Jeggred había vuelto a salir a la superficie y luchaba por librarse de las vides.

El maestro de armas siguió corriendo, y pronto a los sonidos del draegloth se sumó el eco distante de unas voces que llegaban desde el frente. Salió del bosque de ramas como látigos todavía a plena carrera. El claro era ancho y relativamente seco. Donde antes había árboles, ahora sólo se veían tocones. Ryld subió a uno de ellos y fue avanzando a saltos, de tocón en tocón, hacia la población que había entrevisto a lo lejos. Los tocones le permitían avanzar con más seguridad y eran menos resbaladizos que el terreno cenagoso y cubierto de musgo.

Las antorchas ardían en el extremo de largos postes clavados en el suelo, en círculo, bordeando una docena de tiendas pequeñas y destartaladas. Incluso Ryld, que no era un experto en el Mundo de Arriba, se dio cuenta de que se trataba de un asentamiento temporal y no de una población consolidada. Las voces que había oído provenían de una de las edificaciones de aspecto más permanente y parecían humanas. El maestro de armas reconoció algunas palabras del lenguaje común del comercio de los humanos. Había aprendido la lengua en Melee Magthere, pero había tenido pocas ocasiones de practicarla y había muchas palabras que le resultaban desconocidas.

Apartada, a un lado del asentamiento, había una enorme pila de árboles cortados, despojados de sus ramas y cuidadosamente apilados formando una pirámide de casi tres metros de alto. En Menzoberranzan habría sido el rescate de un rey en madera.

Ryld siguió adelante, de tocón en tocón, hacia la construcción de más envergadura, pero hizo una breve pausa para envainar la espada... y recibió un fuerte golpe por detrás. Cayó del tocón, con el espadón todavía en la mano y un intenso dolor en la espalda. Cayó sobre otro tocón, se impulsó hacia adelante, dio una voltereta y vio la siniestra silueta de Jeggred, que avanzaba hacia él con dificultad. El maestro de armas golpeó al mismo tiempo con los dos pies y le dio al draegloth entre las piernas. Jeggred emitió un quejido y retrocedió, dándole tiempo a Ryld para ponerse de pie.

Sujetando a *Tajadora* con ambas manos, el maestro de armas lanzó una finta a la cintura de Jeggred, que la evitó haciéndose a un lado. Ryld saltó hacia atrás, a uno de

los tocones, y de ahí a otro, nuevamente hacia atrás. El draegloth, empapado, estaba cubierto de barro, savia y sangre. Sus ojos rojos brillaban como ascuas en la oscuridad, y despedía nubes de vaho por la boca y las fosas nasales.

Ryld trató de pensar en algo que decir, tal vez un insulto contra Jeggred, pero tenía la mente en blanco. Pharaun habría tenido mil irritantes pullas a mano para una ocasión como aquélla, suficientes para distraer a su adversario, pero Ryld sólo podía mantener la boca cerrada y la mente fija en la pelea. De todos modos, los dos hacía tiempo que habían dejado atrás las palabras.

El maestro de Melee Magthere sabía que el edificio estaba detrás de él. Podía ver el resplandor rojizo del fuego que salía por las ventanas, que se hacía cada vez más brillante, y oía las voces cada vez más cerca. Al parecer, no había ningún cambio en el tono de los trozos de conversación que le llegaban ocasionalmente desde el interior. No había ninguna señal de alarma.

Jeggred trató de alcanzarlo con una de sus manos mayores, y Ryld se adelantó para cortarle el brazo, pero descubrió demasiado tarde que el ataque había sido una añagaza. La garra de la mano menor que todavía le quedaba al draegloth le marcó un surco en la cara. El maestro de armas dio un paso atrás y se encontró de repente con que ya no había más tocones. Resbaló en el suelo cenagoso y al mismo tiempo intentó herir a su adversario en el tronco. La punta del espadón trazó una línea roja en el muslo de Jeggred, y el draegloth se apartó lo suficiente para dar a Ryld ocasión de retroceder tres largos pasos.

La luz del fuego iluminó al draegloth vapuleado por la batalla y se reflejó en sus enormes dientes, afilados como dagas. Con una mueca que descubría sus colmillos, el draegloth se lanzó contra Ryld. El maestro de armas sólo atinó a levantar las manos, y la espada, para repeler el ataque.

Jeggred lo golpeó con fuerza suficiente para dejarlo sin aire y empujar la espada contra él, lo que a punto estuvo de costarle al maestro de armas una oreja. Ryld sintió que le faltaba el suelo bajo los pies y su cuerpo quedaba completamente a merced de la inercia del draegloth. Ambos atravesaron una ventana, rompiendo el cristal en mil diminutas esquirlas que les produjeron heridas por todo el cuerpo. Ryld sólo pudo cerrar los ojos y soltar un gruñido al dar sobre un suelo de madera con el draegloth encima. De resultas del impacto, al menos una de sus costillas se quebró.

Jeggred dio una voltereta y Ryld consiguió quitárselo de encima. Antes de que supiera lo que estaba sucediendo, ambos estaban sentados en el suelo de una especie de desvencijada taberna, rodeados por una docena de humanos sorprendidos.



Déjalo entrar, sonó la voz de Aliisza en la mente de Pharaun, pero no demasiado.

Pharaun estaba sentado en cubierta, con las piernas cruzadas, los ojos cerrados y

las palmas de las manos apoyadas en la superficie palpitante del barco. Trataba de distinguir las sensaciones que le sobrevenían. Algunas eran físicas, otras emocionales, y algunas adoptaban formas que Pharaun jamás había imaginado. Podía oler algo parecido a tortas de algas cociéndose. Detrás de sus párpados palpitaban destellos de luz que dejaban rastros en ellos. El sonido de las pulsaciones del barco resonaba en sus oídos. Hizo una mueca cuando su lengua captó un sabor nauseabundo, como a pescado podrido. Todo eso sucedió simultáneamente y a continuación cambió.

Usarás tu cuerpo para gobernarlo, continuó Aliisza, y también tu mente.

Pharaun no podía creer que ella tuviera razón. Una oleada de desesperanza surgió de no se sabía dónde y erizó toda su piel. Casi al mismo tiempo se sintió cargado de adrenalina y tuvo la sensación de que podía levantar el barco por encima de su cabeza y arrojarlo a través del infinito Astral al Abismo.

Así, susurró Aliisza. Sí...

Lo que movía al barco del caos no era el viento ni el agua, sino el deseo, la entropía, la malicia y la confusión... eso y otras cosas semejantes.

Tendrás que concentrar la voluntad en moverlo, prosiguió Aliisza, cosa que no debería resultarte muy difícil. Aprende a canalizarla a través del barco y en el medio que te rodea. No hay manera de aprender a hacerlo. Simplemente tienes que entregarte a él y al mismo tiempo mantenerlo a raya. ¿Entiendes?

Pharaun asintió, sin querer hablar.

Algo se le introdujo bajo la piel de la muñeca, un zarcillo delgado como una cuerda. El maestro de Sorcere sintió que se metía en una de sus venas, sacándole la sangre. Trató de retirar la mano, pero sus dedos estaban pegados a la cubierta.

Que no te entre el pánico, le llegó el mensaje de Aliisza. No te sacará tanta sangre como para debilitarte, pero si no se apodera de un poco, la conexión no se producirá.

¿Me pides que confíe en él?, le preguntó Pharaun. ¿Qué confíe en este engendro del caos demoníaco?

Sintió el contacto de los dedos de ella en la mejilla, unos dedos cálidos y secos, pero no podía verla. Se mantenía invisible, pues insistía en que él no revelara a los demás su presencia.

Otra oleada de emociones enfrentadas lo recorrió, y Pharaun se dejó llevar.

El barco sentirá lo que tú sientes, le dijo Aliisza, incluso mientras sientes lo que él siente. Ahora seguirá tus órdenes. Cuando estés listo, dispón que se dirija a la Linde de la Sombra y de allí en adelante.

¿Lo hará?, inquirió el mago.

Del mismo modo que tú levantas un brazo o abres los ojos, contestó.

¿Así de fácil?

La semisúcubo rompió a reír.

Si no te hubiera aceptado, dijo, ya te habría matado, y de una manera muy cruel y desagradable.

Pharaun suspiró, más interesado que sorprendido.

¿Y hubieras permitido que me matara?

Aliisza se quedó pensando la respuesta un buen rato.

Esto es algo que tenías que hacer, de una u otra manera, dijo por fin. Yo tenía fe en ti.

Pharaun captó el sarcasmo y esbozó una sonrisa. Ella era una semisúcubo y eso significaba que estaban en bandos opuestos de una guerra sangrienta e interminable. ¿Qué podía importarle si el barco del caos lo mataba o lo volvía loco?

Los zarcillos se desprendieron de sus muñecas.

Para hacer navegar el barco, tendrás que dedicarle toda tu atención, le aconsejó Aliisza; pero tanto si vas a la deriva o siguiendo una ruta determinada podrás hablar con tus camaradas e incluso hacer conjuros.

Muy conveniente, señaló el mago.

El barco del caos era un barco de guerra, Pharaun, prosiguió la semisúcubo. Fue creado para combatir, y los tanar'ri que lo construyeron no tenían interés en que el mago más poderoso con el que contaban estuviera permanentemente amarrado a la cubierta, indefenso y mudo. El barco exigirá mucho de ti, pero no todo. No le des más de lo que necesita.

Muy críptico, replicó Pharaun. Eso me gusta.

¿Estás bien?, preguntó una voz que al principio Pharaun pensó que era la de Aliisza.

Sabes perfectamente, dijo mentalmente, que si no estuviera bien yo...

Se dio cuenta entonces de que no había sido Aliisza la que había hablado, sino Quenthel.

—Maestro Mizzrym... —dijo la suma sacerdotisa.

Pharaun abrió los ojos pero tuvo que parpadear repetidas veces para poder ver con claridad. La Señora de Arach-Tinilith estaba de pie ante él, con los brazos cruzados sobre el pecho, y una expresión severa y fría, pero distraída.

—Estoy bien, gracias, señora —respondió Pharaun—. Tengo razones para creer que tengo pleno dominio del barco y que cuenta con la potencia necesaria.

Se volvió a mirar a Valas y Danifae que, de pie detrás de Quenthel, también lo observaban.

—Cuando el draegloth regrese —añadió Pharaun—, podremos ponernos en camino.

—No esperaremos a Jeggred —respondió Quenthel. En la mirada de Danifae se encendió una luz de alerta y el explorador mercenario alzó una ceja.

—Señora... —empezó a decir Danifae, pero Quenthel alzó una mano imponiéndole silencio.

—Todo el que abandone esta expedición sin mi permiso —dijo Quenthel— será considerado desertor.

—Sin duda no fue ésa la intención de tu sobrino —intervino Pharaun—, y tampoco creo que fuera la del maestro Argith. Allí adonde vamos creo que vamos a necesitar su fuer...

—No la vamos a necesitar —interrumpió la suma sacerdotisa. Con la mirada perdida en la oscuridad continuó—: Ambos son fuertes, pero allí adonde vamos habrá cosas escondidas detrás de cada estalactita capaces de aniquilarlos en un instante. No vamos de excursión a los Dominios Oscuros. A lo que nos vamos a encontrar allí no se lo vence con la fuerza bruta, sino con una mente despejada y firme... con decisión.

Pharaun frunció el entrecejo y esperó a que alguno de los demás dijera algo.

Valas confiaba en que fueran las hembras las que lo solucionaran.

—Da la impresión de que sabes lo que vamos a ver —le dijo Danifae a la suma sacerdotisa—, pero no es así, al menos con seguridad.

Pharaun, sorprendido por la forma en que Danifae se había enfrentado a la suma sacerdotisa, miró a Quenthel esperando con curiosidad su respuesta.

—Sé que no puedo permanecer aquí por más tiempo —respondió Quenthel. Las víboras se retorcieron lentamente, pendiendo de su cadera—. Este lugar me está matando. Sabemos qué hay que hacer. Vivamos o muramos, lo haremos en el Abismo, junto a la Reina Araña.

Pharaun arqueó una ceja y sonrió, mirando a las dos alternativamente.

—Ni siquiera hemos empezado —le advirtió Danifae—. Jeggred tendrá mucho que hacer. Debemos esperar.

—Eso, mi juguetito —le soltó la Señora de Arach-Tinilith—, no te corresponde a ti decidirlo. Ya has supuesto bastante.

Pharaun se dio cuenta de que a Danifae le había costado mucho bajar la vista dejando que sus ojos llenos de fuego se posaran sobre la cubierta en lugar de fulminar con la mirada a la suma sacerdotisa. La prisionera de guerra había llegado muy lejos, y Pharaun se sorprendió sonriéndole.

—Maestro Mizzrym —le dijo Quenthel—, llévanos con Lloth. Ahora.

—Necesitaré un breve descanso —mintió el mago. Al tiempo que las palabras salían de su boca se preguntó por qué lo hacía. No miró a Danifae—. Un período más de Ensoñación para todos. Debemos presentarnos ante la diosa descansados y en plenas facultades.

Quenthel no respondió. Se limitó a girar en redondo y alejarse. Danifae se quedó.

¿*Qué estás haciendo?*, dijo la voz de Aliisza en su mente, sobresaltando al mago que había olvidado que estaba allí. *Eso no es cierto.*

La Señora de la Academia, le respondió a la semisúcubo, *no piensa con claridad.*

¿No quieres viajar sin tu draegloth?, preguntó Aliisza.

¿Querrías tú?

Pharaun la oyó reír mentalmente.

—Gracias —dijo Danifae.

Pharaun la miró sonriendo. Quenthel y Valas se habían apartado, pero él usó el lenguaje de signos para asegurarse de que no pudieran oírlos.

¿Por qué debería seguir ayudándote?, preguntó. *¿Qué te propones?*

Ella se quedó pensando un buen rato antes de responder por la misma vía.

Quiero que me prometas que no partirás sin Jeggred.

¿Y si lo hago?

Danifae no respondió.

La señora me irrita, prosiguió el mago. *No he hecho el menor intento de ocultarlo. En el pasado trató de matarme. Me ha tratado con menos respeto del que merezco, pero es la Señora de Arach-Tinilith, la sacerdotisa más poderosa de Menzoberranzan si no de todos los fieles de Lloth, incluidas las madres matronas. Ésta es su expedición, y allí de donde yo vengo sus órdenes son la ley.*

Pues no allí de donde yo vengo, replicó Danifae, *y también sirvo a Lloth.*

—Es posible —replicó Pharaun en voz alta, seguro de que la suma sacerdotisa ya había vuelto a sus silenciosas y ausentes cavilaciones—, pero ¿de qué modo me sirves a mí?

Danifae lo miró intrigada, invitándolo con la mirada a seguir adelante.

—Quieres algo de mí —explicó el mago—. Me pides que arriesgue mi vida y mi futuro en Menzoberranzan. Me pides que desafíe a la hermana del archimago, mi maestro, y a la madre matrona de la primera casa, su señora.

—¿Quieres saber qué te daré a cambio? —inquirió Danifae.

Esta vez fue Pharaun quien la invitó a seguir con la mirada.

—Respóndeme a esto —dijo ella—, ¿realmente quieres viajar por el Plano de la Sombra, entrar en el Astral, atravesar la Planicie de los Portales Infinitos y entrar en el sexagésimo sexto plano del Abismo sin Jeggred?

—Sin duda nos sería de gran ayuda a todos —dijo Pharaun—, como lo ha sido, pero no me sirve a mí. En realidad, ni siquiera le caigo bien, si es posible imaginar eso. Tú, en cambio, te has hecho con un nuevo e importante aliado para reemplazar a otro que ya no te servía.

¿Piensas que Quenthel «ya no sirve»? , preguntó Danifae por señas.

—No es ella misma —respondió Pharaun—. Pero la pregunta sigue en pie: ¿por qué debería hacer algo por ti?

—¿Qué quieres? —preguntó ella, y Pharaun tuvo la impresión de que le podría haber pedido cualquier cosa y ella se lo habría pensado.

—Me tranquilizaría mucho que Ryld estuviera aquí —dijo, sin importarle que eso lo hiciera parecer débil.

Danifae hizo un gesto de asentimiento.

—¿Aunque se haya pasado a Eilistraee? —preguntó.

—Dudo de que eso haya sucedido —replicó el mago—. El maestro Argith no es religioso.

—Su espada está a tu servicio, del mismo modo que las garras de Jeggred lo están al mío —dijo Danifae.

Pharaun sonrió, guiñó un ojo y asintió.

—Supongo que es justo —dijo la ex prisionera de guerra—, pero no esperes que perdone a Halistra.

—¿A quién? —dijo Pharaun jocosamente.

Eso hizo sonreír a Danifae.

—Mantén al draegloth apartado de Ryld —dijo el mago—. Trae al maestro de Melee Magthere de vuelta, pataleando y dando voces si es necesario, pero vivo, y a partir de ahí yo me haré cargo de él.

—De acuerdo —dijo Danifae, y tocando un anillo que llevaba en la mano derecha, desapareció.

Eso tomó por sorpresa al mago.

Interesante, dijo Aliisza desde donde se encontraba. *¿Quién es?*

Una cautiva de guerra, respondió Pharaun, *o al menos lo era.*

A mí me parece más bien una sacerdotisa, dijo la semisúcubo.

Sí, replicó Pharaun. *Eso es lo que parece ¿verdad?*

Capítulo diecinueve



Se expresaba totalmente por el movimiento, por los sutiles matices de la gestualidad y el ritmo, y todo parecía un sueño glorioso.

Halisstra sentía su cuerpo en movimiento. El aire se arremolinaba en torno a ella, fresco y estimulante. Sentía la presencia de Danifae. La curva sutil de la cadera de la que había sido su sirviente giraba de un modo que sugería duplicidad y con una gracia que hablaba de ambición. Danifae rezumaba descontento y se introdujo en la Red Demoníaca de Pozos.

Halisstra no miraba, se limitaba a danzar. Estaba allí, aunque no tenía la menor idea de dónde estaba ese «allí». No había espacio, sólo el movimiento dentro de él... el movimiento que era la voz de Eilistraee.

Danifae y Halisstra tomaron el paso de una melodía diferente.

Avanzaban hacia el mismo punto final, pero por razones diferentes, y estaban rodeadas por la misma quietud escalofriante. En el balanceo de un hombro, Eilistraee advirtió a Halisstra que no se fiara de Danifae, pero empujó a su sirviente por la senda de la antigua prisionera de guerra. Halisstra decidiría parte del camino, pero Danifae también lo haría con otro tramo. Ambas diosas tirarían de ellas y las empujarían desde extremos diferentes, enviándolas hacia un lugar y un tiempo que ningún drow en su sano juicio podía imaginar como no fuera en una pesadilla brotada de una diosa.

Halisstra sentía que se movía a través de un espacio quieto, vacío, y sabía que el espacio era la Red Demoníaca de Pozos... el plano donde habitaba Lloth, falto de almas, una vida de ultratumba vacía, sin esperanza y sin futuro. Halisstra sentía que Danifae avanzaba con ella dando vueltas a través del mismo espacio muerto y que la miraba con el mismo miedo sordo. No habría servicio, ni recompensa, sólo olvido, y Danifae llegaría a las mismas conclusiones, se vería arrastrada a la misma comprensión.

Danifae puede ser desviada, danzaba Halisstra.

Eilistraee vacilaba.

Fue esa sensación de muda incertidumbre lo que puso fin al movimiento. Había un suelo sólido, firme, de piedra arenisca, bajo sus pies, y puertas sin salida alrededor. Halisstra se volvió, se frotó la cara con las manos y trató de recuperar el ritmo de su respiración. Estaba bañada por el sudor y le dolía el cuerpo. Se sentía como si hubiera

estado danzando durante horas aunque no estaba segura de haber bailado siquiera.

Halisstra miró a su alrededor, al interior del portal, buscando a Danifae. No la vio por ninguna parte. Ni siquiera sus gritos recibieron respuesta, de modo que salió de allí sin saber adonde ir.

La luz tenue de la cueva le permitió ver una estructura amplia y compleja. Halisstra sabía que estaba en Sschindylryn, pero lo ignoraba casi todo sobre la ciudad. Sin saber a ciencia cierta si estaba mirando el mundo a través de las percepciones filtradas de sus propios sentidos, sintió que el aire de la Ciudad de los Portales estaba cargado de descontento y violencia inminente. Ya había sentido lo mismo antes, en Ched Nasad.

Le vino a la cabeza una imagen de Ryld. No tanto una imagen como el recuerdo del modo en que se movía con ella y el tacto de su piel, negra como la noche. Ella lo había conducido hasta Danifae, la cual había conducido a Jeggred hasta ellos por orden de Quenthel. Quenthel sabía que ellos, o al menos Halisstra, habían dado la espalda a Lloth y habían abrazado el culto de Eilistraee.

Sin embargo, Ryld no había hecho nada de eso. Como varón, y no especialmente religioso, el maestro de armas servía a Lloth porque era lo que hacían todos los que estaban a su alrededor. Ryld, como todo drow de Menzoberranzan, había crecido con las palabras de Lloth siempre resonando en sus oídos. Halisstra había sido criada de la misma manera, pero tenía la fuerza de voluntad necesaria para tomar distancia y examinar la realidad de la situación a medida que ésta se iba desplegando.

Danifae también había hecho su elección, y esta conclusión golpeó a Halisstra en el momento en que Danifae salió de la arcada, repentinamente iluminada con una luz purpúrea. La puerta había cobrado vida, revelando la presencia de Danifae y haciendo que la vista de Halisstra se hiciera momentáneamente borrosa.

Halisstra se puso de pie, pestañeando.

—¿Y Ryld? —preguntó.

Danifae se encogió de hombros. Era un gesto rudo, definitivo que puso a Halisstra en guardia. La cara de la sacerdotisa Melarn se encendió, rechinó los dientes, pero hizo lo posible por tragarse su rabia al tiempo que rechazaba los recuerdos de las veces que había castigado a su prisionera de guerra, que la había golpeado, humillado y sometido.

—¿Dónde has estado? —inquirió Halisstra.

—Con la señora Quenthel —respondió Danifae—. Están preparándose. Me enviaron para recoger a Jeggred.

—Si sabes dónde está el draegloth —dijo Halisstra—, también debes saber dónde está Ryld.

—A Jeggred lo enviaron para matarlo —replicó Danifae—, ya te lo dije.

—Es cierto —reconoció Halisstra—, pero...

—Quieres saber si el maestro de armas ha vencido —dijo Danifae—, o si el draegloth ha satisfecho su apetito.

Halisstra tragó saliva para aliviar su garganta reseca.

—¿Vive? ¿Ha ganado Ryld? —preguntó.

Danifae volvió a encogerse de hombros.

—¿Puedes llevarme otra vez con él? —pidió Halisstra—. ¿Puedes enviarme a su lado usando estas puertas tuyas?

—Donde Jeggred te destrozaría a ti también y os comería a los dos, bocado a bocado —dijo la ex cautiva—. También puedes optar por ir hacia adelante en lugar de volver hacia atrás.

—¿Hacia adelante? ¿Hacia atrás? ¿Qué significa eso?

—Según yo lo veo, señora Halisstra —dijo Danifae—, tienes dos opciones: acudir al lado de tu amante y morir allí, o volver al templo de la superficie y a tus nuevas hermanas en Eilistraee.

Halisstra dejó escapar un suspiro y miró de arriba abajo a la hermosa elfa oscura. Danifae le respondió con una sonrisa que más bien parecía una mueca de burla.

—Están a punto de partir —le insistió Danifae—, lo harán pronto. Si vuelves al templo donde te encontré la primera vez, si les dices que Quenthel y su tripulación van hacia la Red Demoníaca de Pozos en busca de la propia Lloth, tal vez las eilistraeeanas estarían a tiempo de ayudar.

—¿De ayudar? ¿De ayudar a quién? —susurró Halisstra, y añadió en tono más alto—: ¿Debo volver con las eilistraeeanas y decirles que podemos seguir a Quenthel y a los demás a la Red Demoníaca de Pozos? ¿Te quedarías ahí mirando y no los advertirías... y no advertirías a Lloth?

—Sigo siendo una sierva —dijo Danifae—. No puedo decidir por ti ni pedirte que confíes en mí. No puedo hacerte promesas, ni darte seguridades ni garantías sobre nada. Eso tendrás que pedirselo a tu diosa. En cualquier caso, puedo enviarte a donde quieras ir.

Lo vio claro. Fue un destello, pero ahí estaba esa expresión inconfundible que encerraba incertidumbre, miedo, vergüenza y más. Danifae tenía unos celos totalmente inmaduros de que Halisstra estuviera sirviendo a una diosa capaz de responder a las plegarias de sus fieles, mientras que ella estaba atada a la memoria de una diosa muerta.

—¿Tengo elección? —preguntó Halisstra moviendo lentamente la cabeza.

—Te puedo enviar a donde quieras ir —repitió Danifae—. Dime si quieres volver a tu templo a organizar a las sacerdotisas, o...

—¿Organizar? —la interrumpió Halisstra.

La pregunta irritó a Danifae, y Halisstra quedó perpleja ante la reacción.

—Seguramente Eilistraee todavía les concede conjuros —dijo Danifae—. Podrán

viajar por los planos sin necesidad de un barco del caos. Eilistraee debería poder llevarte allí sin rodeos.

Halisstra vio que la cara de su antigua sirvienta cambiaba otra vez, vio que volvía el miedo.

—O también —dijo Danifae con voz profunda y calma— puedes tratar de ir en ayuda de tu maestro de armas y morir.

Halisstra cerró los ojos y pensó, deteniéndose ocasionalmente para asombrarse de pensarlo siquiera.

—El corazón —le confió Halisstra a Danifae— me impulsa a ir con Ryld, pero la cabeza me dice que mis nuevas hermanas seguramente querrán saber lo que me has dicho e ir a la Red Demoníaca de Pozos.

—El tiempo que tienes para reunirías —le advirtió Danifae— se agota rápidamente.

Halisstra cerró la boca y sintió un ahogo.

—Elige —la presionó Danifae.

—El Velarswood —dijo Halisstra de repente. Una lágrima brilló bajo la luz feérica y dejó un surco en su negra mejilla—. Llévame ante las sacerdotisas.

Danifae sonrió, asintió y señaló al umbral del resplandor purpúreo.

Las dos se miraron unos instantes. Los ojos de Danifae pasaban de uno a otro ojo de Halisstra como si estuvieran leyendo algo que llevaba escrito en sus pupilas. Halisstra advirtió una esperanza en los de Danifae.

—¿Hasta qué punto es mala la situación? —preguntó Halisstra, casi en un susurro—. ¿Hasta qué punto ha empeorado?

—¿Quién? —inquirió Danifae—. ¿Quenthel?

Halisstra asintió con la cabeza.

—Todavía puede volverse peor —dijo la antigua cautiva.

—Ven conmigo —dijo Halisstra.

Danifae permaneció en silencio largo rato antes de responder.

—Sabes que no puedo. No se marcharán sin Jeggred, y tengo que traerlo de vuelta.

Halisstra asintió.

—Después de que haya asesinado a Ryld.

Danifae asintió y bajó los ojos.

—Volveremos a vernos, Danifae —dijo Halisstra—. Estoy segura.

—Y yo, señora —respondió Danifae—. Volveremos a encontrarnos en la sombra de la Reina Araña.

—Eilistraee estará vigilándonos todo el camino —dijo Halisstra encaminándose al portal que la esperaba—. Nos estará vigilando a las dos.

Danifae asintió, y Halisstra atravesó el portal, abandonando a Ryld al draegloth,

Danifae a la Señora de Arach-Tinilith y abandonándose ella a las sacerdotisas del Velarswood.



—Pareces tan sorprendido como yo —le dijo Gomph al lichdrow— de que a tu amigo Nimor le hayan crecido alas.

Dyrr no respondió, pero sus ojos, rojos como ascuas, se dirigieron lentamente hacia el alado asesino.

—Los duergars —prosiguió Gomph—, un semidemonio y sus tanarukks, y un drow asesino. Oh, pero el drow asesino ni siquiera es un drow. Te has aliado con cualquiera menos con un elfo oscuro. Claro que tú mismo hace tiempo que no eres un elfo oscuro. ¿Verdad, Dyrr?

Si el lich se sintió ofendido o afectado, no dio la menor muestra de ello.

—Sin embargo, podría aliarse con un drow —dijo Nimor—. Los dos podríamos.

—¿De verdad crees que me uniría a vosotros? —preguntó Gomph.

—No —contestó Nimor—, por supuesto que no, pero tenía que preguntarlo.

—Si lo hago —tanteó Gomph—, ¿matarás al lich?

Por su expresión, Dyrr estaba muy interesado en oír la respuesta de Nimor.

—¿Por conseguir que el propio archimago de Menzoberranzan se volviese contra su propia ciudad —dijo Nimor—, traicionase su propia casa, y acabase con el matriarcado de un plumazo? Claro que lo mataría sin la menor duda.

Eso hizo aflorar a la cara de Dyrr una sonrisa que Gomph no pudo por menos de compartir.

Nimor miró al lichdrow y le hizo una reverencia.

—Al menos lo intentaría —dijo.

El lich le devolvió la reverencia.

—Pero no vas a hacer ninguna de esas cosas ¿verdad? —le preguntó Nimor a Gomph—. No vas a dar la espalda a Menzoberranzan, a la casa Baenre, al matriarcado, ni siquiera a Lloth, que te ha dado la espalda a ti.

—¿Es eso todo? —preguntó Gomph—. ¿Es todo lo que vas a decir para ganarme para tu causa? ¿Te limitarás a formular una pregunta y a responderla tú mismo? ¿Por qué estás aquí?

—No respondas a eso, Nimor —ordenó el lichdrow con su tono imperioso de costumbre—. Está tratando de sonsacarte. Quiere tiempo para tratar de escapar o para planificar su ataque.

—O puede —interrumpió Gomph— que simplemente tenga curiosidad. Sé por qué quiere matarme, mi viejo amigo Dyrr, y puedo adivinar los motivos de los duergars, de los tanarukks, de los ilitidas y de todo lo que se mueve por las simas y pozos de cieno de los Dominios Oscuros, atraído por el hedor de la debilidad. Pero tú,

Nimor, eres medio drow y medio dragón ¿no es cierto? ¿Por qué tú? ¿Por qué aquí? ¿Por qué yo?

—¿Por qué tú? —dijo Dyrr con tono burlón—. Tienes poder, mentecato. Tienes una posición. Eso hará que te maten el día menos pensado, y éste no es un buen día para Menzoberranzan.

Gomph hizo como si no hubiera oído al lich.

—Mi hermana dijo que el asesino al que había capturado —dijo dirigiéndose a Nimor— te había identificado como un agente de Jazred Chaulssin.

Nimor asintió.

—Yo soy la Espada Ungida —declaró.

Gomph no sabía lo que significaba eso, pero no dio muestras de ello a Nimor ni a Dyrr.

—Las historias de fantasmas se hacen realidad —dijo.

—Nuestra reputación nos precede —replicó Nimor.

—Chaulssin está en ruinas desde hace tiempo —dijo Gomph.

—Sus asesinos han sobrevivido —dijo Dyrr.

Es medio dragón, dijo la voz de Nauzhror en la mente de Gomph. Ha sido identificado, archimago. Es mitad drow y mitad dragón de sombra. Tal vez más de una generación. Una especie incipiente.

—Nos hemos instalado en una ciudad tras otra —dijo Nimor—, por toda la Antípoda Oscura. Hemos estado esperando.

—Y procreando —añadió Gomph— ¿con los dragones de sombra?

Por la sonrisa de Nimor, Gomph pudo que ver que Nauzhror había dado en el clavo.

—Se acabó —dijo Dyrr, y a Gomph le resultó difícil pasar por alto el carácter definitivo de su expresión—. Se acabó todo.

—Todavía no —replicó Gomph al tiempo que iniciaba un conjuro.

Nimor batió sus alas de murciélago y salió disparado hacia las sombras. Dyrr lo siguió, más lento, envolviéndose en más conjuros de protección.

Gomph acabó su conjuro y juntó las manos. Una línea de negrura apareció entre sus palmas y se estiró hasta alcanzar la longitud de la hoja de una larga espada. La línea era perfectamente bidimensional, una grieta en la estructura de los planos.

Elevándose en el aire, el archimago de Menzoberranzan separó de golpe las manos, y la espada lo siguió en su ascensión. Usando su fuerza de voluntad, Gomph puso a volar la espada frente a él. Elegir un objetivo era simple.

Nimor tiene que morir primero, sugirió Prath, aunque era innecesario. La magnitud de sus habilidades es lo único que no conocemos.

Gomph dirigió la espada en busca del asesino semidragón. Nunca había visto nada volar tan velozmente como aquella espada. Atravesó al asesino y el dolor hizo

que Nimor tuviera convulsiones. Lo que hace que una espada sea afilada es lo delgado de su filo. Al ser perfectamente delgada, era *perfectamente* afilada. Todo lo que Nimor pudiera tener para defenderse de las armas sería inútil.

Su sangre salpicó todo el suelo del Bazar y Nimor rugió. El sonido retumbó en los oídos de Gomph, aunque no vaciló en enviar la negra espada nuevamente en pos del asesino... pero desapareció.

Gomph se volvió en el aire para enfrentarse al lichdrow. Dyrr mantenía su bastón sujeto con ambas manos. Gomph supuso que había usado algún aspecto de la magia del arma para hacer desaparecer la espada.

Decepcionante, comentó Nauzhror. *Fue un conjuro impresionante, y efectivo.*

Nimor no volaba tan rápido como antes, y seguía sangrando. Gomph tenía que prestar atención alternativamente al asesino y al lich, sin descuidar su siguiente conjuro, de modo que no vio que Nimor se curaba. Pero lo hizo, al menos lo suficiente para seguir vivo.

Gomph casi tenía acabado su encantamiento cuando Nimor sopló la sombra hacia él. Al mago no se le ocurrió otra forma de describir aquello. El asesino respiró hondo y exhaló una especie de cono de negrura arrolladora.

Gomph trató de salirse de la trayectoria de la oscuridad, pero no pudo. El vacío envolvente se cernió sobre el archimago, que sintió como si lo privaran hasta del último vestigio de calor. Se estremeció, y el aire se congeló en su garganta. Su conjuro se había estropeado, desactivado en mitad de una palabra, y la energía del Tejido se había disipado.

Parte de las capas de magia defensiva con que él y los maestros de Sorcere lo habían rodeado protegieron a Gomph, impidiendo que actuara sobre él, en toda su magnitud, el poder de la oscuridad paralizante. De no ser así, Gomph habría quedado reducido a una cáscara vacía.

—Yo estaba en lo cierto —le dijo Gomph a Nimor, tratando de no jadear—. Era un dragón de sombra ¿no es verdad?

—Más que un dragón de sombra, archimago —replicó Nimor, y a Gomph le pareció que también el asesino trataba de no jadear—, y más que un drow.

El asesino semidragón sacó un estilete, fino como una aguja, que relució con una luz blanco azulada en la penumbra del desierto Bazar.

Cuidado, archimago, advirtió Prath.

Gomph hizo una mueca ante las necesidades de su inexperto sobrino. El archimago estaba siempre preparado para cualquier cosa, aunque no fuese lo bastante rápido para esquivar el estilete, que le infligió una herida en el pecho.

Nimor había desaparecido del lugar donde lo había visto suspendido en el aire, a varios pasos de distancia, y apareció justo al lado de Gomph y un poco más arriba, precisamente en un ángulo muerto. Todo eso había sucedido en un instante. Y con

igual rapidez, el asesino volvió a desaparecer.

La herida del pecho le tiraba y le ardía. Se miró el corte. Estaba orlado de escarcha, y la sangre que manaba era fría al tacto. Gomph notó un estremecimiento.

Algo lo golpeó por detrás y el mago gruñó y se dobló al faltarle el aire en los pulmones. Pasaron uno o dos segundos angustiosos antes de que pudiera volver a respirar. Dyrr lo había golpeado con algo, un conjuro o un arma, desde atrás.

El conjuro no atravesó tus defensas, archimago, la voz de Nauzhror resonó en su mente. De haber sido así, te hubiera desintegrado.

—Tanto mejor —musitó Gomph entre dientes antes de pronunciar la palabra de mando que invocaba al globo defensivo del bastón.

Rodeado nuevamente de magia protectora, Gomph giró en el aire, tratando de ver al menos a uno de sus enemigos. Nimor se lanzó sobre él con su paralizante estilete tratando de infligirle otra herida.

Detrás del asesino y algo desplazado lateralmente, el lichdrow movía su mano libre en el aire, proyectando una estela crepitante de luz blanca por cada uno de sus dedos.

A pesar del dolor lacerante que sentía en el pecho y en la espalda, Gomph se revolvió en el aire cuando un cono de cegadora luz blanca salió de las manos extendidas del lichdrow, amenazando con engullirlo en una ráfaga de aire gélido y hielo cortante.

El archimago logró apartarse de la trayectoria del conjuro, pero eso hizo que perdiera de vista al asesino. Se preparó para recibir otra estocada helada del arma de Nimor, pero ésta no llegó.

El asesino también tiene que esquivar el cono de frío, maestro, dijo Prath.

Gomph aprovechó el momento de respiro y sacó de su bota derecha dos delgadas dagas con hoja de platino. Mientras alzaba los cuchillos, pronunció las palabras de un conjuro que contribuiría a que las dagas fueran aún más hirientes. También las guiaría por el aire de una manera más certera y estaba seguro de que atravesarían al menos algunas de las defensas mágicas de su objetivo.

Gomph levantó el brazo y remató el conjuro. Cuando se volvió para encontrar a su adversario, el dolor había desaparecido. El anillo todavía funcionaba, curándolo casi con la misma rapidez con que podían herirlo el asesino y el lich.

Una fracción de segundo antes de que Gomph pudiera lanzar sus dagas embrujadas, Nimor volvió a aparecer cerca de él. El estilete atravesó el aire con un silbido estremecedor, trazando una línea blanca de escarcha en el costado derecho de Gomph. El dolor fue terrible, y los dedos de Gomph se contrajeron al mismo tiempo que todos los demás músculos de su cuerpo. A punto estuvo de dejar caer las dos dagas, pero no lo hizo.

Se ha ido, dijo Prath.

Era lo que Gomph esperaba.

Creo que puede haber sido el anillo, dijo Nauzhror.

¿*El anillo?*, preguntó Gomph.

Eso le permite deslizarse de un lugar a otro en un instante, explicó Nauzhror.

Lo que Gomph había esperado era luchar solo con Dyrr, conjuro a conjuro. Tuvo que admitir, al menos para sus adentros, que no estaba preparado para el combate cuerpo a cuerpo y que, al menos en ese aspecto, Nimor lo superaba.

Apartó esas ideas de su mente cuando oyó que Dyrr lanzaba otro conjuro. Se volvió para mirar al lich.

Éste tenía una expresión extraña en los ojos, como si algo fuera a suceder pero no supiera exactamente qué. Al archimago no le gustó aquella expresión.

Está invocando algo, dijo Nauzhror.

Cuando la última sílaba de la advertencia de Nauzhror llegó a la mente de Gomph, el conjuro del lich ya había hecho su trabajo. De la nada surgió un juego de patas insectiles que se posó en el suelo rocoso del Bazar, a ése le siguió otro y luego otro y otro más. La cabeza del insecto era más ancha que alto era Gomph, tal vez incluso el doble. A cada lado de la grotesca boca tenía un par de pinzas curvas y dentadas. Dos ojos bulbosos, multifacetados, exploraron la extensión abandonada del mercado, al tiempo que la enorme criatura se desprendía totalmente del Tejido.

Se trataba de un ciempiés tan largo como una caravana de lagartos de carga, y detrás de él, Dyrr reía mientras Nimor volaba nuevamente hacia Gomph.

«Uno por vez», se dijo el archimago.

Lanzó otro conjuro sobre el par de dagas voladoras. El ciempiés trató de alcanzar a Gomph, pero se movía lentamente, no estaba familiarizado aún con el medio y con el control que el lich tenía sobre él. Eso dio tiempo a que Gomph acabara el conjuro y arrojara las dagas. No se preocupó por afinar la puntería. La lanzó en la dirección aproximada en que estaba Nimor y dejó que el conjuro hiciera el resto. Las dagas atravesaron el aire sinuosamente, en trayectorias entrelazadas que se dirigían directamente hacia el asesino alado.

Con agilidad impresionante, Nimor se deslizó lateralmente en el aire en un intento de evitar las dagas, pero una vez dirigidas hacia un objetivo, eso no bastaba para disuadirlas. El asesino tuvo que revolverse otra vez en el aire, lanzando golpes con su estilete contra las dagas. El destello del acero, del delgado estilete del asesino y de ambas dagas, se convirtió en un torbellino emborronado en torno al asesino.

Buena jugada, maestro, comentó Prath. *Eso tendría que mantenerlo ocupado*.

Haciendo caso omiso de su sobrino una vez más, Gomph invocó el poder de levitación de su bastón para alzarse en el aire. Las odiosas fauces del ciempiés se cerraron a escasos centímetros de las suelas de sus botas, tras lo cual la criatura se retrajo inmediatamente para lanzar un segundo ataque. Gomph, esperando

encontrarse fuera del alcance del monstruoso insecto, hacía cabriolas en el aire, tratando de abarcar todos los detalles del Bazar y de las estalagmitas circundantes a medida que ascendía.

El archimago se detuvo, quedando suspendido en el aire, entre el confundido ciempiés y el levitante lich.

—¿Te gusta mi nueva mascota? —preguntó burlón el lich—. Sólo quiere darte un besito.

—No me... —empezó a decir Gomph, pero otra vez se quedó sin aire en los pulmones cuando Dyrr, que sostenía su bastón por delante, usó el poder de éste para lanzar lejos al archimago.

Gomph podía sentir al gigantesco insecto a su espalda, cerniéndose sobre él como una fortaleza de estalactitas. Dyrr se impulsó más hacia lo alto y la corriente que generó empujó a Gomph más abajo, directamente hacia las fauces del voraz ciempiés.

El oportuno conjuro le vino a Gomph a la cabeza en un instante, y no vaciló en derrochar algo de energía extra para hacerlo rápidamente. El efecto fue el que había experimentado cientos de veces pero que siempre le había disgustado. Sintió como si el cuerpo se le adelgazara y se estremeció a su pesar, y tuvo que obligarse a mantener los ojos abiertos cuando se le nubló un poco la vista, y el mundo que lo rodeaba se volvió un poco distorsionado y en cierto modo más brillante, más definido.

Se vio rodeado por el interior del gigantesco insecto. Músculos y ríos de un semilíquido verdoso que hacía las veces de sangre, la extraña línea de láminas que aquello parecía usar como pulmones, el rumor de otros insectos demasiado grandes que había engullido recientemente, a continuación otra capa espesa de quitina acorazada... y por fin salió al exterior. Había atravesado al ciempiés como su si cuerpo fuera más bien una parte del plano Etéreo que del Primer Plano Material.

El ciempiés no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, por supuesto. Gomph sabía que el insecto no hubiera sido capaz de sentir su paso por su interior, pero el sabroso bocado de carne de drow que pensó que iba a engullir estaba ahora sorprendentemente detrás de él.

Con el rabillo del ojo Gomph captó un movimiento fugaz y al volverse rápidamente vio a Nimor que se abalanzaba nuevamente sobre él. Las dagas habían desaparecido, y el asesino tenía unos cuantos cortes más, aunque no parecía que la experiencia hubiera mermado en lo más mínimo su poder letal.

El ciempiés se dio la vuelta, moviendo su enorme cuerpo, que debía de pesar varios cientos de toneladas, con una agilidad y una rapidez que resultaban sorprendentes. Todavía era visible el cuerpo etéreo de Gomph, aunque parecía fantasmal y extrañamente traslúcido. El ciempiés no dio muestras de verlo, y sus abultados ojos se fijaron en Nimor.

Nimor volvió a desviarse lateralmente en el aire, y, pese a todo lo rápido que era

el insecto, el asesino logró evitar sus fauces a tiempo. El ciempiés podría haberlo partido limpiamente en dos de un mordisco.

Gomph se elevó hasta quedar fuera del alcance del ciempiés mientras su cuerpo iba recuperando su forma sólida.

—Dyrr —gritó Nimor furioso—, atiende a tu mascota, maldita sea.

Aquello hizo sonreír a Gomph, pero la respuesta de Dyrr consistió en iniciar otro encantamiento. Por más furioso que estuviese Nimor con su aliado no muerto, no entraba en los planes de ambos enfrentarse el uno con el otro. El archimago sabía que él sería el objetivo del conjuro de Dyrr. A pesar de haber pasado algún tiempo en forma etérea, el globo seguía rodeándolo, de modo que Gomph sabía que Dyrr tenía que usar una magia poderosa. El archimago se volvió en el aire hasta quedar frente al lich, pero lo único que pudo hacer en los segundos que le llevó a Dyrr hacer el conjuro fue esperar que las defensas que ya tenía establecidas fueran suficientes para salvarle la vida.

No hubo ningún efecto visible cuando el lich acabó su conjuro, ni estela luminosa ni estallido atronador, pero Gomph sintió que la magia lo envolvía. El globo protector no hizo nada para repeler el conjuro, pero otras defensas entraron en acción y Gomph se concentró en ellas. A pesar de todo, su cuerpo empezó a ponerse rígido. El archimago sintió que su piel se deshidrataba. Le resultaba difícil flexionar los codos. Era como si se estuviera convirtiendo en piedra.

Empezó a caer, y antes de que pudiera volver a controlar su levitación, el ciempiés se volvió y le lanzó una dentellada. Una de las pinzas del insecto alcanzó al archimago en el muslo. Podría haberle cercenado una pierna, pero había errado el ángulo, de modo que sólo le abrió la carne, atravesó la musculatura y llegó a rozar el hueso, produciendo una vibración.

El archimago apretó los dientes para combatir el dolor. Aunque tenía los músculos agarrotados y respiraba con dificultad, se valió de su bastón para impulsarse en el aire, hacia las alturas, alejándose del ciempiés, que ya volvía a atacarlo.

La sangre manaba como un cieno espeso de la profunda herida de la pierna, y a Gomph le resultó irónico que fuera precisamente el conjuro de Dyrr lo que aparentemente le estaba salvando la vida. El anillo en el que había confiado Gomph hasta entonces parecía haber dejado de funcionar.

Nimor lo golpeó nuevamente, y el frío del estilete mágico acentuó la rigidez del mago. Se le cortó la respiración y sintió que se le revolvía el estómago, y quedó convertido en una bola en el aire. Trató de parpadear, pero tuvo que cerrar los ojos, hacer una pausa y después abrirlos lentamente.

Ha tratado de convertirte en piedra, dijo Nauhrror, cuya voz sonó nítida en la mente borrosa de Gomph. Hasta ahora lo has resistido, archimago, no vayas a

rendirte ahora.

Gomph volvió lentamente la cabeza hacia la derecha. En realidad había tratado de sacudir la cabeza, pero eso fue todo lo que consiguió. El globo de magia protectora que lo envolvía desapareció al agotarse su energía. Gomph vio que Dyrr se acercaba. Estaba ya a escasos metros de él. El lich hizo un conjuro rápido, y una andanada de chispas verdes y rojas, largas como flechas, se abalanzaron sobre él. Gomph consiguió mover la pierna y extender el brazo, pero no pudo abrir la boca con rapidez suficiente para pronunciar una palabra de mando. Los proyectiles de energía del Tejido lo golpearon quemándolo y produciéndole contracciones nerviosas, haciendo que sus músculos se extendiesen para volver a contraerse a continuación. La piel del archimago se estremeció y sus articulaciones estallaron.

El dolor era insoportable y ahora sangraba profusamente por la herida del muslo. Otra vez podía moverse, pero no lo suficiente para evitar al ciempiés.

El insecto retrocedió y abrió totalmente sus enormes pinzas que cerró al lanzarse sobre él. Gomph estaba suspendido en el aire, en un punto en el que el insecto apenas podía alcanzarlo, pero las pinzas se cerraron sobre el muslo ya herido.

Gomph se sintió arrastrado hacia abajo por el ciempiés, pero algo cedió y rebotó hacia arriba. Antes de detenerse a evaluar su nueva herida, se alejó más hacia las alturas, apenas consciente de que arrastraba algo en su ascenso. Formuló un conjuro mientras Nauzhror y Prath gritaban en su mente. Algo iba mal, pero necesitaba acabar el conjuro para poder hacer cualquier otra cosa. Tenía que librarse del ciempiés o acabaría comiéndoselo a trocitos mientras el maldito lich se mantenía al margen, observándolo todo.

Gomph miró hacia abajo y vio una efusión de sangre que caía sobre la cabeza ancha y plana del insecto y después la atravesaba mientras se desvanecía. El conjuro hizo efecto y el ciempiés desapareció, pero la sangre seguía cayendo en una lluvia horripilante sobre el suelo del Bazar, allá abajo.

Gomph se llevó la mano a la pierna y palpó algo duro y desgarrado. Pasó el dedo por el borde cortante, el borde de su propio fémur. Su pierna había desaparecido. El ciempiés se la había arrancado. Pudo ver su pierna cortada en medio de una lluvia de sangre que seguía manando de su herida abierta.

Unos destellos luminosos llamaron la atención de Gomph hacia un lado. Nimor arrojó algo y Gomph instintivamente se protegió la cara, temiendo que fuera un conjuro. Lo que vio, en cambio, fue la empuñadura del estilete encantado del alado asesino, que, dando vueltas, se precipitaba hacia el lejano suelo. La estela de luz centelleante era lo que quedaba de la hoja paralizante. El conjuro de Gomph no se había limitado a eliminar al ciempiés.

Decir que Nimor no estaba satisfecho es quedarse corto.

Mientras el asesino prorrumpía en invectivas contra él, Gomph flexionó los

músculos y descubrió que la rigidez había desaparecido. Sentía dolor, pero no tanto como había imaginado. Su anillo ya empezaba a luchar contra las serias heridas que el archimago había sufrido. Gomph sabía que sobreviviría, pero estaba la cuestión de la pierna.

Nimor se lanzó en picado por encima de él y desapareció en la oscuridad. Gomph no veía al lichdrow por ninguna parte. Se dejó caer lentamente en el suelo. Aterrizó en un charco de su propia sangre. Cuando empezó a recuperar la gravedad, se tambaleó y tuvo que reactivar el efecto de levitación de su bastón antes de caer en un charco de sangre coagulada. No había pensado en lo de mantenerse sobre una sola pierna. Se mantuvo levitando a escasos centímetros del suelo y, agachándose, recogió su propia pierna.

Resultaba extraño estar allí, sosteniendo la pierna en una mano, pero el archimago lo dejó fuera de su conciencia. Era evidente que el asesino y el lich estaban rehaciéndose después de que el poderoso conjuro de Gomph hubiera desactivado toda la magia que había a su alrededor, excepto la suya, y que volverían.

Gomph volvió a palpar el hueso de su muñón y comprobó complacido que la piel todavía no había empezado a crecer por encima. Giró la pierna en la mano y...

Una ráfaga de aire frío lo envolvió, lo engulló, lo impulsó hacia atrás y hacia abajo, arrastrándolo por las piedras del suelo del Bazar, hasta que su cabeza chocó contra algo que se rompió, se hizo trizas y cayó alrededor de él.

Sacudió la cabeza y de su pelo blanco se desprendieron fragmentos del pie de un hongo y de cristal. Se encontró medio incrustado en el destrozado puesto de un mercader, pero en lo único en que podía pensar era en el gran alivio que significaba seguir sosteniendo la pierna en la mano. Tenía todo el cuerpo cubierto de una fina capa de escarcha que ya empezaba a fundirse en el aire frío y húmedo del Bazar.

El lich, le comunicó mentalmente Nauzhror, estaba fuera de la disyunción.

Ya veo, respondió el archimago y se dejó invadir a continuación por una oleada de frustración.

Gomph miró hacia arriba y en derredor. Dyrr preparaba un conjuro, mientras Nimor se lanzaba por el aire hacia el archimago. Estableció otro globo de protección a su alrededor, y lo asaltó brevemente la preocupación de que el poder del bastón se agotaba con demasiada rapidez. No podía seguir protegiéndolo y haciéndolo levitar para siempre.

El lich acabó su conjuro, y Gomph sonrió cuando un cegador relámpago amarillo brotó de las manos de Dyrr para describir a continuación un arco en el espacio y estrellarse en una lluvia de chispas contra el globo protector de Gomph. No había terminado todavía de agotarse el relámpago sobre sus defensas, sin hacer siquiera que al mago se le erizara el cabello, cuando el archimago ya había hecho otro conjuro para su defensa. Las llamas brillaron casi imperceptiblemente a lo largo de todo su

cuerpo.

Veamos, dijo Prath, funcionó con el huecuva, pero...

Nimor ya estaba encima del archimago, que se hizo un ovillo para repeler el ataque del asesino. Las manos del semidragón eran más grandes de lo que habían sido en su forma de drow, y cada uno de sus dedos acababa en una garra gruesa y afilada de marfil negro como la pez. Nimor trató de herir a Gomph en el hombro con esas formidables garras, pero resbalaron sin producir el menor daño sobre la superficie del escudo de fuego del mago. Unas llamaradas relucientes de color naranja surgieron del hombro de Gomph y alcanzaron a Nimor en la cara. El asesino rugió de dolor y agitó las alas una única vez, pero con tal violencia que levantó los afilados trozos de cristal que había esparcidos por el suelo, lo que formó un remolino en torno al archimago. Cada vez que un pequeño fragmento del cristal lo golpeaba, una chispa de fuego surgía como respuesta. El conjuro no produjo ninguna quemadura a Gomph, pero durante unos desconcertantes segundos se vio rodeado por una cascada de rugientes llamaradas.

Nimor desapareció entre las sombras de la bóveda de la caverna.

El remolino de cristales y fuego se aquietó y Gomph consiguió salir de las ruinas del puesto del mercado. Mientras la sangre seguía manando del muñón, reducido el dolor, gracias a su anillo, a una sensación sorda, molesta, Gomph se tomó un segundo para asegurarse de que el pie apuntaba en la dirección correcta y volvió a pegar la pierna en su sitio.

La sostuvo en su lugar y cerró los ojos. Sólo podía respirar entrecortadamente y con estremecimientos. La sensación del hueso soldándose, de cada vaso sanguíneo reconectándose a su extremo seccionado, de los nervios volviendo a la vida con una oleada de dolor, escozor, placer, nuevamente dolor, y la piel que volvía a crecer hizo que Gomph jadeara y se agitara convulso.

El lich, advirtió Nauzhror.

Sólo entonces reparó el archimago en que Dyrr estaba preparando otro conjuro. La respuesta que se le ocurrió a Gomph fue un poderoso recurso disuasorio que lo protegiera cuando el globo del bastón ya no pudiera hacerlo. Sin pararse a pensar en otras implicaciones, Gomph reunió la energía del Tejido necesaria y el campo antimágico quedó erigido a tiempo para bloquear una enorme explosión de calor lacerante y fuego cegador.

También suprimió el poder regenerador del anillo.

La magia no funcionaba en las inmediaciones de Gomph Baenre, y su pierna sólo estaba reparada a medias. Un estremecimiento lo recorrió y el dolor que, partiendo de su pierna, se propagó por todo su cuerpo en un espasmo de agonía, le hizo apretar los dientes y cerrar los ojos.

—Buena jugada, mi joven amigo —le gritó el lich desde las alturas—, pero ese

campo caerá tarde o temprano. Mientras tanto, tú seguirás sangrando y yo esperando.

Gomph no se paró a considerar la amenaza del lich. El dolor era demasiado intenso para pensar.

Capítulo veinte



Piet apretó el mango de su hacha, confiando en que sus palmas sudorosas pudieran sostener el arma cuando empezase la pelea que sin duda empezaría pronto. Echó una mirada a su amigo Ulo y se dio cuenta de que estaba pensando lo mismo que él. Miró cómo Ulo acariciaba los mandos de sus dos grandes cuchillos y supo que también a él le sudaban las manos.

Habían venido al Bosque Anegado a cortar leña y ganarse un par de monedas de plata sin ánimo de meterse en lo que no les importaba. Desde que estaban allí habían visto morir a diez de sus camaradas. Algunos habían muerto en los accidentes que son inevitables durante la tala de árboles, pero la mayor parte habían sido víctimas de los ataques de la fauna de la zona. El pantano encerraba todo tipo de amenazas, desde vides animadas que arrastraban a los hombres a una tumba acuática hasta lagartos que se llevaban a los descuidados de las lindes de los claros. A pesar de todo, el círculo de antorchas y sólo los dioses sabían qué más —puede que incluso alguna especie de protocolo de los pantanos— mantenían a las criaturas realmente peligrosas fuera del campamento. La improvisada taberna donde los hombres pasaban prácticamente todo su tiempo libre (que no era mucho) parecía un lugar bastante seguro.

Ahora un elfo oscuro y una especie de enorme criatura demoníaca habían atravesado la ventana, y las cosas habían empeorado.

Piet y Ulo se enfrentaron al elfo oscuro. De los dos, era el que parecía menos peligroso, mientras que el ser demoníaco tenía todo el aspecto de hacer a la gente cosas horribles. A Piet le temblaban las rodillas, y también las manos, y tenía la mandíbula apretada.

En el otro lado de la taberna, otros cuatro leñadores, Ansen, Kinsky, Lint y Arkam, se enfrentaban a la enorme criatura demoníaca. Todos ellos iban armados ya que nadie con dos dedos de frente andaba sin un arma por el Bosque Anegado, pero sus armas parecían de juguete frente a la enorme criatura. Ansen había cogido una antorcha de un soporte de la pared, Kinsky enarbolaba su hacha, Lint esperaba mantener al monstruo a raya con la lanza que usaba para pescar en el pantano y Arkam blandía el mango de un hacha rota. Todos ellos se veían tan aterrorizados como imponían las circunstancias.

El elfo oscuro tenía una espada enorme —Piet jamás había visto una de semejante tamaño— y la sostenía con soltura con la derecha, raspando con la punta el áspero

suelo de madera. El drow estaba húmedo y sangraba por heridas en la cara, en una pierna y tal vez en otras partes del cuerpo. Piet no había visto nunca un elfo oscuro. En realidad siempre había pensado que eran seres míticos, de modo que le resultaba difícil interpretar el estado en que se encontraba la criatura, aunque parecía débil, exhausto, puede que incluso moribundo.

—¿Quién eres? —le preguntó Piet, disgustado por el tono aterrorizado que notó en su propia voz—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué quieres?

Aunque a Piet le resultaba difícil saber qué estaba pensando el drow, estaba convencido de que el extraño lo entendía. La expresión con que respondió al leñador le pareció altanera al principio, después no tanto... Piet no sabía cómo calificarla. Le vino a la cabeza una palabra, «desdeñosa», pero no estaba seguro de conocer bien su significado.

El drow no respondió. En lugar de eso, empezó a levantar la espada y Piet, temeroso de que el drow la descargara sobre él, cargó con su hacha. Piet había pasado toda su vida adulta, desde los once años y medio, cortando madera. Sabía manejar un hacha y lo hacía con velocidad, fuerza y precisión. A pesar de todo, no consiguió tener al elfo oscuro al alcance de su brazo.

Piet apenas lo vio moverse. De repente estaba medio metro a la derecha, de pie entre Piet y Ulo. El drow tenía la espada en alto, pero daba la impresión de que se estaba defendiendo en lugar de atacar. Ulo, sorprendido de que el elfo oscuro estuviera de repente tan cerca de él, agitó ferozmente los cuchillos y retrocedió a tientas hasta dar con la pared.

—¡Clávale un cuchillo, Ulo! —gritó Piet, pero daba la impresión de que Ulo no lo hubiera oído.

El elfo oscuro se acercó a Piet manteniendo la espada baja, y Piet se apartó instintivamente de su camino. Una oleada de adrenalina lo recorrió. Jamás se había movido tan rápido en su vida.

Cambió el hacha de mano y la balanceó frente al elfo oscuro, que dio un salto hacia atrás, con lo que el arma pasó a unos centímetros de su cara. Piet volvió a cambiar de mano el hacha y volvió a cargar. Sabía que el elfo oscuro volvería a retroceder y estaba preparado para ello. Lo único que veía era al drow, y cuando el hacha alcanzó la cabeza del drow, Piet cerró los ojos esperando un chorro de sangre.

El hacha se detuvo, y un líquido caliente y espeso salpicó la cara de Piet. Apretó más los ojos para evitar que la sangre entrara en ellos y trató de arrancar el hacha del cráneo del elfo oscuro, pero se negaba a salir. El cuerpo lo arrastró en su caída y Piet lentamente cayó de rodillas y golpeó la pared con la frente, lo cual lo sorprendió. No creía haber avanzado tanto.

—¡Le di, Ulo! —dijo mientras se enjugaba los ojos con la manga—. ¡Le partí la cabeza al demonio negro...!

Piet se quedó helado cuando abrió los ojos y vio exactamente cuál era el cráneo que había partido. Los ojos sin vida de Ulo lo miraban fijamente, vidriosos y vacíos. El hacha de Piet estaba clavada en un lado de la cabeza de su amigo y todavía manaba sangre por el arma.

Piet se sacudió, convulsionado por un espasmo, y evitó vomitar cubriéndose la boca con la mano. Soltó el hacha que seguía clavada en la cabeza de su amigo y se dejó caer al suelo.

Al alzar la vista vio al elfo oscuro que lo miraba, sin hacer el menor movimiento para acabar con él, aunque le hubiera resultado muy fácil. Piet miró a los ojos oscuros de la criatura y tuvo la desazonadora sensación de que el drow no sólo estaba complacido por haber hecho que Piet matara a Ulo, sino que además estaba pensando en volver a intentar algo semejante.

—¡Hombres! —llamó Piet con voz quebrada.

Quería ponerlos sobre aviso, pero tenía la garganta atenazada y le costaba hacer salir las palabras. Al mirar a los otros cuatro leñadores, Piet vio al enorme demonio de pelaje gris desgarrar la garganta de Arkam con una mano, como si estuviera sacando un puñado de manteca de una olla. La sangre saltó por todas partes, y Arkam estaba muerto antes de que su cuerpo empapado en sangre tocara el suelo.

En cuanto Piet vio a las dos extrañas criaturas irrumpir a través de la ventana, supo que las cosas iban a acabar mal para el grupo de leñadores, pero había algo en la forma en que se estaban desarrollando las cosas, en la manera displicente en que el demonio gris había abierto la garganta de Arkam, y en la forma intrigante, casi mezquina, en que el elfo oscuro había hecho que Piet matara a su propio amigo, que le daba a todo un aspecto demasiado personal, como si hubieran llegado allí por esa razón.

A Piet habían dejado de sudarle las manos. Seguía teniendo las mandíbulas apretadas, pero ahora por otro motivo. La sangre le hacía zumbar los oídos. El elfo oscuro estaba observando mientras el demonio jugaba con Ansen, Kinsky y Lint. Ni siquiera pensaba que valiera la pena vigilar a Piet.

«Ése —pensó Piet— es tu segundo y último error, drow».

Piet se tragó la bilis que le afluyó a la garganta cuando apoyó el pie, calzado con una pesada bota, sobre la cabeza abierta de su amigo Ulo y empujó al tiempo que tiraba del mango del hacha. El arma salió haciendo un horrible ruido como de succión, pero Piet se sobrepuso.

Hacha en mano, Piet se puso de pie y arremetió contra el elfo oscuro. El escurridizo drow volvió a esquivarlo con tal rapidez y facilidad que Piet pensó que debía de tener ojos en la espalda. Sin arredrarse, el leñador descargó un nuevo hachazo que sólo cortó el aire. El drow se limitaba a esquivar los golpes en una danza hacia atrás, sin molestarse siquiera en parar el hacha con su espada. Sólo retrocedía, o

daba un paso a un lado o a otro mientras Piet atacaba una y otra vez.

Por fin, Piet desistió. Los pulmones le ardían. Trató de hablar pero no pudo. Quiso correr, pero, después de todo un largo día cortando árboles, sentía las piernas como palillos a punto de quebrarse. No pudo hacer otra cosa que estar allí y observar al elfo oscuro, que contemplaba la escena mientras aquel ser demoníaco mataba al resto de los hombres que había en la taberna.

El demonio tenía en sus manos, las dos más grandes de las tres que tenía, una de las pesadas mesas de roble, y tenía a Ansen, Kinsky y Lint acorralados contra la pared. La antorcha quemaba la cara de Ansen, el mango del hacha presionaba la garganta de Kinsky, y la lanza de Lint se sacudía impotente desde detrás de la mesa, dejando profundos surcos en las vigas del techo.

Los hombres gruñían y tosían. Ansen gritó. De su pelo salía humo, y alrededor de su ojo derecho la carne se chamuscaba y empezaba a desprenderse.

—Basta —dijo Piet con voz ahogada.

El drow y el demonio ni se molestaron en mirarlo.

—Basta... —gimió, y estaba a punto de tirar el hacha cuando la puerta se abrió de golpe y cinco hombres se agolparon tratando de entrar en la taberna.

Piet los conocía: Nedreg, el hombre alto de Sembia, que era uno de los dos del campamento que tenían una espada; Kem, de Cormyr, dueño de la otra espada, era de escasa estatura y odiaba tanto a Nedreg como éste lo odiaba a él; Raula, la única mujer del campamento, tenía una lanza que según ella era mágica, aunque nadie le creía; Aynd, el marido de Raula, tenía un lanza que estaba tan doblada que le decía a todo el mundo que era un desecho del ejército impilturano que había encontrado al borde de una carretera.

El primero de los cinco que entró en la estancia era el capataz del campamento: un hombre corpulento llamado Rab, que afirmaba haber sido sargento en el ejército cormyreano y haber participado en la batalla en que mataron al rey Azoun. Todo el mundo se creía todo lo que contaba porque todos le tenían miedo. A Piet nunca le había caído bien, pero al verlo entrar en la taberna, blandiendo su enorme hacha, Piet pensó que era lo más hermoso que había visto en su vida.

En ese momento, y sin ningún motivo que Piet consiguiera entender, el elfo oscuro lo atacó por fin. El espadón se movía con tal rapidez que Piet casi ni lo veía. De todos modos, conseguía evitarlo. Trataba de pararlo con el hacha, pero el elfo oscuro ni siquiera la tocaba. Su espadón la rodeaba, la pasaba rozando, la evitaba.

Piet había dado unos diez pasos incluso antes de darse cuenta de que estaba caminando. Se había acercado más al demonio de lo que hubiera deseado, pero el monstruo seguía empujando la mesa tras la cual estaban atrapados Ansen, Kinsky y Lint. Ansen seguía gritando. El tono de su voz tenía ahora un tinte más desesperado, más agudo, y Piet se sorprendió deseando que muriera pronto. Era lo más humano.

Daba la impresión de que los otros dos querían gritar pero no podían. El demonio echó una mirada a los hombres que estaban a la puerta, vacilantes, tratando todavía de entender lo que estaba sucediendo. El demonio supo aprovechar su vacilación y empujó todavía más fuerte. Piet vio cómo se tensaban sus piernas y cómo clavaba en el suelo sus afiladas garras. A Kinsky se le salieron los ojos de las órbitas de las que brotaron sendas cascadas de sangre. Lint tosió y expulsó una bocanada de sangre, borboteó y murió. Kinsky intentó gritar. La taberna se hizo eco de una serie de ruidos crepitantes y el hombre cayó inerte al suelo. Ansen por fin dejó de gritar, aunque seguía ardiendo.

Rab y los demás cargaron contra el demonio. Piet ni siquiera estaba seguro de que hubieran visto al elfo oscuro.

—¿Por qué? —preguntó Piet al drow, que observaba mientras los demás atacaban al demonio—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Por qué nos hacéis esto? ¿Qué queréis?

El elfo oscuro se volvió hacia él y arqueó una ceja y miró al hombre con altivez, aunque éste le sacaba casi una cabeza.

—¿Qué buscáis aquí? —volvió a preguntar Piet.

—Nada —dijo el drow en lengua común con un extraño acento.

Piet tuvo vaga conciencia de un movimiento por debajo de su línea visual, algo así como si el elfo oscuro se hubiera encogido de hombros, y a continuación notó que algo líquido le corría por el cuello, un líquido caliente que se derramaba sobre su pecho. Piet se llevó una mano a la garganta y sus dedos palparon un chorro de sangre caliente que salía de su garganta. Cuando trató de hablar, los pulmones se le llenaron de sangre y se le nubló la vista.

El elfo oscuro apartó la vista del hombre moribundo, y Piet se dio cuenta de que el drow no volvería a pensar en él. No vivió lo suficiente para decidir si eso le importaba o no.



Ryld no volvió a pensar en el hombre muerto. Habían entrado otros cinco, y aunque Jeggred había despachado a los tres primeros humanos casi sin esfuerzo, entre los recién llegados había al menos uno que daba la impresión de que realmente sabía luchar. A Ryld ni se le ocurrió la posibilidad de que Jeggred no fuera capaz de ocuparse de ellos, incluso del que blandía la gran hacha, pero los cinco conseguirían entretener un rato al draegloth, y con eso le bastaba.

Enfundó la espada, y antes de que el arma hubiera entrado totalmente en su vaina, sus pies ya habían abandonado el suelo en un salto hacia la ventana por la que intentaba salir. Casi lo consiguió, pero alguien lo cogió por un pie. Sin necesidad de mirar supo que era Jeggred.

El draegloth tiró fuerte del pie de Ryld, y revolviéndose, el maestro de armas le

dio al draegloth un puntapié en toda la cara. La cabeza de Jeggred fue a golpear contra uno de los humanos que acudían corriendo, uno que estaba armado con una espada, y que aprovechó la oportunidad para tratar de herir al semidemonio. La espada se enredó en la melena de espeso pelo blanco del draegloth, que todavía estaba húmeda.

Otros dos humanos atacaron al demonio con sus lanzas por la espalda desde uno y otro lado. Las lanzas se hundieron en la carne de la criatura y Jeggred dejó escapar un fuerte gruñido. Soltó a Ryld, que aterrizó de pie, frente al draegloth. Los humanos recuperaron sus lanzas, y Jeggred y Ryld intercambiaron una mirada por la que se pusieron de acuerdo en que Jeggred se haría cargo del hombre y la mujer armados con lanzas. El de la espada retiró su arma para clavársela al draegloth por la espalda.

Jeggred giró en redondo, lanzando lejos a los dos humanos armados con lanzas. El humano de la espada acabó enfrentado a Ryld.

—El draegloth os matará a todos —dijo Ryld, más o menos seguro de estar usando la lengua común con propiedad.

Al humano parecía asustarle más el hecho de que Ryld hablara su lengua que su condición de elfo oscuro. Ése fue un error que el hombre no volvería a cometer.

—No lo hagas —le advirtió Ryld cuando el hombre blandió su espada para descargarla sobre él.

Con un suspiro de impaciencia, Ryld trazó un rápido arco con su espada por delante y cercenó el brazo con que el hombre sostenía el arma. El hombre retrocedió con los ojos desorbitados fijos en la sangre que salía a borbotones de su muñón. Miró a Ryld y sus miradas se cruzaron un instante. Daba la impresión de que el hombre estaba esperando que Ryld dijera algo, que le explicara por qué le había cortado el brazo. Los humanos eran muy extraños.

Ryld se encogió de hombros. El hombre abrió la boca para decir algo y cayó muerto.

La mujer humana intentó clavar su lanza en Jeggred, pero éste se la arrebató y la quebró como si fuera una astilla. La mujer retrocedió alzando las manos en un débil intento de evitar el ataque del semidemonio.

Ryld contuvo la risa. En lugar de eso se inclinó rápidamente y desprendió la mano del muerto que había quedado adherida a la espada. Tuvo que romper varios dedos para liberar el arma, pero la verdad es que al hombre ya no le importaba.

El que tenía la otra lanza fue a por Jeggred con furia renovada, tratando infructuosamente una y otra vez de herir al draegloth, que lo evitaba dando saltos y jugando con él. La mujer se tapaba la boca con las manos, aparentemente preocupada por lo que pudiera sucederle a ese hombre. Había algo en su expresión que Ryld reconoció y lo llevó a arrojarle la espada que había arrebatado al hombre muerto. Ella no se dio cuenta de la espada que iba hacia ella hasta que estuvo a mitad de camino,

pero la cogió de todos modos.

La mujer miró hacia Ryld y éste le señaló con un gesto al draegloth.

—¡Ocúpate del elfo oscuro, muchacha! —le gritó el hombre que portaba el hacha enorme.

Ese hombre había estado gritando órdenes todo el tiempo, pero Ryld no había prestado mucha atención. Oír que alguien ordenaba su muerte no era una experiencia a la que Ryld fuera ajeno, pero había algo en las actuales circunstancias que le resultaba frustrante. Acababa de proporcionarle un arma... ¿Qué importancia tenía que la hubiera cogido del brazo seccionado de uno de sus camaradas?

La mujer vaciló, miró primero la espada como si no supiera muy bien qué hacer con ella y después miró a Jeggred. El draegloth salió al encuentro del hombre con la lanza, esquivó con habilidad el arma y cogió la cabeza del leñador con una de sus manazas. Con un giro de muñeca y un movimiento del codo, la cabeza del hombre se separó de los hombros, lo que provocó un torrente de sangre.

La mujer gritó. Ryld se sobresaltó. El grito estaba impregnado de emoción, algo que Ryld no había oído muy a menudo en Menzoberranzan. Miró a la mujer y ella le devolvió la mirada. El llanto bañaba su rostro cuando volvió a mirar al draegloth, que estaba respondiendo al ataque del hombre de la enorme hacha.

La mujer dejó caer la espada y salió corriendo. Pasó junto a Jeggred y al hombre del hacha, y salió dando tumbos por la puerta. Ryld oyó sus pasos alejándose en la noche.

El maestro de armas tuvo ganas de seguirla.



Rab Shuoc había nacido en el Año del Gran Halcón en la ciudad cormyreana de Arabel. Allí se había criado como hijo que era de un guardián de la ciudad, y había pasado su niñez cazando ratas con sus amigos en los callejones y acompañando a veces a su padre en sus rondas por los barrios más ricos. Ninguno de los que lo conocían se sorprendió cuando se incorporó al ejército. Rab era leal al reino en que había nacido y al rey, al que admiraba más que a nadie, con excepción de su padre.

Fue ascendiendo lentamente y era sargento cuando los ghazneths y los goblins atacaron Cormyr y arrasaron Arabel. A punto estuvo de morir en la batalla en la que mataron al rey, y asistió al incendio de la ciudad en que había nacido. Su padre resultó muerto cuando le cayó encima parte de un edificio. Desaparecidos el rey y su padre, y sin familia que lo mantuviera ligado a ningún lugar, Rab simplemente se alejó.

En los años que siguieron fue primero mercenario, matón de taberna, posadero y armero antes de ser leñador. Era fuerte e inteligente, de modo que pronto se convirtió en capataz. Sus jefes le pagaban una suma considerable en oro por reunir grupos para

internarse con ellos en algunos de los lugares más peligrosos de Faerun en busca de maderas exóticas. Pronto se hizo una sólida reputación entre los propietarios de los aserraderos y entre los leñadores como líder justo, pero duro, que sabía conseguir que se hiciera un buen trabajo, y Rab siempre había sabido responder a su fama.

Durante aquellos duros cuarenta y seis años de vida, Rab Shuoc había renunciado a muchas cosas. Había habido mujeres, pero nunca una esposa ni hijos. Desde la guerra, ni siquiera tenía un lugar propio. Casi nunca trabajaba con los mismos hombres más de una temporada y no tenía amigos.

No era el tipo de hombre que se preocupase de su propia felicidad. Ni siquiera esperaba ser feliz. Sólo quería vivir, trabajar y que lo dejaran solo.

Cuando entró en el refugio común y vio a algunos de los hombres de su cuadrilla muertos a manos de un elfo oscuro y de algún demonio gigantesco supo que si quería vivir tendría que luchar más duro de lo que había luchado jamás. Con ese pensamiento por delante se dirigió hacia los intrusos y se dispuso a afrontar los últimos treinta segundos de su vida.

Raula había sido lista al huir, y Rab le permitió que lo hiciera. El elfo oscuro la miró irse, y el demonio no le hizo ni caso. La enorme criatura de pelaje gris fijó sus ojos rojos como brasas en Rab y avanzó hacia él. Rab enarboló su enorme hacha y salió al encuentro del demonio. Era consciente de que también se enfrentaba al drow.

El drow era más rápido que el demonio y movía su enorme espadón de una manera salvaje. Rab estaba seguro de que podía repeler su asalto con facilidad y sujetó el mango del hacha con ambas manos para que frenara el golpe de la espada, pero no fue así.

El extremo del espadón no estaba donde se suponía que debía estar. A Rab le parecía imposible que alguien pudiera mover un arma tan pesada con semejante rapidez, pero aquel extraño elfo oscuro lo conseguía, y fue Rab quien pagó el precio. La punta de la espada abrió una profunda herida de lado a lado en el pecho del leñador. El dolor fue lacerante y empezó a manar sangre, y en el medio segundo que duró su conmoción, el demonio se apoderó de su hacha.

Lo habían desarmado en otras ocasiones, pero jamás un oponente le había quitado el arma de la mano de esa manera.

Mientras trataba de explicarse aquello, sucedió algo todavía más extraño: el elfo oscuro hundió su espadón en la espalda del demonio produciéndole una herida profunda que hizo manar sangre con profusión y arrancó a la criatura un rugido. El drow dijo algo en una lengua que Rab no sólo no entendió sino que ni siquiera reconoció. Daba la impresión de que en la expresión del drow no había ira ni ningún tipo de emoción, pero era indudable que estaba tratando de matar al demonio.

El monstruo se volvió hacia el elfo oscuro, mucho más pequeño que él, y Rab retrocedió. Sólo consiguió dar un paso antes de que el demonio se diera la vuelta y lo

agarrara por la camisa llevándose al mismo tiempo algo de piel. La criatura levantó a Rab, que pesaba bastante más de cien kilos, por el aire sin la menor muestra de esfuerzo.

Rab trató de arañar la enorme mano del monstruo, pero su piel parecía de acero recubierto de piel. Rab nada podía hacer, más que preguntarse cuáles serían las intenciones del monstruo. Se volvió como una centella hacia el elfo oscuro, que lo esperaba espada en ristre. El demonio sostenía todavía la enorme hacha de Rab en una mano, pero daba la impresión de que se había olvidado de ella.

El demonio arrojó a Rab contra el elfo. El humano emitió un sonido incoherente, aterrorizado, que lo mismo podía haber sido un grito que un alarido. Ni siquiera lo sabía. Era el sonido de un hombre que sabe que tiene menos de un segundo de vida y que no puede hacer nada.

Rab quedó ensartado en el espadón de Ryld. Sintió cada centímetro del frío acero que le atravesó el pecho. Cosa extraña: no le dolió.



Ryld sostuvo al humano en alto con la vista fija más allá, en el draegloth. El hombre murió tratando de establecer contacto visual con él, una conducta común entre los humanos que Ryld no conseguía entender. Ryld bajó la punta de la espada con la esperanza de que el hombre se escurriera hacia el suelo, pero tuvo que volver a levantarlo para evitar el golpe del hacha con la que Jeggred lo atacaba.

La enorme hacha golpeó a *Tajadora* y la cortó limpiamente. Ryld no podía entenderlo, y de pronto sintió que le hervía la sangre para helársele en las venas a continuación. *Tajadora* estaba rota. Su poderosa espada. El arma a la que prácticamente había dedicado su vida, en torno a la cual había desarrollado su capacidad durante años, estaba destruida.

Seguramente el hacha del hombre estaba encantada.

El hombre se deslizó de lo que quedaba de la espada, y la repentina pérdida de su peso hizo que Ryld cayera de espaldas. Soltó la espada partida, que cayó al suelo ruidosamente.

El maestro de armas trató de coger su espada corta y casi tenía los dedos en la empuñadura cuando el hacha cayó otra vez sobre él, partió su pectoral de mithril como si fuera de pergamino y se enterró en su pecho. Ryld sintió el peso del arma no sólo sobre él, sino también dentro de él. No sintió dolor, sólo una presión pesada, uniforme.

El draegloth lo miraba desde arriba. De sus colmillos descubiertos caían hilos de baba y sus ojos relucían al resplandor rojizo de las antorchas.

Ryld trató de respirar, pero no pudo. El aire no pasaba por su garganta. Trató de decir algo, pero no consiguió articular palabras. Por otra parte, no sabía qué decir.

Había dado la espalda a todo por una mujer a la que ni siquiera conocía, una mujer que había elegido un camino que inevitablemente la conduciría a su propia destrucción, tal como lo había empujado a él a la suya. Algo en él deseaba que lo hubiese matado otro que no fuera aquel asqueroso semidemonio, pero también estaba orgulloso de que hubiera sido necesario un draegloth para acabar con él. Casi le hubiera gustado dar las gracias a Jeggred por haber luchado con él en primer lugar. Era más de lo que merecía.

Jeggred se acercó más y Ryld dio las gracias por no poder respirar, ya que así no podía oler el aliento del semidemonio.

Jeggred se apoyó sobre la hoja del hacha y rompió el pecho de Ryld abriéndolo en dos. La sensación superó todo dolor imaginable, una agonía enloquecedora a la que sólo la muerte podía poner fin. Vio cómo el draegloth hurgaba en su pecho. Su cuerpo empezó a convulsionarse de una manera imparable. El draegloth palpó y buscó en el interior de su pecho y a Ryld se le nubló la vista.

Cuando Jeggred retiró la mano, Ryld Argith, maestro de Melee-Magthere, recuperó la vista el tiempo suficiente para ver que su corazón todavía latía cuando el draegloth empezó a comérselo.



El corazón del maestro de armas era fuerte, y Jeggred saboreó su textura y su sabor. Ryld Argith había sido un digno adversario, una buena presa, y al draegloth le habría gustado quedarse más tiempo y seguir devorándolo. El drow ya había muerto cuando Jeggred acabó de comerse su corazón, y sabía que Danifae y los demás lo estaban esperando.

Sin tomarse el trabajo de limpiarse la sangre, el barro y la savia que lo cubrían, el draegloth tocó el anillo que le había dado Danifae y valiéndose de su magia regresó a Sschindylryn.

Capítulo veintiuno



—Ryld Argith está muerto —le dijo Danifae a Quenthel mientras miraba furtivamente a Pharaun.

El mago estaba sentado en silencio, con las piernas plegadas, frente al palo mayor. Ni siquiera le devolvió la mirada, daba la impresión de que sus palabras no habían suscitado en él reacción alguna. Danifae se mordió el labio inferior y sus ojos miraban alternativamente a Pharaun y a Quenthel.

—¿Y? —inquirió la Señora de Arach-Tinilith.

—Lo maté yo —dijo Jeggred con voz sorda.

Danifae miró al draegloth, cuyos ojos estaban fijos en Pharaun. El mago seguía sin moverse y en ningún momento los miró ni a Jeggred ni a ella. Danifae había prometido perdonar al maestro de armas, pero había mentido, y ahora casi esperaba que el mago la redujera a cenizas allí mismo por su traición; pero, o estaba demasiado ocupado con sus preparativos para el viaje, o no le importaba... o estaba planeando algo para más tarde.

—¿Y Halisstra Melarn? —preguntó Quenthel.

—Despedacé su cadáver —prosiguió Jeggred pasando por alto la pregunta de su tía— y después me comí su corazón. Casi no queda de él nada más grande que un bocado sobre aquel agujero cenagoso y helado.

—Sí —dijo Danifae, sonriendo al draegloth, que no apartaba la vista de Pharaun—, bueno, dejando eso de lado, Halisstra ha hecho lo impensable. Ahora ya no queda ninguna duda de que disfruta de la protección de Eilistraee.

—¿Tienes pruebas de eso? —preguntó Pharaun, con voz más apagada, algo más débil, o quizá sólo con tono de aburrimiento.

—Ella misma me lo dijo —respondió Danifae, que seguía mirando a Quenthel.

—Es cierto —añadió el draegloth.

Quenthel se volvió hacia Jeggred con el rostro crispado y los ojos llameantes. A pesar de todo, se veía diminuta frente a la enorme criatura.

—¿Cómo puedes saberlo, estúpido? —le soltó—. No te hemos traído aquí para que pensaras.

—No —replicó el draegloth sin inmutarse ante la ira de la suma sacerdotisa—. Me trajisteis para que actuara. Me trajisteis para luchar y para matar. ¿Cuánto de eso he hecho, mi queridísima tía?

—Tanto —contestó Quenthel con una voz que era casi un rugido— o tan poco como yo te ordeno. Como yo y sólo yo te ordeno, no Danifae.

Jeggred la miró desde su altura. Sus músculos estaban tensos, a la expectativa de lo que pudiera suceder.

—La señora Danifae —dijo— al menos lo está intentando. Está actuando...

—Sin que yo le dé órdenes directas. —Quenthel acabó la frase por él.

Danifae temía que Jeggred pudiera continuar, por eso se decidió a intervenir.

—Sólo lo hice en tu nombre, señora.

Quenthel alzó una ceja y se acercó a Danifae.

—Creo que ya hemos hablado de eso ¿no es cierto, cautiva de guerra?

—Ya no soy cautiva de nadie, señora —replicó Danifae—, pero sigo sirviendo a Lloth.

—¿Llenándole la cabeza a mi draegloth? —dijo la suma sacerdotisa.

Danifae sintió un estremecimiento por todo el cuerpo.

—No —dijo—, Jeggred me ayudó a ayudarte.

—¿A ayudarme? —inquirió la suma sacerdotisa.

El draegloth se dio la vuelta decidiendo que era mejor desaparecer. Encontró un lugar cerca de la proa y se sentó allí con la cabeza gacha. Quenthel seguía mirando a Danifae como a la espera de una respuesta.

—Señora —dijo Danifae—, no tengo patria. Dijiste que me llevarías contigo a Menzoberranzan si te servía. Precisamente por ésa y por muchas otras razones hice lo que hice.

—¿Te lo pedí yo acaso? —rugió Quenthel—. ¿Te envié yo a hacer eso?

Esta vez fue Danifae quien alzó una ceja y esperó.

Quenthel respiró hondo y apartó la vista de la ex cautiva de guerra para mirar a las aguas oscuras, absorta en sus pensamientos.

—Mi lealtad es para Lloth —dijo Danifae— y para la casa en la que naciste.

—En la casa Baenre —dijo Quenthel con tono helado— no hay lugar para oportunistas, traidores o cautivos de guerra.

—Creo que podréis daros cuenta, señora —dijo la antigua sirvienta—, de que no soy ni una oportunista, ni una traidora... ni una prisionera de guerra. No soy yo la que danza bajo la mirada de Eilistraee. Yo estoy aquí, y estoy dispuesta a servirte, a servir a Lloth, a servir a Arach-Tinilith, a Menzoberranzan, y a toda la nación de los elfos oscuros...

—Está bien —dijo Quenthel sarcástica—. Déjalo ya, no necesito que nadie me dore la p...

—Yo jamás, señ...

—Cállate de una vez, muchacha —dijo la Señora de Arach-Tinilith—. Si me interrumpes otra vez, probarás veneno.

Danifae tuvo toda la impresión de que era una amenaza vacía, pero de todos modos se calló, aunque no le resultó fácil. Había tantas cosas que ardía por decirle a Quenthel Baenre... pero decidió que era mejor decírselas a su cadáver. Además, las víboras que Quenthel tenía a sus órdenes seguían siendo peligrosas, y las cinco la miraban con el mortal veneno en la punta de sus lenguas prestas a saltar.

—Escuchad todos —dijo Pharaun desde donde estaba sentado, con los ojos cerrados—. Ahora que estamos todos aquí... o al menos lo que queda de nosotros... nos pondremos en camino.

»Tal como ordenó la señora —añadió.

Danifae respiró hondo y echó una última mirada al temible Lago de las Sombras.

—Estamos preparados, maestro Pharaun.

Quenthel se volvió a mirarla, pero sólo por el rabillo del ojo. Las emociones que se reflejaban en esa mirada hicieron que Danifae se estremeciera. La Señora de Arach-Tinilith estaba aterrorizada.



El barco empezó a moverse respondiendo a la voluntad de Pharaun, y el mago tuvo un estremecimiento. A través de su conexión con él, podía sentir el frío del agua, el calor de su propio cuerpo y de los cuerpos de sus camaradas en cubierta, y además a los demonios menores que todavía estaban en proceso de digestión en el espacio infernal transdimensional que era la bodega de carga del barco. Todo eso le producía una mezcla desusadamente placentera de sensaciones.

Las tranquilas aguas ondeaban y golpeaban contra el casco de hueso mientras el barco surcaba lentamente la superficie del lago. Aparte de eso, nada cambió al principio.

Aquí las paredes son delgadas, susurró Aliisza en su mente.

Es cierto, reconoció él.

Las paredes a las que se refería la semisúcubo eran las barreras entre los planos. En algunos lugares y en determinados momentos esas barreras se hacían más delgadas y a menudo llegaban a romperse. El Lago de las Sombras estaba muy próximo al Plano de la Sombra. Las barreras entre los dos planos eran allí especialmente finas.

Está bien que empieces lentamente, transmitió Aliisza. *No tardaremos mucho en deslizarnos hacia el interior de las s...*

Ya estaban dentro.

Incluso a Pharaun, que tenía bastante experiencia en viajes entre planos, lo tomó por sorpresa. Al pasar del Lago de las Sombras a la Linde de la Sombra, Pharaun vio el poco color que había en la caverna.

El movimiento del barco era suave pero azaroso. La cubierta ascendía

suavemente para caer a continuación de la misma manera, después descendía, pero menos, y volvía a ascender en proporción, para volver a caer menos todavía. Pharaun no se daba cuenta de si, considerado en conjunto, subían, bajaban o seguían igual. A veces se deslizaban hacia un lado o se balanceaban suavemente hacia el otro. Su estómago seguía los movimientos del barco y la sensación de náusea iba en aumento.

No cabalgues en él, le aconsejó Aliisza. Identifícate con él.

Pharaun se concentró en la cubierta, en las palmas de sus manos, apoyadas contra el hueso caliente, vivo. Observó cómo pasaban por su conciencia recuerdos inconexos de las almas devoradas y después miró con más profundidad el propio barco. Aunque el barco vivía, no pensaba. Sintió que reaccionaba a estímulos, cabalgando sobre las frías aguas del lago hacia las aguas heladas de la Linde. Sabía que había cruzado hacia el Plano de la Sombra, pero no podía formar la palabra «sombra». Al barco no le gustaba la Linde de la Sombra, pero no la temía ni la detestaba. Todo lo que hacía era surcar las aguas de un universo a otro a las órdenes del maestro de Sorcere.

A Pharaun se le asentó el estómago.



Valas había viajado antes a la Linde de la Sombra y no lo impresionaba. Era un mundo sin color y sin calor, dos cosas por las que, de todos modos, el explorador no sentía gran aprecio. A cada vuelta en las cavernas de la auténtica Antípoda Oscura le correspondía necesariamente una vuelta en la Sombra, pero la distancia y el tiempo estaban distorsionados allí, razón por la cual eran menos predecibles, menos tangibles.

A él lo habían contratado para guiar la expedición por la Antípoda Oscura, pero ya la habían dejado atrás. Estaban en un reino más adecuado para el mago, de camino a un mundo que sólo una sacerdotisa podía apreciar. Se acercaba el momento de que Valas Hune se hiciera a un lado.

Entre las baratijas y talismanes que adornaban su chaleco había un camafeo que llevaba cabeza abajo. Echó una mirada en derredor, asegurándose de que nadie lo estuviera mirando. Todos estaban demasiado ocupados observando con estupor lo diferentes que eran el aire y el agua, obsesionados con la sensación del barco que avanzaba por el agua-sombra, como para reparar en él. Tocando el camafeo con un dedo, el explorador susurró una única palabra y cerró los ojos mientras lo invadía el vértigo.

Tras haber enviado su mensaje a sus superiores de Bregan D'aerthe, un simple mensaje que ellos interpretarían más o menos como «aquí ya no me necesitan», Valas soltó el camafeo y se dedicó a asombrarse, como los demás, de las diferencias a veces sutiles y otras enormes del mundo que los rodeaba.

Los de Bregan D'aerthe responderían a su tiempo.



Danifae casi no podía contenerse. La sensación de la cubierta cabeceando bajo sus pies era emocionante. La desaparición del color del mundo a su alrededor resultaba estimulante. Pensar que estaban en camino y que hasta el momento todo lo que había planeado se había hecho realidad, la excitaba. La presencia del draegloth a su lado la tranquilizaba.

Jamás se había sentido mejor en su vida.

—El mago lo vengará —gruñó Jeggred, lo que para un semidemonio de su tamaño era un susurro.

—El mago hará lo que más le convenga al mago —replicó Danifae.

—No entiendo lo que quieres decir —dijo el draegloth.

A Danifae no se le escapó el tono de frustración que había en su voz.

—Tú no le tienes miedo —dijo—, ya lo sé. Olvídate del mago. No pondrá en peligro su vida por defender a Ryld Argith, que al fin y al cabo está muerto y ya no le sirve a nadie. En este mismo momento, si no está demasiado ocupado pilotando el barco, está llegando a la conclusión de que el maestro de armas nos ha abandonado a todos, incluso a él. De modo que al infierno con él.

—Y al Abismo con nosotros —dijo el draegloth—, a merced de Pharaun.

—Pharaun no tiene más merced que tú o que yo, Jeggred —dijo Danifae—, pero ha recibido órdenes del archimago y tiene sus propias razones para seguir con la expedición. Si pone algo en peligro en algún momento en el Plano de la Sombra, el Astral o el Abismo, morirá. Hasta entonces, quiero que lo dejes tranquilo.

—Pero...

—No, Jeggred —dijo Danifae volviéndose para mirar al draegloth directamente a los ojos. En la apagada penumbra de la Linde de la Sombra, sus ojos tenían un color carmesí más brillante que nunca—. No lo tocarás a menos que yo te lo diga, e incluso así, sólo de la manera que yo te diga.

—Pero, señora...

—Basta ya —dijo la ex prisionera de guerra con tono decidido y terminante.

Hubo un momento de silencio interrumpido sólo por el crujir del maderamen y por el extraño eco del agua que chocaba contra el hueso vivo del barco del caos.

—Como digas, señora —dijo el draegloth.

Danifae tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.



Te acostumbrarás al movimiento después de un tiempo, señora, la tranquilizó

Yngoth. *Llegará un momento que ni lo notarás.*

Las víboras podían hablarle, directamente a su mente, pero Quenthel no sabía que podían sentir lo que ella sentía. No había dicho, ni en voz alta ni telepáticamente, lo incómoda que la hacía sentir el movimiento ondulante de la cubierta.

Es el movimiento del agua que nos hace subir y bajar, aclaró K'Sothra.

Quenthel hizo caso omiso de lo que decía y optó por mirar hacia la fría penumbra de la Linde de la Sombra.

—Atención todos —dijo Pharaun. Su voz sonaba distante y reverberaba en el extraño entorno—. Vamos a cruzar a la Sima de Sombra. Allí acechan peligros... criaturas, inteligencias... No se os ocurra asomar los brazos ni las piernas fuera de las barandillas en ningún momento. Tratad de no establecer contacto visual con nada que se nos cruce. Estad preparados para todo tipo de efectos y toda clase de extrañas criaturas.

Sólo un mago, susurró Zinda, podría hacer advertencias tan vagas y sin sentido. ¿Acaso espera que alguno de nosotros salte por la borda en la Sima de Sombra?

Tiene razón, sostuvo Yngoth. La Sima de Sombra oculta muchos peligros.

—Sujetaos a algo —aconsejó el maestro de Sorcere.

Tal vez el draegloth podría evitar que te cayeras, señora, aconsejó Hsiv.

La boca de Quenthel esbozó una sonrisa sarcástica y dio un pellizco a la ofensiva víbora en la garganta. Se volvió a mirar al draegloth. Danifae acariciaba con aire ausente su melena y Jeggred permanecía muy cerca de ella.

Quenthel apartó la mirada, haciendo lo posible por olvidar la escena. Se arrodilló sobre la cubierta y pasó los brazos por la barandilla de hueso y tendón. Apenas acababa de sujetarse cuando el mundo —o el agua— desaparecieron de debajo del barco.

Caían, y a Quenthel se le subió el estómago a la garganta. Apretó las mandíbulas y se limitó a sujetarse con fuerza, con el cuerpo tenso y dispuesto para la inevitable parada en el fondo de aquello en cuyo interior estaban cayendo, fuera lo que fuese.

Aquello duró un tiempo terriblemente largo. Por fin Quenthel empezó a relajarse, al menos un poco, aunque seguían cayendo y ella seguía sujeta a la barandilla como si en ello le fuera la vida. Quenthel recobró el sentido suficiente como para supervisar el resto de la expedición.

La cubierta del barco se alargaba y retorció como si de cada extremo tirara un poderoso pero descuidado gigante. Pharaun parecía muy lejano, Valas, muy cercano, y Danifae y Jeggred parecían suspendidos cabeza abajo. El draegloth se sujetaba a la prisionera de guerra por el brazo y con el otro se asía a la barandilla.

A su alrededor unas sombras negras se agolpaban en torno al cordaje, por encima y por debajo del casco, y entre los elfos oscuros que seguían cayendo. El aire formaba ondas negras y grises, y se oía un rugido sordo, como si fuera viento pero sin serlo,

que la dejaba sorda. Las negras formas voladoras o eran murciélagos o sombras de murciélagos. Quenthel sabía que en la Sima de Sombra, las sombras eran las más peligrosas.

Estamos parando, dijo Qorra, y Quenthel supo que era cierto.

La sensación de caída había desaparecido. No es que ahora cayeran más lentamente, y lo cierto era que no habían tocado fondo, pero simplemente habían dejado de caer.

—Lo siento —se disculpó Pharaun con tono alegre—. Una transición un tanto brusca, pero tenéis que perdonar mi inexperiencia como timonel de una nave del caos.

Quenthel no lo perdonó, pero tampoco se molestó en decir nada. El barco estaba absolutamente quieto, como si hubiera aterrizado en suelo firme, y la suma sacerdotisa corrió el riesgo de echar una mirada por encima de la barandilla.

Se dio cuenta de que no se habían posado en el fondo, sino que habían parado en el aire, sobre un paisaje sobrecogedor de color gris lleno de siluetas de árboles vagamente traslúcidas. Aquellas cosas de sombra semejantes a murciélagos seguían surcando el aire a su alrededor.

—Ah —añadió Pharaun de repente—, y no toquéis a los murciélagos.

Quenthel sonrió pero se cuidó mucho de no tocar ningún murciélago-sombra.



Pharaun dirigió sus sentidos hacia la Sima de Sombra, usando las propiedades del barco del caos con la naturalidad propia de alguien que se había vuelto parte del demoníaco navío. Lo hizo del mismo modo que habría aguzado el oído para captar algún sonido distante.

Después de todo, la Sima de Sombra no es muy distinta de tu Antípoda Oscura, dijo Aliisza, *e igual que ésta, tiene sus propias normas.*

Pharaun asintió. Sólo pretendía tener un conocimiento superficial de esas normas. Siempre había sido lo suficientemente inteligente como para no perder el tiempo en la Sima de Sombra.

No vamos a detenernos ahora, dijo Aliisza.

Lo tocó en el hombro y Pharaun respiró hondo. Su contacto lo tranquilizó, y no sólo porque lo ayudaba a dominar y pilotar el barco. Muerto Ryld, estaba solo con un grupo de drows a los que les daba lo mismo que viviera o muriera. La semisúcubo podía ser más una enemiga que una amiga, pero a pesar de todo, Pharaun no podía evitar la idea de que era la única en la que podía confiar.

¿Puedes sentirlo?, preguntó Aliisza.

Pharaun se sintió azorado, pensó que se refería...

El portal, dijo ella. *¿Puedes sentirlo?*

Notó una sensación de levedad en la cabeza y un picor en la sien derecha que hizo que el barco girara y acelerara. Sus dedos se aferraron instintivamente a la cubierta.

Lo siento, respondió. La barrera es más delgada en ese punto. El barco la atravesará.

Sí, musitó la semisúculo.

Lo rodeó con un brazo y se pegó a su espalda. A Pharaun le empezó a latir el corazón un poco más rápido y eso lo divirtió. No la podía ver, pero sí la sentía, podía olerla y podía oír el eco de su voz en su cerebro. Le gustaba.

A una orden muda de Pharaun, el barco recorrió enormes distancias en saltos intangibles. El barco se deslizó atravesando el Plano de la Sombra más rápido de lo que debería haberlo hecho, comprimiéndose la distancia por debajo de él.

¿Volveremos a caer?, preguntó Pharaun a Aliisza cuando se acercaban al lugar en el cual la Sima de Sombra daba paso directamente a la extensión sin fin del Astral.

No, respondió ella, será diferente.

Y lo fue.

En un instante, el barco había pasado. La oscuridad de la Sima de Sombra, con su cielo negro y gris oscuro se transformó en una luz cegadora. Pharaun cerró los ojos instintivamente y se le llenaron de lágrimas. El barco se estremeció. Daba la impresión de que estaba siendo golpeado de lado. A Pharaun se le entrecortó la respiración y sintió una opresión en el pecho. ¿Miedo, acaso?

No tengas miedo, le susurró Aliisza.

A Pharaun le repugnó la palabra, pero tuvo que admitir que tenía miedo.

Consiguió abrir los ojos aunque le ardían, y la cabeza le dio vueltas, de tal manera que a punto estuvo de desmayarse. Había una extensión tan enorme de nada por todos lados que se sintió demasiado expuesto, demasiado vulnerable como para poder sentir otra cosa que no fuera tensión y nerviosismo.

El cielo que los rodeaba era gris, pero también tenía algo que Pharaun sólo podía describir como la esencia de la luz. No había ningún sol ni ninguna otra fuente identificable de luminiscencia. Simplemente había luz, una luz que venía de todas partes al mismo tiempo, saturándolo todo.

Unas franjas brillantes de luminiscencia multicolor reverberaban sobre el fondo de luz saturada, como auroras brillantes y caóticas.

El barco cabeceó y se estremeció, y Pharaun volvió a ponerse en tensión, preparado para que se partiera en dos. Apretó los dientes y cerró los ojos, y también hubiera cerrado los oídos de haber podido.

No, le advirtió Aliisza, no cierres los ojos. No te aísles.

Pharaun abrió los ojos, tratando de dejar a un lado el resentimiento que pugnaba por aflorar. No le gustaba que le dijeran lo que debía hacer, ni siquiera cuando sabía que lo necesitaba.

Ella lo abrazó más fuerte y le susurró al oído.

Piensa en ello, le dijo, *piensa su nombre*.

¿En ello?, le preguntó mentalmente.

—El Abismo —le susurró con su voz real, con los labios tan próximos a su oreja que Pharaun pudo sentir su roce sobre la piel sensible.

«El Abismo —pensó—. El Abismo».

Allí estaba.

—¿Qué es eso? —preguntó Quenthel.

—Vamos de cabeza hacia él —dijo el draegloth.

Pharaun rió e hizo avanzar el barco más rápidamente hacia la perturbación.

Eso es, sonó la voz de Aliisza en su mente.

Avanzaban hacia un negro torbellino. Era tan grande como la propia Sorcere, tal vez más. Era enorme. Cuanto más se acercaban, más se agrandaba, y no sólo porque se acercaban a él. Aquello crecía.

—No somos proyecciones —dijo Valas—. Si entramos ahí...

—Acabaremos donde queríamos ir —dijo Pharaun.

Su propia voz le sonó extraña, como si llevara siglos sin hablar.

Diles que se sujeten otra vez, le dijo Aliisza. *No les va a hacer falta, pero los tranquilizará*.

—Sujetaos —repitió el mago—. Sujetaos y no os soltéis, no sea que salgáis disparados por la borda y os perdáis en la extensión sin fin del Plano Astral por toda la eternidad, que quedéis a la deriva para siempre y nadie vuelva a veros o a saber de vosotros.

Aliisza rió entre dientes junto a su oído y su aliento le hizo cosquillas.

Se lanzaron directos al torbellino, y cuando el extremo de la proa golpeó contra el borde de la vorágine, se desató el infierno.

Literalmente.

Pharaun no pudo por menos de gritar cuando el barco empezó a girar tan violentamente que su cabeza amenazaba con romperse al golpear hacia adelante y hacia atrás. Sus manos parecían a punto de desprenderse de la cubierta. Algo lo golpeó en la parte posterior de la cabeza. Aliisza lo abrazó, luego lo soltó, luego volvió a abrazarlo. Le dolían mucho las piernas y un costado, no sabía con exactitud por qué. Los demás hacían ruidos también: gritaban, se quejaban, hacían preguntas que no podía entender y mucho menos responder.

—Es esto —le gritó Aliisza al oído. Seguía sin poder verla—. Por esto es por lo que habéis venido. Es éste el lugar al que veníais. Llegaste aquí por tus propios medios, pero ahora le toca al Abismo decidir si vivirás para recorrer su ardiente extensión. El Abismo decidirá si conseguiréis lo que queréis.

—¿Qué? —preguntó Pharaun—. ¿Qué quieres decir?

—Es el Abismo el que decide, Pharaun —dijo la semisúcubo, separando sus brazos de él—. No tú.

—Casi hemos llegado —dijo el mago—. Lo siento. Nos va a dejar entrar.

Yo no, le comunicó Aliisza mentalmente. *Yo te dejo aquí*.

—¿Por qué? —preguntó de viva voz y a continuación pasó a la comunicación mental. *Ven conmigo*.

La semisúcubo rió entre dientes antes de desaparecer, y Pharaun gritó una vez más. Gritó hasta que el rugido del torbellino se convirtió en nada y sus propios gritos retumbaron en sus oídos.

El barco dejó de girar pero siguió cayendo, acelerando la caída mientras Pharaun se afanaba por recuperar el control. Aliisza se había marchado, y su sutil ayuda, su presencia extra al timón, se habían ido con ella. Trató de pensar en algún conjuro, pero su mente, atada al barco que había sufrido daños de los que era vagamente consciente, se negaba a formar la lista de conjuros.

El cielo se había tornado rojo y había un sol tan enorme como apagado. El calor era asfixiante, y a Pharaun le costaba un gran esfuerzo respirar. El sudor le corría por todo el cuerpo, haciendo arder sus ojos y empapando sus antebrazos.

—¡Pharaun! —gritó Quenthel, con voz nerviosa y aflautada—. ¡Haz algo!

Pharaun pensó en una serie de respuestas mientras seguían cayendo en picado, cada vez más rápido, pero no se molestó en dar ninguna de ellas.

—¿Hacer algo? —no paraba de repetir. El mago rompió a reír, pero su risa se transformó en grito cuando el barco se puso cabeza abajo.

Debajo de ellos había una planicie que se extendía por todos lados interminablemente sin que se viera el horizonte. Teñida de rojo por el sol sin brillo, la arena reverberaba por efecto del calor. Por todas partes había profundos agujeros negros, miles de ellos... millones de ellos.

Pharaun sabía dónde estaban. Había oído descripciones.

Habían llegado al Abismo, a la Planicie de los Portales Infinitos.

Siguieron cayendo y cayendo, gritando y gritando hasta que dieron contra el suelo.

El barco del caos se hizo trizas, quedando reducido a astillas de hueso y fragmentos de tendón, y la vela de piel humana quedó hecha jirones. Todo era una cacofonía de golpes, estallidos, desgarros y crujidos. Los cuatro drows y el draegloth salieron despedidos del barco dando tumbos por el aire primero y rodando después por el suelo hasta parar sobre la arena ardiente.

Capítulo veintidós



Llovían almas.

Alrededor de Pharaun fantasmas transparentes caían del ardiente cielo sobre la arena bombardeada de la Planicie de los Portales Infinitos. Pudo identificar a representantes de mil razas diferentes. A algunos los reconoció, a otros no. Había representantes de todo, desde los kobolds más bajos hasta enormes gigantes, cientos de humanos y no menos duergars. Pharaun sólo esperaba que éstos vinieran directos del sitio de Menzoberranzan.

Algunos se acercaron a él, y el maestro de Sorcere se volvió a mirar. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba tirado de espaldas, mirando hacia arriba, sobre la arena insoportablemente caliente. La sombra etérea de un alma difunta pasó a su lado. El orco recién muerto miró hacia abajo, pero pareció no ver a Pharaun. Es probable que a la criatura no le importara. Iba camino de algún infierno para servir a su dios gruñón o príncipe demoníaco, probablemente como cena ligera. ¿Y qué si pasaba un elfo oscuro dormido por el camino?

Pharaun entrecerró los ojos, suponiendo que el orco le arrojase al pasar arena a la cara, pero sus pies eran tan insustanciales como parecían y no dejó ninguna señal de su paso sobre el suelo muerto. El maestro de Sorcere se sentó lentamente aunque protestaron una docena de músculos de los cuales había al menos tres que ni siquiera sabía que tenía.

Respiró hondo y miró a su alrededor.

El naufragio del barco del caos parecía extrañamente acorde con el entorno. Esquirlas de huesos blanqueados se elevaban como una línea más sustancial contra el rojo cielo. Las partes del barco por cuyas venas había circulado la sangre, que antes respiraban, yacían inermes y grises sobre la arena inclemente.

Jegfred estaba en el centro del barco naufragado, con su rebelde melena blanca agitada por el viento caliente. El draegloth miró a Pharaun, expectante. Parecía todavía más maltrecho y golpeado, y sangraba otra vez por una multitud de pequeñas heridas.

Danifae asomó por detrás del enorme semidemonio. Tenía en la mano un gran trozo de hueso roto y estaba cubierta de polvo y despeinada, pero nada más. La cautiva de guerra miró el fragmento de hueso que sostenía y luego, con aire ausente, lo arrojó al suelo, donde cayó entre una multitud de otros semejantes. Danifae siguió

la mirada de Jeggred hacia Pharaun.

El sonido de un suspiro sobresaltó al mago que, aún sentado, se dio la vuelta y vio a Valas en cuclillas cerca de él. No había visto ni oído al explorador acercándose.

—¿Estás herido? —le preguntó el mercenario.

La voz del explorador subía y bajaba en el viento, como distante, aunque los labios de Valas estaban a escasos centímetros del oído de Pharaun.

—No —respondió Pharaun dándose cuenta de que su voz resonaba de la misma manera—. Realmente estoy bien. Gracias por preguntar, maestro Hune.

—No soy maestro de nadie —respondió Valas, sin mirar al mago a los ojos.

Se puso de pie y empezó a caminar lentamente hacia los restos del naufragio.

—¿Ha visto alguien a Quenthel? —preguntó Pharaun.

—Te agradeceré —dijo Quenthel a sus espaldas—, que al referirte a mí digas «señora».

Pharaun no se molestó en darse vuelta. Quenthel pasó a su lado mirando todo en derredor, aparentemente olvidada ya del mago.

—Mis disculpas, señora —dijo el maestro de Sorcere—, estoy totalmente conmocionado después del choque. Fue impresionante, incluso para mí. Vaya entrada.

Los otros se limitaron a mirarlo con desprecio, excepto Valas, que se encogió de hombros y empezó a deambular entre los restos del naufragio.

—Sí, menuda entrada, pero lo que me preocupa es la salida —dijo Danifae—. ¿Cómo piensas llevarnos de vuelta?

Pharaun abrió la boca como para decir algo, pero la cerró inmediatamente.

No le contestó nada a Danifae, pero supuso que su silencio era explicación suficiente. Pharaun no tenía la menor idea de cómo iban a volver al plano en el que vivían, a su mundo, a su ciudad sin el barco del caos.

—Lloth proveerá —sentenció Quenthel.

Nadie miró a la suma sacerdotisa ni hizo comentario alguno sobre la poca fe que reflejaba su voz.

Danifae recorrió con la vista los alrededores y después levantó los ojos mientras los fantasmas seguían cayendo del cielo para formar columnas que después se lanzaban de cabeza a uno de la interminable serie de agujeros con aspecto de cráteres sin fondo que había alrededor de ellos, hasta donde alcanzaba la vista. Ninguno de ellos tenía alguna marca que Pharaun pudiera reconocer, y no tenía ni la menor idea de cuál podría llevarlos a la red demoníaca de pozos, la sexagésima sexta capa de aquel interminable plano infernal.

—¿Qué son? —preguntó Danifae mirando las apariciones que caían.

—Los muertos —respondió Quenthel con voz apenas audible debido a los extraños ecos que producía el aire.

—Almas que vienen de todo el plano Primario —añadió Pharaun—. Todo el que haya servido en vida a uno de los dioses abismales pasará por aquí para cruzar el portal adecuado y seguir su camino. Cada uno de estos pozos conduce a una capa diferente, casi a un mundo totalmente diferente de los cuales hay un número infinito. Este plano conduce literalmente a la infinitud.

Con un resoplido, Jeggred se puso de pie y sacudió de su pelaje los restos de sangre, agua y arena.

—¿Y entonces? —preguntó.

Pharaun se encogió de hombros.

—La verdad, esperaba que tú nos pudieras aclarar algo, Jeggred. Después de todo, tú fuiste engendrado por un habitante del Abismo, y hasta un tanar'ri mestizo debería tener la sensibilidad necesaria para...

—Jamás he estado aquí —gruñó el draegloth—. Y que sea la última vez que mencionas a mi padre, mago.

Pharaun fue interrumpido antes incluso de que pudiera responder a la nada sutil amenaza de Jeggred.

—¿Y cómo haremos para encontrar el que corresponde? —inquirió Danifae—. Me refiero al portal adecuado.

—Cada capa tiene una única entrada —dijo Jeggred con un gruñido—, pero hay un número infinito de capas. Podríamos estar justo al lado del pozo que lleva a la Red Demoníaca de Pozos, o podría estar a mil kilómetros o más en cualquier dirección... incluso a un millón.

—En realidad, es poco probable —dijo Pharaun—, pero gracias por tu voto de confianza, honorable mestizo. —Danifae apoyó una mano en el brazo de Jeggred cuando éste estuvo a punto de saltar sobre el mago al oír aquella palabra—, pero yo estaba guiando el barco, al menos hasta que acabó ahí, y mi voluntad no era sólo que nos trajera a la Planicie de los Portales Infinitos, sino al único portal que pudiera llevarnos a donde queríamos ir. Aunque nos estrellamos, probablemente estamos cerca. El barco nos conducía al menos en esa dirección antes de que las cosas se torcieran.

—Bueno, es un alivio saber que tu ineptitud no es total, Pharaun —dijo Quenthel en voz más alta y extrañamente más confiada de lo que había sonado desde hacía tiempo—, pero yo me haré cargo de ello... de nosotros, de ahora en adelante.

Pharaun vio pasar a su lado el fantasma de otro orco. Desapareció por un profundo agujero negro que había en el suelo. No se oyó el menor sonido, nada que hiciera pensar que había llegado al fondo o que había sucedido algo, allá abajo. Simplemente desapareció.

—Mi instinto me dice —intervino Valas— que deberíamos encontrar una columna de drows y seguirla.

—¿Veis algún drow? —preguntó Quenthel.

—No —dijo Danifae en un susurro.

El sonido de su voz hizo que a Pharaun se le erizara la piel.

—¿Qué hacemos, entonces? —inquirió el draegloth.

—Seguidme —fue la respuesta de la suma sacerdotisa—. Yo reconoceré el agujero cuando lo vea.

—¿Cómo? —preguntó Pharaun.

—Ya he pasado antes por él —contestó.

La Señora de Arach-Tinilith se puso en marcha antes de que nadie se hubiera dado cuenta de que se proponía hacerlo. Danifae y Jeggred la vieron alejarse e intercambiaron una mirada que decía a las claras que no creían en la suma sacerdotisa.

Valas la siguió, al igual que Pharaun, aunque con tanta reticencia como Danifae y Jeggred.



Aliisza observó desde una distancia prudente a los elfos oscuros, que se recomponían y reagrupaban.

«¿Te habré sobrestimado?», se preguntó mientras miraba Pharaun que se ponía de pie trabajosamente.

Para sus adentros se dijo que tal vez no y siguió meditando sobre su próxima jugada.

Las instrucciones de Kaanyr Vhok era claras, aunque entre ellas no figuraba la de ayudar al drow a llegar al Abismo. Se suponía que debía vigilarlos, y eso era lo que se proponía hacer, al menos hasta que eso la aburriera.

Aliisza tendió la vista sobre la Planicie de los Portales Infinitos, la puerta de acceso al Abismo, y suspiró. Hacía ya mucho tiempo desde que había abandonado su hogar, y a primera vista parecía no haber cambiado. Observó cómo el barco del caos se precipitaba por aquel cielo rojo por el que ella solía volar cuando niña, cómo se estrelló después en la arena con la que ella solía hacer monstruos de universos distantes, monstruos como solares, ki-rin y humanos. Parecía el mismo, pero no lo era, no del todo.

Tal vez había estado demasiado tiempo con aquellos elfos oscuros obsesionados por la diosa, pero Aliisza estaba segura de que en el Abismo había algo diferente, como si le faltara una parte.

La sensación no tenía sentido, y hacía que la semisúcubo se sintiera confundida e incómoda, de modo que la apartó de su mente.

Aliisza se obligó a sonreír aunque no le apetecía en absoluto, y siguió a los drows desde lejos, protegiéndose en la invisibilidad.



La semisúcubo no era la única criatura demoníaca que observaba en ese momento a los drows. Había otra que no los perdía de vista desde la distancia, envuelta en invisibilidad y en otros conjuros defensivos. La criatura rezumaba odio.

Flotando en el aire, muy por encima de la Planicie de los Portales Infinitos, el glabrezu se tocó los maltrechos muñones de las piernas.

—Pronto, drow —dijo con voz reconcentrada—. Pronto...



Halisstra pasó un dedo por el borde caliente y relumbrante de la Espada de la Medialuna, maravillada por su belleza. Era un arma magnífica de la que nunca se consideraría digna. Debería haber sido de Ryld, no suya. Él habría sabido qué hacer con ella.

La sacerdotisa Melarn percibía la ausencia de su amante como algo físico y doloroso. Sentía en el pecho un vacío que le ardía, le dolía, que la inundaba de incertidumbre y nostalgia, y una multitud de emociones que eran ajenas y familiares al mismo tiempo.

—Si no puedes hacerlo —le susurró Feliane—, tienes que decírmelo ahora, antes de que lleguemos más lejos.

Halisstra levantó los ojos hacia Feliane y las lágrimas le nublaron la vista.

—Dime —le insistió la eilistraeena.

Halisstra se enjugó los ojos.

—Puedo hacerlo —dijo.

La sacerdotisa elfa se la quedó mirando, a la espera de que dijera alguna cosa más.

Halisstra miró su mano mojada por las lágrimas. Le ardían los ojos y lo veía todo borroso, y la garganta le dolía. No había llorado mucho en su vida, y por cierto nunca lo había hecho por el destino de un varón, un soldado..., por nadie.

Pensó que había cambiado, que estaba cambiando.

—Él no quería que lo hiciera —dijo entre suspiros.

—Él quería que volvieras a la Antípoda Oscura —dijo Uluyara—, aunque no a Lloth.

Halisstra levantó la vista hacia la sacerdotisa drow. Uluyara estaba de pie, a la entrada, recortada su figura sobre la cegadora luz crepuscular. Estaba vestida para la batalla, cubierta por prendas hechas de plumas, de pequeñas ramas y de astillas de hueso. Halisstra hizo un gesto de asentimiento y Uluyara entró en la cueva.

La sacerdotisa drow se acercó a la cama que Halisstra había compartido otrora

con Ryld Argith y se arrodilló. Cogió la barbilla de Halisstra con una mano de dedos ásperos y la obligó a alzar los ojos.

—Si lo mataron —dijo Uluyara—, es una razón más para hacer lo que has estado haciendo, una razón más, cuando menos, para dejarlos y derrotarlos para siempre si es posible.

—¿Matando a Lloth? —preguntó Halisstra.

—Sí —respondió Feliane que seguía de pie, apoyada contra la pared cubierta de hierbas y ataviada para la batalla y para un viaje.

—Necesito que me digáis algo —pidió Halisstra mirando alternativamente a la una y a la otra—. Necesito que me digáis que esto es posible. Quiero decir, aunque lo sea remotamente.

Uluyara sonrió y se encogió de hombros, y fue Feliane la que habló.

—Es posible.

Tanto Halisstra como Uluyara se volvieron hacia ella.

—Todo es posible —explicó Feliane— con los instrumentos adecuados y con una diosa de tu lado.

—Eilistraee no puede ir a donde nos dirigimos —dijo Halisstra—. A la Red Demoníaca de Pozos.

—No, no puede —reconoció Uluyara—. Por eso nos manda a nosotras.

—¿Y si morimos allí? —le preguntó Halisstra a Uluyara, que le soltó el mentón—. ¿Qué será de nosotras?

—Iremos a Eilistraee —respondió Uluyara.

Halisstra percibió la certidumbre en la respuesta de la drow y la reconoció en sus ojos.

—No estoy tan segura —dijo Halisstra.

—Entonces —intervino Feliane—, ¿de qué estás segura?

Halisstra la miró y la elfa le devolvió la mirada con una tranquilidad casi absoluta.

—Lo que sé... —empezó Halisstra sin haber pensado del todo lo que iba a decir—. Lo que sé es que Lloth me abandonó y fue una señora cruel que permitió que nuestra ciudad, nuestro modo de vida, desapareciera, tal vez sólo para satisfacer un simple capricho. También sé que su templo en la capa sexagésimo sexta está sellado y que allí no hay almas de difuntos. Sé que la eternidad me está vedada, y todo gracias a ella.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó Feliane.

Halisstra miró a Uluyara al responder.

—Eilistraee.

—Eilistraee no ha cambiado —susurró Uluyara.

—No —reconoció Halisstra—. Yo he cambiado.

Uluyara sonrió y también Halisstra. Entonces la sacerdotisa Melarn empezó a llorar.

—Lo echo de menos —dijo con un sollozo.

Uluyara colocó una mano en el cuello de Halisstra y la atrajo hacia sí hasta que sus frentes se tocaron.

—¿Habrías sido capaz de echarlo de menos —preguntó Uluyara—, si fueras todavía Halisstra Melarn, primogénita de la casa Melarn de Ched Nasad, sacerdotisa de Lloth? ¿Se te habría pasado por la cabeza esa posibilidad?

—No —respondió Halisstra sin vacilar.

—Entonces Eilistraee te ha tocado —dijo Uluyara—. Eilistraee te ha bendecido.

Halisstra miró a Feliane.

—¿Tú también lo crees? —inquirió.

Feliane se la quedó mirando unos instantes.

—Sí, lo creo —respondió al fin—, aunque sólo sea porque manejas la Espada de la Medialuna... pero hay también otras razones. Sí, creo que Eilistraee te ha bendecido y nos ha bendecido a todas con tu presencia.

Halisstra asintió y miró luego a Uluyara. La otra drow también hizo un gesto afirmativo y la abrazó. Fue un abrazo breve, fraternal, cálido y tranquilizador.

—Bien —dijo Halisstra cuando la hubo soltado—. Creo que deberíamos empezar. Tenemos mucho camino por delante, y al final nos espera un adversario aterrador: una diosa en su propio plano.

Uluyara se puso de pie al tiempo que ayudaba a Halisstra. La sacerdotisa Melarn se vistió para el viaje y para la batalla como lo habían hecho las otras dos, pero cuando terminó se sintió pesada.



El mundo de Gomph se había reducido a una serie de círculos.

El campo antimagia lo rodeaba, formando un círculo de espacio vacío, capaz de disipar cualquier conjuro que tratara de atravesarlo y de suprimir en su interior cualquier efecto mágico. El dolor de la pierna le invadía todo el muslo, allí donde el efecto regenerador del anillo le había reimplantado la pierna sólo parcialmente, dejando una herida irregular, rezumante. Más allá del borde exterior del campo antimagia un círculo diminuto de fuego mágico condensado orbitaba lentamente, describiendo un círculo tras otro. Era la siguiente ráfaga explosiva de Dyrr, que se mantenía expectante esperando a que el campo se desvaneciera. El lichdrow también describía un círculo a su alrededor, y, al igual que su bola de fuego, aguardaba.

Gomph se sentó en la fría roca del suelo del Bazar en ruinas, tratando de no retorcerse de dolor, concentrándose en su respiración y procurando pensar.

—¿Cuánto puede durar, Gomph? —La voz del lichdrow le llegó desde muy

afuera del campo antimagia—. Por supuesto, no para siempre. No tanto como duraría el mío. ¿Tanto miedo me tienes que debes ocultarte a la vista de todos?

Gomph no se tomó el trabajo de contestar. No le tenía miedo al lichdrow. En realidad, le preocupaba más Nimor Imphraezl. El asesino alado había desaparecido en las sombras, volviendo a su elemento natural. Podía estar en cualquier parte. Dyrr, un ser al que la magia literalmente mantenía en pie, no estaba más dispuesto a atravesar el campo antimagia que a tirarse de cabeza a la Grieta de la Garra. Nimor, en cambio, con toda probabilidad había perdido la mayor parte de su magia, si no toda, y no la necesitaba para destrozar con sus garras.

El Tejido estaba bloqueado por el campo, pero eso era todo. Gomph, dolorido y debilitado por la pérdida de sangre y por la herida lacerante de la pierna, estaba absolutamente indefenso ante todo lo que no fueran conjuros. Nimor podía atravesar el campo, cualquiera podía hacerlo, y matar al archimago de Menzoberranzan cortándole el cuello con una daga.

«Al menos —pensó Gomph—, no tengo que escuchar a Prath recordándomelo».

El campo bloqueaba el enlace telepático que había establecido con los demás magos Baenre. Gomph estaba librado a su suerte, aunque sabía que Nauzhror y los demás seguían vigilando.

—Por favor, dime que no te vas a quedar ahí sentado esperando la muerte —dijo Dyrr—. Me había acostumbrado a esperar más de ti.

—¿No me digas? —respondió Gomph, pronunciando cada palabra con un penoso esfuerzo—. ¿Y qué te habías... acostumbrado a esperar... de Nimor?

—Vaya, archimago —respondió el lich—. ¿Qué quieres decir?

—¿Dónde está? —inquirió Gomph—. ¿Adónde ha ido tu semidragón? Podría matarme con toda facilidad, y ambos lo sabemos. ¿Acaso te ha... —una oleada de dolor hizo callar a Gomph—, te ha abandonado?

—Jamás confié en Nimor Imphraezl —dijo el lich—. ¿Cuál es tu excusa?

Esa última pregunta intrigó al archimago.

No obstante, había algo de verdad en lo que había dicho el lich. Si no desactivaba el campo antimagia, el anillo nunca acabaría la reimplantación de su pierna. Si permanecía allí sentado, sucumbiría a la pérdida de sangre, incluso le sobrevendría rápidamente una infección. Lo único que impedía que Dyrr lo matara lo estaba matando.

Gomph no hizo nada que pudiera poner a Dyrr sobre aviso de sus intenciones. No dejó escapar un suspiro dramático y estremecedor. Ni siquiera movió su cuerpo tembloroso y atezado por el dolor. Ni siquiera dirigió una mirada al lich ni a la bola de fuego comprimido que esperaba la menor ocasión para abrasarlo. Todo lo que ocurría tenía lugar en su mente.

Gomph dispuso mentalmente los conjuros, evocando las estrofas iniciales,

preparando los dedos para hacer los gestos. Tenía una mano apoyada en su bastón, sabedor de que su magia no se había ido sino que estaba simplemente en suspenso, esperando de la misma forma en que lo hacía la bola de fuego de Dyrr y el propio Dyrr.

Desactivó el campo antimagia y simultáneamente el globo se retrajo a su alrededor y el conjuro salió de sus labios. La bola de fuego abandonó su perezosa órbita y se lanzó contra él tan rápido como el proyectil de una ballesta, pero el conjuro de Gomph fue medio segundo más rápido y le permitió desviar la ígnea esfera con una oleada de fuerza invisible. Usando el poder de su mente, Gomph asumió el control de la incipiente bola de fuego y la disparó contra el lichdrow.

Dyrr retrocedió raudamente y, volviéndose, escapó como un rayo. Gomph mantuvo la dirección de la bola de fuego, que siguió persiguiendo al lichdrow, ganándole terreno.

El dolor de la pierna empezó a ceder y una vez más fue reemplazado por accesos de escozor al unirse los tejidos. Concentrado en la persecución del lich por su propia bola de fuego, Gomph no vio que la sangre que todavía lo rodeaba, su propia sangre, era reabsorbida por la piel de su pierna. Al incorporarse al tejido, la propia sangre se calentaba y una por una las células iban recuperando la vida.

La bola de fuego estaba a un palmo del lich, que huía cuando Nimor atacó a Gomph por la espalda.

Tal vez el archimago había supuesto que a esas alturas ya estaría acostumbrado a la extraña ráfaga de agonía enloquecedora, pero el dolor lo asaltó con fuerza arrolladora. Pudo sentir cada fracción de centímetro que la trayectoria de la hoja penetraba en su piel, le atravesaba los músculos de la espalda. Sintió cómo el frío acero penetraba en su corazón.

Gomph abrió la boca y perdió el control del conjuro que sostenía la bola de fuego. Cerró los ojos para protegerlos de la luminosidad de su explosión, demasiado lejana de él como para quemarlo, pero también demasiado lejana del lich para producirle daño.

No fue ése el único fuego. El escudo oscilante de llamas arcanas que lo había rodeado antes de que activara el campo antimagia también volvió a él, lo mismo que el globo. El fuego se derramó sobre la herida que tenía Gomph en la espalda a pesar de que antes no lo había protegido de la daga. También cubrió a Nimor, que soltó el cuchillo y retrocedió, vacilando, tratando de apartar con las manos las llamas que ya antes habían herido su cara de color negro-sombra.

Todavía tenía clavada la daga en el corazón, y Gomph se tiró hacia adelante. Aterrizó boca abajo en el inclemente suelo del Bazar. El anillo no cesaba en su empeño de mantenerle el corazón intacto, de hacer que siguiera latiendo, que la sangre siguiera circulando, pero no hacía nada por el dolor. Al archimago se le nubló

la vista y cuando trató de echar mano a la espalda para arrancar la daga, sólo pudo torcer el brazo hasta el costado inútilmente.

A duras penas era consciente del calor, de la luz, de los estallidos y del sordo rugir del fuego.

Parpadeó. Su vista se despejó lo suficiente para ver una fila de puestos del mercado incendiados y una espesa columna de humo que ascendía en el aire. Flotando sobre el fondo de las anaranjadas llamas cegadoras, estaba el lichdrow Dyrr.

Gomph tosió y sintió que algo caliente y espeso le salía por la boca. La daga se removió en su espalda y Gomph temió que fuera Nimor, que trataba de clavarla más a fondo o de sacarla para volver a clavarla a continuación.

No, sonó en su mente confundida la voz de Nauzhror. Es el anillo. No te muevas, archimago. Trata de mantenerte inmóvil unos segundos.

Gomph alzó los ojos hacia el lich levitante y vio otra silueta negra que flotaba por encima de los puestos en llamas. La segunda silueta tenía unas alas enormes, semitransparentes, surcadas por venas.

La daga se removió otra vez, y Gomph volvió a expulsar más sangre cuando abandonó su corazón y le rozó el pulmón.

Unos segundos más, maestro, dijo Nauzhror. Paciencia.

Gomph dejó que la última palabra resonara en su mente. ¿Qué otra cosa podía hacer sino ser paciente? Tenía la sensación de que el dolor lo empujaba contra el suelo, hacia el interior de la roca que tenía por debajo.

Las dos figuras negras empezaron a crecer sobre el fondo arrollador de fuego incontrolado. Venían a por él, decididos a destruirlo.

La daga salió de su espalda y cayó sobre el suelo de piedra, a su lado. Un último espasmo de dolor lo estremeció y le atenazó el pecho cuando el corazón, con una sacudida, empezó a latir otra vez, fuerte y regular. El archimago empezó a preparar un conjuro.

Gomph consiguió adoptar una postura sedente mientras remataba el conjuro y se volvía de cara a sus enemigos, con el fuego reflejado en sus ojos robados. Nimor estaba más cerca. Se lanzaba contra él con sus garras de dragón de sombra, de modo que a él dirigió Gomph su conjuro. El archimago lanzó una ola arrolladora de fuego cegador contra el asesino, pero Nimor se hizo rápidamente a un lado y desapareció, fundiéndose con las sombras como una roca que se deslizase hacia el fondo del lago Donigarten.

El fuego conjurado destelló un poco más allá de donde había estado el asesino, y todo lo que quemó fue el aire.

Gomph rechinó los dientes.

Está bien, archimago, dijo Nauzhror.

No, no lo está, le espetó Gomph. Estoy usando demasiado fuego contra Nimor.

Es cierto... empezó a decir Prath, pero se calló tan abruptamente que Gomph estaba seguro de que había sido Nauzhror el que lo había hecho callar. Mejor para él.

El lichdrow detuvo su avance y agitó las manos. Gomph apretó la suya sobre su bastón, suspirando al cerrarse para siempre las dolorosas heridas por la magia del anillo.

Una sutil niebla se formó en el aire frente a Dyrr, agrandándose muy lentamente hasta que una nube ancha, plana, de niebla espesa, empezó a avanzar desde el lich hacia Gomph.

El archimago se puso de pie y pronunció la única palabra que activaba otro de los poderes de su bastón. Gomph no podía verlo, pero gracias a la magia del bastón tenía conciencia de los límites de la pared invisible que había levantado para protegerse.

La nube de lo que Gomph suponía era un gas letal que Dyrr había conjurado se mezcló con el humo de los puestos en llamas que la frenaron pero no la detuvieron. Gomph interpuso el muro de fuerza mágica entre él y la nube y en un momento la niebla empezó a extenderse por la lisa superficie del muro, a una buena distancia del archimago.

Dyrr, al que evidentemente no lo había sorprendido la sencilla solución de Gomph para protegerse de la nube letal, se elevó muy alto y pasó volando por encima del muro de fuerza. El lich sacó una varita mágica de entre los pliegues de su *piwafwi* y miró a Gomph con una expresión vacía de emociones.

Gomph empezó a conjurar, calculando el tiempo necesario por la velocidad de vuelo del lich. Aunque Dyrr apuró, Gomph tuvo tiempo de completar el conjuro y de pasar por la puerta que abrió en el aire, a su lado. Como si se tratara de una puerta corriente, Gomph fue a salir al otro lado habiendo recorrido una docena de metros a través del incendiado Bazar. Vio al lich lanzarse en picado, agitar su varita sobre el lugar donde había estado Gomph y posarse en el suelo ardiendo de frustración.

Gomph desactivó el muro de fuerza y sonrió.

La nube de gas venenoso creada por el conjuro del propio Dyrr arrolló al lich al caer el muro. La niebla lo envolvió y el lichdrow desapareció en su envoltorio verdinegro.

Gomph respiró hondo y miró hacia abajo cuando el escudo de fuego finalmente se desvaneció. El conjuro que hizo a continuación fue uno de los más difíciles de su repertorio. Lo hizo con mucho cuidado y se regocijó cuando sus efectos lo inundaron. En seguida tuvo la impresión palpable de que había alguien detrás de él y supo que el conjuro lo estaba advirtiendo. Todavía no había nadie allí, pero lo habría.

Gomph giró sobre sí y dio un paso atrás cuando Nimor salió de entre las sombras, con las garras de una mano listas para clavarlas en la cara de Gomph. Casi le rozó la nariz y en los ojos de Nimor asomó el estupor. Gomph tuvo que reconocer que también él estaba sorprendido.

El archimago retrocedió unos pasos y otro tanto hizo el asesino. Nimor lo miró entrecerrando unos ojos que brillaron como ascuas en la humareda del mercado. Gomph tuvo una visión clara de Nimor dando un paso adelante y después a la izquierda para desgarrarle el costado... y eso fue precisamente lo que hizo, pero una vez más Gomph consiguió esquivarlo, sorprendiendo nuevamente al asesino con sus renovados reflejos. Lo que Nimor no sabía era que no eran reflejos sino presciencia.

Gomph metió la mano en un bolsillo —un espacio extradimensional que tenía una capacidad mucho mayor de la que aparentaba— y sacó un arma. El hacha de guerra de los duergars era pesada, y Gomph no estaba familiarizado con su peso. El archimago había sido entrenado en el uso de diversas armas, pero el hacha de guerra no era lo suyo. Era pesada e inmanejable. Tenía más de herramienta que de arma. Pero aquélla en particular era algo más que una hoja y un mango.

Gomph sabía que Nimor iba a dar un paso atrás para darse ocasión de examinar su arma. El archimago confiaba también en que Nimor se desplazara unos pasos hacia un lado para rodearlo y colocarse entre el semidragón y la nube que todavía ocultaba al lichdrow. Gomph le dio la oportunidad que buscaba para estudiar el hacha pero no lo abrumó con su posición de superioridad.

Archimago, sonó la voz de Nauzhror, ¿estás seguro?

Gomph supuso que el otro mago se refería al hacha de guerra, y al hecho obvio de que Gomph pretendía combatir al asesino con armas físicas.

Gomph emitió el mensaje de respuesta.

Sé muy bien lo que me hago, dijo en el preciso momento en que Nauzhror repetía: Archimago, ¿estás seguro?

Gomph se dio cuenta de que la primera vez no había oído a Nauzhror, sino que había sido el conjuro, que le permitía ver el futuro.

Ya veo, respondió Nauzhror y Gomph tuvo la sensación de que el otro mago Baenre había entendido que Gomph se había armado con la que tal vez era la más poderosa de todas las armas imaginables: la posibilidad de anticiparse a todos los movimientos de su oponente.

La voz llegó a su mente como algo real.

Ya veo.

Gomph supo que Nimor se iba a lanzar sobre él para empujarlo hacia la nube de gas tóxico, de modo que el archimago se apartó hacia un lado y describió un círculo. Nimor dio un paso y se detuvo, con los ojos fijos en el archimago.

El lich salió en estampida de la nube, arrastrando restos de niebla tóxica tras de sí al elevarse en el aire. Se volvió y miró de frente al archimago.

—Adelante —dijo el lichdrow con una sonrisa obscena y malvada—, trata de luchar contra él con tu hacha robada. Disfrutaré viendo cómo Nimor te destroza.

Aquello arrancó una sonrisa al asesino semidragón, y Gomph lo vio atacando con

sus garras una y otra vez, hecho una furia de golpes, patadas y cabezazos. Gomph no sabía qué hacer.

En ese preciso instante en que vio a Nimor lanzándose contra él, Gomph se dio cuenta de que no basta con saber lo que tiene intención de hacer tu oponente.

Capítulo veintitrés



¿Cómo encontrarle algún sentido a un mundo que existía en un universo hecho de caos? ¿En un lugar donde la única norma era la ausencia de normas?

Cuando estuvieron allí, hacía de ello poco tiempo, caminaron por hilos enormes de telaraña sin ver nada vivo hasta que se vieron acosados por una horda de demonios salvajes a las puertas de un templo sellado por la cara de la propia Lloth. Allí, un dios trató de salirse con la suya, pero no lo consiguió.

Aunque habían estado fuera de la Red Demoníaca de Pozos muy poco tiempo, habían cambiado muchas cosas.

La tersa extensión de las gigantescas telarañas estaba desgastada. Había manchas que parecían de óxido de varios metros de extensión. En algunos puntos tuvieron que trepar o levitar para subir o bajar desniveles de telas derruidas y cráteres que se atravesaban en su camino, cuyas proporciones habrían podido alojar todo Menzoberranzan.

Por todas partes se percibía el hedor de la podredumbre, en ocasiones tan intenso que Pharaun Mizzrym pensaba que no podía respirar.

El mago llevaba varias horas andando en un silencio poco habitual. Ni los drows ni el draegloth hacían comentarios en voz alta sobre el estado de la red demoníaca de pozos. Era demasiado difícil poner en palabras aquella sensación palpable de desesperación en que los sumía aquel lugar ruinoso. De vez en cuando paraban para descansar, y podían pasar varios minutos en los que ni siquiera se miraban los unos a los otros.

Como tenían que estar en guardia contra los habitantes demoníacos del plano, al principio tenían el alma en vilo, pero a medida que pasaban las horas sin encontrar a ningún ser vivo, y mucho menos amenazante, empezaron a relajarse, aunque entonces la desesperación se hizo más profunda.

Caminaron y caminaron hasta que finalmente llegaron al templo de Lloth. La otrora imponente estructura de otro mundo estaba en ruinas, contagiada de la misma podredumbre que la red que se extendía a todo el universo. La obsidiana se había vuelto pardusca y en muchos puntos estaba resquebrajada. Enormes columnas de humo salían del interior. Muchos de los grandes contrafuertes parecían muñones amputados por algún poder inconcebible. Resultaba difícil recorrer las plazas circundantes, sembradas de trozos de piedra tallada y de hierro oxidado y retorcido

hasta perder la forma. Por todas partes había huesos, los huesos de millones amontonados en grandes pilas o esparcidos como si los hubiera llevado un viento cruel. Los objetos en forma de araña petrificada que antes los maravillaron habían desaparecido, dejando agujeros en el suelo de la plaza y a lo largo de los contrafuertes, como si hubieran arrancado los pies de la piedra y hubieran echado a andar.

El grupo recorrió el mismo camino que había hecho en su forma astral y volvió nuevamente a la entrada del templo. La propia cara de piedra, tan imponente, también estaba hecha trizas, dejando entrever algunos rasgos del rostro de Lloth, pero sólo en enigmáticos fragmentos.

Las puertas se abrieron de par en par.

—Fueron los dioses —susurró Valas, cuya voz repitió el eco en un millón de pequeños susurros.

Vhaeraun, que había venido a matar a Lloth, había tenido que enfrentarse a Selvetarm, protector de Lloth, a las puertas del templo. Su duelo había sido un espectáculo que había quedado grabado en la memoria de Pharaun y no se borraría aunque viviera mil años, y el combate había causado grandes daños, pero...

—Esto no —dijo el maestro de Sorcere cuya voz repitió el eco aunque no exactamente de la misma manera—. Esto es diferente. Más antiguo.

—¿Más antiguo? —preguntó el draegloth, mirando las rocas una por una.

—Tiene razón —dijo Danifae, que estaba en cuclillas, sosteniendo el cráneo de algo que podría haber sido medio drow, medio murciélago—. Estos huesos están secos y blanqueados, casi petrificados. La propia piedra se hace polvo. Las telarañas están podridas y quebradizas.

—Este lugar fue asolado hace un siglo o más —dijo Pharaun.

—Eso no es posible —sostuvo Valas mirando las puertas abiertas—. Estuvimos aquí, aquí mismo, y las puertas estaban cerradas a cal y canto, y...

Los demás no esperaron a que terminara.

—Lloth ha abandonado este lugar —dijo Quenthel en voz tan baja que el eco apenas la recogió.

—¿Ha abandonado la Red Demoníaca de Pozos? —inquirió Danifae—. ¿Cómo es posible?

—Ha abandonado el Abismo —dijo la Señora de Arach-Tinilith—. ¿Es que no lo percibís?

Danifae sacudió la cabeza, pero sus ojos respondieron afirmativamente. Las dos hembras intercambiaron una larga mirada de complicidad que hizo que a Pharaun le corriera un escalofrío por la espalda. Se dio cuenta de que Jeggred y Valas habían sentido algo similar.

—Así está la cosa, pues —dijo el explorador Bregan D'aerthe—, hemos venido

hasta aquí en busca de la diosa, pero no hemos encontrado nada. Nuestra misión ha terminado.

Quenthel echó una mirada furiosa al explorador, que le respondió con una expresión inmovible. Las víboras que formaban el látigo de la suma sacerdotisa silbaron y escupieron, pero Valas no les hizo el menor caso.

—Que no esté aquí —dijo Quenthel— no significa que no esté... en alguna parte.

El explorador respiró hondo y dejó salir el aire lentamente mientras paseaba la mirada por el templo en ruinas.

—¿Dónde está, entonces? —inquirió—. ¿Hasta dónde tenemos que ir? ¿Tenemos que recorrer el multiverso sin límites en su busca, plano por plano, universo por universo? Es una criatura de la Red Demoníaca de Pozos, y aquí estamos en la sexagésimo sexta capa del Abismo, maldito por los dioses, y ella no está. Si vosotras no sabéis adonde se ha marchado, y podría ser a cualquier parte, y ella no quiere decir dónde está, tal vez tengamos que aceptar el hecho de que no quiere que la encuentren.

Era lo más largo que Pharaun le había oído decir a Valas de una sola vez, y sus palabras hicieron que se le cayera el alma.

—Tiene razón —dijo el maestro de Sorcere.

Para sorpresa suya, Quenthel asintió. Danifae abrió mucho los ojos y Jeggred farfulló algo. El draegloth se movió lentamente, con su forma fluida de caminar y fue a situarse al lado de la antigua prisionera de guerra.

—Esto es sacrilegio —susurró Danifae—. Una herejía de la peor especie.

Quenthel se volvió a mirar a la otra sacerdotisa y silenciosamente alzó una ceja.

—¿Te atreves a permitir que algunos... —Danifae se volvió para echar una mirada rápida y furiosa a Valas— varones hablen así? ¿Acaso él decide ahora cuáles son las intenciones de la diosa?

—¿Y tú? —no pudo dejar de preguntar Pharaun.

Sorprendentemente, Danifae sonrió al responderle.

—Tal vez lo haga. Indudablemente tengo más derecho que el maestro Hune. Puede que él sea muy capaz como explorador, pero esto compete a las sacerdotisas.

Quenthel se irguió un poco más, aunque todavía tenía los hombros un poco cargados. Pharaun se extrañó de lo vieja que parecía. La suma sacerdotisa había envejecido décadas en los diez últimos días, y el agotamiento se echaba de ver en sus ojos de párpados hinchados y en su carácter irascible.

Pharaun no podía mirarla, de modo que bajó la vista hacia el suelo de la plaza y se dedicó a frotar la pardusca piedra caliza con la puntera de su bota.

—Yo estaba equivocado —dijo el maestro de Sorcere. Sintió las miradas de los demás fijas en él, percibió su sorpresa, pero no levantó la vista—. Esto no sucedió hace cien años. Este lugar fue destruido... no, aquí tuvo lugar una batalla, y fue hace por lo menos mil años. Por lo menos.

—¿Cómo puedes decir eso, mago? —preguntó el draegloth—. Tú estuviste aquí mismo. ¿O no? ¿No es éste el mismo lugar al que te trajo Tzirik?

Pharaun asintió.

—Lo es, sin duda, Jeggred —dijo—, pero la verdad es que todo lo que vemos alrededor de nosotros es una antigua ruina, el cadáver de un campo de batalla que ha permanecido frío durante mil años o más.

—Pero estuvimos aquí mismo —dijo Valas.

—Ya no estamos en la Antípoda Oscura, maestro Hune —dijo Pharaun—. Es posible que el tiempo aquí corra de otro modo, que se mueva por impulsos, como la distancia en Sombraprofunda. Tal vez todo sea más ilusorio que real, el capricho de Lloth o de algún otro poder divino. Tal vez veamos simplemente una ruina donde no hay nada, que veamos una ruina donde realmente hay un templo intacto, o que todo lo que vemos sea real y envejecido mil años por un poder tan enorme que pueda manipular el tiempo y la materia y el propio éter.

—La Reina Araña no está aquí —añadió Valas.

—Si las sacerdotisas dicen que no está aquí —replicó Pharaun—, quedaré convencido de que es la verdad.

El maestro de Sorcere alzó la vista hacia la enorme puerta abierta, tan grande como para que pudiera pasar a través de ella toda la casa Baenre. Los demás siguieron su mirada.

—Antes estas puertas estaban selladas —dijo Pharaun—, pero ahora están abiertas. ¿Por qué?

—Porque Lloth quiere que las atravesemos —dijo Danifae, con una seguridad en la voz que sorprendió a Pharaun—. ¿Quién, si no, podría haberlas abierto?

Pharaun se encogió de hombros y miró a Quenthel, que asentía lentamente.

—Vamos a entrar —dijo la suma sacerdotisa.

Sin mirar siquiera a los demás, Quenthel se dirigió hacia las enormes puertas. Uno por uno la siguieron: Danifae, luego Jeggred, después Pharaun y Valas cerrando la marcha. Cada uno era más reacio a avanzar que el que lo precedía.



En los planos del caos se le daban tantos nombres que Aliisza no los recordaba todos: zonas de inestabilidad temporal, capas de tiempo inadvertido, sima de milenios... Hacía mucho tiempo que no veía uno, y le llevó casi otro tanto darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

La sexagésimo sexta capa del Abismo había sido abandonada. El aglutinante que mantenía unidos los planos eran los propios dioses, y en los planos del caos, lo mismo que en los planos de la ley, cuando todos los dioses abandonaban un lugar particular, la entropía progresaba a saltos, e incluso el propio caos entraba en una

espiral descontrolada.

En el caso de la sexagésimo sexta capa, estaba el resto del Abismo para mantenerla cohesionada y para proporcionar ecos de su pasado lo suficientemente vigorosos para mantener su forma física, de modo que todavía hubiera una capa sexagésimo sexta. El tiempo avanzaba más rápidamente por momentos, luego más lento, después podía volver atrás. Era imposible establecer un punto de referencia, incluso para un tanar'ri como Aliisza. Era mejor no acudir a lugares así, mejor evitarlos, incluso olvidarlos.

Observó apesadumbrada a Pharaun y sus compañeros atravesar las enormes puertas del templo. No sabía con exactitud qué encontrarían allí, pero estaba segura de que, fuera lo que fuese, les resultaría decepcionante. Habían viajado a la sexagésimo sexta capa para encontrar a Lloth, pero ella no estaba allí. Era una suposición por su parte, pero una suposición con fundamento: el plano había sido abandonado durante más tiempo del que nadie podía imaginar... desde mucho antes de que Lloth callara.

—Hay muchas cosas que nunca les dije —le susurró Aliisza a la Reina Araña.

Si la diosa pudo oírla —y Aliisza no tenía motivo alguno para creer que así fuera — no le respondió nada.

La semisúcubo trazó con aire ausente unos garabatos en el polvo parduzco en la parte inferior de la enorme telaraña en la que estaba suspendida: un pequeño signo que nadie vería jamás. Su mente estaba desbordada, tenía mucho en que pensar.

Aliisza había abandonado a Pharaun y a los demás, dejando que se estrellaran en la Planicie de los Portales Infinitos simplemente por capricho. Se sintió contenta de que Pharaun se salvara, pero de los demás le daba lo mismo. De todos modos, Aliisza había elegido, y su elección era obvia. Había elegido a Kaanyr Vhok.

Aunque sabía que volvería a él, también sabía que había ayudado a Pharaun y a su expedición más de lo que Vhok habría aprobado. Probablemente él no le habría pedido que los detuviera, pero lo innegable era que no le había pedido que los ayudara. A pesar de todo, Aliisza conocía demasiado bien al semidemonio como para saber que cuanto más llevara consigo al regresar, tanto más benigno se mostraría él.

Pharaun y los demás drows desaparecieron en el interior de la ruina abandonada y Aliisza cerró los ojos.

Era una tanar'ri y como tal podía desplazarse por los planos con un poco más de facilidad que la mayoría. Con un pensamiento volvió al Astral, y se encontró flotando libremente en el éter infinito.

«Abandonaste el Abismo —dijo Aliisza para sus adentros, aunque se dirigía a Lloth—, antes de volverte silenciosa, de modo...».

No se molestó en rematar la idea, concentrada como estaba en un nombre: Lloth.

Volvió a cerrar los ojos y repitió su nombre mentalmente una y otra y otra vez,

hasta que después de un tiempo su cuerpo empezó a moverse. El nombre de cualquier dios tiene su poder si se lo sabe usar.

Cuando abrió los ojos se encontró rodeada por espectros.

Sombras grises, traslúcidas, flotaban en derredor, y todas tenían rasgos similares: las orejas puntiagudas, los ojos almendrados y las caras alargadas y aristocráticas de los elfos oscuros. Los había en gran número, tantos como podían morir en una guerra, y todos atravesaban el Plano Astral hacia el mismo destino.

Aliisza se desplazó hasta colocarse frente a uno de ellos, un varón de aspecto fuerte vestido para la batalla con un yelmo y una armadura regios.

—¿Puedes oírme? —le preguntó al espíritu—. ¿Puedes verme?

El drow muerto la miró y arqueó una ceja. Se quedó inmóvil, pero su cuerpo siguió desplazándose por la extensión infinita, dirigiéndose inequívocamente hacia su destino final.

—Mi nombre es Aliisza —se presentó—. ¿Sabes dónde estás?

Sí, respondió el drow utilizando la comunicación mental. Su boca estaba abierta pero no movía los labios. *Puedo sentirlo, estoy muerto. He muerto. Me mataron.*

—¿Cómo te llamas?

Me llamaba Viltos'at Shobalar, respondió el soldado, *pero ahora no soy nada. Mi cuerpo se pudre, mi casa me olvida y yo transcurro. ¿Estás aquí para atormentarme?*

—¿Cómo dices? —preguntó la semisúcubo, confundida por el repentino cambio de conversación del espíritu.

Eres un demonio, respondió. *¿Estás aquí para atormentarme por mi fracaso en el campo de batalla o simplemente para satisfacer tu cruel naturaleza?*

Aliisza se enfureció y no pudo evitar una sonrisa sarcástica. Era obvio que la había tomado por un tanar'ri de otra clase, y eso no la halagaba en lo más mínimo.

—Si estuviera aquí para atormentarte —dijo—, ya te habrías enterado, hongo de granja.

Viltos'at Shobalar le dio la espalda con una expresión de desprecio que, al parecer, era lo único que los elfos oscuros se llevaban consigo a la tumba.

Aliisza siguió recorriendo la fila de drows muertos y a medida que se acercaba al punto de destino de la misma, avanzando más rápidamente que las almas errantes, la densidad de los espectros era mayor, como si se hubieran estado apiñando, uno tras otro, durante mucho tiempo.

—¿Señora —dijo, haciendo una exagerada reverencia que al parecer la elfa muerta encontró insultante—, puedo hablar contigo brevemente mientras llegas al fin de tu viaje?

No puedes hacer nada para atormentarme, demonio, transmitió la sombra a la mente de Aliisza, *de modo que apártate y déjame descansar en paz.*

Aliisza resopló y a punto estuvo de coger a la drow por la garganta, pero se dio

cuenta de que sus manos pasarían a través de la sacerdotisa. La muerta no volvería a tener forma física hasta que llegase a su destino final. El Plano Astral era el único camino para pasar de un universo a otro. Allí, los drows muertos eran fantasmas incorpóreos.

—No estoy aquí para atormentarte, bruja —dijo Aliisza—, pero lo haré si no respondes a mis preguntas.

Lloth nos ha vuelto la espalda, replicó la sacerdotisa. *¿Podrías hacer algo peor?*

—Podría dejarte en el Astral para siempre. —La amenaza de Aliisza no tenía asidero, pero el espectro no tenía por qué saberlo.

¿Qué quieres?, preguntó la drow.

—¿Quién eres? —preguntó—. *¿Cuánto tiempo llevas aquí esperando la gracia de Lloth?*

Soy Greyanna Mizzrym, respondió el espectro, y algo en el nombre le resultó a Aliisza extrañamente familiar. *No tengo idea del tiempo que llevo aquí, pero siento que me muevo, que acabo de empezar a hacerlo. ¿Está Lloth dispuesta a recibirnos? ¿Te ha enviado ella?*

—¿Puedes sentirla? —preguntó Aliisza, pasando por alto la pregunta de la elfa oscura—. *¿Te llama?*

La sacerdotisa miró hacia otro lado, como si estuviera escuchando, después sacudió la cabeza.

Me muevo hacia algo, dijo Greyanna. *Puedo sentirlo, pero no oigo a Lloth.*

Aliisza se volvió para mirar en la dirección hacia la que avanzaba la fila de los drows. Al final de la larguísima fila había un torbellino rojo y negro. Una puerta a los planos exteriores que absorbía a las almas.

—Eso no es el Abismo —dijo Aliisza.

Es nuestro hogar, susurró el alma incorpórea de Greyana Mizzrym. *Lo siento. Siento que es la Red Demoníaca de Pozos.*

El corazón de Aliisza se aceleró.

—La Red Demoníaca de Pozos —repitió la semisúcubo—, pero no el Abismo.

Aliisza se detuvo y quedó suspendida en la gris extensión, a un lado de la procesión de los drows muertos.

—O sea —susurró Aliisza a una Lloth que no la oía—, que nos movemos hacia arriba ¿verdad?

La semisúcubo cerró los ojos y se concentró en Kaanyr Vhok. Dejó que su conciencia viajara por el Astral y volviera a la fría y dura Antípoda Oscura. Allí encontró la mente de su amante y dejó caer en ella un mensaje.

Algo está ocurriendo con la Red Demoníaca de Pozos, transmitió. *Ahora son un plano en sí mismos, y las puertas están abiertas. Lloth recibe en su seno a los muertos. Lloth vive.*

Era todo lo que podía decir y esperaba que bastara como advertencia. Aliisza podría haberse transportado a la Antípoda Oscura en un instante y haber estado al lado de su amante, pero no lo hizo. Quería permanecer donde estaba, aunque no sabía por qué.



Nimor había desechado la idea de destrozarse a Gomph con sus garras. En lugar de eso empezó a tratar de obligar al archimago a atacarlo, pero el drow no respondía. La sensación que tenía el asesino de que el mago sabía lo que él estaba pensando, tal vez incluso antes de que lo pensara, se fue haciendo cada vez más fuerte y llevó a Nimor a recapacitar. Ésa no era forma de combatir.

Nimor dio un paso atrás y lo mismo hizo Gomph. El asesino podía ver a Dyr describiendo lentamente un círculo en torno a ellos desde una distancia que algunos podían considerar segura y otros cobarde. Nimor estaba a punto de decir algo cuando sintió un zumbido familiar en su cráneo.

Aliisza está en la Red Demoníaca de Pozos, resonó la voz de Kaanyr Vhok en su cabeza. Algo está pasando, algo malo para todos nosotros. No estoy dispuesto a esperar para saber hasta qué punto.

Por primera vez en mucho, muchísimo tiempo, a Nimor se le heló la sangre en las venas.

Gomph hizo un movimiento nervioso, casi emitió un grito ahogado, y Nimor no pudo evitar mirarlo. Sus ojos se encontraron y hubo entre ellos una chispa de comprensión. Nimor retrocedió y Gomph asintió. El archimago todavía sostenía con las dos manos la espectral hacha de guerra, pero no avanzó. Respiraba con dificultad y el sudor le bañaba la cara y empapaba su pelo blanco como la nieve sobre la frente.

Una vez más, Nimor estuvo a punto de hablar y una vez más fue interrumpido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó imperiosamente el lichdrow—. ¡Mátalo!

Nimor dejó escapar un largo suspiro entre los dientes. Ya era bastante malo que un componente clave de su alianza abandonara la causa, para que encima Lloth, por alguna razón que jamás podría entender, eligiese ese momento para volver... o para hacer algo que de todos modos asustaba a Kaanyr Vhok, y eso que el semidemonio no era de los que se asustan fácilmente. Y para colmo de males, un adversario al que debería haber podido despachar con un pensamiento y ahora era capaz de superarlo en el pensamiento y en la acción. Y el maldito lich que no hacía más que darle órdenes.

Dyr empezaba a gritar otra vez, pero Nimor no entendía lo que estaba diciendo.

—No puedo... —empezó a decir el Espada Ungida, pero hizo una pausa cuando se dio cuenta de que el lich estaba haciendo un conjuro.

Gomph también lo oyó. Sosteniendo todavía el hacha ante sí con una mano, el

archimago golpeó con su bastón el suelo del Bazar, que ardía lentamente, y quedó instantáneamente envuelto en un globo de reverberante energía. Apenas acababa de aparecer el globo cuando Dyrr acabó de musitar y el sonido de su voz fue reemplazado por un sordo zumbido repetido por el eco.

Nimor, que todavía tenía los ojos fijos en Gomph, parpadeó. El archimago echó una mirada al lich y en la comisura de su boca se insinuó una sonrisa. Nimor tuvo que mirar, sabía que Gomph no tenía la menor intención de atacarlo de todos modos.

El zumbido fue subiendo de volumen hasta convertirse en un ensordecedor rugido. Nimor vio algo parecido a una nube de humo negro que se arremolinaba en el aire y se dirigía hacia donde él estaba. Le llevó escasos segundos darse cuenta de que no era humo. En realidad, ni siquiera era una nube, sino un enjambre de diminutos insectos, cientos o millones de ellos.

La nube descendió sobre Gomph, pero no penetró el globo que rodeaba al archimago. Nimor tenía que suponer que era Dyrr quien la dirigía, de modo que cuando los insectos se volvieron hacia él, se lo tomó como algo personal.

Antes de que el primero de los insectos se posara sobre él, lo picara, lo mordiera, o lo que fuera que se suponía que debían hacerle, Nimor se adentró en la Linde de la Sombra. Aquello formaba parte de su propia naturaleza. De repente estaba allí en el Bazar y de repente no. La nube se transformó en sombra y el Bazar en un mundo oscuro, apenas corpóreo, envuelto en la negrura.

Nimor se miró las garras. Su mente estaba extrañamente en blanco, su estado de ánimo inverosímilmente sereno.

—¿Es verdad? —preguntó en voz alta a las sombras que no podían oírlo—. ¿He perdido?

Cerró los ojos y pensó en el lich... y volvió a aparecer en el mundo sólido justo detrás de él.

Nimor cogió al enjuto mago no muerto por detrás y batió fuertemente las alas para alzarlo y alejarlo del suelo del Bazar. El lich se puso rígido y respiró hondo, tal vez para hacer un conjuro, pero fue lo bastante prudente para interrumpirlo cuando Nimor apoyó una aguzada garra sobre la garganta reseca del lich.

—Tal vez no sangres, lich —le susurró Nimor al oído—, pero si tu cabeza se separa del cuerpo...

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Dyrr con un hilo de voz—. Podrías matarlo. Ha llegado nuestro momento y ahora me atacas a mí. ¿A mí?

—¿A ti? —dijo Nimor con sarcasmo—. Sí, precisamente a ti. Debería matarte ahora mismo. Claro que ya estás muerto ¿no es cierto, lich? Todo lo que hiciste fue hacerme perder el tiempo, y ahora la Reina Araña se remueve en su tumba y se nos ha agotado el tiempo.

—¿Qué? —inquirió Dyrr sinceramente confundido—. ¿Qué estás diciendo?

—No es que merezcas saberlo antes de que deje que Gomph Baenre te mate — replicó Nimor—, pero se ha acabado.

—¡No! —gritó el lich.

Nimor gruñó al sentir que algo lo golpeaba fuertemente en el pecho. Su mano se apartó de la garganta del lich y se vio impulsado hacia atrás, arrojado por el aire por alguna fuerza insondable. A pesar de sus intentos de volar, Nimor no podía.

El asesino consiguió mirar a Gomph, que, allá abajo, había dejado a un lado el hacha de guerra duergar y miraba hacia arriba, riendo.

Nimor también se rió. ¿Por qué no?

—Hemos fracasado, lich —le dijo a Dyrr—, pero al menos para mí habrá otra oportunidad.

—No, de que hemos fracasado nada —dijo el lich con un gemido—. Has sido tú el que ha fracasado. Tú volverás a la Sombra con tu cola de dragón entre las piernas, repitiéndote una y otra vez tus endebles excusas. Puedes culparme a mí si quieres, Nimor, pero yo todavía estoy aquí. Vivo o muerto, pero estoy aquí, en Menzoberranzan, luchando.

—Tal vez —dijo Nimor a quien las primeras oleadas de un profundo agotamiento empezaban a aflojar sus cansados músculos—, pero no por mucho tiempo.

El lich gritó su nombre, pero Nimor no alcanzó a oír el primer eco antes de entrar en la Linde de la Sombra y desaparecer para siempre de Menzoberranzan.

Capítulo veinticuatro



Entre los muros del templo había una ciudad veinte veces más grande que Menzoberranzan. Al igual que los muros y las plazas circundantes, la ciudad era una ruina destrozada, asolada por la guerra, que a Pharaun le dio la impresión de que había cesado hacía más de mil años.

Los elementos arquitectónicos imitaban en todo los de los edificios de los elfos oscuros, desde las telarañas calcificadas de Ched Nasad hasta las estalagmitas ahuecadas de Menzoberranzan. Lo único que tenían en común las estructuras era que todas estaban al menos parcialmente derruidas y que estaban carentes de vida.

Valas apareció detrás del mago, como siempre lo hacía, como por arte de magia. Pharaun no se molestó en aparentar que la súbita aparición del explorador no lo había sobresaltado. El momento de mantener las apariencias y de disputarse una posición dentro del grupo pertenecía al pasado.

Valas saludó con una inclinación de cabeza al maestro de Sorcere.

—Cuanto más nos adentramos, más metal hay.

Pharaun negó con la cabeza casi instintivamente, sin saber con certeza qué era lo que el explorador trataba de decirle. Después miró en derredor más atentamente y se dio cuenta de que Valas tenía razón. Aunque habían visto barras de hierro retorcido y de acero chamuscado en la plaza del exterior, cuanto más penetraban en el templo, tanto más tenían que sortear trozos cada vez más grandes.

Valas se detuvo y estiró la mano para tocar una pared levemente curva que tenía tres veces su altura.

—Da la impresión de que hubiera sido desprendida de una pieza mayor —dijo el explorador—, jamás he visto tanto acero.

Pharaun asintió, examinando la reliquia desde cierta distancia.

—Parece una parte de la armadura de un gigante —comentó—, un gigante mayor de lo que cualquiera podría encontrar en el Mundo de Arriba, pero esto es el Abismo, Valas. Aquí podría haber una criatura así.

—O un dios —replicó el explorador.

—Selvetarm era así de grande —dijo Danifae. Ambos varones se volvieron a mirarla, sorprendidos de que se hubiera detenido para intervenir en la conversación. La antigua prisionera de guerra había estado caminando en silencio con el draegloth, que no se separaba de su lado, aparentemente ajeno al panorama—. Lo mismo que

Vhaeraun.

Valas asintió.

—Sin embargo hay otros trozos —dijo—, y hay cosas que no parecen de una armadura.

—Los elementos mecánicos —intervino Pharaun—. Yo también los he observado.

—¿Elementos mecánicos? —preguntó la joven sacerdotisa.

Pharaun siguió caminando mientras hablaba.

—La extraña parte móvil. He visto bisagras y cosas que parecen hacer las veces de articulaciones, como el hombro o la rodilla del cuerpo de un drow, pero con cables u otros artilugios en lugar de músculos.

—Ahora que lo mencionas —dijo Valas—, algunos de ellos realmente tenían la forma de piernas o brazos.

—¿Y eso qué importa? —farfulló el draegloth—. ¿Vais a perder el tiempo examinando esta chatarra? ¿No entendéis lo que sucedió aquí?

—Creo que tenemos al menos una idea rudimentaria de lo que pasó, Jeggred —dijo Pharaun—. Mediante nuestro «examen de esta chatarra» como tan elocuentemente lo has llamado, podríamos ir más allá en nuestra comprensión que hemos calificado de rudimentaria. Ya lo sé, no es una disposición anímica con la que tú estés precisamente familiarizado, pero los que tenemos mayor...

De un solo golpe, Pharaun se quedó sin resuello. El draegloth estaba encima de él, aplastándolo contra los restos de un pilar de ladrillos que debía de haber formado parte de una enorme catedral. El mago evocó mentalmente un conjuro que no requería palabras, pero se detuvo cuando la voz de Danifae resonó en toda la extensión del templo.

—Jeggred —ordenó—, déjalo ya.

Era la orden que alguien podría dar a una rata domesticada distraída con un escarabajo. Cuando el draegloth se apartó y Pharaun se puso de pie con dificultad, se quedó preguntándose qué insulto era peor, si que Jeggred lo hubiera derribado o el despectivo comentario de Danifae. El maestro de Sorcere se sacudió el *piwafwi*, hizo lo que pudo con la maraña en que se había convertido su pelo y carraspeó.

—Vaya, Jeggred, muchacho —dijo el mago, empleando el sarcasmo—, ¿he dicho algo que te molestara?

—La próxima vez que me hables así, mago —gruñó el draegloth—, tu corazón seguirá el camino del de Ryld Argith.

Pharaun procuró no reírse.

—Tan encantador como siempre —dijo.

—Vamos, Jeggred —dijo Danifae, indicando al draegloth que la siguiera.

Pharaun terminó de recomponerse y cuando estaba a punto de continuar su

camino, se detuvo y se volvió al haber captado por el rabillo del ojo que alguien lo estaba observando. Quenthel estaba parcialmente oculta por otro enorme trozo de acero. La expresión que Pharaun vio en su cara era gélida, y de haberse encontrado todos en Menzoberranzan, sin duda habría presagiado la muerte de Danifae.



Una vez que se desvanecieron los ecos del último grito apenas coherente de Dyrr, sobrevino un momento de silencio casi absoluto. El lich estaba suspendido en el aire, temblando de ira. Gomph se tomó un momento para inspeccionar el ruinoso Bazar.

Los fuegos se habían extinguido y el humo se disipaba lentamente. Docenas de puestos, tenderetes y carromatos estaban destruidos, quemados, hechos trizas. Grandes grietas y pozos se habían abierto en el suelo de piedra, que presentaba grandes manchas de negro hollín.

Unas cuantas palabras susurradas empezaron a atravesar el silencio del espacio, y Gomph vio a algunos drows curiosos y poco prudentes que empezaban a deambular por las lindes del destrozado mercado. Tenían la impresión de que el duelo había terminado, pero Gomph sabía lo equivocados que estaban. Algo, que no era sólo la capacidad de Gomph para anticiparse a sus pensamientos, había ahuyentado a Nimor, haciéndole creer que había sido derrotado.

¿Por qué abandonó la lucha, archimago?, preguntó Nauzhror. ¿Qué sabe? Averígualo, le ordenó Gomph antes de volver a centrar su atención en Dyrr.

—Podemos acabar esto ahora, si te place —dijo Gomph.

El lich, tembloroso, cogió una bocanada de aire, y sacudió la cabeza.

—Todo está como debe estar —añadió el archimago.

—Supongo que sí, mi joven amigo —respondió el lich con voz firme—. Tú, el mago supremo de Menzoberranzan, y yo, el más poderoso. Es sólo una cuestión de simetría que nos enfrentemos en algún momento. El poder aborrece ese tipo de desequilibrio.

—No lo sé —respondió Gomph con un encogimiento de hombros—. Yo no me preocupo por el equilibrio. Rindo culto a un demonio. Sirvo al caos.

La respuesta de Dyrr consistió en iniciar un conjuro. Gomph dio un paso atrás y se valió de su bastón para levitar, elevándose unos cuatro metros en el aire y quedando allí suspendido. Miró hacia abajo y vio a un pequeño grupo de drows — quince o veinte, en su mayoría varones de edad avanzada— que empezaban a rebuscar entre los puestos derruidos. Debían de ser los propios comerciantes, que ya no podían estar por más tiempo sin saber la suerte que había corrido su fuente de sustento.

Gomph pensó en advertirles que se mantuvieran fuera, pero no quiso hacerlo.

Dyrr terminó su conjuro y al principio fue como si el lich fuera a estallar. Se

convirtió en un globo de dos, tres, cuatro veces su tamaño normal, y todavía más. Experimentó todos los cambios físicos imaginables y cayó desde el aire con un sonoro estrépito que hizo que los mercaderes se dispersaran más allá de los límites del Bazar. Gomph vio que éstos, una vez a salvo, observaban con admiración y miedo en qué se había convertido Dyrr.

Es un gigante, dijo Nauzhror, un gigante de piedra negra.

Gomph suspiró. Sabía en qué se había convertido Dyrr.

En circunstancias normales, un gigante de piedra negra era una creación de sacerdotisas de cultos oscuros destinada a sirviente, guardián, asesino o instrumento de guerra. Tallados en sólidos bloques de piedra, eran criaturas formidables que podían destruir una ciudad entera si no se los controlaba. Lo que Dyrr había hecho había sido cambiar su forma normal de drow delgado y envejecido por la de un gigante. En el proceso se había transformado en esa nueva criatura.

El gigante tenía fácilmente doce metros desde la parte superior de su enorme cabeza de drow hasta la punta de su cola, curvilínea como un gusano. Tenía cuatro pares de brazos largos con manos de drow de tamaño suficiente como para abarcar por completo a Gomph en cada una de ellas, aunque las manos estaban extrañamente retorcidas, acabando en negras garras no muy diferentes de las de Nimor. El lich había optado por conservar su color negro, pero sus ojos eran de un azul brillante. De ellos se proyectaban haces luminosos que atravesaban el humo todavía suspendido en el aire. Abrió la boca y mostró unas hileras de colmillos del tamaño de espadas cortas. De su labio inferior salía un hilo de baba. Estaba en constante movimiento, retorciéndose y reptando como un gusano. Su peso dejaba marcas en el suelo de piedra, y el ruido de la piedra al resquebrajarse y pulverizarse ahogaba todos los demás sonidos.

La criatura empezó a destruir todo lo que encontraba a su paso, y eso era mucho. Los tenderetes que aún quedaban eran reducidos a astillas bajo el colosal peso de la bestia. Los mercaderes curiosos que habían acudido se alejaban aún más para salvar su vida, pero el gigante arrollaba a todos los que encontraba. Una vez que les había pasado por encima, en lugar de la masa informe que Gomph esperaba ver, aparecieron estatuas. Las formas petrificadas de una veintena de drows aparecían esparcidas por la superficie del ruinoso mercado. El contacto del gigante los había transformado en piedra.

Una vez pasado su ataque de furia destructiva, el gigante dirigió su atención a Gomph. Los haces de luz que emitían sus ojos se posaron en el archimago, iluminándolo allí donde permanecía suspendido, a unos cuatro metros del suelo.

Gomph hizo un conjuro cuando el gigante se dirigió hacia él, mostrando sus enormes colmillos y petrificando a otro puñado de mercaderes poco avisados. El conjuro hacía que Gomph fuera difícil de ver. Su forma se volvió borrosa, indistinta,

y descendió rápidamente al suelo. Las botas que llevaba le permitirían correr más rápido que cualquier drow. Difícil de ver y rápido de movimientos, Gomph se las ingenió para mantenerse fuera del alcance del gigante.

—¿Puedes oírme, Dyrr? —gritó Gomph.

El lich no respondió, aunque Gomph no estaba seguro de que pudiera hacerlo en su condición actual. El gigante gruñó y rechinó los dientes antes de lanzarse otra vez contra él. Gomph corría en círculos, tratando de contener al peligroso bruto dentro de los límites del Bazar. Cualquier ser vivo que tocaba se convertía en piedra, y ya habían muerto demasiados menzoberranios. Si realmente el asedio estaba tocando a su fin, era hora de parar las inútiles matanzas.

—Dyrr, contéstame. —Gomph volvió a intentarlo, pero tampoco esta vez hubo respuesta.

En lugar de eso, el gigante echó una mirada a los drows petrificados que iba dejando a su paso. Cuando el haz de luz de sus ojos se posaba en sus formas pétreas, éstas se ponían en movimiento. Los mercaderes petrificados se alineaban y avanzaban lentamente como zombis y todos levantaban la cabeza como para mirar al gigante a la espera de sus órdenes. Al moverse iban soltando polvo, que formaba tenues nubes.

El gigante les transmitió sus órdenes sibilantes y una tras otra las estatuas animadas se volvían hacia Gomph y empezaban a avanzar lentamente en su dirección.

Gomph se movía mucho más rápido que las formas petrificadas, pero eran muchas: una docena, a continuación más, y sabía que tarde o temprano tendría que hacer algo respecto del gigante de piedra negra y su batallón de estatuas animadas.

El lich no te responde, maestro, dijo Nauzhror. Tal vez no pueda. Es posible que ahora tenga más de gigante que de lich.

¿Qué significa eso?, preguntó Prath.

Significa, respondió Gomph, que tal vez ya no pueda hacer o soportar lo que normalmente podría un lich.

¿Como qué?, preguntó Prath.

Gomph y Nauzhror proyectaron la misma palabra exactamente al mismo tiempo:

La nigromancia.



—Es imposible —dijo Valas—. Tiene el tamaño de un castillo.

Pharaun se encogió de hombros, asintiendo, mirando la enorme chatarra.

—Más grande —replicó el maestro de Sorcere—, pero podía andar.

Aquel cacharro había sido una esfera de acero bruñido de unos noventa metros de diámetro. Se encontraba entre las ruinas de media docena de edificios de piedra. A

primera vista parecía una cáscara de huevo vacía, pero en realidad había sido en una época una fortaleza móvil. Pharaun trató de imaginar su aspecto cuando estaba intacta, sostenida por unas patas que ahora estaban arqueadas y rotas debajo de su volumen.

—Algún tipo de artefacto de relojería —insistió Valas—, tan grande... Tiene que haber sido construida por un...

—¿Un dios? —Pharaun acabó la idea al notar que Valas vacilaba antes de llegar a la misma conclusión—. O una diosa. ¿Por qué no?

—¿Para qué se usaría algo como eso? —preguntó Danifae.

—La guerra —intervino Jeggred, aunque por el tono de su voz sonó más bien como una pregunta—. Es una máquina de guerra.

—Es una fortaleza —dijo Quenthel. Había en su voz una certidumbre que hizo que todos se volvieran a mirarla—. Es... era más bien, la fortaleza de la propia Lloth. Antes parecía una araña mecánica, y dentro de ella Lloth podía atravesar la Red Demoníaca de Pozos, protegida y armada con armas que ningún drow ha imaginado hasta ahora.

—Creo... —dijo Danifae—, creo haber leído algo sobre eso, pero siempre pensé que era una fantasía, una herejía inofensiva para impresionar a los no iniciados.

—¿Lo sabes con certeza? —le preguntó Pharaun a Quenthel, aunque por la expresión de su cara se veía que no tenía la menor duda.

La suma sacerdotisa miró al maestro de Sorcere a los ojos.

—Yo estuve dentro —dijo—. Lo he visto en movimiento. Fue dentro de esa fortaleza donde vi por primera vez a la Reina Araña.

Pharaun se volvió a mirar otra vez la enorme pieza de chatarra.

—Ella casi nunca la abandonaba —prosiguió Quenthel en voz cada vez más baja, como estuviera retrocediendo mucho en el tiempo—. No creo que la haya visto nunca salir de ella en todos los años que yo...

Pharaun no se volvió a mirar a la Señora de Arach-Tinilith antes de hablar.

—Deberíamos entrar. Si Lloth no dejaba nunca esa fortaleza, es posible que todavía esté ahí.

—No está ahí —dijo Quenthel.

—La señora tiene razón —dijo Danifae—. Puedo sentirlo... mejor dicho, no puedo sentirla.

—Podría estar todavía ahí dentro —dijo el mago, a sabiendas de que estaba arriesgando otra vez su vida al sugerir eso... aunque estaba seguro de que todos ellos habían considerado aunque sólo fuera brevemente la posibilidad—. Su cuerpo podría estar ahí, de todos modos.

Nadie respondió, pero siguieron a Pharaun cuando éste inició el largo camino hacia la fortaleza araña.

Con el paso de los minutos, la caminata se iba haciendo cada vez más difícil. Hacía tiempo que la fatiga se había hecho notar, y aunque de vez en cuando hacían un alto para comer y beber las provisiones que Valas había distribuido entre ellos, todos estaban hambrientos, sedientos y a punto de desplomarse. Eso, unido a la cantidad cada vez mayor de escombros y paredes de piedra, telarañas, ladrillos o acero que se veían obligados a superar, reducía su velocidad a una cuarta parte de lo que habían previsto.

A pesar de todo, el draegloth se las arreglaba para estar cerca de Pharaun. El mago confiaba razonablemente en que las defensas que ya tenía en marcha evitarían que el semidemonio lo asaltara antes de que tuviera ocasión de defenderse, de modo que no se paró en barras y desafió al draegloth.

—Ya te gustaría —le susurró Jeggred a Pharaun. El susurro del draegloth tenía el volumen normal de la voz de un drow, pero daba la impresión de que nadie lo oía—. Si Lloth está muerta y todo lo que encontramos es un esqueleto, te alegrarás. Reconócelo.

—No admito nada —dijo el maestro de Sorcere—. Eso por principio. Con todo, en este caso espero sinceramente no encontrar a Lloth muerta ahí dentro. Pero si lo hiciera: ¿a ti qué te importa, draegloth? ¿Irías corriendo a delatarme a tu señora? ¿A cuál de tus dos señoras se lo dirías primero? ¿Se lo dirías a Quenthel? Sinceramente, Jeggred, te comportas como si esperaras no volver nunca más a Menzoberranzan.

—¿Ah sí? —preguntó el draegloth que no estaba dotado para el sarcasmo—. ¿Y eso?

—No haces el menor caso de los deseos de Quenthel Baenre —dijo el mago poniendo especial énfasis en el nombre de la casa—, prefiriendo los caprichos de una sirvienta. Aquí, en el corazón mismo del poder de Lloth.

—Danifae ya no es una sirvienta —dijo el draegloth—, he visto much...

Fuego.

La palabra se formó en la mente de Pharaun al mismo tiempo que su piel se empezó a llenar de ampollas y las llamas pugnaban por hacer presa en su ropa. El fuego llegó a ellos en una oleada y los rodeó de deslumbrantes lenguas en las que se mezclaban el naranja, el rojo y el azul. Pharaun oyó el crepitar de sus conjuros defensivos para mantener a raya el calor, y aunque no pudo evitar quemarse, sobrevivió. No todos sus compañeros tenían tanta suerte, y Pharaun buscó de inmediato en su mente un conjuro que los protegiera a todos, y si no a todos, por lo menos a Valas, Quenthel (después de todo era la hermana del archimago), a Danifae y a Jeggred... por ese orden.

Sin embargo, no tuvo oportunidad de evocar ningún conjuro antes de que una segunda oleada de fuego lo alcanzara y le produjera quemaduras peores que las anteriores.

Una risa repugnante, jadeante, resonó desde lo alto, y Pharaun alzó la vista y vio a un cruel tañar'ri suspendido, por simple arte de magia, en el aire encima de sus cabezas. Aquello era una especie de toro furioso y contrahecho al que le faltaban los pies.

Pharaun lo identificó inmediatamente al tiempo que conjuraba una esfera de energía del Tejido a su alrededor para protegerse de ciertos conjuros. El tañar'ri era un glabrezu, y tenía algo que le resultaba familiar.

—El hielo... —sugirió Danifae, y la palabra se deslizó sibilante entre sus dientes.

Danifae y Quenthel tenían manchas brillantes en su negra piel. Sus quemaduras eran peores que las de Pharaun, pero no lo suficiente para que se les formaran ampollas. Quenthel sacó la varita mágica curativa y se la pasó rápidamente sobre la piel.

—Lo he rodeado de hielo —dijo Pharaun—, y allí se quedará.

El mago miró a su alrededor en busca de Valas, pero el explorador no se veía por ninguna parte.

—Típico de un demonio —farfulló Quenthel—. Se arrancó las piernas a mordiscos para escapar.

Jegged rugió rabioso. De su pelaje chamuscado salía humo que formaba volutas negro grisáceas.

—¿Nos has seguido hasta aquí todo el tiempo, Belshazu? —preguntó la Señora de Arach-Tinilith—. ¿Para que pudiéramos matarte?

—Todo lo contrario —dijo el padre de Jegged.



Halisstra Melarn volaba.

Aunque no era ésa una descripción totalmente precisa de lo que le estaba sucediendo, era lo que percibían sus sentidos. Por debajo de ella se extendía una eternidad de nada gris salpicada de tormentas arremolinadas de color y de trozos distantes de roca a la deriva que en unos casos tenía más de un kilómetro de diámetro y en otros apenas el tamaño de un drow. Por encima de ella y a su alrededor se veía lo mismo.

Recientemente había visitado el Plano Astral con el grupo de menzoberranios y con su antigua prisionera de guerra, pero había sido una experiencia muy diferente. Aquella vez, bajo el cuidado de un sacerdote de Vhaeraun, se había sentido como un espectro al que arrastran con una cadena. Sin embargo, gracias al poder de Eilistraee, esta vez se encontraba realmente en el Astral, no era una proyección y nada la anclaba a su plano de origen.

Halisstra Melarn se sentía más libre que nunca. Sus labios se abrían en una sonrisa descarada y su corazón latía desbocado. Aunque técnicamente no se podía

decir que hubiera viento, su cabellera flotaba. Su cuerpo respondía al menor pensamiento en el medio etéreo del Plano Astral, y se elevaba y descendía como un ser de las sombras.

La única limitación que sentía era la necesidad de mantenerse próxima a sus compañeras, Uluyara y Feliane. Halisstra notaba que la elfa de la superficie y la sacerdotisa drow disfrutaban del vuelo por el Astral tanto como ella, y ambas lucían la misma sonrisa. Sin embargo, la gravedad de la misión que las traía a estos lugares no se borraba en ningún momento de sus mentes.

Halisstra lo había arriesgado todo, y todo lo había perdido por estar allí. Seguramente Ryld estaría muerto, tan muerto como Ched Nasad, y la vida de que alguna vez había disfrutado en la Antípoda Oscura había quedado atrás. Por delante había riesgo, pero al menos la posibilidad de una recompensa, mientras que todo lo que había dejado atrás era desesperanza.

—¡Allí! —gritó Uluyara a sus compañeras de viaje, interrumpiendo los pensamientos de Halisstra—. ¿Lo veis?

Halisstra siguió el dedo de piel oscura de la otra sacerdotisa y se dio cuenta de que su cuerpo cambiaba de dirección para desplazarse en la dirección señalada. Lo que Uluyara indicaba era una larga fila de negras sombras, y Halisstra tuvo que parpadear varias veces antes de empezar a entender lo que estaba viendo. Era como una enorme veladura gris por detrás de la cual, como si fueran sombras chinescas, una fila de drows avanzaba lentamente hacia una meta común.

—Acercaos a ellos lentamente —les advirtió Feliane—. Es posible que ni siquiera puedan percibir nuestra presencia, pero no lo sabemos con certeza, y son muchos.

—¿Quiénes son? —preguntó Halisstra, aunque tan pronto como terminó de formular la pregunta se dio cuenta de qué era lo que estaba viendo.

—Los condenados —fue la apesadumbrada respuesta de Uluyara.

—Tantos... —susurró Halisstra en el mismo tono.

—Todos los drows que murieron mientras Lloth guardaba silencio, supongo —dijo Feliane—. ¿Adónde van?

—Al Abismo no —respondió Uluyara.

A medida que se acercaban, Halisstra no pudo por menos que reconocer algunas caras entre las formas de los muertos recientes que avanzaban lentamente. Todos los elfos oscuros tenían el mismo color grisáceo, como si fueran dibujos al carboncillo y no drows reales. Cuando miró directamente a uno de ellos, una hembra quizá demasiado joven para la Iniciación, Halisstra pudo ver a través de ella una roca que pasaba por detrás.

Una de las sombras notó su presencia y estableció un breve contacto visual, pero el alma difunta no aminoró su marcha ni hizo el menor intento de hablar con ella.

—¿Adónde van? —inquirió Halisstra al ver primero a uno, después a otro de los

espectros que llevaban un símbolo de Lloth u otras baratijas y escudos que los identificaban como devotos de la Reina Araña—. Si no van al Abismo, si no van al dominio de Lloth, ¿entonces adónde van?

Halisstra sintió renacer la esperanza. Si los leales servidores muertos no acudían al lado de Lloth, pero iban a algún lugar, dondequiera que fuese, tal vez aún hubiera una esperanza para un seguidor de la Reina Araña, y no los esperara el olvido.

—El conjuro de Eilistraee —dijo Feliane— nos llevaba al Abismo, y no íbamos por este camino.

—Cuando estuve en la Red Demoníaca de Pozos con la hermana Baenre y otros —contó Halisstra—, no vimos almas como éstas. Quenthel se asombró de su ausencia. En la sexagésima sexta capa sólo había hordas de feroces demonios, dos dioses en guerra y un templo cerrado a cal y canto.

—¿Deberíamos seguirlos? —le preguntó Feliane a Uluyara—. Si son seguidores de Lloth, tal vez se dirijan hacia ella aunque no vayan al Abismo.

—¿Será posible que la mismísima Lloth haya abandonado el Abismo? —inquirió Halisstra.

Tanto Halisstra como Feliane miraron a Uluyara esperando una respuesta, pero la sacerdotisa drow se limitó a encogerse de hombros.

Por un acto de voluntad, Halisstra se acercó más a la fila de almas y se quedó observándolas mientras pasaban, confiando en ver a una sacerdotisa mayor, a alguien que tuviera el aspecto de saber algo más. Sin embargo, la mayor parte eran varones, evidentemente guerreros, y unos cuantos driders entre ellos. Por sus vestimentas y sus escudos, Halisstra dedujo que venían de numerosas ciudades de toda la Antípoda Oscura.

Por fin vio que se acercaba una sacerdotisa que le pareció adecuada y Halisstra se aproximó más aún. Extendió la mano para tocar el alma que pasaba cuando alguien la llamó por su nombre.

Halisstra, la voz resonó directamente en su mente.

Halisstra parpadeó y se llevó las manos a la cabeza. Vagamente tuvo conciencia de que Uluyara y Feliane le preguntaban qué le pasaba.

El sonido de la voz física hizo eco en su cerebro y su peso desalojó todos los demás pensamientos.

—Ryld... —dijo con las mandíbula apretadas y temblando.

Aquí estoy, Halisstra, le susurró el maestro de Melee Magthere en su conciencia.

Halisstra abrió los ojos y se encontró frente a frente con la sombra espectral de Ryld Argith. El guerrero drow se erguía, alto y orgulloso, en su armadura de sombra, y sus manos trataban a un tiempo de tocarla y de repelerla. Los ojos de Halisstra se llenaron de lágrimas, emborronando la visión del alma descarnada de su amante.

Yo te amaba, dijo él.

Halisstra había tratado de no llorar, pero aquellas tres palabras la hicieron romper en sollozos, que sacudían su cuerpo y la alejaban lentamente de él en el éter astral. Quería decirle mil cosas, pero la garganta se le cerró, las mandíbulas se le encajaron y su cabeza parecía a punto de estallar.

Lo abandoné todo por ti, dijo el maestro de armas.

—Ryld —consiguió articular Halisstra por fin—. Puedo traerte...

Más que decir «no» lo que hizo Ryld fue infundir esa sensación en su conciencia. A Halisstra le faltaba el aire.

Me encamino a Lloth, dijo Ryld. *Mi lugar no está al lado de Eilistraee, aunque sí lo estuvo a tu lado.*

—No la antepuse a ti, Ryld —dijo Halisstra, a sabiendas de que mentía—. Le habría dado la espalda si tú me lo hubieras pedido.

Otra vez esa sensación de negativa.

—Yo quería tenerte —susurró Halisstra.

Y me tuviste, respondió él, *mientras te fue posible.*

—Halisstra —le susurró Uluyara al oído. Halisstra se dio cuenta de que la otra sacerdotisa drow la tenía sujeta por el brazo—. Pregúntale adonde va. Pregúntale adonde se ha ido Lloth.

—Va hacia ella —le respondió y luego volvió a dirigirse a Ryld—. Te amo.

Parpadeó para enjugar las lágrimas de sus ojos, a tiempo para verlo sonreír y asentir con la cabeza.

—Por eso estamos aquí ahora ¿no? —preguntó Halisstra al alma de Ryld Argith que se alejaba lentamente—. Porque nos hemos amado.

Porque dejamos atrás nuestro mundo, respondió él, *porque nos dejamos a nosotros mismos allá. Tú fuiste capaz de crear una nueva Halisstra, pero yo no pude hacer un nuevo Ryld. Estoy aquí porque me lo merezco. De no ser así, el draegloth jamás habría podido conmigo.*

—Y todavía estaríamos juntos —dijo ella.

Diles a tus amigas, dijo Ryld, *que Lloth se ha llevado la Red de Pozos Demoníacos del Abismo. Algunos de nosotros llevamos meses esperando sentir su llamada a través del Astral hacia su seno, y ahora acabamos de recibirla.*

—Lloth —les dijo Halisstra a las otras sacerdotisas con una voz cargada de arrepentimiento, de ira, de odio y de muchos otros sentimientos—, se los está llevando a casa.

—La Red de Pozos Demoníacos ya no forma parte del Abismo —arriesgó Uluyara.

Lloth está cambiando, dijo Ryld y en su mensaje mental había un tono de advertencia. *Lo está cambiando todo.*

Halisstra sintió que Uluyara apretaba más su brazo.

—Deja que se vaya —le susurró la sacerdotisa—. Déjalo. Ahora sólo podemos servirlo de una manera.

—P... podemos traerlo... traerlo de vuelta —tartamudeó Halisstra mientras observaba cómo Ryld le daba la espalda y se alejaba lentamente con las otras sombras indiferentes.

—Si él no quiere volver... —susurró Uluyara, y el brazo que la sujetaba la envolvió en un reconfortante abrazo.

Halisstra la abrazó a su vez y lloró mientras Ryld se iba alejando más y más con los otros condenados.

Capítulo veinticinco



—Bienvenido al Abismo, cadáver —dijo el glabrezu. Su voz era un gruñido sordo, y profundo—. Bienvenido a mi casa.

—Belshazu —dijo Quenthel. En su mano, las víboras de su látigo se removieron expectantes.

El demonio no la miró. No apartaba su mirada infernal de Pharaun.

—Te voy a arrancar el alma del cuerpo, mago, y me la voy a comer cruda para vomitarla a continuación, de modo que chorree sobre tu cadáver estremecido y penetre por tu piel trémula y se te meta por la boca para que se entere de que estás muerto —amenazó el demonio.

—Bueno —dijo Pharaun—, si tú lo dices.

—Vas a morir —volvió a amenazar Belshazu—, a la sombra de la fortaleza en ruinas de tu diosa muerta.

El maestro de Sorcere vio por el rabillo del ojo que Jeggred se acercaba a él. El gruñido del draegloth era tan sordo y retumbaba tanto como el del glabrezu, el demonio que casualmente era su padre.

El glabrezu, de cuyas piernas cortadas brotaba una sangre oscura que se derramaba sobre el antiguo campo de batalla, se volvió lentamente hacia el draegloth.

—Cuando yo haya terminado con el drow, hijo —le dijo—, podrás unirme a mí y liberarte por fin de los elfos oscuros.

Jeggred respiró hondo y Pharaun se dio cuenta de que estaba listo para saltar, aunque el glabrezu estaba suspendido en el aire, fuera de su alcance.

—Jeggred... —empezó a decir Quenthel, pero se calló cuando el draegloth se volvió hacia ella.

—Para mí no es más que carne —gruñó Jeggred—. Una escoria más de tanar'ri. Esa cosa no es mi padre. —Se volvió hacia el glabrezu—. Vuelve a llamarme «hijo», demonio, y no habrás terminado de decirlo antes de que te arranque la cabeza.

—No temas, draegloth —replicó el demonio con una mueca salvaje—. Aunque fueras un demonio puro, no me ocuparía de ti, y tratándose de un mestizo ni me molestaría en matarte. —Belshazu volvió a centrar su atención en Pharaun, pero al hablar se dirigió a todos los demás—. Sólo quiero al invocador. Entregadme al mago y podréis ir a reuniros con vuestra Reina Araña.

—¿Sólo él? —preguntó Quenthel.

Pharaun la miró y ella trató de esquivar su mirada, prestando atención únicamente al glabrezu suspendido en el aire.

El demonio echó una mirada a sus piernas cortadas.

—El truco del hielo —dijo—. Tuve que arrancarme las piernas. —Levantó uno de sus cuatro brazos, uno de los que acababan en una feroz garra prensil—. No volverán a crecer. Por lo menos, el hijo de perra me debe dos piernas. Entregádmelo y seguid vuestro camino.

—Haceos todos a un lado —dijo Quenthel con voz de hastío.

El draegloth gruñó, y Valas surgió de detrás de una pila de ladrillos rotos, arrastrando los pies de una manera ruidosa que no era habitual en él. Pharaun miró a Quenthel y ella le sostuvo la mirada.

—¿Hablas en serio? —preguntó el mago.

—Sí —replicó Quenthel—. Tú lo invocaste, tú lo apresaste, tú lo inmovilizaste en hielo. El resto de la expedición es demasiado importante para perder el tiempo luchando con cada monstruo con que nos topamos... al menos de ahora en adelante, y como para dedicarnos a satisfacer las venganzas a que has dado lugar con tu simpleza y tu falta de cuidado.

—Pharaun invocó a ese demonio por orden tuya, señora —le recordó Valas, pero ella no hizo el menor caso al explorador.

Pharaun miró a Belshazu, que reía entre dientes, obviamente sorprendido de que los compañeros de Pharaun lo hubieran vendido con tanta rapidez y facilidad. El mago examinó rápidamente al glabrezu y observó que volaba gracias a un delgado anillo de platino que llevaba en el meñique de la mano izquierda.

—Muy bien —dijo Pharaun—. Al fin y al cabo a lo que nos enfrentamos aquí es a un glabrezu sin piernas. Adelantaos y os alcanzaré en un minuto o dos.

El glabrezu lanzó un rugido y se acercó más. El primer impulso de Pharaun fue salir corriendo; el segundo, aguantar a pie firme y tragar saliva. No hizo ni lo uno ni lo otro, sino que se dispuso a preparar su primer conjuro.

Algo pasó junto a la cara de Pharaun. Echó un poco hacia atrás la cabeza para evitarlo, pero otra cosa lo golpeó en la barbilla. A su alrededor se levantó una nube de polvo... y piedras, astillas de hueso petrificado y pequeños trozos de hierro oxidado y retorcido. Miró al glabrezu, que tenía levantada una de sus dos manos propiamente dichas y lo miraba con una mueca de complicidad en su cara canina.

A Pharaun le dio un vuelco el estómago, y sintió que tiraban de él hacia arriba. Sus botas se separaron de la tierra y empezó a caer, pero a caer hacia arriba, junto con los escombros que había a su alrededor. Los otros se retiraron del área en la que se había invertido la gravedad. Quenthel observaba con expresión irritada, como si se sintiera decepcionada por el hecho de que el demonio tardara tanto en matarlo. Valas sacó su kukris pero no parecía muy convencido de si debía intervenir o no. Jeggred

miró a Danifae, quien lo despachó con un gesto pero siguió observando, expectante.

Con un suspiro, Pharaun se puso a trabajar.

Tocó la insignia de Sorcere y usó su poder de levitación para contrarrestar la inversión de la gravedad. Era desorientadora, pero se las arregló para mantenerse al mismo nivel que el glabrezu. Entonces tocó su anillo de acero y sacó a relucir el estoque que encerraba.

El arma salió volando hacia el demonio. Mientras la hoja atravesaba el aire, el glabrezu echó la garra y la apresó con sus pinzas. El demonio tenía la ventaja de poder volar con la hoja encantada y rápidamente igualaron sus velocidades, de modo que Belshazu y el estoque volaban a la par.

Pharaun aprovechó el punto muerto para hacer un conjuro. Otra vez volvió a sentir un vacío en el estómago, y su levitación empezó a impulsarlo hacia arriba y no hacia abajo. La gravedad invertida del demonio se había desactivado.

Belshazu podía parar los continuos ataques de la espada, pero no podía hacerle daño. Al mismo tiempo, el estoque se burlaba del demonio, le hacía cortes y muy pronto empezó a caer sobre el suelo yermo la sangre de media docena de heridas.

—Mala suerte —dijo Belshazu entre dientes, casi para sus adentros—, pero me hubiera gustado guardármela después de matarte.

El demonio hizo un gesto difícil de definir —un guiño, un encogimiento de hombros, un estremecimiento— y la espada se desintegró en mil fragmentos de acero brillante que cayeron como una lluvia sobre el antiguo campo de batalla.

Pharaun sintió que le hervía la sangre, se le arrebolaba la cara y se le agarrotaba la garganta.

«Debería haberlo recordado —se reprochó—. Debería haber sabido que haría eso».

El maestro de Sorcere quiso lanzar al aire una serie de invectivas, contra Belshazu y contra el frío e indiferente multiverso, pero se las tragó, aunque siempre le había tenido gran cariño a aquel estoque.

—Te arrancaré de las tripas el valor de esa arma, demonio —amenazó Pharaun.

A su espalda oyó hablar a Valas.

—¿Vas a abandonar a un hermano drow a un asqueroso demonio? —decía—. ¿Vas a dejar que nos quedemos sin mago?

—Sí —replicó Quenthel con una falta de misericordia que aguijoneó a Pharaun.

El tanar'ri se acercó rápidamente, y Pharaun sacó un viejo guante de un bolsillo de su *piwafwi*. Inició el encantamiento cuando todavía el guante no había salido de su bolsillo, y para cuando el glabrezu estuvo a tiro, el conjuro estaba hecho.

Una mano del tamaño de un rote apareció en el aire entre el mago y el demonio. Aunque Belshazu trató de evitarla, no lo consiguió. La mano se abrió y lo empujó por el aire, obligándolo a alejarse del mago, por más que se resistía.

Pharaun se volvió hacia Quenthel, que lo miró con cara inexpresiva.

—Lo que estoy a punto de hacer, debería hacerlo aquí mismo y dejar que tú lo probaras —dijo—, pero no lo haré. Primero lo alejaré y te mantendré a una distancia segura. De todos modos, señora, quiero que recuerdes que puedo volver a hacerlo y que, con toda seguridad, volveré a hacerlo.

No se molestó en aguardar una respuesta, que de todos modos no llegó, sino que se volvió hacia el glabrezu, que había sido apartado varios pasos en el aire, por encima de la extensión del templo en ruinas. Pharaun empezó a correr por el terreno desnivelado, sembrado de escombros, contando sus pasos mientras corría. Belshazu daba golpes descontrolados contra la mano, con furia frustrada, pero sin el menor resultado. La magia se mantenía.

Cuando Pharaun se hubo apartado veinte pasos del resto de la expedición, se detuvo. Mantuvo la mano en el aire, pero ya no empujando al glabrezu, sino simplemente manteniéndolo a raya. Mientras corría había repasado mentalmente todo lo que había aprendido sobre los tanar'ri en general y sobre los glabrezu en particular. Cuando se detuvo, hizo un conjuro más bien sencillo que evitaría otra manifestación inconveniente de la magia natural del tanar'ri. Un rayo de luz verde salió de las manos extendidas del mago y se dirigió al demonio suspendido en el aire. El conjuro lo mantendría en la capa sexagésimo sexta del Abismo, impidiéndole teletransportarse incluso dentro de los confines del plano.

—Dime el... —gritó el mago al demonio, interrumpiéndose cuando la enorme pinza del Belshazu atravesó la mano conjurada.

La magia se consumió en la superficie del negro puño como cuando la sangre se deslía en el agua. El glabrezu hizo una mueca, gruñó y lanzó un golpe contra la mano. Los grandes dedos se retorcieron y la mano se abrió.

El mago jamás había visto que algo se abriera paso a través de aquel conjuro de esa manera. El glabrezu era más poderoso y poseía más talento de lo que Pharaun podría haber imaginado. Mientras esas ideas pasaban por su mente, el mago drow sacó otro conjuro del Tejido.

La poderosa pinza del demonio atravesó uno de los dedos. Cuando logró desasirse de la mano, la magia negra estalló como una burbuja y el dedo desapareció. Belshazu empujó la mano vacilante, que empezaba a disiparse, con uno de sus muñones y con sus brazos intactos. Cuando el siguiente conjuro de Pharaun empezaba a formarse en el aire por encima del demonio, Belshazu cayó sobre el suelo sembrado de ruinas.

El demonio le lanzó un rugido a Pharaun, que no pudo hacer otra cosa que fingir que el sonido ensordecedor, aterrador, no lo afectaba en absoluto. Belshazu se quedó allí, pero no miró para arriba y no pudo ver la losa de piedra que se estaba formando, grano a grano, en el aire, encima de su cabeza.

—Dime la verdad —dijo Pharaun como de pasada, mientras se apartaba un

mechón de los ojos—: ¿Se nota que llevo diez días sin lavarme el pelo?

El glabrezu gruñó, volvió a rugir y dio un salto en el aire... justo en el momento en que la piedra caía.

El demonio desapareció debajo de ella y la tierra tembló. La losa se partió al golpear sobre la superficie desigual. Belshazu levantó la piedra de varias toneladas lo suficiente como para volver la cabeza y mostrar sus ojos, llameantes, hundidos en su sangrante y bestial cabeza.

El aspecto de la maltrecha criatura hizo sonreír a Pharaun. El conjuro que había hecho que se apartara tanto de los demás para hacerlo sin peligro afloró a sus labios mientras el tanar'ri iba saliendo con dificultad de debajo de la losa. Cuando terminó el encantamiento, Pharaun abrió mucho la boca y gritó.

El sonido no salió de sus pulmones, su garganta o su boca, sino del Tejido que lo rodeaba y que había en su interior. El sonido era arrollador e iba subiendo de tono, cada vez más, hasta que salió como un disparo: un grito enloquecido, fúnebre, que golpeó al demonio con tanta fuerza que incluso hizo estallar la losa de piedra, transformándola en vapor humeante para desvanecerse a continuación en humo y transformarla en nada. El sonido chocó con el glabrezu, lo sacudió y lo elevó en el aire girando en barrena. La piel dura y roja del demonio se llenó de magulladuras, y se oyó el ruido de sus huesos al quebrarse. El demonio no podía coger aire suficiente como para gritar, aunque Pharaun disfrutaba ante el hecho evidente de que quería hacerlo.

Y más disfrutó todavía cuando empezaron a desprenderse partes de su cuerpo.

Pharaun seguía gritando, sacando aire de su interior. El sonido destrozó al glabrezu, arrancándole jirones de piel, trozos de exoesqueleto, mechones de pelaje, garras, colmillos, ojos y después sangre y entrañas. Todo ello, revuelto, se arremolinó en el aire como si lo estuvieran removiendo en una gran marmita, hasta que, de repente, el conjuro y el salvaje alarido desaparecieron, y los restos destrozados de Belshazu quedaron formando un montón sobre el terreno asolado por la batalla. Del cielo siguió cayendo sangre en grandes goterones hasta un minuto después de que el último trozo golpeará el suelo.

Pharaun suspiró, se atusó el pelo y a continuación se dirigió cauteloso hacia la pila de restos. A puntapiés empezó a apartar trozos hacia uno y otro lado hasta que por fin dio con el fino anillo de platino. Se agachó y lo cogió, procurando no tocar la sangre del tanar'ri.

—Me debías un anillo —dijo a los restos silenciosos del demonio. A continuación se puso el anillo en un dedo y se reincorporó al grupo de drows que lo habían dejado enfrentarse solo al glabrezu sin ninguna contemplación.



—Desde lejos parecía grande —dijo Pharaun pasando la mano por una fría costilla de metal herrumbroso—, pero desde dentro es aún mayor.

El maestro de Sorcere miró hacia arriba, siguiendo la suave curva del acero y tratando de adivinar cuánto se elevaría por encima de su cabeza. ¿Tal vez treinta o cuarenta metros?

—¿Por qué habrá estado abandonado durante mil años? —preguntó Jeggred. El draegloth estaba olfateando la superficie exterior de la gran fortaleza araña y no parecía satisfecho—. ¿Deberían haberlo limpiado? ¿Acaso la diosa no querría que se lo llevaran?

—No ha permanecido aquí durante mil años —dijo Quenthel. Estaba de pie, con los brazos cruzados, dentro de una enorme grieta abierta en el costado de la esfera rota—. Os lo he dicho: yo estuve aquí.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Danifae.

La suma sacerdotisa la miró con desprecio, pero eso no le impidió responder.

—Diez años.

—¿Hace diez años? —preguntó Pharaun—. ¿Y esto estaba intacto y en movimiento?

La señora de Arach-Tinilith asintió.

—¿Y cómo fue que estuviste aquí? —inquirió Danifae.

Quenthel se volvió hacia Pharaun.

—¿Si hubiera alguien vivo aquí podrías percibirlo? —le preguntó.

El mago miró a Danifae, que se limitó a encogerse de hombros.

—Hay conjuros —le contestó a Quenthel— que pueden hacer eso. ¿Crees que podríamos encontrar a alguien vivo aquí dentro? ¿A la propia Lloth tal vez?

—Si la Reina Araña está en alguna parte —dijo la sacerdotisa Baenre—, tiene que ser aquí. Éste es su palacio. Sin embargo, no siento su presencia. Sigo sin sentirla aquí, en absoluto.

Pharaun asintió y volvió a mirar al lugar en ruinas.

—Lejos de mi intención está discutir contigo, señora —le dijo a Quenthel—, pero me resulta imposible creer que esta estructura estuviera en funcionamiento hace apenas diez años. Admito que jamás he visto materiales de este tipo, vigas de acero capaces de sostener un edificio, una estructura mágica del tamaño de la casa Baenre, pero he visto acero nuevo y viejo, y este acero lleva tirado aquí algo más de diez años. Acepto que seas reacia a decirnos por qué estuviste aquí hace una década, pero...

—Pero ¿qué? —dijo Quenthel con un gruñido.

Pharaun se detuvo a pensar. La Señora de Arach-Tinilith no dejaba de observarlo, hasta que finalmente el mago se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Quenthel se volvió y se internó aún más en la destruida fortaleza araña.

Pharaun tenía la sensación de que alguien lo estaba mirando, y al volverse vio a Valas medio escondido tras una sombra. El explorador estaba en el exterior de la estructura. Siguiendo las miradas de Valas, Pharaun observó a Danifae y Jeggred, que seguían a la suma sacerdotisa. Cuando los tres hubieron desaparecido en el laberinto de metal retorcido, Valas se acercó.

—¿Realmente crees que está aquí, viva? —preguntó.

Pharaun se encogió de hombros.

—A estas alturas, mi querido Valas —dijo—, estoy dispuesto a creer casi cualquier cosa. Aquí el tiempo no parece tener sentido, o al menos tiene un sentido diferente. Todo lo que Quenthel dice debe de ser cierto, pero aquí nos encontramos en el corazón mismo de los dominios de Lloth y ¿dónde está la diosa?

—¿Y dónde están las almas de los muertos? —añadió el explorador.

—Es verdad, deberíamos estar rodeados por difuntos —reconoció Pharaun—. Debería haber todo tipo de criaturas: demonios, driders, draegloths... —Pharaun hizo una pausa y rió por lo bajo—. Todo tipo de cosas que empiezan con «d»... pero no hay más que chatarra y ruinas, huesos calcificados y piedra en descomposición. Todo es materia de una elegía épica.

Valas echó una mirada a la oscuridad reinante en el interior de la fortaleza araña y suspiró.

—No sé qué hago aquí —dijo con una voz que era apenas algo más que un suspiro—. ¿Por qué estoy aquí todavía?

—Porque te contrataron —dijo Pharaun—. La casa Baenre le paga a la casa Bregan D'aerthe... todos saben por qué estás aquí.

—No, lo que me pregunto es por qué estoy aquí *todavía* —dijo el explorador—. Me contrataron como guía para conducir a la expedición a través del Dominio Oscuro, y ya lo he hecho.

—Sí, es cierto —replicó Pharaun.

—Nunca dije que supiera... —empezó a decir Valas, pero acabó en un suspiro.

—No estás en tu elemento —dijo Pharaun—, y los demás tampoco, pero sin duda podemos sacar provecho de tus habilidades.

—Podría haberte ayudado contra el demonio —dijo el explorador.

—Quenthel no lo hubiera permitido —respondió Pharaun.

—Tú nos trajiste hasta aquí —dijo Valas—, y por lo que sé, incluso con el barco destruido, eres el único que puede llevarnos a casa, y sin embargo ella se arriesga a probar algo que no es necesario probar. ¿Eso tiene algún sentido para ti?

Pharaun sonrió y sacudió la cabeza, apartándose de la cara un molesto mechón de pelo.

—He sido una china en el zapato de la suma sacerdotisa desde que salimos de Menzoberranzan —dijo—. He perdido la cuenta de las numerosas razones por las

cuales podría querer matarme, del mismo modo que he perdido la cuenta de las que tengo yo para desear verla muerta. A pesar de todo, tal vez tuviera confianza en mi capacidad para acabar con el demonio por mis propios medios. Y así ha sido, después de todo.

—Tal vez haya habido un momento en que pensé que ese razonamiento era válido —prosiguió Valas—, pero después de todo esto no puedo dejar de pensar que es una tontería, y que puede llegar a ser excesivo. Su conducta es errática.

—Creo que todos somos un poco erráticos —admitió Pharaun—, pero en principio estoy de acuerdo con lo que estás diciendo. Creo que las serpientes cada vez hablan más con ella. Ha perdido el control tanto del draegloth como de Danifae, jamás ha tenido control sobre mí y sabe que tú sólo estás aquí por el oro de la casa Baenre. Por fin llegamos a la Red de Pozos Demoníacos y mira lo que nos encontramos. ¿Unas ruinas? Es lógico que se vuelva loca. Todos deberíamos estar locos.

Valas se quedó pensando un momento y Pharaun permaneció a la espera de su respuesta.

—Mi contrato ha llegado a su fin —dijo finalmente.

Pharaun asintió y se encogió de hombros.

—Eso te toca a ti decidirlo, pero tengo que admitir que preferiría que te quedaras con nosotros. Puedo usar conjuros, como solicitó la sacerdotisa, para descubrir si todavía hay algo vivo aquí, para encontrar fuentes latentes de magia. Si yo soy el guía aquí, lo acepto, pero podríamos volver a necesitar tus servicios. Además ¿puedes volver por tu cuenta?

El explorador inclinó la cabeza, alzó una ceja y esbozó una sonrisa que se desvaneció antes de que pudiera ser reconocida como tal.

—Bueno —dijo Pharaun—, tal vez puedas después de todo. Yo voy a entrar, y si tú quieres seguirnos, que así sea. Podemos hablar de por qué, si eres capaz de volver a Menzoberranzan por tu cuenta, te preocupa que yo sea el único que pueda sacaros de aquí y que Quenthel haya tratado de matarme.

El explorador hizo una levísima reverencia y contuvo una sonrisa.

—¿Qué te importa, de todos modos? —preguntó.

—¿Qué me importa qué? —inquirió Pharaun a su vez.

—Todo esto —dijo el explorador—, Lloth...

Valas inclinó la cabeza y Pharaun le contestó.

—Tengo curiosidad. Es un desafío único para un mago, y la posición que tanto me costó conseguir en Menzoberranzan depende de la que mi superior consiguió con más esfuerzo todavía, y su poder depende del matriarcado, al menos su poder político.

Valas asintió y Pharaun indicó con un gesto una hendidura en la pared de la

fortaleza araña.

—¿Tú primero? —dijo Pharaun.

Valas pasó a su lado, pero su escasa voluntad se reflejaba en cada paso que daba.



Halisstra no era capaz de moverse. Se quedó allí, suspendida en el éter, llorando, con la cabeza entre las manos, rechazando a Uluyara y Feliane, que trataban de consolarla. Las oía repetir una frase tranquilizadora tras otra, sentía que la tocaban, la estrechaban en sus brazos, le secaban las lágrimas, pero no le importaba. No sabía qué hacer y algo le pasaba.

Te hemos traído con nosotras demasiado pronto, sonó una voz en su cabeza. Era una voz femenina, calma pero firme. *Lo siento*.

Halisstra abrió los ojos de golpe y buscó a su alrededor el origen de la voz. Uluyara y Feliane se habían separado de ella lo que hubieran sido unos pasos de haber estado de pie en el suelo, y ambas miraban con expresión estupefacta a una aparición que flotaba en un punto que sólo estaba al alcance de Halisstra. Era el espectro de una drow, refulgente en sus vaporosos ropajes de seda, despojada absolutamente de color y con el pelo blanco, movido por un viento que Halisstra no podía sentir, formando un halo en torno a su cabeza.

—Seyll. —Halisstra susurró el nombre con dificultad, como si no se le quisiese despegar de la lengua.

La sombra, que miraba a Halisstra directamente a los ojos, asintió y nuevamente la voz resonó en su cabeza.

Eilistraee tiene muchos dones que ofrecer a nuestras hermanas del Mundo de Abajo. Desgraciadamente, el dolor es uno de ellos.

—Pues os lo podéis guardar —le espetó Halisstra, en quien la furia iba subiendo de tono y reemplazando al remordimiento que el encuentro con el alma incorpórea de Ryld le había dejado.

Feliane y Uluyara reaccionaron a su respuesta con estupor, y Halisstra se dio cuenta de que ellas no podían oír a Seyll.

Lo entiendo, replicó la sacerdotisa muerta. *Créeme, yo sé lo que es experimentar estas emociones todas juntas y por primera vez. Tu mente fue entrenada para no reconocerlas, pero han estado allí todo el tiempo, esperando a que las encontraras y las liberaras. La libertad no siempre es fácil. Has realizado un largo viaje interno a un lugar donde las consecuencias emocionales pueden ser más dolorosas, pero las compensaciones superarán a todo lo que hayas podido imaginar.*

No me importa, retrucó Halisstra mentalmente. *No las quiero. Ahora mismo, me volvería a la Antípoda Oscura si pudiera.*

¿De veras?

Sin dudarle, se reafirmó Halisstra. Allí, cuando me manipulaban lo sabía y sabía el extremo al que me podían llevar. Allí era sacerdotisa y pertenecía a la nobleza.

¿Y aquí?, preguntó Seyll. ¿Qué eres ahora?

Una asesina, respondió Halisstra. Soy una asesina al servicio de Eilistraee.

¿Cuál crees que es la diferencia entre una asesina y una liberadora?

¿Una liberadora?, inquirió Halisstra.

Cuando mates a Lloth, dijo Seyll, lo cual harás, sin la menor duda, liberarás a miles... a millones.

¿Condenándolos a una vida de desesperación y de remordimiento?

Y de amor, satisfacción, confianza y felicidad, replicó Seyll.

Halisstra se tomó un momento para pensar en eso, pero tenía la mente en blanco. Le ardían los ojos, le dolía la mandíbula y sentía una pesadez tan grande que empezó a hundirse en el éter ingravido del Plano Astral.

Feliane y Uluyara aparecieron a ambos lados y la sostuvieron suavemente por los brazos. Halisstra no las miró ni miró tampoco al espectro de Seyll. En lugar de eso, dejó vagar la mirada por la larga columna de almas silenciosas. Los muertos regresaban a Lloth. Todo lo que ella temía no había llegado a pasar.

—Podría regresar a ella —dijo Halisstra.

Sintió que tanto Feliane como Uluyara se ponían tensas y también que Seyll irradiaba una oleada de decepción mezclada con miedo.

—Si estuviera dispuesta a aceptarte —susurró Feliane.

Eso hizo que Halisstra quedase suspensa. ¿Acaso había traspasado un punto de no retorno, un punto en el que Lloth la rechazaría o, peor aún, la castigaría por las herejías que ya había cometido? ¿La abandonaría Eilistraee por pensar siquiera en volver a la Reina Araña? ¿Se haría merecedora de un más allá sin dioses por su indecisión?

No, le transmitió Seyll habiendo captado sin duda sus pensamientos. *Eilistraee comprende las dudas y las debilidades, y también las perdona.*

—Halisstra —dijo Feliane—. ¿Entiendes lo que nos ha dado Seyll al venir hasta aquí?

Halisstra sacudió la cabeza suavemente en un intento de desechar las palabras de la elfa.

—Ha abandonado Arvandor por venir aquí —prosiguió Feliane—. Seyll se ha condenado a una eternidad en el salvaje Astral, y lo ha hecho por ti.

—¿Es cierto eso? —preguntó Halisstra mirando al espectro de Seyll, que flotaba allí con los ojos fijos en ella—. ¿O lo ha hecho por Eilistraee? ¿Vino por su propia iniciativa, o fue enviada por una diosa que teme perder a su asesina?

Sí, dijo Seyll. *Sí a todas las preguntas. He venido aquí por mi propia iniciativa, por Eilistraee, para protegerte de Lloth y de ti misma, y para asegurarme de que*

harás lo que debes hacer.

—¿Por qué? —quiso saber Halisstra—. ¿Por qué ahora?

Porque algo va a suceder, contestó Seyll.

—Algo va a suceder —repitió Uluyara.

¿En este preciso momento, preguntó Seyll, *ahora mismo, quieres volver a Lloth? ¿Si derramara su «gracia» sobre ti ahora, la aceptarías, la aceptarías a ella y le darías la espalda a Eilistraee?*

—No lo sé —respondió Halisstra.

Debes decidirte, dijo Seyll, *y debes hacerlo ahora.*

La aparición señaló con un gesto hacia atrás, a la larga fila de almas incorpóreas. Algo era diferente, y a Halisstra le llevó unos segundos darse cuenta de lo que estaba pasando. La columna de almas desaparecía en la distancia, en una distancia grisácea que podía encontrarse a kilómetros de allí. Los descoloridos fantasmas estaban cambiando, uno tras otro, como si una oleada los atravesara. Iban recuperando el color y la vida, incluso la sustancia, uno por uno, pero sólo durante un breve momento, y a continuación el efecto se trasladaba al siguiente drow muerto de la fila. Con el paso del color, experimentaban una convulsión, se retorcían en el aire más de placer que de dolor, la oleada se acercaba más y más, dispersando a su paso la fila de los drows.

—Ha vuelto —susurró Halisstra.

Seyll se le acercó y la envolvió con su cuerpo espectral. Halisstra se puso tensa, pero no rechazó a la aparición.

Ha vuelto, dijo en un susurro la voz de Seyll en su mente. *Pronto su poder pasará a través de ti. Puedo protegerte, pero tú tienes que desear que lo haga. Tienes que preferir a Eilistraee, no a ella, no a ese demonio, por favor.*

—Por favor —susurró Uluyara.

Halisstra cerró los ojos y trató de devolver el abrazo de Seyll, pero sus brazos se cerraron sobre la nada.

—Eilistraee —llamó Halisstra con voz quebrada—. ¡Ayúdame!

Seyll se solidificó en sus brazos, y Halisstra sintió el cuerpo trémulo de la sacerdotisa. Seyll gritó, y Halisstra oyó su alarido resonando tanto en sus oídos como en su mente atormentada.

—Seyll —se oyó la voz de Uluyara por encima del grito de pura agonía que salía de la garganta momentáneamente corpórea de Seyll—. No...

El cuerpo de Seyll desapareció, y los brazos de Halisstra volvieron a sentir el vacío. El grito quedó resonando en su mente, pero en sus oídos sólo quedó el silencio del Plano Astral. Abrió los ojos y vio a Seyll flotando en la gris vacuidad frente a ella. El cuerpo de la sacerdotisa estaba retorcido y quebrantado, y en su cara se veía un rictus de dolor. Se había vuelto más transparente y se desvanecía.

—Seyll —susurró Halisstra.

La sacerdotisa la volvió a mirar a los ojos una última vez y aunque eso parecía provocarle un enorme dolor, sonrió mientras se desvanecía.

Halisstra sintió que se le aflojaba el cuerpo al tiempo que se llenaba de una energía y una confianza que jamás había sentido.

—Se ha ido —musitó Uluyara.

—No sólo abandonó Arvador —dijo Feliane con los ojos desorbitados por el horror—. Dejó que el poder de Lloth la penetrara.

—Para protegerme —susurró Halisstra.

—Eso la mató —dijo Feliane—. No eligió el Astral, eligió el olvido.

—Lo que yo más temía —dijo Halisstra—. Fue el olvido lo que me atrajo a Eilistraee.

—Se ha sacrificado —dijo Uluyara.

—¿Por mí? —preguntó Halisstra.

—Y por Eilistraee —dijo Feliane.

A Halisstra le daba vueltas la cabeza, pero las lágrimas desaparecieron de sus ojos y la sangre empezó a circular por sus músculos debilitados. Se sentía alerta, renovada y abrumada al mismo tiempo.

—Se ha sacrificado —repitió—, para que yo pudiera...

—Para que pudieras servir a Eilistraee. —Uluyara terminó la frase por ella—. Para que pudieras blandir la Espada de la Medialuna.

Halisstra posó la mano en la empuñadura de la espada capaz de matar a una diosa.

—Vacilé —dijo—, pero espero que no haya sido demasiado tiempo.

—Está despierta —le advirtió Feliane—, o resucitada. Ofrecerá resistencia.

Halisstra se quedó pensando en eso. Trató de imaginarse presentando batalla a la propia Lloth, y por su vida que no lo consiguió.

—Seguiremos a las almas hasta Lloth —dijo Halisstra y emprendió la marcha antes de haber terminado de hablar.

Feliane y Uluyara la siguieron.

Capítulo veintiséis



—No —susurró Pharaun—. ¿Por aquí...?

Giró a la izquierda donde el corredor formaba una horquilla. Había recurrido varias veces a la adivinación y estaba haciendo lo imposible por casar todas las informaciones.

—No funciona ninguno de tus conjuros —dijo Quenthel—. ¿Verdad?

Pharaun no se tomó la molestia de mirarla, pero siguió corredor adelante, esperando tropezar con algo que lo pusiera en la buena senda.

—Estoy obteniendo... informaciones contradictorias —contestó—, pero al menos hago algo. Tú dijiste que habías estado aquí antes. ¿Por qué no nos llevas directamente hasta ella?

Quenthel no respondió, y ambos intercambiaron una mirada en la que establecieron una especie de pacto de no agresión.

—Es como si cuanto más nos adentráramos en esta fortaleza araña, tanto más extraño se volviera el entorno —dijo Danifae—. No había ángulos rectos por ninguna parte cuando entramos, pero ahora los hay. Da la impresión de que hubieran aparecido en el momento en que empezaba a sentirme cómoda recorriendo corredores que no los tenían. Sin embargo, no hemos visto ni vestigio de vida, no nos ha detenido un solo guardián, y a todos los efectos, somos dueños del lugar. ¿Qué significa todo esto?

—Que Lloth quería que viniéramos —respondió Quenthel lanzando a Danifae una mirada despreciativa.

Pharaun y Valas intercambiaron una mirada con la que se dijeron que ellos habían llegado a conclusiones muy diferentes.

El mago hizo un alto en una sección del corredor que formaba un ensanchamiento de bastante más de seis metros. El techo era bajo, la oscuridad tenía una densidad agradable y el olor a putrefacción por suerte no era tan intenso como lo había sido hasta entonces. Pharaun hizo otro conjuro y se concentró en el entorno, buscando señales de vida. Advirtió la presencia de puntos muertos en los cuales su magia no podía penetrar, tal vez paredes recubiertas de plomo o de alguna otra sustancia particularmente densa. A pesar de todo, en los más remotos límites de su percepción, Pharaun pudo distinguir vestigios de vida.

—Apenas una tenue estela —susurró para sí—, pero ahí está.

—¿Qué? —preguntó Quenthel—. ¿Qué hay?

El mago abrió los ojos y le sonrió.

—Después de todo, hay algo vivo aquí, con nosotros —dijo—, pero la señal es extraña, difusa y distante, como si la criatura estuviera o muy lejos, o apenas viva, o revestida de una magia que la protege de la adivinación, o alguna combinación de todas esas cosas. Puedo sentir un... ¿Señora?

Quenthel cayó de rodillas, y Pharaun retrocedió instintivamente. El aire estaba cargado, y el mago sintió que se le erizaba la piel, pero lo que estaba pasando, fuera lo que fuese, tuvo un efecto mucho más profundo sobre las dos sacerdotisas.

Quenthel se dejó caer de bruces, y su cara estuvo peligrosamente cerca de chocar contra el frío y herrumbroso acero de la fortaleza araña. Sus músculos experimentaron sacudidas y espasmos, y en su rostro se formó un rictus que tanto podía ser señal de un dolor insoportable como la mueca de algún placer feroz. Pharaun no podía identificarlo.

Danifae también cayó al suelo, pero boca arriba. Su espalda formó un arco y quedó tocando el suelo sólo con una parte muy reducida de la cabeza y con las puntas de los pies. Pharaun no pudo por menos que admirar la curva de su cuerpo, a pesar de la multitud de pequeñas heridas, cortes, rozaduras, verdugones y magulladuras, que todos ellos habían acumulado a lo largo del camino. Sin saber con certeza si no veía solamente lo que quería ver, Pharaun pensó que la expresión de Danifae era de placer absoluto, de completo abandono físico.

Después le tocó el turno a Jeggred. El draegloth cayó sobre una rodilla mientras mantenía tendidos los tres brazos que le quedaban y, al tratar vanamente de asirse a las paredes, dejó tres surcos abiertos en una de ellas. Un polvo marrón cubrió su pelaje y quedó allí formando terrones, dando la impresión de que el semidemonio se estaba oxidando, al igual que la fortaleza araña. Jeggred gritó tan fuerte que Pharaun tuvo que taparse los oídos con las manos.

Mientras el alarido del draegloth se desvanecía y dejaba paso a un jadeo sofocado, Pharaun miró a Valas. El explorador no parecía afectado en absoluto, y el propio Pharaun tampoco sentía el deseo acuciante de revolcarse por los suelos.

—Sea lo que sea —dijo Pharaun al explorador—, parece que sólo afecta a...

En un principio pensó decir «a las hembras», hasta que se dio cuenta de que estaba afectando a las sacerdotisas y a la única criatura presente entre ellos salida del infierno peculiar de Lloth.

Terminó tan repentinamente como había empezado.

Jeggred, que había sido el menos afectado por el repentino ataque, fue el primero que se puso de pie y empezó a sacudirse el polvo. Su cara, normalmente inescrutable, no le dijo a Pharaun nada nuevo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el mago, pero el draegloth no le hizo el menor

caso—. ¿Jeggred?

Quenthel se sentó sobre los talones y se miró las manos, cubiertas de óxido, como si buscara algo en ellas.

Danifae tardó más en recuperarse. Primero se colocó en posición fetal sobre el duro suelo de acero oxidado y empezó a hacer un ruido que en un principio Pharaun tomó por un llanto.

—¿Señora? —inquirió Valas colocándose en cuclillas para ponerse a la altura de los ojos de Quenthel, aunque respetando el espacio de media docena de pasos que los separaba.

Quenthel nada dijo, ni siquiera dio muestras de haber oído a Valas. Pharaun no se molestó en preguntar lo que había sucedido. Estaba empezando a entender lo que habían presenciado.

Quenthel empezó a hablar.

Al principio movió los labios en una muda pantomima, después susurró algo apenas audible y por fin entonó una letanía en una lengua antigua que ni siquiera Pharaun reconoció.

La cantinela duró algo así como un minuto y luego cesó. Pharaun la escrutó y notó que todos sus cortes y magulladuras, verdugones y marcas iban desapareciendo hasta quedar su piel de un negro perfecto, casi brillante. Incluso pareció que recuperaba algo del peso que había perdido. Su pelo parecía más limpio, más suave e incluso su *piwafwi* y su armadura brillaban con vida renovada.

Quenthel Baenre se puso de pie y miró a Danifae, que se había desenroscado y estaba sentada de espaldas contra la pared, sonriendo mientras musitaba una plegaria que curaba sus heridas, hacía desaparecer sus magulladuras y devolvía el brillo a sus grandes ojos expresivos. Una lágrima rodó por una de sus perfectas mejillas de ébano y no se molestó en enjuagarla.

Pharaun volvió a mirar a la Señora de Arach-Tinilith, que permanecía erguida y quieta en la oscuridad de la fortaleza araña con aspecto resplandeciente. Tenía los ojos cerrados y movía los labios.

Con un movimiento grácil, Danifae se puso de pie. Sus dientes, de un blanco perfecto, resplandecieron en la penumbra cuando sonrió abiertamente. Pharaun se sorprendió devolviéndole la sonrisa. Se puso de pie con una voltereta, pero con el mismo movimiento cayó de rodillas enfrente de Danifae y de Quenthel. Le costaba respirar.

—Están vivos y están aquí —susurró Quenthel. Miró a Pharaun y aclaró lo dicho—. Están detrás de muros que los defienden de tus conjuros y además están protegidos de la mayor parte de las adivinaciones, pero están aquí.

—¿Quiénes? —preguntó Valas.

—Yo también los siento —dijo Danifae. Apoyó una mano sobre la melena salvaje

de Jeggred y se la alisó con aire ausente—. Creo que podría encontrarlos. Creo que nos están esperando.

—Espera —dijo Pharaun acercándose a Danifae, hasta que un feroz gruñido de Jeggred lo detuvo. La joven sacerdotisa le dio una palmadita en la cabeza y el semidemonio se calmó—. ¿Acaso ha sucedido lo que yo creo que ha sucedido? ¿Es que ella...?

—Lloth ha vuelto a nosotros —dijo Quenthel.

—Ha vuelto —confirmó Danifae.

Daba la impresión de que quería decir más.

—¿Hay algo más? —preguntó Pharaun—. ¿Es eso? ¿Es que nuestro viaje ha llegado a su fin?

—Señora —dijo Jeggred mirando a Danifae a los ojos—. ¿Qué dijo la voz? Yo no pude... estaba demasiado lejos para...

Danifae le pasó la mano por el pelaje y se dispuso a responder.

—La voz dijo...

—*Yor'thae*. —Quenthel acabó la frase por ella.

—*Yor'thae*... —susurró Danifae.

—¿Alto drow? —preguntó Valas, identificando la lengua.

—Significa «Elegido» —explicó Pharaun.

—Elegida... —susurró Quenthel, sacudiendo la cabeza.

Al mismo tiempo, Danifae reprodujo el movimiento de los labios pero sin sonido.

—*Yor'thae*.

Quenthel atrajo con la mirada la atención de Pharaun.

—Nuestro viaje no ha terminado, ni mucho menos, maestro de Sorcere. Lloth no sólo ha regresado sino que me ha pedido que vaya a ella, me ha invitado a ser su recipiente elegido. Por eso me trajo de vuelta, hace todos esos años. Por esa razón me arrancó del Abismo y me devolvió a Menzoberranzan. Estaba llamada a venir aquí, ahora, para ser su... para ser *Yor'thae*.



En lo más profundo de la primera casa, en una habitación protegida de todo lo que debe ser protegida una habitación, Triel Baenre observaba mientras su hermano combatía por la vida de Menzoberranzan.

Estaba perdiendo.

Podía ver lo que estaba sucediendo en el Bazar, con todos sus detalles, en un espejo mágico, una bola de cristal, un estanque de visión y otra media docena de elementos similares, la mayoría de ellos creados por el propio Gomph. Triel se paseaba de un lado a otro por el brillante suelo de mármol, mirando una escena tras otra, desde todos los ángulos, mientras el lichdrow transformado sembraba el caos en

el corazón de su ciudad.

Wilara Baenre se detuvo en un rincón, paseando la vista por todos los artilugios, con los brazos cruzados y tamborileando con los dedos sobre sus antebrazos con frustración apenas contenida.

—El archimago vencerá, madre matrona —dijo Wilara repitiendo lo que ya había dicho varias veces ese día.

—¿Lo crees? —preguntó Triel.

Era la primera vez que respondía a una de las huecas expresiones tranquilizadoras de Wilara, y cogió por sorpresa a la sacerdotisa.

—Por supuesto que sí —contestó Wilara.

Triel esperó que dijera algo más, pero se hizo evidente que Wilara no tenía nada que añadir.

—No estoy segura de que ésta sea una lucha que pueda ganar —dijo Triel hablando tanto para sí como para Wilara—. Si nos están poniendo a prueba a todos, y ésta es la prueba de Gomph, triunfará o será derrotado solo. Si fracasa, merece morir.

—¿No hay nada que podamos hacer para ayudarlo? —preguntó Wilara.

Triel se encogió de hombros.

—Hay soldados y otros magos —prosiguió la sacerdotisa asistente.

—Todos están en otra parte. Los duergars siguen atacando, aunque los tanarukks se están retirando —dijo Triel—. El asedio de Agrach Dyr se mantiene... pero, sí, siempre hay más soldados, siempre hay más magos, y están Bregan D'aerthe y otros mercenarios. Si el lich mata a Gomph indudablemente no le voy a permitir que arrase el resto de Menzoberranzan transformando en piedra a nuestros ciudadanos y destrozando nuestros edificios.

—¿Y por qué no mandar las fuerzas ahora?

Triel volvió a encogerse de hombros y consideró la pregunta. No tenía respuesta.

—No lo sé —dijo Triel por fin—. Tal vez esté esperando una señal de...

Había vuelto.

Triel cayó al suelo, el cuerpo inerme, la cabeza dándole vueltas, su mente estallando en una confusión de sonidos y sombras, de voces y gritos. Los ojos se le llenaron de lágrimas y a duras penas pudo ver a Wilara en el suelo en un estado de confusión similar, retorciéndose.

La madre matrona de la casa Baenre sintió simultáneamente todas las emociones que había experimentado en su vida, pero en su versión más aguda, más intensa. Odió y amó, temió y deseó, rió y lloró. Conoció la extensión infinita del multiverso sin límites y vio con nítida claridad cada detalle del suelo de mármol que tenía ante sus ojos. Se encontró en su cámara de escudriñamiento y en la Red Demoníaca de Pozos, en el vientre de su madre y en el Bazar humeante, en lo más profundo de la Antípoda Oscura y volando por los resplandecientes cielos del Mundo de Arriba.

Respiró hondo y un sentimiento tras otro desaparecieron, cada uno de ellos, una capa de confusión y de locura. Las piezas de su mente volvieron a funcionar, después las piezas de su cuerpo. No sabía si habían transcurrido unos cuantos minutos o algunos años antes de que se diese cuenta de lo que había pasado y se abriese paso por la sensación que le había sido tan familiar durante toda su vida para desaparecer después y volver a aparecer.

Lloth.

Era la veleidosa gracia de la reina de la Red Demoníaca de Pozos.

Triel no se puso de pie en seguida, sino que se quedó allí tirada, disfrutando de la oleada de poder, exultante por el regreso de Lloth.



Gomph conocía tantas formas de matar a alguien que había olvidado más de las que cualquier drow había oído nombrar siquiera. Había conjuros capaces de matar con un toque, con una palabra, con un pensamiento, y Gomph buscaba en su mente el indicado mientras corría no sólo para evitar al gigante arrollador sino para mantenerlo dentro de los límites de las ruinas del Bazar.

Llevaba el zafiro en forma de calavera que le daba todavía más opciones y lo protegía de la energía negativa, como el aliento de Nimor. En su memoria almacenaba algunos más, y por fin se decidió por un conjuro, con algo de ayuda de Nauzhror y del reducido círculo de nigromantes de Sorcere. El archimago reunió en su interior la energía del Tejido y evocó las palabras y gestos del encantamiento. Sin embargo, para hacer el conjuro, que era realmente poderoso, el mago tendría que dejar de correr.

No era la primera vez que el combate con Dyrr se convertía en una cuestión de tiempo. ¿Tendría el suficiente para lanzar el conjuro antes de que el gigante lo arrollara?

Te podemos ayudar a elegir el momento, dijo Nauzhror.

Lo sé, dijo Gomph, *pero siempre hay... imponderables.*

El archimago dejó de correr, se volvió e inició el conjuro.

El gigante lo miró, inundándolo con la luz de sus enloquecidos ojos azules. Gomph estaba seguro de que tendría tiempo. Los drows animados, petrificados, estaban demasiado lejos y se movían con demasiada lentitud para resultar preocupantes, y el gigante había estado lanzando golpes con la cola a diestra y siniestra por el Bazar, como si tuviera poco control de su cuerpo. Gomph confiaba en eso.

Se equivocó.

Cuando le faltaba una sarta de palabras para completar el conjuro, la enorme cola negra del gigante de piedra le dio un latigazo. Gomph sintió que las palabras

quedaban atascadas en su garganta, después, que sus articulaciones se quedaban rígidas, y a continuación, la nada.



Triel se puso de pie y miró uno tras otro todos los dispositivos de escudriñamiento tratando de entender lo que oía. Las voces transmitidas por medios mágicos de un centenar de magos, sacerdotisas y guerreros llenaban el aire en un murmullo incoherente de confusión e indisimulado arrobamiento. Las puertas de la cámara se abrieron de repente, y una sacerdotisa a la que Triel reconoció, pero cuyo nombre no pudo recordar, entró vacilante en la habitación. Las lágrimas corrían por sus negras mejillas y movía los labios tratando de articular palabras con las que expresar lo que ella, Triel, Wilara y todos los siervos de la reina de la Red Demoníaca de Pozos de la extensión inmensa del multiverso habían experimentado.

La atención de la madre matrona se quedó fija en una imagen: Gomph, petrificado.

Había perdido. El lich, en su extravagante forma de monstruo, había convertido en piedra al archimago de Menzoberranzan.

Triel sintió que su mandíbula se tensaba y a continuación se tomó un momento para alejar la ira que la invadía.

—¿Es una señal? —le preguntó a la Reina Araña.

Lloth no respondió, pero Triel sabía que de haber querido, habría podido hacerlo.

—Es una señal —musitó la madre matrona.

Triel juntó las yemas de los dedos, inclinó levemente la cabeza y por un acto de voluntad se trasladó al Bazar. Le sobrevino una sensación momentánea de ingravidez invertida, un negro vacío, y a continuación se encontró de pie en una grieta profunda del suelo de piedra del mercado.

El gigante de piedra negra retrocedió en el lugar donde se encontraba, por encima de ella. Aparentemente había sentido su paso por las dimensiones desde la casa Baenre hacia el Bazar. La criatura abrió la boca para lanzarle un rugido, pero Triel pronunció unas cuantas palabras, y se quedó paralizado. La gran cola se detuvo de repente. Fue como si el propio tiempo hubiera hecho una pausa instantánea. Todavía había humo a su alrededor, y los drows de piedra animada se movían pesadamente.

—Esto ya ha durado bastante, lich —dijo Triel—. Todo lo que tenía que durar. No estoy dispuesta a que mueran más drows, a que mi ciudad quede en ruinas. Se acabaron los desafíos a mi poder o al poder de Lloth.

Triel no estaba segura de que el lichdrow pudiera entenderla. Daba la impresión de que había quedado subsumido en la forma que había adoptado, pero ella lo dijo para que la oyeran cuantos estaban escuchando, desde la casa Baenre, Arach-Tinilith, Sorcere, y tal vez desde fuera de los límites de la ciudad, en las tiendas de mando de

sus enemigos.

Invocó directamente a Lloth, recurriendo a la diosa restablecida para hacer su conjuro más potente, pidiendo nada más y nada menos que un milagro.

Lloth no respondió con voz de drow como lo había hecho en el pasado. No hubo palabras, sólo una sensación, una oleada de poder, un agolpamiento de la sangre en los oídos de la madre matrona.

Triel cayó de rodillas sobre la áspera superficie sembrada de gravilla, de cristales rotos, y apoyó la frente sobre el frío suelo.

No expresó sus deseos con palabras. No tuvo necesidad. Lo que estaba elaborando era una oleada de emoción, de sensaciones, de puro miedo.

El propio terror de Lloth se disparó en todas las direcciones al mismo tiempo, en un círculo en expansión en cuyo centro estaba Triel. Por toda la Ciudad de las Arañas, los drows se detuvieron en su camino, cayeron de rodillas o se postraron. Algunos se apoyaron contra las paredes o se cayeron por las escaleras, pero todos experimentaron el miedo más puro, el miedo a una diosa, el miedo a lo eterno, el miedo al caos, el miedo a la oscuridad, el miedo a lo desconocido, el miedo a lo cierto, el miedo a la traición y mil horrores más que hicieron que la ciudad se paralizara.

El gigante de piedra negra se estremeció y se partió. Triel, todavía de rodillas por debajo de él, no intentó evitar los pedruscos que caían, los trozos de la pétreo estructura, que desaparecieron antes de tocar el suelo. Al cabo de unos segundos, todo lo que quedaba de la desmandada criatura era el lichdrow, atónito, tambaleante, de rodillas en el cielo inestable del Bazar, a unos cuantos pasos de la madre matrona. Las estatuas animadas se detuvieron y quedaron paralizadas donde estaban.

La oleada de miedo avanzó, superó las murallas de la bóveda de la ciudad y penetró en las atestadas inmediaciones de la Antípoda Oscura. Atravesó las líneas de los duergars, se apoderó de los tanarukks en retirada y llegó a los espías ilitidas dispersos. A todos los afectó de diferentes maneras. Para cuando terminó, y no duró mucho tiempo, a nadie le quedaba duda de que Lloth había vuelto.

Triel se puso de pie y pasó revista a los daños. Miró a Dyrr y supo que podía acercarse a él y matarlo con un pensamiento, o al menos atravesando con una daga su garganta no muerta, pero no lo hizo. Matar al lich correspondía a otro.

La madre matrona se dirigió a la forma rígida, calcificada de su hermano. La expresión petrificada de su cara era de furia y eso hizo sonreír a Triel.

—Vaya, Gomph —dijo—. No pudiste hacerlo solo, después de todo, ¿verdad? Tu poder tiene sus límites y el mío también, pero los dos juntos...

Triel abrazó la forma petrificada de su hermano, rodeando sus hombros con los brazos mientras elevaba una plegaria a Lloth.

Primero llegó el calor, después la blandura, después un soplo de aire, después el

movimiento, y a Gomph se le doblaron las rodillas. Triel lo sostuvo y él le rodeó la cintura con el brazo y apoyó la cabeza en el hombro de su hermana mientras trataba de recobrar el aliento. Cuando las piernas volvieron a sostenerlo, Triel lo soltó y se apartó un paso. Sus ojos se encontraron y Gomph abrió la boca para decir algo.

—No —dijo Triel, impidiéndoselo. Echó una mirada a Dyrre que se recuperaba rápidamente, y su hermano siguió la dirección de sus ojos—. Termina lo que empezaste.

El mago volvió a abrir la boca para hablar, pero Triel le dio la espalda. La madre matrona oyó los pasos de su hermano sobre la gravilla y los cristales, y supo que se estaba enfrentando a su enemigo.

Triel se alejó.

Capítulo veintisiete



Furia, odio y agotamiento circulaban entre el archimago y el lichdrow. Estaban hastiados el uno del otro, y lo único que querían era terminar aquello. Dyrr empezó a preparar un conjuro, y Gomph se encerró en otro globo.

También Gomph inició un conjuro mientras el lichdrow seguía con el suyo. Estaba haciendo algo complejo. Realmente quería terminar de una vez.

Antes de que Gomph pudiera finalizar su conjuro, para quemar una vez más al lich, ya herido, Dyrr susurró algo que el archimago no alcanzó a oír muy bien y el conjuro se concretó. El zafiro en forma de calavera se puso otra vez al rojo vivo contra la frente de Gomph, y cuando éste trató de apartarlo ya se había desintegrado. El polvo que cayó sobre la cara del archimago era de un gris apagado y no tenía poder. No habría más protección contra la calavera de zafiro ni más nigromancias de reserva. Gomph sabía que su destrucción había sido un acto de voluntad.

Estropeado su propio conjuro, Gomph trajo otro a su mente.

—Bueno —dijo—, hoy todos usamos los grandes conjuros ¿no?

El lich pasó por alto la pulla y empezó a preparar otro conjuro al mismo tiempo que Gomph hacía el suyo.

El archimago terminó primero: otro encantamiento menor para crear una ráfaga de fuego arcano. Las llamas sobrenaturales se derramaron sobre el lich, que alzó los brazos para protegerse la cara, pero sin resultado. La piel seca de Dyrr crepitó y se encogió, y el dolor hizo que el lich se tambaleara.

Cuando el fuego se extinguió, el lich avanzó dando tumbos, los ojos desorbitados. La máscara de la que nunca se separaba había desaparecido, y su cara estaba crispada por el odio y el sufrimiento. Gomph tuvo la certeza de que, a pesar del fuego arcano, Dyrr tenía listo su propio conjuro.

El frío se apoderó del cuerpo de Gomph, que se estremeció. La verdad es que estaba más que harto de sacudirse, estremecerse y temblar; pero el lich todavía no había acabado con él. Sintió que el calor, la vida misma, lo abandonaban. Retrocedió con paso inseguro, logrando apenas tenerse de pie.

—Te dejaré seco, Gomph —dijo el lich con voz reconcentrada y ronca—. Morirás conmigo, con mi casa y con mi causa.

El lich inició otro conjuro, y Gomph reconoció la cadencia y estructura peculiares que identificaban el encantamiento de una poderosa nigromancia. Gomph conocía

muchas formas de matar, pero también sabía que, probablemente, Dyrr conocía más.

La mano del archimago se cerró sobre su bastón y su brazo se sacudió. Un dolor sordo y una gran presión se le asentaron en el pecho, y cuando trató de tomar aire, éste no llegó. Las rodillas le fallaron y cayó al suelo. Gomph hizo un esfuerzo por respirar hondo, pero lo que inspiró fue apenas un soplo. En los límites de su campo visual empezaban a reunirse las sombras, y casi no oía nada más que el palpar de su sangre mientras su cuerpo luchaba en vano por mantener el cerebro activo. El anillo no le servía de nada. El lich no estaba hiriendo su cuerpo, estaba matando su alma.

Gomph trató de hablar, de pronunciar las palabras de un conjuro que pudiera salvarlo, pero no pudo. Dyrr se acercó más para dominarlo, y el archimago a duras penas consiguió alzar la cabeza para mirar al lich, de expresión satisfecha. Gomph tenía otras formas de escapar, pero no podía activar ninguna de ellas. Tenía la sensación de que Nauzhror y Prath trataban de comunicarle algo, pero sus palabras no llegaban a formarse del todo. Gomph temió que su cuerpo ya estuviera muerto.

Apretó más la mano sobre el bastón y otra vez se sacudió su brazo... el bastón.

Gomph apuró hasta el último vestigio de voluntad que le quedaba para mover la otra mano. Sintió que sus dedos se cerraban sobre el bastón.

—Lucha contra ello, Gomph —le gritó el lich—. Sufre antes de morir.

—Arrogante —le espetó Gomph ahogándose, sorprendido de poder hablar, aunque aquélla fuera su última palabra.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el lich, mofándose de él—. ¿Las últimas palabras de Gomph Baenre?

—No... —jadeó el archimago.

Los brazos de Gomph se tensaron y sus manos se apretaron alrededor del bastón de poder, un elemento tan preciado que cientos habían muerto por poseerlo un solo día.

—... del todo —logró acabar Gomph en el momento en que rompía el bastón.

La madera antigua se quebró respondiendo no tanto a la fuerza de los brazos y las manos de Gomph como a su voluntad. El bastón se rompió porque Gomph quiso que así fuera.

Dyrr tuvo tiempo de respirar hondo, tuvo tiempo de sonreír antes de que el mundo se convirtiera en un infierno rugiente, de fuego, calor, dolor y muerte. Gomph no pudo ver cómo se desintegraba el lich, demasiado ocupado estaba en preocuparse de que no le sucediera a él lo mismo. Cerró los ojos, pero la luz todavía le hacía daño. Sintió que la piel se le caía a trozos, chamuscada.

Todo acabó tan rápido como había empezado.

Gomph Baenre tomó aire y rió entre oleadas de ardiente agonía. El anillo empezó a devolverle la vida, célula por célula, y él permaneció allí, esperando.

—Lo has conseguido —dijo Nauzhror, y Gomph tardó unos segundos en darse

cuenta de que había oído la voz del maestro de Sorcere con los oídos y no con la mente—. El lichdrow ha muerto.

Gomph tosió y con dificultad consiguió sentarse. Nauzhror se puso a su lado. El obeso mago empezó a examinar las heridas del archimago.

—¿Muerto? —inquirió Gomph y volvió a toser.

—A un coste muy alto, y no sólo por el bastón de poder —dijo Nauzhror—, pero ha sido totalmente destruido.

Gomph sacudió la cabeza, decepcionado. La forma física del drow se había desintegrado al desatar el bastón todo su poder en un estallido final, pero un lich es algo más que un cuerpo.

—¿Muerto? —dijo el archimago—. No del todo.



Nimor abandonó la Linde de la Sombra y se internó en las ruinas de Ched Nasad. Suspellido encima de él, colgado de los restos de una calle de telaraña calcificada, había un enorme dragón de sombra, un wyrm antiguo, imponente por el terror que inspiraba a todos cuantos posaban su mirada en él.

Era un dragón al que Nimor reconoció de inmediato, el dragón al que había ido a ver.

Abriendo sus propias alas doloridas, agotadas, heridas, alas enclenques comparadas con las del gran wyrm de sombra, Nimor despegó del suelo sembrado de escombros de la caverna y se sostuvo en el aire, por debajo del dragón. Si el wyrm había notado su presencia, no dio la menor muestra de ello. En lugar de eso, continuó con lo que estaba, dirigiendo la retirada de los escombros para disponer la reconstrucción de Ched Nasad. Era una tarea titánica, incluso para el dragón.

Nimor se deslizó lenta y respetuosamente hasta un hilo de telaraña situada junto al dragón e hizo una reverencia que mantuvo hasta que el dragón reparó en su presencia. Seguía con la cabeza inclinada cuando el enorme wyrm de sombra asumió la forma de un anciano drow de pelo ralo, pero con una sólida masa muscular, ataviado con lujosas telas de seda y lino provenientes de todos los rincones del Mundo de Arriba y cosidas con puntadas tan negras como el corazón del asesino.

—Yérguete —dijo el dragón transformado— y mírame de frente.

Nimor se enderezó y miró al dragón con forma de drow a los ojos.

—No estoy nada satisfecho con los resultados en Menzoberranzan, respetado abuelo —dijo.

El dragón-drow miró a su vez a Nimor y le sostuvo la mirada hasta que éste tuvo que desviar la suya. El asesino oyó pasos acercándose, pero no se volvió a mirar. Ya sabía quién era.

—Nimor —dijo una voz—. Bienvenido a Ched Nasad.

Nimor hizo como si examinara las ruinas todavía humeantes.

—Por supuesto —dijo la fuente de la segunda serie de pisadas—, tendrá un aspecto muy diferente cuando hayamos terminado.

—Recuerdo perfectamente tu promesa —dijo el dragón transformado—. ¿Y tú?

—Por supuesto, respetado abuelo —replicó Nimor, con la cabeza bien alta, sin dar la menor muestra de debilidad.

El abuelo patrono, Mauzzkyl, resopló por la nariz antes de hablar pausadamente.

—Prometiste limpiar Menzoberranzan de la escoria de Lloth. ¿Lo has hecho? ¿Por eso estás aquí?

Nimor no asintió ni negó con la cabeza ni suspiró. No hizo nada que pudiera dar a los padres patronos la idea de que era culpable de algo. Los dos padres patronos que se le habían acercado por la espalda fueron a colocarse uno a cada lado, frente a él, flanqueando al otrora majestuoso wyrm.

—No —dijo Nimor.

—He venido de la Ciudad de las Sombras Wyrn —prosiguió el abuelo patrono— para ayudar al padre patrono Zammzt en la reconstrucción de Ched Nasad. ¿Por eso has venido desde Menzoberranzan? ¿Para ayudar en la limpieza?

—No, respetado abuelo —respondió Nimor.

—Cuéntales tu historia a los padres patronos Tomphael y Zammzt —dijo Mauzzkyl— con tono frío y cortante.

—Yo respondo ante... —dijo Nimor cerrando los ojos.

—Tomphael —dijo Mauzzkyl—. Hablarás conmigo a través de Tomphael de ahora en adelante, hasta que ordene otra cosa.

Nimor no tenía tiempo para discutir, pero tampoco tenía intención de hacerlo. En lugar de eso observó, conteniendo el aliento, cómo el abuelo patrono Mauzzkyl se transformaba otra vez en un dragón. El gran wyrm abandonó la destrozada telaraña y desapareció en las tinieblas de la ciudad en ruinas.

—Dime lo que hayas venido a decir —dijo el padre patrono Tomphael.

Nimor miró a Tomphael a la cara, pero no vio en él ni enfado ni piedad ni desprecio. Nimor había descendido en las categorías de Jaezred Chaulssin, así, sin más.

—Algo ha cambiado —dijo Nimor.

—Lloth ha regresado —añadió Tomphael.

Nimor asintió.

—O lo hará pronto —indicó—. Muy pronto. El lichdrow fracasó, y las tornas están cambiando en Menzoberranzan. Pensé que dispondría de más tiempo.

—¿Dyrr está muerto? —preguntó Tomphael.

Nimor asintió.

—¿Y el semidemonio?

—Vive —dijo Nimor—, pero se está retirando. Tenía un agente en el Abismo que le envió un extraño informe. Todavía no sé qué le sucedió a la diosa araña, dónde ha estado ni por qué se sumió en el silencio, pero ha conseguido sacar la Red Demoníaca de Pozos del Abismo.

Tomphael arqueó una ceja e intercambió una mirada con Zammzt.

—De modo que —dijo Tomphael— tus tanarukks se baten en retirada. ¿Y qué pasa con los duergars?

—Horgar vive todavía, y cuando lo dejé estaba combatiendo —dijo Nimor—. Sin embargo, ahora que las sacerdotisas pueden otra vez comulgar con su diosa y que los tannaruks se vuelven a casa, los enanos grises no tienen ninguna posibilidad.

—Menzoberranzan —dijo Zammzt— es el trofeo más importante. Siempre fue lo que estuvo más fuera de nuestro alcance. Hemos tenido éxitos en otras ciudades. La Reina de la Red Demoníaca de Pozos había estado fuera durante bastante tiempo.

—¿De veras? —preguntó Nimor.

—Mira a tu alrededor —replicó Zammzt—. En otra época esto fue un centro del comercio de los drows, totalmente dominado por las sacerdotisas. Ahora es un lugar arrasado, y mientras hablamos está siendo transformado.

—Los demás padres patronos y yo —dijo Tomphael—, bajo la guía experta de Zammzt, concentraremos aquí nuestras energías.

—Siempre fue ésa tu intención ¿no es así? —concluyó Nimor.

Tomphael suspiró.

—Sé que siempre has considerado que era un cobarde, Nimor —dijo—, pero estás equivocado. Sólo a los tontos les pasa desapercibida la diferencia entre un cobarde y un pragmático.

—Sólo los jóvenes persiguen la gloria antes que el triunfo —dijo Zammzt.

—Podría haber ganado en Menzoberranzan —sostuvo Nimor.

—Tal vez —dijo Tomphael—. De haber sido así, esta conversación habría tenido un tono muy diferente. Era tu oportunidad de sorprendernos, Nimor. Eso fue lo que te faltó hacer: sorprendernos. Nuestros planes no dependían de que nos entregaran la Ciudad de las Arañas en bandeja de plata, ellos tampoco suponían que Lloth fuera a volver de dondequiera que haya estado. Tuvimos esta oportunidad única, y la aprovechamos. En el futuro habrá otras oportunidades.

—Otras oportunidades... —repitió Nimor, dando vueltas a las palabras en su boca.

—Podrías volver a ser Espada Ungida, Nimor —dijo Tomphael.

Nimor asintió e hizo una reverencia.

—Volveré a la Ciudad de las Sombras Wyrn... —dijo—, con tu permiso, padre patrono.

Tomphael asintió, y Nimor se giró y se adentró en la Sombra.



Hacía tiempo que Pharaun no se sentía tan bien. Casi había olvidado cómo era eso de estar en plena forma. Las sacerdotisas, gozosas por haber recuperado sus conjuros, se pasaban casi todo el tiempo entonando plegarias de curación. Conjuraron un banquete y agua pura y fresca. Curaron todas las heridas y también aliviaron los músculos doloridos.

Después de tumbarse, sintiéndose demasiado bien para pensar en la Ensoñación, Pharaun se puso de pie y observó a Quenthel y a Danifae, que se ocupaban de Jeggred. Otra vez, posiblemente porque no podían resistirse a usar los conjuros que les habían sido negados tanto tiempo, las dos sacerdotisas trabajaban juntas. Mientras estaban sentadas con las piernas cruzadas a ambos lados de un nervioso y reclinado Jeggred, Pharaun percibió destellos de la relación física que habían tenido las dos no demasiado tiempo atrás. Estaban los contactos accidentales que se transformaban en una prolongada caricia, las caídas de ojos cuando se miraban por encima de la rebelde melena blanca del draegloth, y el paso ocasional de la lengua por los labios entreabiertos cuando las palabras de una serie de complejos conjuros de curación cansaban incluso sus rejuvenecidas gargantas.

De resultas de todo esto, a Jeggred volvió a crecerle la mano amputada. A Pharaun la visión de la cosa que se iba formando lentamente en el extremo muerto del muñón le resultó incluso más fascinante que los intercambios entre las dos hembras. La mano se fue formando por capas: los huesos, los tendones, los músculos, los vasos sanguíneos, la piel, el pelaje, las garras.

Cuando hubieron terminado, el draegloth se puso de pie y flexionó la mano, con la boca abierta y el cuerpo estremecido.

Las dos sacerdotisas se pusieron también de pie, se separaron, y sus miradas recuperaron la frialdad anterior.

Jeggred miró primero a Danifae.

—Te doy las gracias, señora —dijo. Luego se volvió hacia Quenthel—. Señora Quenthel...

La furia se extendió por el rostro de la suma sacerdotisa como la niebla, y dando la espalda a su sobrino, se dispuso a recoger rápidamente sus cosas.

—Ya hemos estado bastante tiempo holgazaneando —dijo mientras avanzaba corredor adelante—. Por aquí.

Danifae hizo señas a Pharaun de que la siguiera, y el mago marchó de buen grado detrás de Quenthel. Valas lo siguió a él, y Danifae y el draegloth cerraron la marcha. Cualquier distancia que redujera el contacto entre las dos sacerdotisas era conveniente, y Pharaun estaba feliz de ayudar a ello mientras avanzaban. El maestro de Sorcere estaba lleno de curiosidad.

Quenthel llevaba la delantera con paso confiado y con tal seguridad que nadie discutió ni pretendió enmendarle la plana. Pasaban por un corredor tras otro, atravesaban estancias, a veces por puertas que Jeggred tenía que abrir con su fuerza bruta. Durante todo el tiempo, el interior de la fortaleza araña conservaba su atmósfera fría, oscura, inerte, herrumbrosa. Aunque el poder de Lloth había vuelto definitivamente a las dos sacerdotisas, la estructura estaba tan muerta como antes, y Pharaun tenía toda la impresión de que, viniera de donde viniese ese poder, no era de la sexagésimo sexta capa del Abismo.

Cuando vieron luz al final de uno de los pasadizos, todos se detuvieron. Se pegaron a las paredes y se ocultaron en la sombra. Mientras repasaba los conjuros que todavía le quedaban y cogía entre los dedos una varita mágica capaz de enviar relámpagos y centellas, el maestro de Sorcere echó una mirada al resto de la expedición. Quenthel y Danifae miraban corredor adelante con expresión ansiosa y esperanzada. Jeggred miraba a Danifae de la misma manera. Como de costumbre, a Valas no se lo veía por ninguna parte.

—¿Qué es? —preguntó Jeggred con el tono más bajo de que era capaz el enorme semidemonio.

—Una puerta —arriesgó Pharaun.

—Es el lugar al que tenemos que ir —dijo Quenthel.

—Tiene razón —confirmó Danifae.

—Bien, entonces —continuó Pharaun—, hemos de seguir adelante ahora mismo. ¿Debemos estar preparados para abrirnos camino combatiendo?

Quenthel se apartó de la pared y empezó a andar rápida, erguida y decidida, hacia el purpúreo resplandor.

Pharaun se encogió de hombros y la siguió, con la varita mágica todavía en la mano y la lista de conjuros en su mente. Después de todo, la suma sacerdotisa no había respondido a su pregunta.

Cuando llegaron al extremo del corredor, el instinto aconsejó a Pharaun que se acercara más lenta y cautelosamente... pero él también se había acostumbrado a seguir las indicaciones de la sacerdotisa de mayor rango, de modo que siguió a Quenthel al interior de la cámara que se abría al final del corredor, con cierta vacilación en su mente, pero no en su paso.

El corredor daba a una sala enorme, redonda, de techo alto, cuyas paredes eran del mismo acero herrumbroso que el resto de la fortaleza araña. En el centro del espacio, por todo mobiliario, había un círculo que parecía formado por trozos soldados, oxidados, de la propia fortaleza. El círculo estaba de pie sobre un extremo y tenía unos seis metros de diámetro. El centro estaba lleno de una luz opaca de color violeta, que formaba un remolino y se plegaba sobre sí misma al salir de una nube de vapor luminiscente encerrada en los límites del círculo.

Pharaun oyó pasos y extrajo la varita mágica de debajo de su *piwafwi*.

—Eso no te hará falta aquí, mago —dijo una voz dentro de la cámara.

Mientras los demás entraban en la estancia, Pharaun buscó el origen de la voz y sintió la presencia de una figura oculta en una sombra especialmente oscura.

—Allí —le susurró Pharaun a Quenthel—. ¿Lo ves?

Quenthel asintió y dijo:

—No debes hacer ningún conjuro. No harás ningún movimiento a menos que yo te lo ordene. ¿Está claro?

—Por supuesto, señora —contestó, mientras los demás guardaban silencio.

—He preguntado si ha quedado claro —repitió la sacerdotisa.

Danifae y Jeggred asintieron, y Jeggred repitió lo que ya había dicho.

—Por supuesto, señora. ¿Al menos puedes decirme qué es eso?

—Prefiero que os refiráis a ello en femenino —dijo la voz—, pues se trata de una hembra.

La figura salió de la parte de la sombra más oscura y se dirigió confiada al centro de la luz purpúrea desde el portal activo pero desafinado.

La figura de una hembra drow se retorció y giró en el aire. La drow tenía unas formas perfectas y estaba desnuda. Su cuerpo tenía más de la plenitud de formas de Danifae que de la estructura fibrada pero más modesta de Quenthel. Paseó las manos por su cuerpo en una caricia larga que no olvidó ninguna parte del mismo.

A ambos lados le brotaron dos juegos de patas largas y segmentadas de araña. Eran esas cuatro patas y otras cuatro similares las que sostenían a la hembra drow sobre el suelo herrumbroso.

Pharaun había visto tantos driders que había perdido la cuenta, pero lo que se presentó ante sus ojos no era un drider. Todo lo que rodeaba a la criatura araña-drow exigía la atención plena del mago. La forma drow era hermosa, de una hermosura que Pharaun no era capaz de describir con palabras. Sus largas y delgadas patas de araña le recordaban dónde se encontraba: en el plano que era la morada de...

El maestro de Sorcere movió lentamente la cabeza de lado a lado.

No podía ser.

—¿Lo...? —dijo en un susurro.

—No soy la Reina de la Red Demoníaca de Pozos, maestro de Sorcere —dijo la drow-araña con su acento de alto drow—. Decir eso sería una blasfemia.

—Sólo te conozco por lo que he leído —susurró Quenthel.

Una segunda drow-araña se presentó, salió de entre la penumbra, y una tercera apareció suspendida del techo, sus cuerpos de drow eran cuerpos de hembras drows desnudas y voluptuosas.

—Viudas abisales —dijo Danifae.

El nombre no le dijo nada a Pharaun.

—Vosotras sois sus siervas y... —empezó a decir Quenthel.

—Y sus comadronas. Sólo éramos una leyenda —dijo la primera viuda abisal con voz melosa—. Sólo éramos una profecía.

—Profecía... —musitó Quenthel.

—Ahora existimos —dijo la viuda abisal— para vigilar la entrada a la Red Demoníaca de Pozos.

—Pero —dijo Pharaun casi a pesar de sí mismo—, si ya estamos dentro de la Red.

La hermosa hembra drow sonrió dejando ver sus dientes blancos y perfectos. La piel de sus mejillas era suave y sin mácula.

—No —replicó—. Ya no.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Quenthel—. ¿Dónde está la diosa si no está en el Abismo?

—Todas tus preguntas encontrarán respuesta, señora —dijo la viuda—, cuando atraveses la puerta.

—Ahora es un plano totalmente independiente —adivinó Pharaun.

Las viudas abisales asintieron al unísono y se pusieron a ambos lados del portal, como guardias escoltando el paso de una procesión.

—Habéis llegado hasta aquí —dijo una de ellas.

—Y así habéis demostrado que sois dignos —prosiguió otra.

—De estar ante Lloth y acelerar la adopción de su nueva forma —terminó la tercera.

—¿Su nueva forma? —inquirió Pharaun.

Las viudas abisales compartieron una tímida mirada y señalaron hacia el portal violeta.

—¿Has dicho...? —dijo el maestro de Sorcere, que sentía la garganta reseca y que las manos le temblaban por más que tratara de controlarlas—. ¿Has dicho que erais matronas?

—Pasad —dijo una de ellas—. Os esperan.

Quenthel dio un paso adelante, con Danifae pegada a sus talones, y osadamente se internó en la densa luz purpúrea. Desapareció instantáneamente, Danifae unos pasos por detrás.

Jeggred se mostró algo más remiso y no dejó de mirar a las viudas abisales con ojos fulgurantes al pasar a su lado. Pronto, también él desapareció.

Pharaun se volvió hacia Valas, cuyos ojos estudiaban a las viudas una por una. Tenía una mano sobre una de las muchas baratijas que llevaba prendidas en su chaleco.

—Bueno, maestro Hune —dijo Pharaun—, aquí estamos.

Valas lo miró y asintió.

—Allí adonde vamos... —dijo el mago, haciendo una pausa para poner en orden sus ideas, cosa nada fácil con la perspectiva tan próxima de atravesar ese portal—, podría ser que tus servicios ya no fueran necesarios.

Valas fijó la vista en Pharaun.

—Mis servicios ya no son precisos —dijo.

Pharaun respiró hondo.

—Bien —dijo el mago—, como ya dije antes, podríamos aprovecharnos de tus habilidades y experiencia a dondequiera que fuéramos, pero hemos llegado a un punto en el que debes tomar una decisión.

—Ya la he tomado —dijo Valas. Su mirada daba a entender que no iba a decir más.

—Pues bien —dijo Pharaun—, ahí está.

El mago se volvió y sin una sola mirada más se internó en el portal, dejando a Valas Hune detrás.